# LA PEQUEÑA HABITACIÓN DE LOS MISTERIOS

## Masateru Konishi

La novela que ha conmovido a miles de lectores

DUOMO
NEFELIBATA

# La pequeña habitación de los misterios

NEFELIBATA

Masateru Konishi

# La pequeña habitación de los misterios

Traducción del japonés de
Juan Francisco González Sánchez

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

Título original: 名探偵のままでいて (*Meitantei no mama de ite*) © 2023, Masateru Konishi
© de la traducción, 2025, por Juan Francisco González Sánchez © de esta edición, 2025, por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán Edición original japonesa publicada por Takarajimasha Inc., Tokio.
Edición en español publicada gracias al acuerdo con Takarajimasha Inc. a través de The English Agency (Japón) Ltd. and New River Literary Ltd.

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: mayo de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España) www.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19834-01-0
Código IBIC: FA
DL: B 12.707-2025

Diseño de interiores: Agustí Estruga Composición: Grafime, S. L.
Ilustración de la cubierta: © Nicolás Castell Diseño de la cubierta: Laura Zuccotti Conversión a formato digital: www.brioworkx.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

# 1.
# Neuronas rojo escarlata

# 1

–¡Esta mañana ha entrado un tigre azul! –exclamó el anciano–. ¿Cómo se las habrá arreglado para girar el pomo de la puerta? Debe de tratarse de un tigre muy hábil.

Lo que al abuelo de Kaede le asombraba, por encima de la improbabilidad de que un felino hubiera irrumpido en su estudio y de la aún más absurda posibilidad de que su pelaje fuera azul, era que el supuesto animal hubiera sido capaz de girar el pomo de la puerta con sus garras.

–Deberías estar agradecido de que no te haya mordido –bromeó Kaede, guardándose para sí el fastidio de tener que soportar, una vez más, las excentricidades de su abuelo. Con lo poco habitual que era encontrárselo despierto…

Kaede acostumbraba a visitarlo una vez por semana, y normalmente lo encontraba durmiendo cuando llegaba. Pero si, como aquel día, estaba despierto, se veía indefectiblemente obligada a armarse de paciencia y aguantar, de principio a fin, todo extravagante relato sobrenatural que al anciano se le antojase narrar, descartando entonces la posibilidad de tratar temas de mayor seriedad y relevancia.

Así pues, como en cada una de aquellas ocasiones anteriores, Kaede escuchó de labios de su abuelo la historia del tigre azul, asintiendo de tanto en tanto para animarlo a continuar.

La casa donde vivía él había sido el hogar de la infancia de Kaede y, para ella, aquellas visitas no tenían precio: valoraba enormemente cada instante pasado entre sus muros.

–Y, entonces, el tigre… –continuó el abuelo, accionando los brazos en clara imitación del avance de un felino– sonrió antes de salir por la puerta. Parecía contento.

–¿Dices que sonrió? –preguntó Kaede sobresaltada, mientras por dentro se decía: «Maldita sea, he vuelto a engancharme a la historia».

Así ocurría a menudo: pese a la inverosimilitud de los relatos, acababa escuchándolos absorta, fingiendo fascinación al principio y sucumbiendo finalmente a la hipnótica narrativa del hombre, preguntándose incluso si habría sido cierta la presencia allí de un tigre azul, escapado quizá durante unos minutos de las páginas ilustradas de cualquiera de los numerosos volúmenes que atestaban la biblioteca del estudio.

El anciano tal vez encontraba satisfacción en contar semejantes historias, sin darle importancia a su credibilidad. Los párpados fueron

cerrándosele. Pasaba las horas del día en su poltrona reclinable, amplia para su cuerpo enjuto, y allí debía de sentirse más cómodo de lo que había imaginado cuando fue adquirida, porque no había quien lo moviera de su mullido asiento. En cierta manera, su compra había resultado contraproducente.

Apoyado sobre una mesita adyacente, había un bastón de madera de uso indispensable para cualquiera de los traslados del hombre. Al menos, en teoría… «No lo usa ni para levantarse a sacar un libro de la estantería. Para ir al servicio sí, eso sí. Pero para nada más. Ay, un día va a dar con los huesos en el suelo y la vamos a tener buena…», acostumbraba a lamentarse entre suspiros la asistenta de los servicios sociales, que había sido precisamente quien había insistido en que se hiciera con uno.

«Su desmesurado interés por los libros no ha decaído ni un ápice», pensó Kaede, y una idea cruzó rauda por su mente: «Otra cosa es que se entere de lo que lee…», y se entristeció. Reparó entonces en el olor acre a tinta impresa que flotaba en el aire de aquella sala repleta de literatura y se sintió trasladada a sus queridas librerías de libros de segunda mano del barrio de Jinbocho, en Tokio.

La luz, desgranada por las hojas de los árboles en mil haces titubeantes, penetraba por la ventana y se esparcía en mosaico vibrante de sombras y destellos sobre el rostro durmiente del anciano. Hileras de arrugas emergían de la nariz y del extremo exterior de sus ojos, y se extendían y quebraban en complejas líneas sobre la piel carente de manchas, cosa rara, esta última, a sus setenta y un años.

La carne de las mejillas se le había ido descolgando, flácida con el paso del tiempo, pero ello no había hecho sino remarcar la cualidad escultórica de sus facciones. El cabello, largo y abundante, le caía, raya en medio, a ambos lados de la amplia frente, en limpio y suave difuminado de negro, gris y blanco; y su perfil era el de un antiguo emperador romano en el relieve de una vieja moneda.

No era necesaria la mirada benévola de su nieta para alumbrar en ese rostro la dignidad y la nobleza de un hombre que, a todas luces, debía de haber sido considerablemente atractivo. Kaede le recompuso la manta, que se le había ido deslizando, y lo cubrió hasta el cuello.

Con cuidado de no dirigir el pulverizador de desinfectante hacia los libros, dio por terminada una ligera limpieza, con el tiempo justo para dar la bienvenida al fisioterapeuta que lo visitaba con regularidad. El líquido del pulverizador no solo cumplía con su atribuida función desinfectante, también servía de imaginario insecticida para los insectos que el abuelo a menudo creía ver pulular por los rincones, diminutos como mosquitos.

«Adiós, abuelo».

Más que envejecer, se diría que mejoraba con los años: Kaede

había posado la mirada en el tocador de su abuela, instalado en un flanco de la puerta del estudio tras su fallecimiento, y pensaba en el tiempo acumulado entre las vetas de la madera y en la pátina de ricos matices y textura insondable que este había ido extendiendo sobre su superficie.

Kaede abrió uno de los cajones del tocador y extrajo de él un cepillo para el pelo, y después de arreglarse levemente el pelo, se miró en el espejo y se aplicó un poco de maquillaje.

«Sonríe».

La antaño gruesa y pesada puerta de madera de roble que había servido de entrada al estudio había sido sustituida por una corredera, ligera y práctica, desde el momento en que el abuelo se había visto obligado a hacer uso de una silla de ruedas para desplazarse.

Kaede la abrió de la manera más sigilosa posible y, al poco, ya dejaba atrás la casa de su abuelo y de su infancia, ubicada en el barrio de Himonya.

# 2

Miró por la ventanilla del oscilante vagón de tren de la línea Toyoko que la llevaba de vuelta a casa y, reflejado en el cristal, Kaede contempló su rostro inexpresivo. No quedaba en él rastro alguno de la sonrisa que había mostrado poco antes.

El atardecer se teñía de suave carmín y, sobre el horizonte, un variado surtido de nubes adornaba el cielo con las más diversas formas imaginables, ausentes ya, a la entrada del otoño, los oscuros nubarrones de los días anteriores.

Recuerdos lejanos, en compañía de su abuelo, asaltaron los pensamientos de la joven.

Veintitrés años atrás, Kaede tenía cuatro años.

Sentada en el regazo de su abuelo, en el corredor exterior de la casa, ambos contemplaban el cielo teñido de rojo durante la puesta de sol. Los límpidos ojos del anciano, repletos de sabiduría, se volvieron hacia su nieta.

–Dime, Kaede, ¿a qué te recuerda la forma de cada nube? Juguemos a inventar una historia con lo que vemos en las nubes.

El abuelo proponía algo semejante a un ejercicio de improvisación teatral. Trataba quizá de que la niña dejara volar su imaginación y desarrollase así su sensibilidad artística.

Kaede no vaciló en responder.

–Aquella es un señor bajito. Esa otra, un señor con la cara aplastada. Y aquella otra nube tan grande, un señor gordo. Más gordo que tú, abuelito.

–Pero ¿qué historia vas a inventar con eso? –protestó el abuelo, lleno de dicha, y a continuación, ante una Kaede encogida de hombros, procedió a improvisar un cuento al que puso el título de *Los tres abuelos*.

Aunque Kaede no recordaba los detalles, en líneas generales trataba de un anciano glotón del que todos se burlaron cuando tomó un medicamento en polvo para el catarro, confundiéndolo con azúcar. La equivocación resultó feliz, porque permitió al anciano vivir más años que ningún otro. La moraleja residía en que a Kaede le convendría tomarse aquel amargo medicamento para el catarro que tan tercamente rechazaba.

Con independencia de la moraleja, la niña aplaudía divertida ante la pericia del abuelo como cuentacuentos.

–Mira, Kaede –dijo el abuelo, señalando el cielo.

Arriba solo quedaba la nube más grande, es decir, el señor

regordete. Los demás, el bajito y el de la cara aplastada, se habían desvanecido igual que en el cuento del abuelo.

Kaede, levemente perpleja, miró una y otra vez a su abuelo y a la nube regordeta. Sin duda, mientras creaba su relato, el abuelo había prestado atención por el rabillo del ojo al devenir de las nubes, y diferente desenlace le habría dado a la historia de haber sido las otras las que hubiesen mantenido invariable su forma sobre la bóveda celeste.

–Sigue, abuelo, sigue. Si no… –rogó Kaede, tirándole de un pelo que le crecía bajo la barbilla, directamente de un lunar situado sobre la nuez, y que, para su sorpresa, cedió fácilmente a la escasa tensión creada por la niña y se desprendió. Recordaba haber reído ante lo inesperado del hecho.

¿Y si, mediante ello, había abierto una compuerta por donde la cordura de su abuelo había escapado?, se preguntó la Kaede del presente.

Pero el deterioro en la salud del anciano no se había hecho patente hasta hacía medio año, cuando, con motivo de un paseo, Kaede se había dado cuenta de la corta longitud de los pasos de su abuelo.

–Abuelo, ¿no has engordado? Mira qué paso llevas.

–La edad, la edad… –replicó el abuelo ladeando la cabeza y esbozando una burlona y, a la par, amarga sonrisa.

Al principio, también Kaede lo había achacado a la edad más que al sobrepeso, pero después se percató de que esto último era, en realidad, la causa principal, y a partir de aquel momento los hechos se desarrollaron con rapidez: la mano en que sostenía la taza de su apreciado café le temblaba ostensiblemente; Kaede, en sus visitas, siempre lo encontraba cabeceando en la butaca de su estudio; había empezado a andar encorvado de hombros y lo hacía todo con exasperante lentitud.

Kaede no podía olvidar el impacto que sufrió en el momento de recibir la noticia de lo que le estaba sucediendo a su abuelo.

Sucedió a través de una llamada telefónica a altas horas de la noche. Somnolienta, Kaede atendió el teléfono y, al tiempo que se restregaba los ojos, escuchó la voz de un hombre joven que, con la voz entrecortada, se presentó como paramédico de los servicios de urgencia.

Parecía consternado. Tras varios titubeos, habló:

–Disculpe, ¿hablo con Kaede? Verá, hemos acudido a una llamada realizada al 119 y estamos atendiendo a un anciano que debe de ser su abuelo. Hemos encontrado una nota con un número de urgencia escrito junto al nombre de Kaede y hemos pensado que…

–Sí, soy yo. ¿Qué ha ocurrido?

—Verá, su abuelo asegura que usted se encuentra tendida en el suelo, cubierta de sangre…

En la clínica del vecindario dijeron que era posible que se tratara de párkinson, pero, puesto que no tenían los medios para confirmarlo, recomendaron trasladarlo al hospital.

Y, así pues, tras ser ingresado en cierto hospital universitario, se le realizó un examen exhaustivo, incluida una tomografía.

—Sufre un deterioro cognitivo —anunció el médico—. Demencia de Lewy, para ser exactos.

Resultaba difícil asimilar que a aquel hombre de pensamiento siempre tan lúcido acabara de diagnosticársele una demencia, recién cumplidos los setenta años. Kaede no terminaba de darle crédito a la noticia.

A través de internet y otras fuentes, la joven fue recopilando información acerca de la enfermedad que afectaba a su abuelo y descubrió que los síntomas que mostraba se correspondían efectivamente con el diagnóstico.

Solo en Japón, el número de afectados por enfermedades relacionadas con el deterioro cognitivo se eleva a cuatro millones y medio, y Kaede descubrió que bajo el denominador común de la demencia se agrupan, en realidad, diversos tipos de enfermedades degenerativas. En concreto, son tres los tipos principales.

El setenta por ciento de las personas que padecen deterioro cognitivo presenta las características de la llamada enfermedad de Alzheimer, causada al parecer por una inusual acumulación de la proteína β-amiloide en el cerebro.

Cuando se habla de enfermedades neurodegenerativas, es la de Alzheimer la primera que le suele venir a la mayor parte de las personas a la cabeza.

La que sigue al Alzheimer en número de afectados, con un veinte por ciento del total, es la conocida como demencia vascular, que se origina como secuela de un infarto cerebral.

Los síntomas más conocidos de cualquiera de los dos tipos de demencia mencionados son la incapacidad para recordar y, en consecuencia, la reiteración inconsciente de lo que ha sido dicho con anterioridad, y la desorientación, tanto temporal como espacial —puesta de manifiesto en la frecuencia con que quienes la padecen deambulan por las calles sin saber a dónde ir—.

Por otro lado, la demencia diagnosticada al abuelo de Kaede, esto es, la de Lewy, más precisamente llamada «demencia con cuerpos de Lewy», afecta al restante diez por ciento del total.

Recibió dicha denominación en 1995, y es, por tanto, de reciente descubrimiento, en comparación con el resto. Conocida en ocasiones

como «la tercera demencia», ha comenzado a acaparar una mayor atención durante los últimos años, y poco a poco va avanzándose en la investigación sintomatológica y terapéutica.

El factor causante de la misma es la anómala acumulación en el tronco del encéfalo de unas proteínas rojizas y con aspecto de huevo frito denominadas «cuerpos de Lewy».

La presencia de dichas estructuras proteicas con forma de huevo frito es la causante de la dificultad para caminar y de los temblores en manos y piernas asociados a la enfermedad de Parkinson, así como de severos trastornos durante la fase REM del sueño, durante la cual se producen episodios de somniloquia, es decir, de hablar en voz alta, además de una tendencia al sueño diurno y una pérdida de la capacidad para discernir el espacio y las distancias.

Sin embargo, lo que distingue principalmente la demencia con cuerpos de Lewy de los otros dos tipos de demencia es la ocurrencia de episodios alucinatorios.

Unos pacientes tienen visión monocromática, en blanco y negro, y otros a todo color, pero todos coinciden en la claridad y nitidez de las alucinaciones que experimentan.

Al despertar por la mañana, un paciente puede encontrarse con diez personas en su habitación, de pie, inexpresivas, observándolo fijamente en silencio; o, por ejemplo, con una serpiente que se enrosca lentamente sobre la mesa del comedor, o con una joven con trenzas que lo persigue durante todo el día. Las alucinaciones pueden consistir también en seres que solo pertenecen al mundo de la fantasía, como un cerdo caminando ágilmente a dos patas, un hada revoloteando elegantemente sobre el plato de la comida o, como en el caso del abuelo de Kaede, un tigre azul.

Por raro que parezca, lo normal es que las visiones no vengan acompañadas por alucinaciones auditivas. Todo ese efervescente mundo alucinatorio es, por así decirlo, mudo y limitado a la experiencia visual. Ninguna de las alucinaciones dirige la palabra a los pacientes de Lewy.

Pero, puesto que el noventa por ciento de la información que recibimos del mundo exterior nos llega a través del sentido de la vista, no es extraño que esa efervescencia de imágenes que los pacientes perciben sea asumida como real.

«Ver para creer», se dice a veces. Pues bien, ellos «ven» y «creen lo que ven», no ponen en duda su sentido de la vista y, obviamente, es difícil convencerlos de que eso que tan vívidamente perciben y tienen antes sus ojos no existe en la realidad.

Al contrario, se enfadan si se les insiste en no dar crédito a su vista, en no confiar en lo que sus ojos ven tan claramente.

Esa es una de las razones por las que resulta tan complicado

cuidar de un enfermo de demencia de Lewy. Kaede trató de informarse mediante la lectura de un libro que trataba el tema. En él se decía lo siguiente:

> Cuando los pacientes de demencia con cuerpos de Lewy expresan el miedo que sienten ante determinados espejismos, como ante la visión de un insecto enorme, por ejemplo, tratar de convencerlos de que son solo imaginaciones suyas no conduce a nada. Lo aconsejable es hablarles con suavidad y demostrarles que una simple palmada basta para hacer desaparecer la visión. También resulta efectivo desviar con delicadeza la atención del paciente hacia cualquier otro asunto.

Kaede nunca había visto a su abuelo enfadado y, por consiguiente, no estaba dispuesta a enfadarse con él; y por la misma razón hizo lo posible por no tratarlo como un enfermo. Por tanto, tampoco negaba ni desmentía sus visiones en presencia de él.

Al fin y al cabo, es casi imposible hacerle entender a un paciente de demencia la realidad y el alcance de su enfermedad, y aun lográndolo poco se consigue con ello, aparte de infligir mayor sufrimiento.

No obstante, Kaede no estaba del todo convencida de que su modo de afrontar la enfermedad de su abuelo fuera el más correcto. En cierto modo, lo que estaba haciendo era mirar hacia otro lado, rehuir la realidad de la degeneración cognitiva que sufría su abuelo, vivir en una quimera llena de buenas intenciones, pero quimera, al fin y al cabo.

«Hay algo que no cuadra», pensaba Kaede, sin llegar a dar exactamente con eso que no encajaba. Aún no se hacía una idea clara y precisa de qué era lo que necesitaba rectificar.

# 3

Tomó un autobús en Gumiyoji y, después de quince minutos de sacudidas y zarandeos, llegó al estudio donde vivía. Allí se encontró con que había recibido un libro.

Se trataba de una recopilación de ensayos literarios escritos por el crítico Takeshi Setogawa, gran devoto de la novela de crimen y de misterio.

Lo abrió y comprobó que aquel ejemplar pertenecía a la primera edición, con fecha del 1 de abril de 1998. Según recordaba Kaede, el autor había fallecido prematuramente, a los cincuenta años, y aquel libro se había publicado de manera póstuma.

Influida por su abuelo, Kaede se había aficionado a las novelas de crimen y misterio desde niña y ya no le bastaba con leerlas: buscaba también, entre los libros de la biblioteca de su abuelo, ensayos literarios que la ayudaran a profundizar en su análisis.

Lo que aprendía de aquellos ensayos no dejaba de sorprenderla y causarle auténtica admiración. El autor proyectaba su peculiar punto de vista sobre los más diversos asuntos y los hacía indudablemente atractivos para el lector, hasta el extremo de resultar más interesantes los ensayos que las obras literarias que analizaban.

En su serie de columnas, titulada *Peregrinaje hacia las grandes novelas de misterio*, abordaba puntualmente novelas de Ellery Queen, Agatha Christie o Dickson Carr y se preguntaba hasta qué punto podían considerarse obras maestras. Lo hacía de manera impecable, mediante una lógica férrea y con el talento de ofrecer a sus lectores una dosis de intriga superior a la que podía hallarse en las novelas analizadas. Sus críticas rebosaban amor por su objeto en cada línea y su lectura siempre resultaba reconfortante.

Era él el maestro indiscutible de la crítica y quien había despertado en Kaede su gran afición por las novelas de crimen y misterio.

«Takeshi Setogawa…».

A Kaede le bastaba con susurrar su nombre para que el pecho se le hinchara de emoción y expectación.

Alrededor de 1970, el joven Setogawa era una figura clave del legendario club de misterio de la Universidad de Waseda, del que salieron no pocos críticos y autores de misterio. La cafetería Mon Chéri, ubicada junto al campus, en el mismo barrio de Nishi Waseda, servía de sede de las reuniones del grupo, de sus vehementes debates y discusiones en torno a la novela de misterio, y en su centro, sirviendo de eje y pivote, siempre se hallaba el rostro alegre, de rasgos

pronunciados y cejas profusas, de Takeshi Setogawa.

Precisamente, el abuelo de Kaede fue uno de los miembros destacados del grupo.

¿Qué mejor que una taza de café para acompañar una novela de misterio? El letrero extendido en vertical en el que se leía MON CHÉRI, EXPERTOS EN CAFÉ, en letras blancas de diseño psicodélico sobre fondo rojo, parecía una señal de bienvenida a aquellos expertos en misterio que allí acudían, y hasta un aviso disuasorio para los demás clientes, para que se abstuvieran de entrar. Una vez dentro, ¿qué mejor que una humeante taza de café, denso y amargo, en cuya superficie se arremolinaba, cremoso, el misterio?

El alicatado de azulejos amarillos que adornaba la pared exterior del local hacía pensar en *El misterio del cuarto amarillo*, de Gaston Leroux, y el resonar de las pisadas de los actores que ensayaban en el pequeño teatro de la primera planta traía recuerdos de *Pasos sospechosos*, de Chesterton, o de *Paseantes en el tejado*, de Ranpo.

Pero no nos queda ya más remedio que dejar volar la imaginación, ahora que Mon Chéri ha dejado de existir, y guardar memoria de aquella cafetería en que, en un tiempo pasado, coincidieron el abuelo de Kaede y Takeshi Setogawa, tal y como todavía recordamos aquel edificio llamado Tokiwa-so, cuyos apartamentos acogieron a tantos y tan destacados dibujantes de manga, y de la misma manera que aún nos deslumbra con su brillo y calor el monte Liang de la clásica novela *Bandidos del pantano*.

«Cómo me habría gustado escuchar una conversación entre el abuelo y Setogawa…», fantaseaba Kaede, y su fantasía se inflamaba y avivaba, estimulada por la desaparición misma de la emblemática cafetería. Sí, lamentablemente, ya no era posible acudir a Mon Chéri.

Pero, afortunadamente, todavía podía encontrarla en los libros, y deseó entregarse a la lectura sin mayor demora.

Los libros de su abuelo, pulcramente forrados en papel *glassine* semitransparente para su conservación y con sus páginas perfectamente lisas, sin doblez alguna, causaban cierta aprensión en Kaede, que temía causarles algún desperfecto si los tomaba prestados.

Así pues, para colmar su anhelo por la lectura de los ensayos de Takeshi Setogawa, se había decidido por comprárselos ella misma en vez de pedírselos prestados a su abuelo.

«Está en perfecto estado, qué bien. Y trae la faja intacta».

Kaede se sentía feliz con el libro en las manos, hojeándolo, revisándolo. Se encontraba en tan buen estado que parecía nuevo, pese a haberlo adquirido, descatalogado ya, en una librería de libros usados por internet. Con este, completaba toda la colección de los volúmenes de su admirado autor.

«¡Ya los tengo todos! ¡A mis veintisiete años, he completado las

obras de Takeshi Setogawa!».

Kaede se percató de la sonrisa que iba dibujándosele en los labios mientras pasaba las páginas del ejemplar.

De pronto, cuatro pequeñas hojas de papel se desprendieron de entre las páginas del libro y cayeron, cual hojas de *ginkgo* en otoño, sobre la alfombra.

«¿Qué es esto?».

Kaede las recogió y las puso sobre la mesa. Eran hojas rectangulares de distintos tamaños.

«¿Marcapáginas? Pero ¿para qué iba alguien a usar cuatro marcapáginas en un solo libro? Y tampoco parecían pósits».

De hecho, Kaede comprobó que se trataba de recortes de periódicos y revistas que contenían sendos artículos en los que se informaba sobre el fallecimiento de Setogawa.

# 4

Transcurridos tres días, Kaede aprovechó la siguiente jornada festiva para acudir al distrito de Meguro, poner rumbo a Himonya y finalmente dirigirse al barrio residencial contiguo al templo Hachiman.

En uno de sus rincones, más allá de las ramas de aralia y de cerezo que se extendían por encima del muro de un modesto jardín, se elevaba la humilde casa de madera y dos alturas donde vivía el abuelo de Kaede. En la placa de madera de la puerta de entrada podía leerse nítidamente el apellido del anciano, aquel apellido tan familiar.

Se dice que la placa de la entrada constituye el rostro del hogar. Pues bien, aquel era un rostro de exquisita caligrafía, indicativo de la dignidad y la respetabilidad de quien allí habitaba. No obstante, al atravesar la puerta e internarse en el jardín, dicha impresión de honorabilidad se diluía repentinamente. Aún alfombraban el suelo las piedras redondeadas que habían indicado en tiempos pasados el camino de entrada de la casa, pero este había sido recubierto, en su mayor parte, de cemento desabrido e insípido, desde la aparición de los primeros síntomas de enfermedad del abuelo. Apenas girado el pomo de la puerta –que por el momento no había estado sujeta a ninguna reforma–, ya se percibía en el aire un olor punzante a medicamento.

Kaede estuvo a punto de alzar la voz para preguntar si la asistenta social se encontraba allí, pero, al no localizar sus zapatos en el vestíbulo, desistió antes de decir nada. La mujer se encargaba básicamente de hacer la colada del abuelo y la limpieza de la casa, y debía de haberse ido poco tiempo antes.

La joven nieta no estaba aún acostumbrada a la visión de los numerosos pasamanos instalados recientemente por diversas zonas de la casa, principalmente en el pasillo, utensilios ahora indispensables para los desplazamientos del anciano por cada área de la vivienda. Tan enrevesados eran los trámites burocráticos y tan desproporcionado el tiempo requerido por la administración para conceder ayudas económicas en pos de la adquisición de objetos de asistencia a la tercera edad, como los pasamanos, que Kaede había decidido finalmente desistir de solicitar la ayuda y costearlos de su propio bolsillo.

La joven avanzó por el pasillo y entró en la sala de estar, a mano izquierda. Miró la viga central de la casa, apenas ya sin lustre, pero que conservaba visibles las numerosas marcas de lápiz que el abuelo había ido trazando a lo largo de los años de infancia de Kaede, nieta

única, para marcar su progresivo crecimiento, de igual modo que había hecho anteriormente con su madre. El tiempo había ido borrando, casi por completo, las fechas y las medidas anotadas junto a cada línea trazada, pero todavía se vislumbraba, nebulosamente, la hermosa caligrafía con que habían sido escritas por el abuelo, de modo que ver cómo las barras de sujeción de un pasamanos se hundían en aquellos delicados trazos resultaba doloroso.

Kaede reparó en varias camisetas blancas tendidas en un tendedero junto a la ventana.

«Pero ¡habrase visto! ¡La asistenta ha olvidado recoger todas esas camisetas!».

Resulta que no es conveniente dejar ropa tendida en los hogares con personas que sufren demencia con cuerpos de Lewy, debido al peligro que existe de que la confundan con personas. En especial, la ropa blanca constituye el lienzo perfecto para que sobre él aparezcan, superpuestas unas a otras, figuras y más figuras imaginadas.

Del mismo modo, tampoco conviene mantener a simple vista cualquier retrato en general ni, por supuesto, fotografías de seres queridos. Como tantas otras personas encargadas de velar por un familiar con Lewy, Kaede también se aseguró de guardar bien, al fondo de un cajón del armario, todas las fotos que el abuelo tenía colocadas encima de la mesa.

En el momento en que Kaede se disponía a retirar las camisetas de las perchas, escuchó a sus espaldas la voz relativamente serena de su abuelo.

–Kanae dejó ahí esa ropa a secar y tal vez no esté lista todavía.

El abuelo se sentó pausadamente sobre la cama, con una taza de café en la mano. Aquel dormitorio de la primera planta había acabado transformado en un cuarto trastero. Este y el estudio del final del pasillo constituían prácticamente las dos únicas áreas de actividad del anciano dentro de la casa.

Kaede apreció la seguridad de los pasos del hombre aquel día, mucho más firmes en comparación con la ocasión anterior. Esta es también una de las características de la demencia de Lewy. El estado de los pacientes varía ampliamente de un día a otro.

–Comprendo. Solo iba a alisar algunas arrugas y… –dijo la joven, desistiendo de descolgar la ropa. A continuación, añadió–: Ha sido mamá quien ha venido hoy, ¿verdad? No la asistenta.

–Pero no ha podido quedarse por mucho tiempo. Ha tenido que volver corriendo al trabajo –aseguró el anciano–. Os debéis de haber cruzado.

Kaede respiró aliviada. «Mejor», pensó. Al menos, aquel preciso día…

Recientemente, pocas eran las ocasiones en que se encontraba a

su abuelo en tan buen estado. Debía aprovechar aquella oportunidad que se le presentaba.

–El café que prepara Kanae está tan rico que incluso frío da gusto tomarlo –apreció el anciano con una complacida sonrisa, al tiempo que recomponía lentamente su postura, sentado sobre la cama.

Sorbió el café sosteniendo la taza con mano temblorosa y, finalmente, dijo:

–Mira, hoy no vierto el café. No es porque yo lo diga, pero esto debe de ser señal de que me encuentro mejor. Me gustaría comprobarlo; confío en mi intuición, por más que solo sea una intuición.

Volvió a llevarse la taza de café a los labios y miró fijamente a Kaede.

–Kaede, tienes algo importante que decirme. Te lo veo en la cara.

La joven estuvo a punto de romper a llorar ante aquella mirada cándida y, a la vez, incisiva que aquellos dos ojos negros de su abuelo le dirigían. Era como si volvieran a ser los ojos de antes, limpios de la eterna veladura de somnolencia que se había instalado sobre ellos. También sus palabras sonaban aquel día tan claras y límpidas como el brillo de sus ojos.

Pensándolo bien, durante los últimos seis meses Kaede no había mantenido una conversación seria con su abuelo, tan preocupada como había estado por su estado de salud. Sí, aquel era el día perfecto para poner a prueba cierta idea que había venido rondándole la cabeza.

–Sí, abuelo –admitió con todo el aplomo que pudo–. Lo cierto es que… quisiera preguntarte algo.

–Dime.

–Abuelo… –Kaede tuvo que volver a hacer el esfuerzo de contener las lágrimas–. Verás, abuelo, ¿entiendes lo que está ocurriéndote…, tu enfermedad…? ¿Eres consciente de que todos esos seres extraños que ves no existen en realidad, que son alucinaciones?

Fue inútil.

A continuación, la voz le salió temblorosa a Kaede:

–No quieres que me preocupe por ti… –Kaede rompió a llorar. No pudo evitarlo, pese a haberse determinado a no hacerlo–. No quieres que me preocupe por ti y por eso finges que todo sigue igual, que no te das cuenta de lo que está ocurriéndote. ¿Es eso, abuelo?

Sonriendo cándidamente, el anciano volvió a llevarse la taza a los labios. Después, depositó la taza, con enorme cuidado, sobre la mesa ubicada junto a la cama.

–Es exactamente como dices, Kaede. Sufro demencia con cuerpos de Lewy.

La intuición de Kaede no había andado desencaminada.

Aquellos ojos negros, de profundidad insondable, contemplaban a la joven tan honda y atentamente que en su mirada se diría que uno podría zambullirse. En ellos aún habitaba la misma chispa de ingenio de tiempos pasados, y Kaede no se daba cuenta de que tal era, precisamente, la causa del extraño pálpito que sentía, de aquello que no terminaba de cuadrarle.

Kaede dedicó los siguientes dos días a profundizar en el conocimiento de la enfermedad y descubrió nuevos detalles de interés: por ejemplo, que entre los pacientes se observan enormes diferencias sintomáticas relativas al deterioro de la memoria y de la percepción espacial, en función del lugar del cerebro donde se localicen los llamados cuerpos de Lewy.

Hay también pacientes que se asustan de sus visiones, mientras que otros se acostumbran a ellas y las aceptan sin temor. El abanico de síntomas y la variedad de matices es tal que hay casi tantos como pacientes.

En muchos casos, una equilibrada administración de distintos medicamentos, empezando por la dopamina, logra proporcionar una sensación casi milagrosa de lucidez que los pacientes comparan con la de un paisaje que se muestra despejado ante sus ojos, tras disiparse una densa capa de niebla.

Aunque ello depende en gran medida de la condición física de cada uno, los pacientes no suelen notar el deterioro cognitivo que sufren. Sin embargo, muchos de ellos son plenamente conscientes de la naturaleza fantástica, irreal, de las fantasmagorías que ven, de que son producto de su enfermedad. Esto era lo que más le sorprendía a Kaede.

Algunos incluso reciben con agrado su correspondiente dosis de visiones al despertar cada mañana y, posteriormente, realizan dibujos basados en las mismas. Una actitud muy positiva, sin duda.

Todavía no se ha descrito de manera exhaustiva el cuadro clínico de la demencia con cuerpos de Lewy, y a veces se producen malentendidos en su diagnóstico. Y en cuanto a su tratamiento, en no pocas ocasiones, se incurre precipitadamente en decisiones erróneas basadas en la intensidad con que se presentan los síntomas alucinatorios. Sin embargo, la intensidad de los síntomas, al parecer, no siempre va asociada a un mayor deterioro cognitivo.

El conocimiento de dichos datos arrojó una mayor claridad a lo que Kaede ya sabía de la enfermedad; también ella tuvo la impresión de que se le desprendía de los ojos una venda nebulosa y que, por fin, veía y comprendía, y que los detalles encajaban.

El abuelo de Kaede observaba el leve temblor de sus manos y era

consciente de que no se trataba de un síntoma de párkinson, como podía haberse sospechado.

–Ya sé desde hace mucho tiempo que mi estado de salud anda algo renqueante –admitía el anciano–. Por ejemplo, cuando miro hacia esa pared de la librería, veo una elaborada escultura de santuario, como solo un experimentado artesano habría podido tallar. Sin embargo, cuando me acerco a tocarla, el tacto no se corresponde con lo que veo; mis dedos solo captan la lisura de la pared. Entonces, me pregunto en cuál de ambos sentidos debo confiar, si en la vista o en el tacto. Pero ¿es acaso posible que alguien se haya tomado la molestia de introducirse furtivamente en la casa de este anciano, portando una escultura, y que la haya instalado aquí sin motivo especial? No lo creo. Me gustaría que lo que mis ojos ven estuviera ahí de verdad, pero me temo que es más razonable confiar en mi sentido del tacto, por encima del de la vista.

Kaede no le dio ninguna réplica al respecto y se limitó a seguir escuchando con atención.

–Pero ¿a qué se debe tan extraordinaria visión? –continuó el anciano–. Tenía el ordenador estropeado y no podía usarlo, y, con estas manos torpes, no soy capaz de consultar el teléfono móvil. De hecho, Kanae acabó confiscándome el teléfono después de que yo diera aviso al 119, creyendo haberte encontrado muerta en la sala. De manera que me he quedado sin todo posible canal de consulta.

El abuelo hizo un gesto burlón con la boca antes de proseguir:

–Así pues, tomé una decisión: le pedí a la asistenta que llamara a una furgoneta de los servicios sociales para que me llevara a la biblioteca. Allí llevé a cabo mis búsquedas acerca de lo que podía estar sucediéndome. Al poco de estar leyendo, la vista se me cansó, me entró sueño… Me llevó todo el día dar con la respuesta de lo que estaba sucediéndome, pero logré lo que me había propuesto. Supongo que sabes qué es la materia gris del cerebro…

El anciano sonrió al escucharse decir «materia gris», expresión a la que a menudo recurría Hércules Poirot, el popular detective belga creado por Agatha Christie.

–Pues bien, en el cerebro de los enfermos de demencia de Lewy –continuó–, se produce cierta proliferación de unas estructuras de color anaranjado, cosa que ha llevado a que se hable de la «materia rojo escarlata» o las «neuronas rojo escarlata» del cerebro de sus pacientes.

–Entonces –intervino Kaede. Notó la voz seca al hablar–, ¿por qué me hablabas de tus visiones como si creyeras que eran reales?

–Porque… –titubeó– me gustaba ver cómo cambiabas de expresión al escucharme hablar de esos seres fantásticos; la sorpresa y esa sonrisa comprensiva que me ofrecías…, y, sobre todo, tus atentos comentarios. Así, te sentía cercana, a mi lado.

—¿Eh? Pero si sabes que me tienes a tu lado en todo momento, pase lo que pase.

—Sin embargo…, ¿cómo podría explicártelo? En fin, tiempo atrás hablé contigo acerca de mis planes de jubilación, o, más claramente, sobre el modo en que debía afrontar los años venideros, que, hablando honestamente, no serán demasiados por lo que a mí respecta. Ya ves lo mayor que estoy… Cuando te hablé de ello, todavía podía presumir de buena salud y, de hecho, debí de hablarte tanto como una hora, sin parar, sobre mi futuro. La reacción que me encontré por tu parte fue de completa indiferencia. Te mantuviste en silencio e inexpresiva todo el tiempo, sin que diera la impresión de que estuvieras prestándome la más mínima atención.

El anciano guardó silencio y bajó la mirada antes de añadir:

—Estabas ahí, Kaede, pero habías desaparecido. Eras ya solo un espejismo.

Un rictus de angustia cruzó fugazmente el rostro del anciano, provocado quizá por el sabor amargo del café.

—Y ahora esta dichosa enfermedad… ¿No es triste? Me prometí no hablarte de la enfermedad mientras aún pudiéramos disfrutar de nuestra compañía mutua, Kaede. Decidí no hacerlo aun a riesgo de que me escucharas decir tonterías y cosas sin sentido debido a la demencia, y me tomaras por un viejo renqueante que chochea.

«Abuelo».

Kaede susurraba para sí misma.

«Abuelo…».

El anciano había tratado, sin éxito, de confiarle a su única nieta los planes que albergaba para los años venideros, los últimos de su vida, y ella no había sabido escucharlo.

Lamentó no haberse dado cuenta de ello antes.

Ciertamente, su abuelo sufría aparatosas visiones con relativa frecuencia. Y, a veces, se le nublaba la consciencia y sufría pérdidas de memoria, y sus movimientos eran, por regla general, torpes e imprecisos. Sin embargo, a pesar de todo ese progresivo deterioro físico y mental, su intelecto se mantenía en un estado prácticamente perfecto.

# 5

Debía de ser la hora de la salida en la escuela infantil ubicada en las proximidades y hasta los oídos de Kaede y su abuelo llegaron agradables ecos de melodías infantiles que los niños iban entonando al pasar delante de la casa, reconfortando y aliviando, con su cálido contraste, el ambiente tornado sombrío y amargo entre ambos.

Ante el canto de los niños en aquel atardecer temprano de otoño, al anciano se le aflojó la tensión del rostro. El sol parecía querer conceder una prórroga al día y posponer el anochecer.

–¿Sabes, abuelo? Hay una cosa que quiero que veas –anunció Kaede, e inmediatamente extrajo de su bolso negro el libro de ensayos de Setogawa. Anticipándose a la posibilidad de encontrarse al anciano dormitando en su poltrona, lo había traído para pasar el tiempo leyendo, acomodada a su lado y cubierta con una manta recién lavada que había traído de casa.

Sin embargo…

Se había llevado la sorpresa de encontrarlo en buena forma aquel día y quizá…

El anciano se llevó la mano a uno de los bolsillos de su bata, sacó unas gafas para la miopía, sin montura, se las colocó sobre el prominente puente de la nariz e, incluso antes de sujetar el libro con sus propias manos, exclamó rebosante de entusiasmo:

–¡La obra póstuma de mi querido Setogawa! ¿No es así? Pero ¿por qué la has comprado? Podría habértela prestado.

«Abuelo, ¿cómo iba a atreverme a tomar prestado un libro al que guardas tan hondo cariño?».

Kaede contuvo la risa.

–Según tengo entendido, la edición está agotada, pero te has hecho con un buen ejemplar, ¿eh? –comentó el hombre.

–En las librerías de segunda mano, por internet, uno a veces encuentra rarezas más fácilmente de lo que podría imaginar. Pero…, mira, mira lo que he encontrado entre las páginas del libro.

Kaede hojeó el libro y, tras encontrar los cuatro recortes de artículos, los extendió sobre la mesa.

> Fallece Setogawa, crítico de cine y de novela de misterio.
> Setogawa, el genio de la crítica, ha muerto.
> Setogawa y el adiós a la época dorada de la crítica.
> Cine y novela de misterio: un feliz encuentro, según Setogawa.

–Recuerdo haber leído estos cuatro artículos en su momento –explicó el anciano con la voz casi quebrada. Un rápido vistazo le había bastado para reconocerlos–. Creo que había otros dos más. Los tengo

todos recortados y bien guardados.

–Ah, ¿sí? –Kaede volvió a maravillarse del buen estado en que se mantenía la memoria de su abuelo. La demencia le había arrebatado la mayor parte de sus recuerdos recientes, pero los de tiempo atrás parecía poder recuperarlos con asombrosa facilidad–. Bien, creo que nos encontramos ante un pequeño misterio de esos que suelen pasar desapercibidos a la mayor parte de la gente.

–Déjame ver… –dijo el abuelo, observando atentamente los recortes–. Quien haya dejado estos cuatro recortes entre las páginas del libro debe de haberlo hecho con alguna intención concreta. ¿Es eso lo que quieres decir?

–Sí, ¿no crees que son demasiados para hacer de simple marcapáginas y que, dado el tema coincidente en los cuatro, no resulta verosímil que fueran recortados al azar para tomar alguna nota?

–Me recuerda a las historias de Harry Kemelman –apuntó el anciano al tiempo que se quitaba las gafas.

Se refería al viejo exponente estadounidense del crimen y el misterio, cuya obra representativa era *The Nine Mile Walk*. En ella se narraba la resolución de un crimen acaecido el día anterior, a partir de un comentario que el protagonista escuchaba decir entre los clientes de un *pub* donde se encontraba. El comentario era el siguiente: «No es fácil recorrer nueve millas a pie, y menos aún bajo la lluvia». La novela era notable en el uso exclusivo de la lógica deductiva como método aclaratorio de lo sucedido.

El anciano hizo una repentina petición a su nieta:

–Kaede, ¿me pasas un cigarrillo?

Sus palabras, al pedir el cigarrillo, sonaron con la musicalidad de un poema, o más bien como si pronunciara un hechizo.

La joven abrió un cajón de la cómoda del estudio y extrajo una cajetilla azul de cigarrillos franceses Gauloises. No es que fuera un tabaco de gran calidad, pero era lo único que había.

Cuando Kaede paseaba por las librerías de segunda mano del barrio de Jinbocho, acostumbraba a adquirir, por encargo del anciano, dicha marca de cigarrillos en una droguería perdida cuya ubicación solo algunos privilegiados conocían.

–Y…, eh…, te agradecería que me lo encendieras. Ya ves cómo me tiembla la mano. Cuando estoy solo hago lo posible por no beber.

Por alguna razón, y como bien sabía Kaede, su abuelo acostumbraba a usar el verbo «beber» también para referirse a la acción de fumar. Por lo visto, ello provenía de tiempos pasados, cuando beber sake y fumar eran acciones que venían ligadas y ambas podían realizarse en cualquier local, sin restricción legal alguna. De

joven no fumaba más que unos pocos cigarrillos a la semana, y prácticamente mantenía el mismo hábito de moderación en el presente, de modo que a Kaede no le importaba que se diera de vez en cuando a uno de los pocos placeres que aún podía disfrutar, como certificaba la expresión de embriagado deleite que solía aflorar en su rostro al aspirar el humo.

A Kaede no le desagradaba especialmente el olor de los Gauloises, pero, temiendo que se adhiriera a las camisetas tendidas, se apresuró a entreabrir la ventana para ventilar la sala. El abuelo aspiró una bocanada de humo.

–Bien… –dijo en un tono particularmente nítido, como si el tabaco tuviera la facultad de reactivar sus capacidades cognitivas–, cuéntame, Kaede: ¿qué deduces de todo esto, qué relato extraes de ello?

El corazón se le aceleró, lleno de excitación, a Kaede. Naturalmente, a lo que su abuelo se refería al usar la expresión «relato» era a las posibles hipótesis que arrojasen luz sobre el estado de cosas constatado: en este caso, los recortes guardados entre las páginas del libro.

Sí, ese era su abuelo. Había vuelto. Era él al cien por cien.

–Bien, este es mi relato –dijo Kaede y, a continuación, fingiendo toda la tranquilidad que pudo, se dispuso a desplegar las ideas que había ido considerando desde que hizo su descubrimiento–. Relato número uno: quien se haya dedicado a guardar estos recortes de artículos entre las páginas del libro tiene que ser el antiguo propietario del libro. Él, o ella, lo hizo bajo el deseo de compartir con el siguiente dueño del libro, fan seguramente de Setogawa, el vacío dejado por su muerte.

Kaede se detuvo y miró a su abuelo. Este asintió satisfecho. Ante él, siempre se volvía un manojo de nervios al tratar de explicar algo, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Sin embargo…

«Sin embargo, me siento feliz».

–Ejem. –Kaede volvió en sí–. Relato número dos –prosiguió–: quien introdujo los recortes en el libro es una persona relacionada con la librería de segunda mano. Se trata, naturalmente, de un fan de Setogawa. Por fin, después de muchos años en las estanterías o en el almacén de la librería, aparecía un comprador que solicitaba ese libro de ensayos. Él, o ella, lleno de alegría, introdujo los recortes a modo de particular regalo a ese solicitante anónimo del libro, o sea, yo, admirador de Setogawa al igual que él o ella.

El entusiasmo hizo que se le secara la garganta a Kaede.

–¿Qué te parece, abuelo? Estas son las dos posibilidades que veo.

–No está mal –concedió el anciano–. Ambas tienen sentido. Ninguna de las dos plantea nada descabellado. En ambas, sin

embargo, se oculta una contradicción obvia.

–¿Sí? –Kaede se mordió el labio inferior.

–Piensa en lo que implica el primero de los relatos. ¿Un auténtico fan de Setogawa se desharía tan fácilmente de tan preciado libro y de unos artículos de periódico que homenajean al autor tras su muerte? Recuerda que es una obra póstuma. Un admirador suyo lo conservaría con sumo cuidado, junto a los susodichos artículos, en su biblioteca personal.

Kaede no pudo menos que asentir con la cabeza, dando la razón a su abuelo.

–Sí, claro –admitió–. Se produce una contradicción psicológica de difícil justificación.

–El segundo relato tiene algo más de sentido que el primero, pero la incoherencia es obvia. Si un gesto de simpatía y consideración hacia el lector hubiera sido la única motivación del empleado de la librería al adjuntar los artículos, ¿qué le habría impulsado a incluir cuatro? ¿Por qué no le bastó con adjuntar uno solo? Es más, los recortes estaban cuidadosamente doblados y, ya que se tomó la molestia de guardarlos con semejante esmero, ¿por qué no empleó un simple momento en escribir una breve nota al destinatario? Algo parecido a «querido lector, me congratulo de enviarle el presente libro. Asumo que aprecia usted la obra del genial Takeshi Setogawa tanto como yo y me he permitido la licencia de adjuntarle algunos artículos publicados en homenaje al autor con motivo de la triste noticia de su fallecimiento. Por favor, acéptelos como regalo». ¿Por qué no habría justificado él o ella la inclusión de los artículos con una sencilla nota escrita a mano que no le hubiese llevado demasiado tiempo redactar?

»En definitiva… –proclamó triunfante el anciano–, ni el primer relato ni el segundo me convencen. Pero existe un tercer relato…, llamémoslo equis.

–¿Y bien, abuelo? –intervino Kaede con la voz ronca–. ¿En qué consiste ese relato llamado equis?

El anciano no respondió. Se limitó a sujetar su mermado cigarrillo Gauloises entre el pulgar y el índice y a dar la última bocanada, lamentando anticipadamente su fin. Sus ojos, fijos en un punto, iban entornándose poco a poco.

Kaede se preguntó si estaría quedándose dormido. Se equivocaba. El anciano abrió los ojos repentinamente.

–¡Ya lo tengo! –exclamó–. ¡Lo he visto! Lamentablemente, el anterior propietario del libro ya ha fallecido.

–¿Qué?

–Mira con atención, Kaede. ¿No ves claramente el rostro afable de un hombre?

Una visión…
Sin embargo, posiblemente no se tratase de una visión cualquiera, sino de una derivada del proceso deductivo del anciano.
Así lo interpretó intuitivamente Kaede.
–El relato equis –se decidió a explicar el anciano– viene a decir que nuestro hombre profesaba una gran admiración hacia Setogawa y, movido por el dolor de su pérdida, guardó estos artículos, a modo de homenaje particular, en uno de sus libros favoritos del autor. Lamentablemente, el sujeto en cuestión falleció y su esposa vendió muchos de los libros de su marido, sin saber del tesoro que entre ellos se ocultaba.
«Claro…».
¿Qué otra cosa podía ser? Todo encajaba a la perfección.
Y, sin embargo…, Kaede aún albergaba ciertas dudas.
En primer lugar:
–Abuelo, ¿cómo sabes que se trata de un hombre? Bien podría ser una mujer, igualmente.
–No lo creo –replicó el anciano sin vacilar un solo instante–. Las mujeres tienen más capacidad que los hombres para mantener la calma y superar el duelo en circunstancias tan traumáticas como el fallecimiento del cónyuge. Los hombres somos más vulnerables en ese sentido. Yo me incluyo.
Desvió la mirada hacia abajo.
–Cuando se fue tu abuela, me quedé paralizado, incapaz de hacer nada.
Kaede recordó los rasgos suaves de su abuela, diluidos en el pasado remoto de su memoria, y un instante de silencio se abrió entre ella y su abuelo.
El hombre mantenía la mirada fija a través del humo disperso del cigarrillo y, de pronto, comenzó a hablar con patente entusiasmo.

–Ja, ja, ja. Lo veo. Veo al antiguo propietario de este libro charlando con su admirado Takeshi Setogawa ante una de las mesas del Mon Chéri. Se encuentran enfrascados en un acalorado debate sobre cierta novela de crimen y misterio.
Otra visión…
Esta vez era, sin duda, peculiar.
Kaede contuvo la respiración.

–Todo es como antes: las paredes de madera de cedro impregnadas del aroma del café, el aliento de un nuevo misterio flotando en el aire, el dueño del local apostado tras el mostrador, con tiempo de sobra para echar una partida de *shogi* con un estudiante. De repente, el joven camarero se pone en pie de un respingo. ¿Qué le habrá pasado por la cabeza?

El rostro del anciano se tornó serio durante un instante, para recuperar su jovialidad habitual apenas un segundo después.

–Ya verás qué revuelo se forma –prosiguió–. A continuación, es el turno de Queen y Christie. Y mira, también se ha incorporado Carr al debate, y con él completamos esta hermosa velada con los tres grandes nombres del misterio. Un momento, Queen es el sobrenombre bajo el que se esconden dos autores que trabajan en colaboración, y, por tanto, debemos hablar de los cuatro grandes nombres. Christie ha entrado a la cocina y se ha puesto a preparar el clásico y apreciado té negro del condado de Devon. Setogawa y sus contertulios agradecen el gesto. Carr, circunspecto, como si nada de aquello fuera con él, contempla la tetera tan fijamente que se diría que fuera a atravesarla con la mirada –seguro que acaba de ocurrírsele alguna nueva treta de las suyas para inducir al envenenamiento–. Todos los presentes, sin excepción, están disfrutando de lo lindo.

«¿Qué diablos…?».

«¿A qué viene ese recital de incoherencias por parte del abuelo?».

El gentil corazón del abuelo parecía tratar de encontrar un final feliz para el misterio de los recortes de periódico, parecía querer celebrar tal descubrimiento con un alegre regreso a aquella época.

Los ojos de Kaede volvieron a llenarse de lágrimas, cálidas esta vez y acompañadas de una sonrisa.

«Sin duda, la escena que contempla el abuelo es tan real como la vida misma».

Así lo sentía Kaede, pese a no poder demostrarlo empíricamente.

El anciano apagó su cigarrillo en el agua que llenaba el cenicero y se produjo un sonido de asfixia.

Una agradable brisa otoñal se colaba por la ventana entreabierta, meciendo suavemente las camisetas aún colgadas del tendedero.

El anciano inclinó la cabeza repetidamente en dirección a las camisetas, como en señal de agradecimiento hacia ellas.

–Señores, les estoy sumamente agradecido por haber acudido a esta reunión de veteranos.

Casi al mismo tiempo que el Gauloises se extinguía, también lo hacía la visión del abuelo y este volvía a sumergirse en un estado de ensimismamiento.

# 2.
# Un bar y un enigma de habitación cerrada

# 1

Pese a gozar de la categoría de funcionario del Estado, un profesor de colegio público nunca sabe a qué hora terminará su jornada laboral y podrá regresar a casa. Basta con que una se ponga a corregir exámenes en la sala de profesores para que le den las seis de la tarde sin darse cuenta.

«Pero ¿qué rayos fue aquello?».

Ensimismada en su labor, los pensamientos de Kaede volaron hacia aquella enigmática visión. ¿Qué circuito cerebral era capaz de generar la contemplación de una escena tan vívida?

«¿Quizá…?».

Kaede detuvo el bolígrafo rojo con que corregía los exámenes. Lo más probable era que el abuelo hubiese llegado a aquella conclusión acerca de los recortes entre las páginas del libro gracias a su aguda perspicacia, y que la pintoresca visión del Mon Chéri no hubiera sido más que un subproducto de dicha conclusión, generado por esta. Sí, eso debía de haber sido.

El humo ante sus ojos debía de haber actuado como un brumoso telón que, por un lado, ocultaba las imágenes fantasmagóricas y, por otro, las estimulaba e insinuaba entre la niebla traslúcida.

«Esta es, al menos, mi hipótesis. Mejor dicho, mi relato».

Kaede ahogó una sonrisa para no despertar el recelo entre sus compañeros en la sala de profesores, y miró hacia abajo, simulando estar concentrada en la corrección de los exámenes.

«Ahora que lo pienso…».

El anciano solía decir que todo lo que sucede bajo el sol constituye un relato. Tal era su lema.

Cuando Kaede era apenas un bebé, su abuelo ya había alcanzado el puesto de director de colegio.

Todos allí lo conocían con el sobrenombre del Limpiacristales y, una vez que Kaede se convirtió en alumna del mismo centro educativo, supo que él era el más apreciado de entre los docentes. Exceptuando las ceremonias de inicio y fin de curso, nadie lo había visto nunca ataviado con la formalidad de un traje. A menudo, se le podía ver en mangas de camisa, remangado, limpiando los cristales de las ventanas del pasillo o regando las plantas del jardín o fregando con ahínco los inodoros de los servicios.

La musculatura fibrosa y alargada de sus brazos podía hacerle suponer a uno que se dedicaba a las artes marciales o a cualquier actividad deportiva. No habría sido descabellado incluso tomarlo por

el profesor de Educación Física del colegio.

Cada vez que se cruzaba con un alumno, lo llamaba por su nombre y le preguntaba qué libro estaba leyendo. Si ya resultaba suficientemente sorprendente que fuera capaz de acordarse del nombre de cada alumno, más admirable aún se le antojaba a Kaede el hecho de que conociera indefectiblemente el contenido de cada libro en cuestión al escuchar el título, fuera este el que fuese, y de que procediera a explicar dónde radicaba el atractivo del relato de tal libro.

El día del fin de curso, durante la ceremonia de entrega de diplomas, acompañaba la entrega de cada certificado con la del ejemplar de un libro. Es más, la elección de este, ya se tratara de ciencia ficción o de misterio, literatura clásica o cómic, no respondía a un criterio meramente aleatorio por parte del abuelo, sino que se ajustaba al gusto personal de cada niño.

Y no solo era una cuestión de libros.

También entregaba videojuegos a algunos de los jóvenes estudiantes. Mantenía una mentalidad lo suficientemente abierta como para considerar que los videojuegos, en tanto que relatos, podían formar parte del desarrollo cognitivo y emocional de los chicos.

Por otro lado, no escatimaba en provocar miedo con sus historias –a veces hasta el punto de privar del sueño a algunos de sus estudiantes más temerosos– porque consideraba el misterio y el terror en la ficción como agentes catalizadores de la sensibilidad e impulsores de la creatividad.

Más de uno de aquellos muchachos, llegado a adulto, desarrolló una exitosa y fructífera carrera como desarrollador de videojuegos, en su propia empresa.

El discurso pronunciado por su abuelo –a la postre, director del colegio– durante la ceremonia de graduación de Kaede y bajo el título de *El saludo del director* supuso toda una revelación tanto para su nieta como para el resto de los presentes.

De pronto, apenas comenzado el discurso, extrajo un libro del bolsillo de su chaqueta, lo abrió y leyó teatralmente, cual actor en plena representación escénica:

–Permitidme hablar de una palabra que apenas se escucha hoy día.

A los niños y padres asistentes los pilló completamente desprevenidos el tono de barítono súbitamente adoptado por el director del colegio.

–Se trata de una palabra que lamentablemente ha ido dejando de tomarse en serio. Considerada trasnochada y casi en desuso hoy día, suele afluir de inmediato una sonrisa burlona a los labios de quienes la pronuncian. ¿Sabéis a qué palabra me refiero?

Desde su puesto en el estrado, el director dejó transcurrir un breve intervalo de tiempo y, a continuación, dirigió la mirada hacia Kaede y sus padres.

–Me refiero a la palabra «aventura» –desveló, en el mismo tono ostentoso de barítono.

Y, entonces, a la espera de que se aquietara el remolino de murmullos que empezó a propagarse entre el auditorio, guardó unos instantes de silencio que se alargaron hasta alcanzar un minuto aproximadamente. Al volver a tomar la palabra, rehuyó la pomposidad operística exhibida hasta ese momento y recuperó la inflexión alegre y distendida que lo caracterizaba:

–Esto que acabáis de escuchar pertenece a un conocido fragmento de la novela *Asalto al Queen Mary*, de Jack Finney. Una palabra vieja y novedosa al mismo tiempo. Nadie, en realidad, puede evitar sentir cierta emoción íntima al escucharla o al leer los dos simples caracteres que la conforman en la escritura japonesa. A quienes hayan olvidado cómo escribirla, por cierto, les encomiendo que repasen.

Algunas risas sofocadas se escucharon entre los asistentes. El director esperó a que el ambiente se calmara de nuevo.

–A todos aquellos de vosotros que acabáis de graduaros quisiera lanzaros una advertencia: no os equivoquéis, no os espera un futuro de infinitas posibilidades –sentenció–. Nada es ilimitado. Todo tiene un final, empezando por la juventud. Si queréis alcanzar vuestros objetivos en la vida, tendréis que estar dispuestos a aventuraros, a embarcaros en la aventura. Eso es todo.

El sueño de Kaede fue, desde muy pronto y tomando como modelo a seguir a su abuelo, convertirse en profesora de educación primaria.

«Y hay una cosa que nunca olvidaré…».

El libro que la joven Kaede recibió de manos de su abuelo al finalizar su paso por el colegio fue una recopilación de relatos de Robert Franklin Young, entre los cuales destacaba *The Dandelion Girl*.

Como el mismo título sugería, la protagonista de *The Dandelion Girl* era una joven de pelo tan rubio como el color de los pétalos de una flor de diente de león. La emocionante y arrebatadora historia de amor que en sus páginas se narraba se había convertido en uno de los cuentos clásicos de la literatura de ciencia ficción.

Kaede todavía recordaba de memoria cada una de las populares líneas de arranque del cuento, empezando por la archiconocida: «Anteayer vi un conejo». El cabello de Kaede era, al igual que el de su madre, Kanae, ligeramente castaño, y a ella le agradaba pensar que tal característica le hacía parecerse, si bien levemente, a aquella chica a la que se la conocía con el nombre de la flor de diente de león. Es posible que dicho regalo hubiera sido el particular modo con que el

anciano le deseaba a su única nieta una bonita historia de amor cuando creciera.

«Siento haberte decepcionado, abuelo…».

Aquella única parte del relato que había dejado verdadero poso en Kaede había sido el nombre de la protagonista. Nada más que eso. Desde el momento en que leyó la historia, le tomó un especial cariño a la flor de diente de león. Una sonrisa distraída volvió a aflorar en sus labios.

–Kaede, ¿y esa sonrisa? Me pregunto en qué estarás pensando –escuchó decir por encima de su cabeza.

La joven alzó el rostro hacia el lugar de donde procedía la voz y sus ojos se toparon con su compañero de trabajo, el profesor Iwata, de pie ante ella, sosteniendo un platito en sus manos.

–Ya lo sé. Has captado el olor de la comida.

Kaede se apresuró a negar con la cabeza y a tomar de nuevo entre sus dedos el bolígrafo rojo para volver a la corrección de exámenes. Iwata llevaba un polo de manga corta a pesar de la llegada del otoño. ¿Acaso se esforzaba por seguir presumiendo tanto como pudiera de la musculatura de sus brazos?

–¿Te apetece probar la tarta de chocolate? –ofreció Iwata–. La he preparado yo mismo. Tal vez sea un poco dulce para ti, pero…

–¡Ah, muchas gracias! Sí, un poquito.

En contraste con la corpulenta complexión física que mostraba, Iwata poseía un delicado don para la cocina. Desde luego, la tarta de chocolate le había salido exquisita, según pudo apreciar Kaede de inmediato. Cierto era que sobrepasaba ligeramente el límite de dulzura deseable, pero se sentía agotada y agradecía cierta dosis de azúcar. A un paladar infantil le resultaría, sin duda, toda una delicia.

–¡Mmm, está riquísimo! –admitió.

A Iwata se le iluminó el rostro con una sonrisa y, azorado, se frotó el cabello ya revuelto mientras volvía a su asiento.

El desorden de su pelo era natural, pero daba la impresión de proceder de una extravagante sesión de peluquería, y lo cierto es que le otorgaba un indudable atractivo. Con razón, se había ganado la simpatía de sus compañeros de trabajo. Era indiscutiblemente una buena persona, y, aunque esa misma ingenuidad y afabilidad que le había hecho ganarse el cariño de quienes lo rodeaban acababa resultando, de algún modo, excesiva hasta el empalago, Kaede, que tendía a la introspección, no podía evitar sentir un pellizco de envidia ante ese buen carácter que le garantizaba a Iwata el aprecio general.

Ella nunca había despertado semejante grado de simpatía y admiración en su entorno. Sus amigas, incluso, se habían complacido constantemente en criticar lo que ellas consideraban sus «puntos flacos»: «Kaede, con lo guapa que eres y…, mira, hablas como una

intelectual. Una chica tan mona como tú debería usar un lenguaje más simple, ¿no crees? Así, podrías relacionarte mejor con la gente». Y no habían faltado aquellas cuyos consejos llegaban a adquirir carices surrealistas: «¿Por qué no lees en la pantalla de tu teléfono móvil en vez de comprar libros? Haznos caso, no te dejes engañar por esas campañas a favor del libro impreso en papel».

Otras veces se burlaban, a espaldas de ella, de su limitado sentido para la moda: «¿Sabes lo que van diciendo por ahí? Que si siempre vas de oscuro…, que si deberías ponerte algo más alegre y a juego con tu peinado… Y yo lo que les digo es que te dejen en paz, que ya eres mayorcita para saber lo que debes ponerte».

Ante semejante tipo de crítica, poco había que Kaede pudiera argüir. Además, a sí misma se veía madura en exceso, y hasta se consideraba una vieja, en definitiva, pese a estar en sus veintipocos años. Pero las críticas habían acabado haciendo mella en su carácter y no era aventurado afirmar que le habían ocasionado un leve complejo de inferioridad que se había saldado con consecuencias nefastas para su vida amorosa. O quizá debía echar la culpa a los libros y a su excesiva afición a la lectura.

No, no… Había algo más… Si lo meditaba con mayor detenimiento, repararía en que el origen de todo se encontraba en «aquel asunto». Sí, «aquello» no solo había sido causa determinante en la dificultad que arrastraba para mantener relaciones amorosas, sino que también había erosionado su capacidad para desenvolverse en la vida diaria con otras personas.

Quizá, al igual que su abuelo, Kaede solo lograba sentirse verdaderamente distendida cuando hablaba y trataba con niños.

–Kaede, ¿me estás escuchando?

–Ah, disculpa.

Al parecer, no había oído a Iwata, que, sentado frente a ella, trataba de decirle algo.

–Perdona, estaba distraída –se justificó Kaede.

–¿Cómo que distraída…? –Iwata frunció los labios en gesto de desaprobación–. ¿Cómo es posible que no prestes atención a algo tan horrible como lo que trato de contarte?

–¿Horrible…?

–¿Te acuerdas de aquel bar adonde fuimos hace aproximadamente un año? El bar Haruno, al norte de Himonya.

–Ah, sí, claro que me acuerdo.

¿Cómo no iba a acordarse? Su abuelo solía frecuentar aquel bar tradicional japonés, y era aquel mismo bar el que ella eligió para las primeras ocasiones en que salió con Iwata, cuando aún no le otorgaba demasiada confianza.

¿Cómo iba a olvidar aquella ocasión en que dejó al joven profesor reclinado bocabajo sobre la mesa –había bebido más de la cuenta y no se sostenía derecho– y se acercó a la barra para acompañar a su abuelo, que había llegado antes que ellos y, para no inmiscuirse, se había ubicado en aquel sitio un tanto alejado?

Antes de continuar, la expresión de Iwata se había tornado seria.

–Pues allí mismo, en ese bar llamado Haruno –prosiguió–, anoche hubo un asesinato.

¿Cómo era posible que se hubiera producido un asesinato en aquel lugar que de tanto aprecio gozaba por parte del abuelo? Al parecer, un antiguo compañero o compañera –el sexo no le quedó claro a Kaede– del instituto de Iwata se encontraba presente en el momento de los hechos.

–Y precisamente he quedado con esa persona para tomar algo. ¿Te apetece venir? –propuso Iwata.

–¿No le molestará que yo vaya?

–No, no, en absoluto. Sabes que yo practicaba béisbol en el instituto, ¿verdad?

–Es la primera noticia que tengo.

–Pues bien, a los del equipo de béisbol de nuestro instituto se nos respetaba y se nos sigue respetando por encima de todo, así que no va a poner mala cara porque yo me presente allí contigo. Aunque ahora que lo pienso…

–Ahora que lo pienso…, ¿qué?

–Ahora que lo pienso, quizá seas tú quien ponga mala cara, porque se trata de una persona un poco excéntrica.

# 2

Kaede llegó al lugar de la cita con cinco minutos de adelanto. Entró en el bar italiano cuya fachada y decoración imitaban el estilo de una cabaña de madera y, al echar un vistazo a las paredes interiores de madera de pino, pensó en lo mucho que debía de parecerse al Mon Chéri.

El interior no era precisamente espacioso y, aparte de algunos taburetes a lo largo de la barra, solo había dos mesas en las que poder sentarse, una de las cuales se encontraba ya ocupada por una pareja joven que charlaba animada entre tragos de vino, mientras que la otra permanecía vacía y a la espera, con un solitario cartel en el que se leía: RESERVADO. Esa debía de ser la mesa donde tenía que encontrarse con Iwata y compañía.

Kaede se acercó y se percató entonces de que, ocupando una silla, a uno de los lados de la mesa, había una persona joven cuya buena mata de pelo liso terminaba de forma abrupta en corte recto a la altura del mentón y era todo lo opuesto al cabello perennemente revuelto de Iwata. Sostenía un libro entre las manos y leía. Tenía el rostro inclinado y el pelo ocultándoselo, por lo que resultaba imposible adivinar su sexo; pero, puesto que los botones de su chaqueta estaban cosidos en el lado derecho, Kaede dedujo que se trataba de un hombre. O quizá no… El corte recto del pelo, escrupulosa y bellamente delineado en paralelo a la línea del mentón, era desde luego más habitual en mujer que en varón. Con el flequillo cayéndole sobre la frente, la duda persistía.

Ah, los dedos…, largos y finos.

–Hola –saludó Kaede–. Tú debes de ser… –Se sentía muy torpe en tales circunstancias, pero se sabía mayor que la otra persona y pensó que le correspondía romper el hielo.

–Sí –respondió con voz masculina; el rostro, todavía oculto. Y, acto seguido, pulsó la pantalla de un teléfono móvil con su torneado dedo anular–. Veo que quedan cuatro minutos y veinticinco segundos para la hora de la cita. Hasta ese momento, si me lo permites, voy a seguir leyendo.

Kaede no podía dar crédito a lo que acababa de oír; permaneció inmóvil y callada, sin enfadarse ante semejante desplante –para su sorpresa–, escuchando el roce del papel de las páginas al pasar, lentamente, una tras otra. Se preguntó si la paradójica serenidad que experimentaba en tan incómoda circunstancia debía agradecérsela a la hipnótica delicadeza con que el joven pasaba las páginas del libro, como si temiera dañarlas.

En cuanto el reloj con forma de lechuza que colgaba de la pared dio las ocho, el joven se retiró el pelo de la frente y miró a Kaede con la teatralidad de un actor. Tenía el puente de la nariz bastante elevado y cierto aire insolente emanaba de cada gesto.

–Encantado de conocerte –dijo–. Puedes llamarme Shiki. Ya sabes…, se escribe con los caracteres del número cuatro y de «*estación del año*». Es decir, significa «*cuatro estaciones*».

–Mucho gusto. Yo soy Kaede. Significa «arce» y se escribe uniendo los caracteres de «árbol» y «viento», para representar la belleza de un paisaje de hojas de arce, teñidas de rojo y mecidas por la brisa a la llegada del otoño.

El joven rio con la nariz.

–¿Es esto una competición poética? –preguntó.

–¿Eh?

–Creo que te has dejado llevar un poco por mi presentación, ¿no? ¿O es que le hablas a todo el mundo de la belleza de las hojas de arce teñidas de rojo, etcétera, cada vez que te presentas? Veo que no te falta confianza en ti misma. De paso, podrías animarte a decir que eres tan bella como las hojas de arce en otoño.

–Eh… No, no…

Kaede había tratado de sonreír, pero los labios se le quedaron congelados a medio camino, en apenas una mueca incómoda.

«Con las cejas tan bonitas que tiene… Me encantaría poder elogiárselas, pero será mejor que me calle».

Kaede carecía del arrojo que parecía sobrarle a aquel joven. Ante los niños, sabía cómo reaccionar en cada momento y situación, qué decir y cómo decirlo; cómo comportarse, en definitiva, ante cualquier eventualidad.

–En fin, dejémoslo correr –dijo el joven–. Lo que ahora está dejándome estupefacto es la desfachatez de Iwata, que se permite el lujo de llegar tarde a una reunión entre viejos colegas.

–Bueno…, hay mucho trabajo en el colegio y…

Apareció una camarera ante ellos. El joven del pelo liso y de corte recto, o, mejor dicho, Shiki, se desenvolvió con la familiaridad de un cliente habitual.

–Estamos esperando a un compañero, pediremos después, cuando venga… Bueno, qué diablos, ponnos dos cervezas de barril y…, te apetece una cerveza, ¿no?, da igual, vas a tener que tomártela, puesto que me has obligado a tragarme tu poema.

–¿Qué…? –Kaede enmudeció. Rebuscó las palabras. No las encontró. Pero se negó a parecer una tonta–. Sí, en vaso, por favor.

–Tráenos también una ensalada caprese –continuó Shiki– y una ración abundante de jamón. Después pedimos más, cuando llegue la persona que falta. Graciaaas.

—Esto…, una cosa…

—¿Sí?

Kaede había recompuesto su mejor sonrisa.

—Si te has decidido a pedir algo…, sería de agradecer que me consultases antes de hacerlo, en vez de decidir por mí.

Shiki rio entre dientes, sin siquiera mirar a Kaede.

—¿No te has dado cuenta, querida? —preguntó—. ¿Y esas dos miraditas que le has lanzado a la ensalada caprese de la otra mesa? Corrijo: tres miraditas.

«¡Y una mier…!».

Kaede notó el calor extendérsele por las mejillas. Se había ruborizado.

—Las rodajas de tomate, de *mozzarella* y las hojas de albaca deben de estar temblando ante tal muestra de apetito por tu parte.

—Muy bien… ¿Y qué me dices del jamón?

—Me apetece a mí, ¿por qué?

—No, por nada.

Y el rubor se intensificó aún más.

—¿Eh? —Shiki había reparado en algo y ya señalaba con el dedo índice el bolsillo del abrigo de Kaede. De este asomaba su contenido: el libro que portaba consigo, con su vistosa ilustración al óleo en la portada—. ¡Dickson Carr, el inigualable maestro de los crímenes imposibles!

«Vaya, ahora va a resultar que tenemos tema de conversación».

—*Las cuatro armas falsas* —leyó Kaede—. Todavía me falta un poco para terminarlo, pero va muy bien.

—Fantástico. —Su entusiasmo no era fingido—. Por un momento creí que el libro, asomando de tu bolsillo, formaba parte de tu *outfit*, querida. Pero, de hecho, ¡me estás diciendo que lo estás leyendo! Entonces, dime, ¿te interesan ahora las primeras obras de Carr? Y…, esto…, eh…, perdona por lo que he dicho. Es que tu sentido de la moda… Pero ¡lo digo como elogio!, ¿eh?

—Perdona, pero no te estoy entendiendo nada.

—Las cervezas ya están aquí.

—Vale, pero esperemos a que venga Iwata, ¿no?

«Vaya, veo que empiezo a animarme. No suelo hablar con esta ligereza con alguien a quien acabo de conocer».

—¿Hay alguna cosa que te disguste de Carr?

—Mmm…, no, nada en particular, ¿por qué?

Shiki se rascó la nariz.

—Si no me equivoco, debes de estar acostumbrada a leer mucha literatura clásica de crimen y misterio, aunque sea traducida.

—¿Por qué lo dices?

—Si te explicase por qué lo pregunto, se nos iría la noche en ello.

Pero voy a tratar de ser breve. En primer lugar, porque esos libros no son para cualquiera: el contexto y las circunstancias en que ocurren los hechos están muy desfasados, desde un punto de vista narrativo. Basta que te detengas un momento a pensar, con un poco de sentido común, qué hace esa lujosa mansión edificada en una isla perdida en medio del mar. No resulta creíble. Antes morirían sus moradores de inanición que a manos de un asesino en serie. En segundo lugar, la caracterización de los personajes responde a estereotipos anticuados: entre los asesinos hay personajes que son casi caricaturas. Cuando un viejo veterano del ejército al que todos llaman «coronel» muere en extrañas circunstancias y se nos dice que su esposa es una atractiva rubia tan joven que podría ser su hija…, ¿acaso no se ve venir?

»Por otro lado, también las traducciones resultan un tanto caducas. Cuando aparece un personaje anciano, el traductor imprime a sus diálogos un habla oriunda de Okayama o de Hiroshima, a pesar de que la acción esté desarrollándose en Londres. Los apellidos originales de los personajes resultan tan intrincados y difíciles de recordar para el lector japonés que ello inevitablemente acaba impregnando la novela de una sensación de falsedad, de cartón piedra. Que si la familia Fortescue, que si Renisenb, hija de Imhotep… El lío es monumental y el exceso de celo por parte del traductor por mantener los apellidos es contraproducente: siempre existe la opción de utilizar solo el nombre y evitar los apellidos, o bien recurrir a un diminutivo o un apodo que conserve el aire del lugar donde se desarrollan los hechos.

»A pesar del mayor o menor acierto de la traducción, son novelas cuyo misterio siempre encierra otros misterios, en una especie de juego de muñecas rusas. Así lo veo yo.

«Sí que tiene labia… ¿No va a dejarme hablar?», pensó Kaede.

Es cierto que en las novelas de crimen y misterio clásicas tanto los escenarios como los personajes se antojan un tanto obsoletos, y Kaede recordaba haber leído alguna mención por parte de Takeshi Setogawa acerca de lo anticuado del lenguaje de Dickson Carr. Aun así, ella, al igual que Setogawa, guardaba en gran estima la obra del escritor. Su lectura le dejaba siempre el regusto de acariciar la lisa superficie de un mueble de ebanistería. Incluso aquellas viejas traducciones contribuían a imprimir en ellas ese sabor añejo característico, sobrio y elegante, que en definitiva las convertía en ventanas por las que asomarse a la época lejana de la que procedían.

Kaede, por tanto, podía haber lanzado una serie de objeciones a la opinión de Shiki, pero no lo hizo. No le apetecía complicar innecesariamente la velada. Por el contrario, trató de hacer avanzar la conversación:

–Es tu turno ahora, Shiki, de contarme qué autores de misterio

lees.

–Para serte sincero, por lo que a la literatura de crimen y misterio se refiere, me limito a la lectura de autores japoneses. No hay otro país como Japón, que ofrezca tantos premios anuales a nuevos escritores de crimen y misterio, y ello genera una competencia que eleva de manera natural la calidad de las obras, diversifica el género y lo enriquece. De hecho, Japón se sitúa a la cabeza mundial en cuanto a cantidad y calidad en la producción de literatura de crimen y misterio. Así, además, me libro de los desatinos cometidos por los traductores.

–Yo diría que es una cuestión de gusto personal.

–Qué va… ¿No ves que estoy tratando de demostrarte una tesis empírica? Por tanto, descartada debe quedar toda opinión meramente subjetiva.

«Vamos, que ahora está intentando ofrecerme una argumentación que dé solidez a su argumentación previa».

Kaede se encogió de hombros.

–Mira, ahí lo tienes –dijo Shiki.

–¿El qué? ¿Qué tengo?

–Te has encogido de hombros. Una típica mujer japonesa no se encoge de hombros cuando se queda perpleja. Para mí que eres toda una señora ricachona de las que pasan el verano en la costa del sur de Francia. Como solo lees a Agatha Christie y a otros así, seguro que has internalizado todos los gestos propios de los personajes de sus novelas. Eso es lo que yo llamo el síndrome de las muñecas rusas.

«Sí, claro. Te lo acabas de inventar».

A punto estaba Kaede de rebatirlo con contundencia –con mucha mayor contundencia de lo que ella acostumbraba– cuando llegó Iwata y puso fin de inmediato a la conversación.

–¿Qué tal? ¡Aquí estoy! ¿No te lo dije, Kaede? Este tío es raro entre los raros.

Kaede tomó aire.

«Venga…, ánimo. Sonríe».

–¿Y qué? –replicó Kaede–. Yo también tengo mi lado excéntrico. No obstante, Iwata, ¿me permites decirle algo a tu colega?

Kaede se preguntó cuántos años habían pasado desde la última vez que hablaba con semejante espíritu combativo con alguien a quien acababa de conocer. ¡Y, encima, un chico!

–¿Por qué no iba a permitírtelo? Adelante.

–Bien.

Se armó de valor y miró a Shiki.

–Mira, la familia Fortescue sale en la novela *Un puñado de centeno*, y Renisenb, hija de Imhotep, es un personaje de la novela *La venganza de Nofret*. ¿Qué pasa…, que no lees a Agatha Christie?

–Dime, Kae –habían pedido vino y, desde que se sirvió a la mesa, a Iwata le había dado por dirigirse a Kaede usando el diminutivo Kae. La joven decidió ignorarlo–, ¿no te parece que es imposible aburrirse con Shiki? En el instituto, a veces le daba por querer ser árbitro de béisbol, otras veces entrenador, y otras, animador. Y esa diversidad de papeles le encendió una bombilla en la cabeza: ¡en realidad quería ser actor! ¿Lo entiendes? Yo no…

«¿Actor? Bueno, sí, hasta ahí llego».

–Tiene una visión de la vida muy particular –prosiguió Iwata–. Shiki, cuéntale en qué consiste.

Shiki esbozó una sonrisa infantil de niño travieso.

–Verás, Kaede… –dijo–, para mí, todo lo que ocurre en el mundo es una historia que contar.

«Lo llamaremos "shikismo". Desde luego, este tío es irritante… Nada nuevo bajo el sol».

–Ya lo dijo aquel gran actor antes de morir –continuó Shiki–: «Todo lo que ocurre es por algo y está bien que así sea». Yo interpreto sus palabras de la siguiente manera: «Todo lo que ocurre es una historia con un final feliz». Y, por tanto, voy a tratar de sumergirme de cabeza, aunque las aguas sean poco profundas, en tantas aventuras y tantos acontecimientos con final feliz como me sea posible. –Y se retiró el flequillo de la frente. Por alguna razón, ya no le pareció tan insolente a Kaede.

Iwata se frotó las manos entusiasmado cuando llegaron los espaguetis a la boloñesa.

–¡Especialidad de la casa! –exclamó–. Qué maravilla. ¿No os entran ganas de hablar de *Cooking Papa*, la serie de manga? Tengo todos los volúmenes.

–¿Todos? –rio Kaede.

A Shiki también se le escapó una risita.

Después de degustar un segundo plato de escalope a la milanesa, llegó el café. Tres capuchinos, ideales para rehuir la posible modorra y espabilarse tras el atracón. Afortunadamente, a Iwata aún no se le había subido el vino a la cabeza, pese al poco aguante que tenía.

–Bien, ¿hablamos del asunto? –preguntó Shiki.

Naturalmente, se refería al asesinato que había tenido lugar en aquel bar tradicional japonés. Habría sido de esperar que a tan grave noticia se le diera una relevancia mediática notable, pero la fortuita celebración de un partido de fútbol de la selección nacional aquel preciso día debió de ser el motivo por el que apenas se produjo mención alguna al crimen, ni en periódicos de tirada nacional ni en digitales.

–La razón principal de que casi no haya trascendido a la prensa…

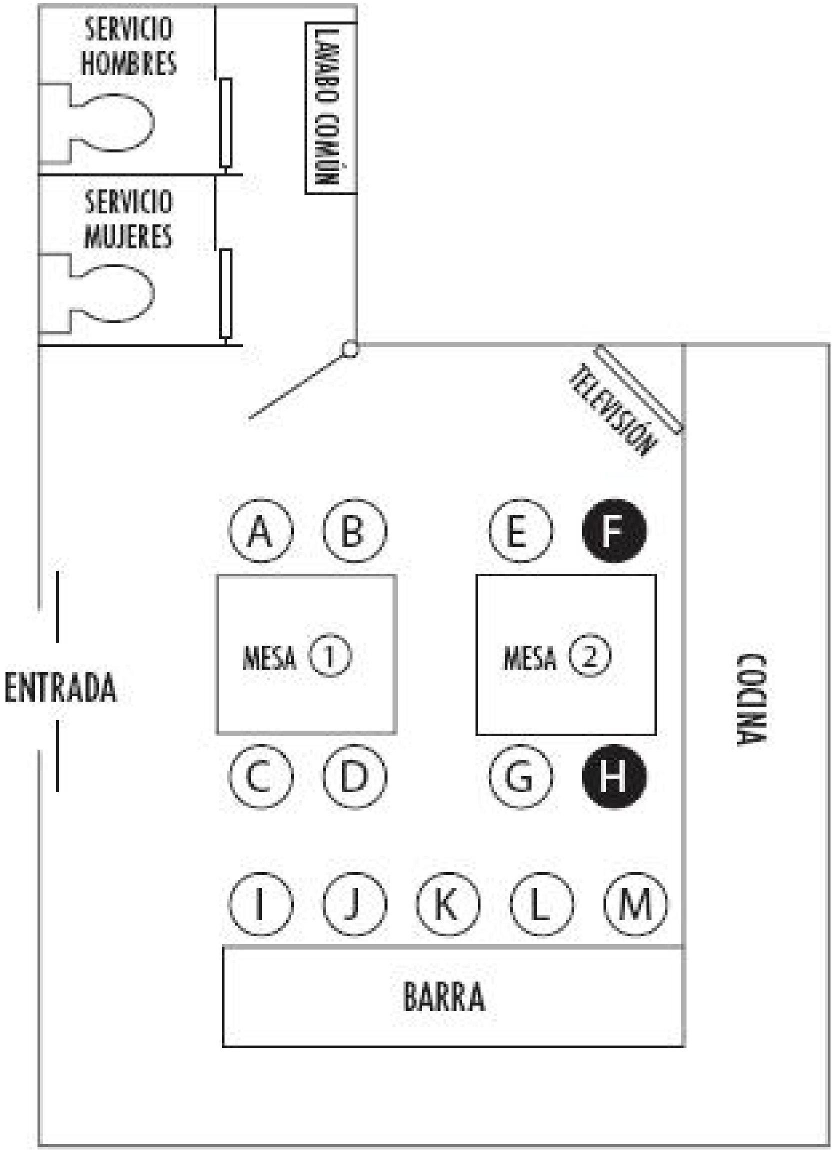
–Shiki se inclinó hacia delante y acercó el rostro a Kaede e Iwata– es que la Policía todavía no ha hecho una notificación oficial al respecto.

La pareja de la otra única mesa había abandonado el local, de manera que en ese momento ya no quedaban más clientes allí que ellos tres. Aun así, Shiki moderó el tono de voz, como temiendo que lo que se disponía a decir pudiera llegar a oídos de los empleados.

–A pesar de la falta de una declaración oficial, no hay duda de que se trata de un asesinato. Ahora, lo que deseo que comprendáis, antes que nada, es por qué quiero hablaros de este terrible asunto. Pues bien, porque un amigo mío está involucrado.

–Así es, Kaede –intervino Iwata como si fuera imperativamente necesario subrayar las palabras de Shiki para que ella las comprendiera. Por cierto, había sido cuestión de darle un sorbo al capuchino para que Kae volviera a ser Kaede. Iwata era el tipo de persona que solo sabe flirtear con una copa (o un vaso) en la mano. Una torpeza de carácter que, si bien no le molestaba demasiado a Kaede, tampoco ayudaba… Iwata prosiguió–: Cuando Shiki me pidió consejo, pensé de inmediato en ti. Es bien sabido lo muy aficionada que eres a las novelas de crimen y misterio, así que…

A continuación, Shiki les envió al teléfono de ambos el plano del bar, escenario del crimen, que había esbozado mediante una aplicación de dibujo.




–Mirad. No es más que un simple esquema del bar Haruno. Al igual que en este local, en Haruno solo hay dos mesas para los clientes, además de una barra ante la que pueden sentarse varios de los más asiduos, como aquí. Un bar, en definitiva, considerablemente pequeño, al igual que este.

–Sí, lo reconozco en el plano –intervino Kaede–. He ido ahí varias veces y es tal cual lo has dibujado.

Tras cruzar la avenida de Meguro, por el sector norte del barrio de Himonya, bastaba caminar unos minutos para llegar al bar Haruno, edificio solitario, vieja casa familiar de estilo tradicional. El adjetivo «tradicional» podría inclinar a pensar en un lugar de cierto postín,

imponente a ojos del cliente medio sin sobrada capacidad adquisitiva, pero se trataba, de hecho, de un lugar tosco y rudimentario que administraba una afable mujer de mediana edad, enfundada siempre en un par de vaqueros raídos.

Además de los apetitosos aperitivos, de apreciable calidad y asequibles al bolsillo, y del más que notable estofado, plato de la casa, la regente misma del local, de lozana y blanca piel para sus aproximados cuarenta años, una sonrisa que era un cielo y un delantal inmaculado y blanco como la nieve, no dejaba de actuar también como reclamo en el más o menos inconsciente imaginario de muchos de los clientes.

–Tiene la amplitud perfecta para ese tipo de local –apuntó Iwata– y ofrece un buen surtido del sake de la zona.

«Veo que eres un experto, y eso que no tienes aguante para el sake nacional», pensó Kaede, sin verbalizar nada al respecto, y seguidamente, dirigiéndose a Shiki, preguntó:

–Entonces, estas letras, de la A a la M, corresponden a clientes presentes en el bar en el momento de los hechos, ¿verdad?

–Así es. La mesa de la izquierda, lado oeste, letras de la A a la D, estaba ocupada por lo que creo que era un grupo de compañeros de trabajo que se habían acercado hasta allí para tomar algo antes de volver a casa. El grupo estaba formado por dos hombres y dos mujeres. La otra mesa la ocupábamos yo y mis compañeros del grupo de teatro, representados por las letras de la E a la H. Cuatro hombres. Y, en cuanto a la barra, no quedaba ni un taburete libre, si no recuerdo mal. Es decir, el minúsculo espacio del bar se encontraba a rebosar de gente. Al tratarse de un local tan pequeño, allí no hay más empleados que la dueña misma. Ella se encarga de todo. Así que os podéis imaginar que no daba abasto, atendiendo la cocina, la barra y las mesas. ¿Todo bien hasta aquí?

Iwata y Kaede asintieron con la cabeza al mismo tiempo.

–Bien, ahora quiero que os fijéis en la letra F de la mesa 2. Ese soy yo. En la televisión, a mis espaldas, estaban retransmitiendo el partido internacional de fútbol con nuestra selección y prácticamente todos los clientes estaban pendientes de lo que sucedía. La atención mayoritaria al partido pudo ralentizar los pedidos de comida y bebida, y es posible que ello le proporcionase a la dueña la ocasión de tomarse un breve respiro.

–Mmm, ya veo –musitó Kaede–. Aunque es un bar de estilo tradicional, también es uno de esos lugares donde la gente acostumbra a reunirse para asistir a un evento deportivo televisado.

–Efectivamente –convino Shiki–. A mí empezaba a fastidiarme un poco tanto grito de ánimo hacia los futbolistas. A decir verdad, el fútbol no me va. Además, ¿qué sentido tiene? Los jugadores no

pueden oírlos. A veces, me dejaba arrastrar por mis ganas de llevar la contraria y gritaba: «¡Vamos, Arabia Saudita!».

–¡No lo dirás en serio! –protestó Iwata levemente enojado–. Los gritos de aliento les llegan a los jugadores, de un modo u otro, aunque no estés en el estadio. Les llegan transformados en energía para el equipo.

–O sea, que los clientes del bar, mientras tragan cerveza y engullen salmón a la plancha, alientan y proporcionan energía al equipo con su griterío. ¿Eso es lo que quieres decir? ¡Venga ya! Si fuera así, Japón habría ganado la Copa del Mundo diez veces seguidas.

–¡Cierra el pico…! –bramó Iwata–. ¿No es, de hecho, lo mismo que hacéis vosotros, los actores? El actor, a través de sus cualidades interpretativas, es capaz de transmitir y hacer sentir al público toda una serie de emociones y sentimientos; a veces, es capaz de rescatarlo de la desesperanza, del abatimiento y de la tristeza. Así, el actor cumple hacia el espectador una función similar a la del aficionado al fútbol que alienta a su equipo.

«¡Muy bien pensado!», pensó Kaede.

Los tres se quedaron en silencio. De pronto, para sorpresa de Iwata y de Kaede, Shiki se puso en pie.

–Lo siento –dijo, inclinando seguidamente la cabeza hacia delante en gesto de disculpa–. Por favor, comprended el nerviosismo que me causa que uno de mis compañeros del grupo de teatro se haya visto involucrado en tan trágico suceso. Permitidme pagar la cuenta en señal de disculpa.

–No te preocupes, Shiki. Y, respecto a lo de pagar la cuenta, por supuesto que no voy a consentírselo a un viejo colega del instituto, ¿o qué te has creído?

Ante la insistencia de Shiki, Iwata se rascó la cabeza y acabó cediendo.

–Está bien, pero solo por esta vez, ¿de acuerdo? Así que siéntate.

Kaede, que no había realizado ninguna actividad extraescolar durante el instituto, contempló con cierto pellizco de envidia la amistad y confianza que ambos se tenían.

–Bien, pero estamos desviándonos del tema… –señaló Shiki–. Más tarde, al ver las noticias deportivas, pude confirmar la hora a la que todo sucedió. Las diez y diez de la noche, y el partido entraba en su segundo tiempo, con el marcador en empate a tres. Fue entonces cuando se produjo una fuerte ofensiva de nuestro equipo, materializada en tres certeros disparos a puerta: uno a media distancia, que ninguno de los defensas fue capaz de atajar; otro, escorado, desde la esquina; y el tercero, un lanzamiento de falta desde una posición magnífica. La destreza del portero impidió que los

japoneses anotáramos algún tanto. Imaginaos los improperios dirigidos por la gente del bar contra él… Imaginaos también cómo se animó y caldeó el ambiente gracias a tan rabioso despertar de los nuestros. Todo el bar estaba en pie.

–Aquellos diez minutos fueron todo un revulsivo para el equipo –intervino Iwata–. Tú también te pondrías en pie, ¿no, Shiki?

–No, yo permanecí sentado, picoteando del plato de frutos secos.

–Vale, entonces no todo el bar estaba en pie.

–Permíteme recordarte lo que dijo el locutor deportivo: «¡Tres disparos mortíferos por parte de la selección japonesa que han hecho temblar la portería rival y han puesto en pie a todos los aficionados japoneses, cuando son poco más de las diez de la noche!». Me acuerdo bien. Después de la ráfaga de disparos, el otro equipo recuperó el balón. Después de tanto entusiasmo desatado, quizá por cansancio, el ambiente se apagó y enfrió de manera un tanto repentina. Fue entonces cuando ocurrió. Mi compañero de teatro, sentado frente a mí, se levantó para ir al servicio. Tiene la misma edad que yo y es cliente habitual del local. Llamémoslo H. Volvió a su asiento tres minutos después. Este es un detalle importante, así que voy a repetirlo. Escuchad con atención.

El rostro de Shiki se endureció en un instante.

–Un… un momento, Shiki. ¿Puedo grabar lo que vayas a decir a continuación? –preguntó Kaede, y, puesto que Shiki no puso ninguna objeción, Kaede pulsó el botón de grabación de la aplicación de notas de voz. Kaede había pensado que su abuelo tal vez pudiera echar una mano y que la grabación serviría a tal efecto. No había sido más que una intuición sin mayor fundamento.

El gesto de Shiki se volvió el de un actor sobre el escenario.

–Inmediatamente después de volver a su sitio, H encendió un cigarrillo. Recordad que yo, es decir, F, estaba sentado frente a él. Le pregunté: «¿Está libre el servicio?». H contestó: «Sí, está libre». F se puso en pie y se dirigió hacia allí. Para llegar al servicio de hombres, hay que pasar por delante del de mujeres. La puerta del de hombres estaba cerrada, y, aunque F hizo el intento de abrirla, no pudo. Obviamente, el cerrojo estaba cerrado por dentro. F llamó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Entonces, miró a sus pies y lanzó una exclamación: «¿Eh?». ¿A qué se debía la sorpresa de F? Se debía a que vio sangre asomar por debajo de la puerta, procedente del servicio de hombres.

»“¿Le ha ocurrido algo? ¿Está usted bien?”, preguntó F a aquel que pudiera encontrarse al otro lado de la puerta.

»No hubo respuesta.

»Ante lo grave que parecía el asunto, F se apoyó en los lavabos para mirar por encima de la puerta del servicio. Abajo se encontró a

un hombre de mediana edad y complexión muy delgada sentado sobre el inodoro, con el torso inclinado hacia delante y el rostro prácticamente metido entre las rodillas. Llevaba pendientes en ambas orejas y un vistoso tatuaje en la cabeza, completamente rapada.

»Tenía algo clavado en la espalda. Parecía un cuchillo. La sangre brotaba de la herida a intervalos regulares. El suelo estaba tan cubierto de sangre como su chaqueta. El cuerpo permanecía inmóvil.

»F se convenció de que ese hombre estaba muerto y de que, por tanto, había sido asesinado hacía apenas unos instantes.

Con la mano apoyada en los labios, Kaede reflexionaba en silencio. Le parecía poco probable que, de hecho, se le pudiera atribuir a Shiki el descubrimiento del cadáver. Por otro lado, el hecho de tener el cuchillo –que resultó ser una navaja tipo mariposa– clavado en la espalda dejaba descartada la posibilidad de un suicidio.

Iwata, cruzado de brazos, también permanecía callado. No debía de haber tenido conocimiento de la historia de Shiki hasta ese preciso momento. Fue él quien rompió el silencio.

–Supongo que llamaste a la Policía de inmediato.

–Tratando de mantener la calma, busqué a la dueña del local. Atravesé la barra y me dirigí a la cocina. La encontré anotando algo en un papel. Parecía una lista de ingredientes de, tal vez, algún nuevo plato… Se encontraba completamente absorta en la tarea, con el codo apoyado sobre la mesa y la mejilla en la mano. Se sobresaltó enormemente ante mi repentina aparición y, de inmediato, soltó el rotulador y rompió el papel en pedazos. Le informé de lo que acababa de ver en el servicio y, sin tiempo que perder, avisó a la Policía. La habitualmente firme voz le temblaba al hablar por teléfono. Tras colgar el auricular, permaneció inmóvil, hundida en su silla.

–Pobre mujer –lamentó Kaede al tiempo que rememoraba la siempre buena disposición de la mujer hacia su trabajo y para con los clientes.

–A la llamada acudieron tres vehículos policiales. Los agentes procedieron a cerrar el local temporalmente y a tomar declaración a los allí presentes. Este es, de nuevo, un momento relevante del relato, así que os ruego que no os perdáis detalle.

Una vez más, Iwata y Kaede se inclinaron hacia delante.

–Un agente de paisano habló con los clientes C y D, quienes desde su posición en la mesa 1 tenían una buena visibilidad de la puerta de los servicios. Fueron ellos, por tanto, quienes testificaron en primer lugar. «Me gustaría que me dijeran a quién vieron entrar al servicio antes del descubrimiento del cadáver».

»C, un hombre joven, explicó que hasta las nueve y media la gente no hacía más que entrar y salir del servicio, él incluido. «Pero,

después de esa hora, no recuerdo que nadie lo hiciera, con el partido tan animado, a excepción de uno de los clientes de la mesa contigua, que se levantó para ir al servicio justo después de los tres lanzamientos a puerta de la selección japonesa, a eso de las diez de la noche». Naturalmente, tal cliente de la mesa contigua no podía ser otro que H.

»D era una mujer joven que afirmó no haberse fijado en nadie en particular. «¿Cómo iba a hacerlo si estaba pendiente del partido?».

»En cuanto a los clientes que ocupaban los taburetes de la barra, todos ellos aseguraron no haberse ausentado de sus respectivos asientos para ir al servicio desde las nueve y media hasta aproximadamente las diez de la noche. «No nos movimos de nuestros taburetes», dijo uno. «Con lo emocionante que se había puesto el partido, nadie le quitaba ojo a la televisión… Figúrese, empate a tres».

»Vayamos ahora con los clientes de la mesa 2, entre los cuales estaba yo. A excepción de F, yo, que encontró el cadáver a las diez pasadas, la última persona que se ausentó para ir al servicio fue H.

Y por un momento, cual actor que no consigue sujetar las riendas del personaje que interpreta, un relámpago de dolor recorrió fugazmente la mirada de Shiki, es decir, F, cuando dijo:

–H se negó a declarar y la Policía optó por llevárselo arrestado.

«Así que a su amigo se lo llevaron detenido…».

A todos les sobrecogió un profundo silencio, roto en esta ocasión por Kaede.

–¿Qué puedes decirnos de la identidad de la víctima? Por lo que deduzco de tu historia, no era ninguno de los clientes.

–Creo que no se ha esclarecido. La dueña declaró no conocerlo ni haberlo visto nunca y escuché decir que no se le había encontrado ningún documento identificativo en su poder.

–Y en cuanto al arma del crimen, la navaja mariposa, ¿se supo si pertenecía a alguno de los presentes?

–Sí, eso no tardó en aclararse –confirmó Shiki–. Pertenecía a la propia víctima. Su cinturón incluía una funda de piel para alojar tal tipo de navaja; en concreto, una navaja mariposa.

Iwata se rascó la cabeza, causando un mayor desorden en su pelo.

–Supongo que eso indica que el criminal tuvo que robarle la navaja antes de asesinarlo…

–No veo cómo podría ser de otro modo.

–¿No está claro, entonces? Lo siento por Shiki, pero ¿no señala todo a que lo hizo H, quizá de manera impulsiva? Pudo hacerlo en tres minutos. El hecho de que no quisiera declarar ya resulta sospechoso de por sí. Sinceramente, no es que sea un tipo de fiar.

–Iwata, ahí estás equivocado. H es una persona intachable,

entregada con toda el alma a la interpretación; tan íntegra que ello puede resultarle contraproducente en una profesión como esta.

–¿Contraproducente?

–Sí –afirmó Shiki, fijando la mirada en los ojos de Iwata–. Uno no puede permitirse ser buena persona en el mundo de la interpretación. A H no se le pasaría por la cabeza maniobrar para arrebatarle el papel a un compañero de profesión. Un buen tipo, puedo garantizarlo. Mucho menos recurriría al asesinato. Es una persona responsable, amable y, como he dicho, íntegra. Creo que en todo eso se parece a ti, Iwata.

–¡No te burles! –protestó Iwata, pese a que no pudo ocultar un estremecimiento de alegría como consecuencia del halago.

–No te emociones. Me refiero exclusivamente a lo de que puedo garantizar que eres un buen tipo. Nada más. No incluyo los halagos que le he dirigido después a H.

–¿Serás…?

–Perdona.

–Bueno, pase por esta vez.

–Además, si H fuera el asesino, creo que habría tratado de detenerme cuando me disponía a ir al servicio, ¿no os parece?

–Supongo que sí. Pero no lo hizo. En ese caso, la pregunta que me viene a la cabeza es: ¿por qué se empeña H en guardar silencio? –Iwata volvió a alborotarse el pelo con la mano–. En realidad, no hay ni un solo hecho claro, incluido ese. No sabemos nada: ni quién lo hizo ni cómo se las arregló para hacerlo; ni siquiera dónde. No se ha encontrado ni una sola pista que lleve a nada.

–Efectivamente. Pero recapitulemos, tratemos de poner en orden cronológico los detalles que sí conocemos –propuso Shiki–. Sabemos que ninguno de los clientes de Haruno se levantó de su asiento para ir al servicio a partir de las nueve y media. H fue a las diez en punto. Volvió unos tres minutos después y, en respuesta a mi pregunta de si el servicio estaba libre, contestó sin dudarlo con un sí. Por tanto, me puse en pie y acudí al servicio, pero me encontré con la puerta cerrada. Golpeé con los nudillos y no hubo ninguna reacción desde dentro. Me aupé en los lavabos y miré por encima de la puerta al interior del cubículo y me encontré con una persona muerta, con una navaja clavada en la espalda.

–No hay ninguna ventana que dé al servicio, ¿verdad?, o un hueco por donde alguien pudiera colarse.

–No, no los hay. En tal caso, lo habría dibujado en el plano.

–Tal vez fuese atacado con la navaja fuera de Haruno y, agonizante y desorientado, acabase entrando en el local y yendo a parar a los servicios.

–Imposible. Cuando lo vi, todavía borboteaba sangre por la

herida, lo que significaba que acababan de atacarlo. Y si hubiera entrado en el bar, por muy atentos que estuvieran todos al partido, ¿cómo es posible que ni un solo cliente se percatase de algo tan fuera de lo común?

–De modo que lo que sabemos no nos lleva a nada…

–Eso es. Ya lo ha dicho Iwata. No existe ninguna pista que seguir para desentrañar el quién, el cómo y el dónde. Tampoco hay ningún indicio acerca de cómo se las ingenió el asesino para desaparecer sin ser visto ni dejar rastro.

Una vez más, el silencio se extendió sobre los tres.

La lechuza ululó desde la pared.

Kaede, que había estado escuchándolos a los dos, decidió hablar.

–Nos encontramos ante un verdadero enigma. Shiki, supongo que lo extraño del asunto es lo que te ha impulsado a hablar con nosotros, en busca de una opinión, ¿o me equivoco?

Shiki se encogió de hombros y suspiró.

–Voy a pedirte un favor, Shiki –dijo Kaede–. Espera hasta mañana. Con un poco de suerte, mañana podré decirte algo que arroje alguna luz al suceso.

«Mañana es festivo y podré hacerle una visita al abuelo», pensó Kaede al tiempo que pulsaba el botón de la aplicación del móvil para detener la grabación.

# 3

En el momento en que llegó a casa de su abuelo, dejó de llover. El abuelo parecía encontrarse en buena forma aquel día, porque mientras Kaede cruzaba el jardín en dirección a la puerta de entrada, entre el frescor brillante de las hojas del suelo humedecidas por la lluvia, podía escucharse su voz desde la ventana de su estudio.

–¡A, e, i, u! ¡E, o, a, o!

Aquel debía de ser el día de rehabilitación de cuerdas vocales. A diferencia de tiempos pasados, lo normal en la asistencia moderna a quienes padecen enfermedades neurodegenerativas, como el abuelo de Kaede, es que distintos terapeutas se encarguen de diferentes habilidades, en función de la especialidad que cada uno haya adquirido. El terapeuta que se encontraba en la casa aquel día se encargaba de mantener el habla y el oído del abuelo en el mejor estado posible, e incluso ayudaba en la práctica de la habilidad para tragar alimentos. Se trataba, por lo visto, de una de las más novedosas especialidades dirigidas a los cuidados de dicho tipo de pacientes.

–Soy Kaede –anunció la joven tras golpear suavemente la puerta del estudio con los nudillos.

–¡Ha venido su nieta a verlo! –se escuchó decir en un tono claro y afable–. Qué bien que hoy precisamente se encuentre usted en tan excelente forma, ¿eh, señor Himonya?

A los viejos poetas y recitadores solía conocérselos bajo el nombre de la ciudad o el distrito donde vivían, normalmente precedido de «maestro», y al abuelo, aficionado a los antiguos relatos cómicos de los recitadores de antaño, le complacía que se dirigieran a él por el nombre de su barrio, Himonya.

Kaede entró en el estudio e inclinó la cabeza a modo de saludo. El terapeuta que atendía a su abuelo era un hombre calvo y de complexión delgada, en el umbral entre la mediana y la tercera edad. No medía más de un metro y sesenta centímetros –la misma estatura que Kaede–, tal vez incluso menos; llevaba la cabeza impecablemente rapada y se había enfundado dos guantes de plástico para realizarle un masaje de cuello al anciano.

–Los músculos del cuello se aflojan, vea –le dijo el terapeuta a Kaede–. Y la piel se queda hecha un acordeón. Como es lógico, la excesiva laxitud de los músculos repercute negativamente en la deglución. Y para neutralizar e incluso revertir esa creciente laxitud, se recomienda la aplicación regular de un masaje especializado.

–Ya veo. Se lo agradecemos, tanto mi abuelo como yo.

–Lo que sí tiene en un estado envidiable su abuelo es el cabello.

¡Si se lo diré yo! –exclamó, pasándose la mano por el cráneo pelado y, de paso, arrancándoles una carcajada a Kaede y al anciano–. Pero, mire, señor Himonya, su mata de pelo, a pesar de todas sus virtudes, no llega a igualarse a la cabellera de su nieta. Qué brillo, qué tersura…

–¡Hombre! ¿Cómo se le ocurre a usted comparar a mi nieta, en plena flor de la juventud, con un vejestorio como yo? –El anciano rubricó sus palabras con una risa–. Pero mira que le gustan a usted los agasajos. Voy a tener que llamarlo señor Cumplidos.

Al abuelo le gustaba encontrar apodos para aquellos con quienes sentía la confianza suficiente para hacerlo, y con aquel apelativo parecía que había acertado. La conversación entre ambos hombres se desarrollaba con la indolente fluidez y el ritmo perezoso de una agradable charla de barbería o de peluquería, y resultaba entretenida incluso para Kaede, que se limitaba a escuchar sin intervenir. Aquella situación le trajo a la memoria el famoso ensayo de Edogawa Ranpo *Preguntas y respuestas acerca de Dickson Carr*.

–¿No le molesta que mi abuelo hable tanto? –preguntó Kaede.

–En absoluto –contestó el señor Cumplidos, sacudiendo la mano delante de la cara, en gesto negativo–. No tengo más que palabras de admiración hacia la sabiduría de su abuelo, señorita. –Y cerró la boca e infló levemente el labio superior, en señal de que lo que acababa de decir debía tomarse con cierto sentido del humor–. Si lo suyo fuese el deporte, solo podría ser un campeón de decatlón. Como sabe de todo, no vea la cantidad de cosas que aprendo escuchándolo. Debería ser yo quien le pagara, y no él a mí, por las clases magistrales.

Desde luego, aquel terapeuta era una persona con un extraordinario talento para socializar. Sus ojillos, rodeados de finas arrugas, denotaban a un hombre con una gran curiosidad para la edad que tenía.

–Muy buen ejemplo, ese del decatlón. Sí, señor, muy buen ejemplo –consideró el abuelo esbozando una sutil y jocosa mueca con la boca–. Y ya que sabe usted tanto del tema, señor Cumplidos, ¿me haría el favor de mencionar las diferentes disciplinas deportivas que lo componen?

–Ay, abuelo, qué pesadito te pones –le riñó Kaede y, dirigiéndose al señor Cumplidos, añadió–: No le haga caso, por favor.

El terapeuta se acarició la calva y sonrió.

–No se preocupe, señorita Kaede, siempre andamos de buen humor.

–Bien, entonces, voy a contestar yo por usted: cien metros lisos, salto de longitud, lanzamiento de peso…

–¡Y, con lo dicho…, una vez más debo reconocer mi derrota ante el talento del señor Himonya! –clamó el terapeuta, con tan buen tino

que hizo reír a Kaede.

Comenzó a llegar a sus oídos, procedente del jardín, el suave cricrí de los grillos, cuyo arrullo sirvió de agradable acompañamiento final a la sesión terapéutica de aquel día. Últimamente, no era tan frecuente como antaño encontrar grillos en los jardines de las casas familiares, de modo que el abuelo se congratulaba de que los cantores insectos hubieran elegido el suyo como hogar.

–Bien, y con esto terminamos por hoy –anunció el hombre.

–Muchas gracias, como siempre –dijo el abuelo, alzando la mano para enfatizar sus palabras, aparentemente apenado por la despedida. A continuación, señaló–: Por cierto, últimamente oigo muy bien a los grillos.

–Qué bien que su nieta esté aquí para escucharlos también.

–Pues sí, su canto no se escucha tanto como antes por esta zona.

–Merecería la pena grabarlo. Qué paz transmite.

–Estoy completamente de acuerdo. Ya lo dejó por escrito la gran poeta Sei Shonagon: «Nada existe comparable al canto de los grillos en las tardes de otoño».

–No…, no. Está usted completamente equivocado, señor Himonya. No me refería a eso –desestimó el terapeuta, con deje afectado y burlón–. Me refiero a su nieta, la señorita Kaede: aquello que me produce tan excelso grado de sosiego es ver a su nieta sonreír. ¿Lo comprende ahora?

–Ja, ja, de acuerdo. Me rindo –claudicó el abuelo–. Lo dicho, no hay quien pueda con usted, señor Cumplidos.

–Y, ahora, si me lo permiten… –Y, tras realizar una serie de inclinaciones de cabeza desde una altura no superior a la de la mirada de Kaede, abrió la puerta del estudio del abuelo y salió.

«Qué afortunado es el abuelo». Kaede agradecía especialmente que los cuidadores y terapeutas que acudían a atenderlo no se limitaran a las particularidades de su desempeño profesional, sino que mostraran también la empatía suficiente y necesaria para hacerlo sonreír y hasta reír. Ya lo había dicho la asesora-jefe de la agencia de servicios a mayores cuando estaban organizando el horario y eligiendo el personal que mejor pudiese adaptarse a las circunstancias del abuelo: «El ambiente cálido y agradable en que se encuentre el paciente mientras realizamos nuestro trabajo es vital, así como el trabajo en equipo con la familia». Ahora comprendía Kaede perfectamente el significado de aquellas palabras. Y, mientras todavía permanecía encendido en su pecho aquel agradecimiento profundo hacia todos los cuidadores y terapeutas del abuelo, Kaede comenzó a hablarle sobre el suceso ocurrido apenas dos días antes en el bar Haruno.

Desde luego, el abuelo podía darse por satisfecho de conservar tan buen oído, y de hecho lo estaba. Satisfecho. Kaede le puso al corriente de los pormenores y, a continuación, el anciano escuchó la grabación de audio sin perder detalle.

—¿Haruno…? —susurró—. No he vuelto a pasarme por allí desde que tengo mal las piernas. Lo sabes, ¿no?, el estofado que sirven es de los mejores que he probado en mi vida. El caldo y la salsa rayan en la perfección. Es sorprendente que una única persona haya conseguido levantar el negocio con tan excelente resultado.

El anciano se acercó a los labios su taza favorita, de color verde oscuro, y dio un sorbo de café. También Kaede había consumido más cantidad de café de la cuenta desde la noche anterior. Se dice que el café produce efectos beneficiosos en los pacientes con demencia de Lewy, pero Kaede tuvo la impresión de que su abuelo estaba abusando de su ingesta.

—En cuanto me veía aparecer por allí, la dueña me preguntaba: «Señor Himonya, ¿cuánto tiempo va a quedarse hoy?». Al contestarle la hora a la que pensaba volver a casa, se acercaba y me susurraba al oído algo parecido a: «Entonces, esta tarde toca plantearle solo dos problemas, pero antes le sirvo un jarro de sake, ¿verdad?». Se trataba de una especie de trato. Más tarde, cuando disminuía el número de clientes, se situaba frente a mí, al otro lado de la barra, y sobre esta abría uno o dos libros de matemáticas o de inglés.

»La buena mujer se había visto obligada a abandonar sus estudios escolares, pero se le había quedado clavada la espina del placer de aprender y deseaba presentarse al examen para obtener el graduado en educación secundaria. Su sonrisa cada vez que lograba desentrañar cualquiera de sus problemas no tenía precio, y eso era suficiente para hacerme saber que no había perdido el tiempo.

»Al final, solía acabar ayudándola a solucionar cinco o seis problemas hasta la hora de cerrar.

—¿Y qué pasó con el examen de graduación? ¿Lo aprobó?

—Naturalmente. Para eso me tuvo a mí como profesor —dijo. Se encogió de hombros, como a punto de dejar escapar una risa, pero se contuvo. Se le había quebrado la voz en las últimas sílabas—. El ambiente que allí se respira es de lo más agradable. Recuerdo a H, ese joven tranquilo de rostro anguloso, tan bien como si lo tuviera delante. Nunca lo vi perder la buena disposición, ni siquiera cuando el local se encontraba abarrotado y se lamentaba por no saber atraer la atención de ella. También él era, al igual que yo, cliente habitual, pero, a diferencia de mí, siempre me dio la impresión de que proyectaba en la dueña el recuerdo de su madre fallecida. El muy torpe no se daba cuenta de ello, pero ella sí.

—Vaya…

–Bien, vayamos al grano –propuso el abuelo–. En primer lugar, supongamos que Shiki no ha tomado parte en el asunto…

–De acuerdo.

–No debemos pasar por alto que en esta historia hay un enigma que supera nuestro enigma inicial. Llamémoslo «el misterio del menú».

–¿El misterio del menú? –Kaede ladeó levemente la cabeza–. ¿A qué te refieres, abuelo?

–Me refiero al momento en que Shiki corrió a la cocina a avisar del descubrimiento del cadáver. La dueña se encontraba anotando algo distraídamente en un papel, algo que parecían los ingredientes de un plato y, en cuanto se percató de la presencia de Shiki, dejó caer el rotulador y rompió el papel en un montón de pedazos. Ahí lo tenemos; ahí está el enigma. ¿A qué se debió tan drástica reacción?

–Shiki mencionó que pudo deberse a que el sobresalto la indujo a cometer un error en aquello que fuera que estaba anotando. ¿Acaso pudo tratarse de una equivocación tan seria como para querer deshacerse del papel de manera tan fulminante?

–Es extraño, desde luego –el abuelo dejó su taza sobre la mesilla–, porque, por muy grave que fuese el error, ¿qué sentido tenía rasgar el papel en mil pedazos? Lo normal en aquel instante habría sido limitarse a dejar de escribir para prestar atención a Shiki. Tan expeditiva reacción, por tanto, resulta exagerada y hasta absurda. ¿Por qué lo hizo? Supongo que la única respuesta posible es «porque tenía que hacerlo». Debemos dar con la clave que explique este enigma del menú. Una vez que lo entendamos, estoy seguro de que ello nos dará pie a esclarecer el resto.

«Puede que tenga razón», pensó Kaede. Ella había visto a la dueña en numerosas ocasiones, en sus visitas al bar Haruno, y nunca le había parecido del tipo de persona que rompe un papel con tal fiereza simplemente por haber cometido una equivocación en la escritura. «Aun así, ¿qué relación puede tener esto con el asesinato?».

El abuelo sacudió ambas manos, como si hubiera decidido dejar a un lado, por el momento, el enigma del menú para avanzar en otra dirección.

–Kaede, creo que lo más justo es que te cuente una historia de la época en que yo era un cliente habitual del Haruno. Intuyo que vas a verlo todo más claro cuando conozcas ese nuevo dato.

El rostro del abuelo adquirió cierta gravedad.

–Verás… –continuó el anciano–, yo conozco al hombre del tatuaje. No dejó de martirizar a la dueña desde la época en que era una joven estudiante en el instituto. Más de una vez, me habló ella del hombre que había enturbiado su vida… Una manera un tanto eufemística de expresarlo, porque el hombre llegó a usar la violencia contra ella. Pues bien, a ese hombre llegué a verlo en persona

aparecer por el local.

–No me digas.

–Recuerdo una oscura y gélida noche de hace aproximadamente un año…, ventosa y fría hasta dejarlo a uno aterido. Allí me encontraba yo, sentado como era habitual frente a la barra del Haruno, impartiéndole una de mis clases a la dueña del bar, con la diferencia de que aquella precisa noche no estaba tan atenta: un particular detalle complicó bastante las cosas… La mujer había bebido más de la cuenta.

»"Dejemos la clase aquí, ¿de acuerdo, señor Himonya? ¿Más sake? Invita la casa. Solo le pido que, a cambio, escuche lo que deseo contarle sobre ese hombre que ha visto usted antes a la puerta", dijo ella, con la mejilla recostada sobre la palma de la mano…

«… y el codo sobre la barra», pensó Kaede. «La misma postura que tenía cuando Shiki entró en la cocina; una postura hermosa en una mujer hermosa como ella».

–Yo sabía ya, desde antes de entonces, que había habido algo entre ambos –prosiguió el abuelo–. «Ha salido y ha venido a buscarte, ¿verdad?», dije. Y ella rompió a llorar.

–¿Ha salido…? ¿Ha salido de dónde?

–De la cárcel –contestó el abuelo sin vacilar–. Hace unos veintitantos años, se metió en un lío considerable y acabó dando con sus huesos en la cárcel. Él y su pareja, una estudiante de instituto, recorrieron todo el archipiélago japonés, cometiendo una serie de atracos a su paso. Una persona llegó a morir asesinada al mostrar resistencia en uno de los atracos. Estamos hablando de algo serio. El autor material del homicidio fue el hombre, no su joven acompañante; aunque, puesto que ella lo seguía, fue imputada como cómplice. Su agilidad y baja estatura le permitían colarse por ventanas altas y asegurar la huida tras perpetrar el robo o el correspondiente atraco. Se les llamó «los Bonnie y Clyde japoneses», la pareja más peligrosa de Japón.

«Bonnie y Clyde… Me suena de algo», meditó Kaede. «¡Claro! Es una película estadounidense ambientada en los años treinta que sigue las vicisitudes de una pareja de atracadores en perpetua huida de la justicia mientras continúan atracando bancos en su camino. La película ofrece una inusual combinación de acción y suspense, y se le considera uno de los filmes fundadores de la corriente conocida como nuevo cine estadounidense».

–Obviamente –intervino Kaede–, la joven estudiante protagonista del relato era la dueña del Haruno, ¿verdad, abuelo?

–Así es.

Una sinuosa secuencia simétrica de arrugas se dibujó en la frente del abuelo. Había tristeza en la mirada.

–Al alcanzar el norte del país –prosiguió–, fueron finalmente arrestados. El hombre fue puesto inmediatamente en prisión y ella fue enviada a una institución para delincuentes menores de edad. Yo recordaba la historia por los periódicos.

–Vaya…

–Pasados los años, cuando vi a ese hombre aparecer por el bar Haruno, lo reconocí de inmediato como aquel Clyde bautizado por la prensa, y comprendí entonces que la joven Bonnie no podía ser otra que la dueña. Cumplidos largos años de condena en prisión y obtenida por fin la libertad, aquel era, para él, el gran momento de rendir visita a su vieja compañera de aventuras. El muy ruin no había tenido bastante con arruinar la juventud de la mujer.

–¿Por qué no la dejó en paz…?

–Ella, espoleada quizá por el exceso de alcohol, quiso desahogarse hablándome acerca de la dolorosa experiencia de aquella época vivida con él. Y, sin más, comenzó su relato a partir del día de la detención. En la prisión correccional para menores supo, por primera vez en su vida, lo que era tomar tres comidas al día. ¡Hasta tal punto era humilde su origen! Según me dijo, nunca había comido nada tan rico y fue allí donde tomó la determinación de abrir su propio negocio de comida cuando saliera: un bar donde, además de las habituales bebidas, también se sirvieran platos de la mejor calidad.

Kaede se sintió impresionada. De igual modo que el periplo vital de Kaede la había llevado a convertirse en profesora, aquello que había impulsado a la dueña del Haruno a adquirir y poner en práctica su competencia profesional, con tan excelentes resultados, había sido su particular recorrido vital.

–La detención y encarcelación de ambos supuso para ella el término radical de toda relación con aquel hombre y, por tanto, la oportunidad de comenzar una nueva vida. Sin embargo, después de todos esos años, él se las arregló para husmear el lugar donde ella había rehecho su vida y se presentó sin previo aviso. «¿Sabes? Está en mi mano contar tu pasado y arruinarte el negocio. ¿Qué te parece?», vino diciendo él, a modo de chantaje. Ella no se vio con fuerzas para hacer frente a aquello y, cediendo al chantaje, le entregó cierta cantidad de dinero.

»“¡No vuelvas a ceder!”, le dije yo. «Si vuelve a presentarse, avísame de inmediato».

El anciano miró de soslayo el bastón apoyado en la mesilla. ¿Qué podía haber hecho él, aun en caso de que ella lo hubiera llamado? Poca cosa, desde el momento en que sus piernas dejaron de responderle. Ni siquiera con bastón habría podido…

Fingiendo no haber reparado en tal detalle, Kaede trató de devolver la atención del anciano a la cuestión principal.

–Abuelo, entonces, ese día llegó.

–Y bien que llegó. Nuestro Clyde volvió a acudir al lugar para cobrarse un nuevo chantaje. Debía de estar convencido de que se había encontrado con una inesperada oportunidad, esa que le brindaba la prosperidad del negocio de su antigua amiga, y estaba dispuesto a aprovecharla. Lo imagino sonriendo maliciosamente y frotándose las manos ante el suculento botín que ya se veía disfrutando. Lejos estaba de imaginar que aquel sería su último día. La Policía no tendría ningún problema para identificarlo y revisar su historial. Por eso quizá, por el lustroso historial del sujeto, la notificación oficial por parte de la Policía se hizo esperar. Los agentes deseaban confirmar que, en verdad, se trataba del mismo sujeto.

El anciano cruzó los dedos de las manos y miró fijamente a Kaede.

–Bien, creo que tenemos todos los elementos para dilucidar el crimen –continuó–. Preguntémonos de nuevo qué pasó aquella noche. ¿Cuál es tu hipótesis, Kaede?

La joven tragó saliva.

–Empecemos por la hipótesis número uno. O, como a ti te gusta decir, abuelo, por el relato número uno: H es el asesino. Algo le impulsó a acabar con la vida del hombre del tatuaje. Tras cometer el crimen, dejó la puerta cerrada desde dentro y salió por el hueco superior, apoyándose en el toallero y en el cerrojo de la puerta, volvió a su asiento con cara de no haber roto un plato y encendió un cigarrillo. El hecho de que asegurara no haber visto absolutamente nada resulta sospechoso y da cierto apoyo a este relato.

–Ahí encuentro una contradicción –meditó el abuelo mientras se acariciaba la descuidada barba–. Si H fuera el asesino, ¿por qué habría de haberle contestado afirmativamente a Shiki cuando este le preguntó si el servicio había quedado libre? El asesino había cerrado el cubículo desde dentro y, sin duda, lo hizo con la intención de retrasar lo más posible el descubrimiento del cadáver. En tanto que última persona en hacer uso del servicio, H habría de haber previsto que, cuanto antes se descubriera el cadáver, más fácilmente recaerían las sospechas sobre él. No…, no resulta convincente que H actuara tan torpemente.

«Tienes razón», pensó Kaede. «Con su actitud, H no habría hecho más que llamar la atención sobre sí mismo».

Además, a tenor de lo que sabía acerca del buen talante de H, a Kaede le dolía considerarlo como principal sospechoso. Así pues, le aliviaba descartar tal hipótesis.

–Vayamos con el siguiente relato –continuó Kaede, sumida en cierta confusión–. Otra persona lo hizo. No fue H quien cerró desde dentro y salió por el hueco superior, sino otra persona.

Kaede se detuvo y sacudió la cabeza.

–No, no puede ser –dijo–. Esta otra posibilidad resulta aún más contradictoria.

El anciano sonrió divertido. ¿Qué idea tenía en la cabeza?

–Nadie usó el servicio a partir de las nueve y media. Solo a las diez, H lo usó. Y al volver, afirmó que nadie lo había ocupado tras él. Efectivamente, si H no mintió, entonces no hay por dónde agarrarlo.

Kaede tuvo que armarse de valor para decir lo siguiente:

–El asesino apenas tuvo tiempo suficiente para aparecer de improvisto, cometer el crimen y marcharse del lugar. Es como uno de esos enigmas de habitación cerrada.

–Exactamente –confirmó el abuelo, con la mirada puesta en la sombra que el mueble estante proyectaba sobre una de las paredes del estudio–. Lo veo. He visto una imagen. La asesina es la dueña. La veo ante mí, ahora. La veo preparándose.

–¿Eh? –Kaede se quedó atónita. ¿La veía preparándose para huir? ¿A qué se refería?

–Puedo confirmar que tu segunda hipótesis es la correcta –dictaminó el abuelo con rotundidad–. Sí, tienes razón: este es un clásico misterio de habitación o cuarto cerrado. Bien, hagamos un recuento detallado de lo sucedido aquella noche.

Una vez más, el anciano frunció el entrecejo y la frente se le cubrió de arrugas.

–Bien…, hasta las nueve y media, los clientes del Haruno acudían en tropel al servicio. Pero, al ponerse emocionante el partido, dejaron de hacerlo. Nadie fue durante la siguiente media hora. Todos los ojos se mantuvieron fijos en la pantalla del televisor, atentos al juego. A eso de las diez menos diez, todo el mundo se puso en pie ante la ofensiva japonesa y se armó un buen alboroto. Bien… A nuestro incorregible Clyde no se le ocurrió nada mejor que presentarse allí, ante la puerta, en medio de aquella algarabía, y la dueña se percató de su presencia desde detrás de la barra. Nadie más lo vio. Imaginemos que él le hizo una señal a ella para que se acercara a los servicios para perpetrar un nuevo chantaje. Tal vez pudo ser ella quien le hiciera la señal a él. Esto último es lo más probable. Ella no podía arriesgarse a que los clientes la vieran con aquel hombre. Además, llevarlo a la cocina habría sido arriesgado, sobre todo por la cantidad de cuchillos que allí se guardan y que podrían ser utilizados como arma. El hombre llevaba escrito el peligro en el rostro. Así, mientras todos miraban el televisor sin parpadear, ella se escabulló por detrás de la barra y entró en los servicios, al tiempo que él caminaba pegado a la pared del lado izquierdo y también se introducía por la puerta de los servicios, a mano izquierda. Los clientes seguían entusiasmados con las evoluciones futbolísticas de la selección nacional y ni uno solo vio a la

pareja.

»Ella le señaló el servicio de hombres y, una vez dentro, las cosas no fueron por buen cauce. Ella se negó rotundamente a una nueva extorsión y se desató una acalorada discusión. Clyde no se lo tomó nada bien, adoptó una actitud violenta y se lanzó al cuello de ella, y apretó con la intención de asfixiarla.

–Entonces, ¿ella actuó en legítima defensa?

–Sí. Pero ahí no queda el asunto –dijo, y su rostro se contrajo en un rictus de amargura–. Él se sacó la navaja mariposa de la funda y trató de clavársela. Hubo un forcejeo y ella se la clavó en la espalda sin querer.

En la mente de Kaede se dibujó una imagen tan nítida como horripilante, una imagen con el rojo intenso de la sangre, un rojo escarlata sobre blanco puro. Ello le recordó aquel suceso enterrado en el pasado.

–La dueña debió de quedarse aterrada. «¡No era mi intención, no era mi intención!», pensaría mientras trataba de proporcionarle primeros auxilios. Pero no hubo nada que pudiera hacer para salvarlo. Tras unos instantes de indecisión, dándole vueltas a qué debía hacer, la dueña decidió entregarse a la Policía en primer lugar. Sin embargo, una duda la asaltó: «¿Qué sería del bar Haruno sin ella?». Aunque se le reconociera haber actuado en defensa propia, no se libraría de los rumores que su detención generaría. Saldría considerablemente perjudicada, sin duda.

»¡Con lo que le había costado reunir el dinero suficiente para abrir el negocio de sus sueños! ¡Y ahora estaba a punto de terminarse todo por aquello! ¡Se sabría que ella había sido la Bonnie japonesa! ¿Quién, en cualquier caso, iba a querer poner el pie en un bar donde había aparecido un cadáver? Sí, había que evitar que aquello saliera a la luz. La dueña entró en pánico y, por el momento, aunque solo fuese por una noche, decidió ocultar lo ocurrido. Ninguno de los allí presentes debía enterarse. «Sí, que pase una noche, al menos», pensó.

»Abrió con precaución la puerta del servicio de hombres y miró hacia fuera. Eran las diez, hora en la que H se levantó para ir al servicio. Al verlo aproximarse, la dueña cerró la puerta por dentro y, dirigiéndose a él, dijo: «Perdona. El servicio de mujeres estaba ocupado y me he metido en el de hombres. Enseguida salgo». Escuchó a H alejarse y tomó la cartera de Clyde y otras de sus pertenencias y se las guardó en el bolsillo del delantal. Apoyó los pies en el toallero o en el cilindro del papel higiénico y trepó para salir por el hueco superior.

–Pero… –Kaede inclinó la cabeza–. ¿Cómo pudo hacer una maniobra así? Bueno…, quizá ella precisamente sí.

El abuelo sonrió satisfecho y se llevó el dedo índice a la sien.

–Algo le queda de aquella agilidad de su época pasada de prófuga

de la justicia –dijo–. Es una mujer menuda y dinámica, acostumbrada al ejercicio, que solía colarse por las ventanas altas. Y siempre viste vaqueros gastados. No creo que le costase mucho esfuerzo alcanzar el hueco de la puerta. Por mucho que su local, con su comida y su bebida, esté concebido al aire tradicional, nada le obliga a ella a tener que llevar ropa tradicional bajo el delantal.

«Por supuesto».

De hecho, la vestimenta sencilla e informal de la dueña ayudaba a darle un ambiente más cálido y familiar al lugar. Así lo creía también Kaede. Y ello contribuyó a que se decidiera a invitar a Iwata allí. Lo mismo podría decirse de Shiki y sus compañeros del grupo de teatro. El ambiente informal del bar Haruno era parte de su éxito. En él, sus clientes se sentían cómodos de inmediato.

–Es posible que abandonara el estrecho cubículo con la idea de impedir de una manera u otra que los clientes pudieran hacer uso del servicio –señaló el anciano.

–Sí, tiene sentido.

–Mientras tanto, H había regresado a su mesa. De hecho, el servicio de mujeres estaba libre, pero H no lo usó. La dueña le había dicho que saldría enseguida del de hombres y, por tanto, no consideró necesario entrar al de mujeres. Podría esperar un poco.

–Pero, abuelo…

–Creo que sé lo que vas a preguntar –interrumpió el abuelo, complacido por la perspicacia de su nieta–. Te preguntas por qué H no encontró extraño que la dueña hubiera utilizado el servicio de hombres, pero es algo muy común en las áreas de servicio, por ejemplo. Los hombres lo comprenden y nunca expresan queja alguna al respecto. En un bar tradicional como Haruno, no es raro que un empleado del bar use cualquiera de los servicios indistintamente. ¿Nunca te has encontrado un cartel en la puerta con el aviso servicio ocupado por empleado?

«Mmm…, sí, claro. Sobre todo, en un local pequeño como Haruno, que no tiene servicios para el personal de cocina y donde incluso a la dueña no le queda otro remedio que usar el servicio para los clientes».

–H simplemente decidiría fumarse un cigarrillo antes de volver a intentarlo –continuó el abuelo–. Los fumadores lo hacemos a menudo. Curiosamente, en este caso, tal manera de actuar por parte de H fue lo que dio origen a este misterio aparentemente irresoluble.

El anciano volvió a mirar fijamente aquella sombra en la pared.

–Si H no hubiera actuado de la manera en que lo hizo, se habría quedado esperando ante la puerta común de ambos servicios. En tal caso, habría acabado captando la atención de alguno de los clientes de la mesa 1, por muy pendientes del partido que estuvieran todos.

–Mmm… Y después habrían declarado que vieron a uno de los clientes esperando ante la puerta de los servicios.

–H, no obstante, siguiendo su impulso de fumador, volvió a sentarse para fumar un cigarrillo. Entonces F, es decir, Shiki, le preguntó si estaba libre el servicio. Piensa una vez más en la curiosa respuesta de H, Kaede. «Está libre». ¿Por qué habría de responder algo así, sin más? Bueno, mi idea es que el grado de confianza que tiene con sus compañeros del grupo de teatro, entre los que se encuentra Shiki, es suficiente para ir al grano sin molestarse en ofrecer detalles.

«Sí, eso sería plausible. Shiki había dicho que H es de su misma edad y, por tanto, no le debía el respeto de alguien menor».

–Además, en aquel mismo momento, H debió de ver por encima del hombro a la dueña salir del servicio –agregó el anciano–. Ello termina de explicar por qué no se molestó en darle a F mayores indicaciones. Pero ¿por qué no se adelantó el propio H a F? Muy sencillo: acababa de encender un cigarrillo y lo lógico era cederle el turno a su compañero. «Puesto que ya ha salido la dueña, adelante, amigo», debió de pensar.

Kaede aún tenía una objeción que hacer:

–Sin embargo, ¿por qué los clientes declararon que nadie había ido al servicio a partir de las nueve y media?

–Muy sencillo. Porque quien salió del servicio no fue ningún cliente, sino la dueña del bar. Y, al hacerlo, portaba algún repuesto u objeto necesario para el baño.

–¿Eh? –exclamó Kaede–. ¿Y por eso nadie consideró que ella había usado el servicio?

–Por ejemplo, bastaba con que saliera portando el cubo de la basura para que cualquiera que la hubiera visto pensara que en ese momento estaba realizando tareas de limpieza o mantenimiento, ¿no crees?

–Ciertamente…

–Y dentro del cubo estarían las pertenencias de Clyde y el delantal de la dueña, manchado de sangre.

Desde el jardín, se escuchaba el estridular de los grillos. Se diría que con las últimas palabras del abuelo quedaba completamente resuelto el misterio, pero Kaede estaba dispuesta a lanzarle una nueva objeción a su abuelo:

–El problema es que… hemos estado apilando una hipótesis detrás de otra, en sucesión de hipótesis, y tal vez estemos perdiendo contacto con una base firme. Hay una multitud de otras posibilidades, como que H estuviera compinchado con la dueña.

–Te equivocas. En tal caso, ¿por qué habría H permitido tranquilamente que Shiki se acercara al servicio? Entre ambos, se las habrían arreglado para que nadie pudiera ir al servicio antes del cierre

del local.

–¿Y qué me dices de la posibilidad de que el crimen hubiera sido planeado por la dueña de manera premeditada?

–La posibilidad es remota. Mira, ¿crees que para llevar a cabo un plan premeditado habría elegido la hora y el día de mayor afluencia de clientes, crees que habría asumido semejante riesgo?

–Sí, visto así, creo que tienes razón.

«Y, sin embargo…», algo todavía le rondaba por la cabeza a Kaede. «Sin embargo…, todavía hay algo que no cuadra…».

–Lo que me estás contando, abuelo, suena como si lo hubieras visto con tus propios ojos.

–Así es. –El anciano mantenía los ojos entornados, fijos en la sombra de la pared de su estudio–. En este momento los veo a ambos, enzarzados en una discusión; veo la navaja clavándose en la espalda de él sin la intención de ella; la escucho dirigiéndole unas palabras a H, desde el lado opuesto de la puerta del servicio de hombres. Lo veo. ¿No es ello una prueba? Hablando estrictamente, no es como si lo hubiera visto con mis propios ojos, es que lo estoy viendo ahora con mis propios ojos.

Kaede, sorprendida, se quedó sin palabras.

«¿No es este un procedimiento poco ortodoxo?», se preguntó la joven. «No solo ha dibujado una semblanza de las personas implicadas con una perspicacia asombrosa, desde el espíritu apasionado y sociable de la dueña del Haruno hasta la mezquindad de Clyde, sino que, además, ha sometido a examen los hechos a una velocidad asombrosa y sin dejar un cabo suelto. Y con la mera exposición de los hechos ha ido mostrando con nitidez irrefutable los pormenores de lo sucedido, desentrañando mientras tanto el enigma».

Los grillos volvían a entonar sus cantos en el jardín.

–Abordemos ahora el misterio del menú.

–¿Te refieres a por qué rompió el papel en el que estaba anotando algo?

–Naturalmente. En dicha acción se sitúa la clave de todo.

–Sí, pero ¿hay alguna motivación que justifique la precipitada acción de romper el papel? Dicha acción es precisamente lo que justifica nuestra afirmación de que actuó en defensa propia. Kaede, me gustaría pedirte que te pusieras en el papel de la dueña, que, consternada, regresa a la cocina, decidida a impedir que los clientes hagan uso del servicio. ¿Cuál sería el modo más rápido y sencillo de lograrlo?

–Escribir un cartel que dijera: estropeado, no usar –contestó ella tras pensarlo un instante.

El anciano extendió el dedo índice en señal de acierto.

–¡Correcto! –exclamó.

–Entonces, no se trataba de los ingredientes de un nuevo plato que…

–La dueña pensó que, como la puerta del servicio de hombres había quedado cerrada por dentro, dispondría todavía del tiempo suficiente para escribir el cartel antes de que el cadáver pudiera ser descubierto. Así que, como bien has dicho, se dispuso a escribir un cartel que dijera «estropeado, no usar». Pero, entre el dolor del cuello y el nerviosismo del momento, apenas lograba plasmar los caracteres japoneses correspondientes al aviso e hizo ensayos en letra pequeña, en columna, lo cual hizo parecer que estaba anotando una lista de ingredientes.

»Otro detalle relevante a tener en cuenta es que, lo que a primera vista a Shiki le pareció una pose relajada de mejilla apoyada en la mano y codo en la mesa, era en realidad que estaba aplicándose un pequeño masaje con la palma de la mano en el cuello. Dicha acción realizada inconscientemente, mientras trataba de escribir, respalda la idea de que actuó en defensa propia.

–Así fue como Shiki la encontró al entrar en la cocina, ¿verdad?

–Efectivamente. Su aparición repentina en aquel espacio donde los clientes nunca entran le causó un gran sobresalto a la mujer. Se trata, en cualquier caso, de una reacción lógica por parte de Shiki, tras haber descubierto el cadáver.

–Y, entonces, Shiki vio la «lista de ingredientes».

–Eso es. Fue solo un momento, un abrir y cerrar de ojos, de modo que se comprende que interpretara aquello como una lista. No era intención de la dueña que nadie leyera aquellos ensayos para escribir el aviso. Su gesto de romper la hoja de papel se debe a una reacción casi inconsciente ante la posibilidad de haber sido descubierta. Es comprensible, ¿no crees? Por otro lado, ¿qué sentido tiene que, en una tarde en que el local se encuentra abarrotado de gente, la mujer se entretuviera ideando un nuevo plato? ¿Qué sentido tiene que estuviera tan tranquila, con la mejilla apoyada en la mano y el codo sobre la mesa…, en medio de tanto jaleo?

Todo empezaba a cuadrar para Kaede.

–Shiki le contó su descubrimiento y ella, aturdida y con la voz temblorosa, habló con la Policía. Su estupor se debía al rápido descubrimiento del cadáver, antes de que le diera tiempo a escribir el cartel y pegarlo en la puerta de los servicios.

–Pero, abuelo…, queda aún una cosa que no comprendo.

–¿De qué se trata?

–¿Adónde fueron a parar el delantal de ella y los objetos personales del hombre? Supongo que hubo un registro policial…

Una sonrisa aparentemente maliciosa se plasmó en los labios del anciano.

–Me gustaría que me dijeras tú qué pasó con ello. Solo hay un lugar donde incluso a la Policía le costaría trabajo encontrarlo. ¿En qué otro lugar, sino en la gran olla del estofado marinado en salsa de la casa?

–Ah…

–La dueña vacilaría al respecto. Su intención principal al tratar de ocultar lo ocurrido había sido no dañar el negocio, y, sin embargo, se disponía a echar a perder el sabroso caldo si escondía en la gran olla el delantal y la cartera. Y, si se corría la voz, con semejante acción muy posiblemente estaba tirando por la borda el prestigio del local.

Kaede trató de imaginar qué haría ella en la misma situación. No lo sabía. No lograba dar con una respuesta que terminara de convencerla.

–¿Puedo añadir un nuevo problema? –intervino el abuelo–. Quien fue detenido por la Policía fue H, ¿cierto? Pues bien, ¿no te has preguntado por qué H guardó silencio?

El anciano entrecerró los párpados, como aguzando la vista hacia un detalle de la alucinación que estaba presenciando en la pared.

–El motivo más plausible es que trata de proteger a la dueña. Al ver llegar a la Policía, debió de hacerse una idea de que algo grave había ocurrido y que la dueña estaba involucrada en ello, fuera lo que fuese. Como sabemos, H es una persona muy leal y con sentido de la justicia, y quizá estaba al corriente, a través de la propia dueña, de la historia Clyde.

–Pero, abuelo, este final triste poco favor les hace a ambos, a la dueña y a H.

–¿Por qué?

–Antes me ha parecido entender que la estabas viendo prepararse para huir. Con su silencio, H está dándole tiempo para huir, ¿no es así?

–Te equivocas. –Y los ojos del anciano se entornaron aún más–. Veo a la dueña prepararse, pero no es para huir. La veo ante mis ojos, llamando a la Policía. La dueña se prepara para entregarse.

«Me pregunto si esta última imagen tan solo es un reflejo de cómo le gustaría al abuelo que fueran las cosas. Sin embargo, puesto que ha sabido "verlo" todo con tan asombrosa sagacidad, esta última visión tampoco debe de andar muy lejos de la realidad».

Ahora los grillos entonaban dispersamente algún que otro cricrí y los párpados se le habían entrecerrado tanto al anciano que parecía a punto de quedarse dormido. De pronto, los abrió de par en par.

–¡No! –dijo–. Esto último no son más que imaginaciones mías.

Esta vez, dirigió la vista a la ventana y sonrió forzadamente.

–A punto he estado de pasar por alto un detalle importante –dijo–.

Solo los grillos machos cantan. Fue el señor Cumplidos quien me informó de ello, y dicha información me ha sacado de un error.

«¿Cómo? ¿Qué tienen que ver los grillos? ¿De qué error habla?».

La confusa Kaede contempló a su abuelo acariciarse la barba una vez más, al tiempo que una enigmática sonrisa se dibujaba en sus labios.

–Esta barba, esta barba… Cuando algo le llama la atención a mi barba, no hay quien la tranquilice.

«¿Qué está diciendo? No hay por dónde agarrarlo…».

–Kanae o alguno de los cuidadores deberían afeitarme –prosiguió el anciano–. A ti, Kaede, no te lo pido; no estoy seguro de si te las arreglarías bien. Pero sí voy a pedirte otra cosa.

«Vaya… Creo que sé lo que va a decir a continuación».

–Pásame un cigarrillo, por favor.

«Tal como pensaba…».

El anciano exhaló el humo violáceo de su Gauloises y, a continuación, se arrellanó en su butaca. Parecía haber cerrado los ojos. O, al menos, volvía a tenerlos muy entornados.

Contempló la nube de humo procedente de sus labios y volvió a hablar:

–Kaede, discúlpame. Me temo que el relato que te he hecho escuchar tiene alguna imprecisión. Mejor dicho, contiene una enorme contradicción.

–¿Eh?

–Tranquila, no te he tomado el pelo. Lo que sucede es que las imágenes que veo van fluyendo y cambiando de forma hasta consolidarse. Son, sin duda, más nítidas las que veo en el humo del cigarrillo.

Aguzó la vista hacia el humo y dijo de manera categórica:

–El autor del crimen no fue la dueña del Haruno, sino H.

Un frío silencio se abrió paso en el estudio. Incluso había dejado de escucharse el canto de los grillos en el jardín.

–Solo los grillos machos cantan. ¿Cuántos de los que pululan por el jardín son machos y cuántas hembras? Imposible es saberlo. Pero, aquella noche en el bar Haruno, no había duda de cuál era la proporción de los allí presentes.

«¿La proporción de hombres y mujeres?».

–Pero ¿qué tendrá que ver eso…? –cuestionó Kaede.

–Volvamos a hacer recuento de los clientes presentes en el bar durante la noche de los hechos. Había un total de trece personas, de A a M, repartidas entre dos mesas y la barra. De esos trece clientes, solo dos eran mujeres. Estaban ubicadas en la mesa 1. Es decir, once de los trece clientes eran hombres. ¿Qué era lo más posible que ocurriera en

cuanto acabara el partido? Lo más probable es que se levantaran para ir al servicio en tropel.

–Sí, es posible.

–En tal caso, surge una contradicción en mi relato de los hechos. –Los ojos del abuelo parecieron relampaguear bajo el flequillo que le caía sobre la frente–. ¿Por qué la dueña habría decidido reunirse con Clyde en el servicio de hombres para tratar el asunto del chantaje, sin atender a la posibilidad de que muchos de ellos acudieran tras el inminente final del partido? No encaja.

–Cierto. –Kaede comprendió por fin lo que trataba de explicarle su abuelo–. Si le asustaba hacerlo pasar a la cocina, por los cuchillos, podía haber hablado con él en el pasillo frente a ambos servicios o, como mucho, dentro del de mujeres; pero no tiene sentido que se hubiese decidido por el de hombres.

–Exactamente. ¿Qué pasó, entonces, en aquellos tres minutos? Situémonos en las diez menos diez. Clyde se presenta en el bar. La dueña lo ve y le señala los servicios. Hasta aquí, todo igual. Sin embargo, no es en el interior del servicio de hombres ni en el de mujeres donde discuten, sino en el pasillo justo enfrente. La discusión se acalora, la situación se pone tensa y comienza el forcejeo. Él la agarra del cuello y saca la navaja. De hecho, intenta apuñalarla. Pero justo en ese instante aparece H y, al ver a la dueña en peligro, le arrebata la navaja a Clyde y, por la inercia de la fuerza, se la clava en la espalda.

–Coincido con lo que dices. Ante la violencia desplegada por Clyde, la dueña no habría tenido fuerza suficiente para hacer aquello.

El anciano extendió el dedo índice y lo levantó en señal de que quedaba algo más que añadir.

–Si hubiera sido la dueña quien le clavó el cuchillo, lo habría hecho en la parte frontal. El hecho de que la herida mortal se efectuara en la espalda sugiere fuertemente que tuvo que haber otra persona implicada. Todo apunta, por tanto, a H como autor material del apuñalamiento.

«Cierto…».

–La puñalada, sin embargo, no acabó con su vida al instante. Con la navaja clavada, poco podía hacerse para salvarlo; pero todavía debía de respirar, y tanto la dueña como H debieron de darse cuenta de que aún estaba vivo. Entre gemidos, la dueña le tiró del brazo y lo arrastró hasta el interior del cubículo del servicio de mujeres, consciente de que ello entrañaba un riesgo menor que meterlo en el de hombres. «Gracias, H, y perdona por todo esto. Deja que me ocupe yo. Llamaré enseguida a una ambulancia», debió de decir la dueña. Y H debió de alejarse para regresar a su sitio, envuelto en una enorme confusión.

»Veo a la dueña desesperada, gritándole a Clyde: «¿Estás bien? ¡Escucha, voy a llamar a una ambulancia!». Clyde saca fuerzas para hacer un brusco ademán ofensivo y trata de asesinar a la dueña. Todavía no hay sangre visible. La navaja clavada actúa como tapón e impide que la sangre brote, de momento. La dueña corre hasta el final del pasillo tratando de huir de él y logra esquivar el ataque. El hombre da con sus huesos en el servicio de hombres, cuya puerta se halla abierta, y al chocar contra la cisterna del inodoro, el cuchillo se clava más profundamente.

–Vaya… Y, entonces, la dueña cierra por dentro y sale a través del hueco superior de la puerta, ¿no es así?, llevándose con ella el cubo de la basura y, en su interior, el delantal y las pertenencias de Clyde.

–Y no lo hace tanto por salvaguardar su negocio como para evitar que el incidente salpique a H. Por su parte, este, para tratar de recomponer y calmar su estado de ánimo, enciende un cigarrillo al tomar asiento de nuevo. Esperar a que el servicio quedara libre no fue, por tanto, la motivación de dicha acción. Cuando Shiki le preguntó si el servicio estaba libre, vio por el rabillo del ojo salir a la dueña y contestó que sí. De todas maneras, desde el punto de vista de H, el servicio de hombres estaba libre, sin lugar a dudas.

»H ignoraba que el repentino devenir de los hechos hubiera podido llevar a Clyde al cubículo del servicio de hombres y lo hubiera rematado contra la cisterna. H asumió equivocadamente que la dueña había rematado al hombre y, por tal razón, para encubrirla, decidió guardar silencio ante la Policía. No era consciente de que la dueña tenía las manos completamente libres de culpa.

Una extraña expresión difícilmente interpretable afloró en el rostro del anciano. Parecía tratar de hallar, entre la cortina de humo violáceo, la imagen familiar de H, cliente habitual –como él mismo– del Haruno.

–Veo a H en una sala de interrogatorios, agazapado bajo una mesa, en silencio y con los puños fuertemente cerrados. Está dispuesto a no hablar con tal de proteger a la dueña del Haruno; incluso a negar todo lo que la dueña pudiera tratar de confesar. H aseguraría, sin temblarle la voz, que él mismo había sido el autor material del homicidio. Lo veo…

El anciano frunció el ceño y volvió a concentrarse en el humo violáceo procedente de su cigarrillo.

«Sin duda, está anticipándose a lo que va a ocurrir. Esa pantalla de humo le desvela el desarrollo de los acontecimientos proyectados hacia el futuro, en su resolución más plausible».

–La dueña del Haruno llora desconsoladamente. «Fue un accidente», dice, «un accidente. Él vino en mi ayuda y le clavó la navaja sin querer, en el forcejeo, al tratar de arrebatársela. Él me salvó».

»H se limitaba a decir: «Pese a que soy un buen tipo…». Fue entonces cuando H confesó lo que sentía por la dueña del Haruno. Efectivamente, estaba enamorado de ella. En un principio, había interpretado aquel afecto como la sublimación de un amor maternal, pero se equivocaba. La amaba en tanto que mujer, no como madre.

Aun sin estar muy experimentada en cuestiones de pasión amorosa, Kaede comprendió de inmediato la situación. El silencio protector de H era fruto de su amor por ella y, así, también la expresión de su amor por ella.

La joven se preguntó qué criterio estaría formándose la Policía a partir de la información recabada. ¿Se inclinaría a pensar que H había actuado en defensa propia? ¿Qué crédito otorgaría a las declaraciones de la dueña del Haruno?

Ocurriese lo que fuera a ocurrir, Kaede se congratuló de los bellos sentimientos que habían nacido entre ambos, y pensó que no podían conducir sino a un final feliz.

El cigarrillo Gauloises se consumió sobre el cenicero. El anciano contempló su taza de café y murmuró con voz somnolienta:

–Kaede, ¿me traes los palillos? Este estofado tiene una pinta estupenda.

«Abuelo, siento no poder llevarte a dar un paseo», susurró Kaede para sí. «Pero, cuando el bar Haruno vuelva a abrir, te prometo que iremos juntos».

# 3.
# Desaparición en la piscina

# 1

«Qué aspecto tan desolado tiene esta zona… y, sin embargo, eso precisamente le otorga un encanto especial», había comentado alguna vez el abuelo de Kaede. La joven acababa de dejar atrás la estación de Shimokitazawa y ante sí se desplegaba un área rebosante de limpieza, que parecía haber sido sometida a alguna exhaustiva renovación recientemente. Kaede no terminaba de verle al lugar el supuesto encanto.

«En cualquier caso, por muchas renovaciones que acontezcan, hay cosas que no cambian en Shimokita», pensó Kaede al observar a una multitud de jóvenes agrupados para contemplar, con respetuosa seriedad, la actuación de dos personas que emulaban ancestrales guardianes de Buda y permanecían quietas en un mismo sitio, sin alterar un solo músculo de su rostro ni de su cuerpo.

Kaede llegó a un pequeño teatro situado a escasa distancia de un gimnasio que antiguamente había sido un viejo cine de gran solera. Un cartel, de pie junto a la puerta de entrada, mostraba un curioso anuncio escrito a rotulador, en gruesas letras:

**La obra más esperada:**
***Tú eres el autor (tercera parte),***
**por la compañía teatral Esquina Azul.**
**¡Una única representación trimestral!**

–¿*Tú eres el autor*? ¿De qué tratará? –se preguntó Kaede en voz alta. El título llamaba, cuando menos, la atención. Algo de gancho tendría, considerando que la obra llevaba ya tres partes.

Bajó los escalones que conducían hasta la entrada. El aire se encontraba preñado del aroma intenso y aceitoso de un local de comidas especializado en frituras, situado al lado. De pie, junto a la puerta del teatro, una mujer de pelo corto y rojo escarlata la recibió con una amplia sonrisa de bienvenida, delineada en rojo carmín y acentuada por dos hoyuelos formados uno a cada lado de la boca, en el nacimiento de sus mejillas.

«Tiene todo el aire de formar parte del elenco de actores», pensó Kaede.

La mujer le entregó una hoja de papel y un lapicero.

«Vaya, ¿una encuesta?», se preguntó la joven. Se equivocaba.

–Escriba aquí aquello de lo que le gustaría que tratara una de las improvisaciones que se van a representar. Pasaré a recoger la hoja quince minutos antes del comienzo. Tiene tiempo hasta entonces.

Kaede bajó la vista a las hojas de papel: «Describa con plena

libertad el tipo de personaje que desee ver representado en escena», y debajo: «Retazos biográficos de [...]».

«Mmm..., ¡teatro de improvisación!».

Atravesó la puerta de la sala de butacas. Las treinta butacas de la pequeña sala estaban ya, casi todas ellas, ocupadas por los espectadores. Aguzó la vista en la penumbra para localizar un asiento libre.

–¡Aquí! ¡Te he guardado un sitio!

La voz pertenecía a Iwata, que había llegado antes que ella y ya la esperaba sentado.

–Gracias –respondió Kaede al tiempo que tomaba asiento junto a él.

Iwata se afanaba en escribir línea tras línea con el lápiz.

–¿Sabes?, también es mi primera vez en este tipo de teatro –afirmó el joven, haciendo girar el lápiz con los dedos. Parecía orgulloso de tal habilidad–. Pensándolo ahora, metidos en situación, no sé si esto se te va a dar bien, Kaede...

–¿Te refieres a escribir sobre un personaje?

–A eso me refiero. Esto es como uno de esos programas cómicos de variedades, y, como sabes, todo lo que sea comedia a mí me encanta...

–Es la primera noticia que tengo.

–Pues..., sí, me gusta. Pero tú, que tiendes más hacia lo serio..., no sé si se te va a dar bien esto.

«En realidad, quizá tengas razón». Y Kaede se quedó pensativa, ensimismada, sosteniendo el lápiz entre los dedos.

Llegado el momento de entregar las hojas de guion, también Kaede hizo lo propio con la suya, y apenas transcurridos cinco minutos, resonó por la megafonía una voz cuyo tono se diría característico de un locutor deportivo.

–¡Queridos espectadores! ¡A continuación, con todos ustedes, el director del grupo de teatro Esquina Azul!

Una silueta esbelta, enfundada en un traje, hizo acto de presencia sobre el escenario. Se trataba de Shiki.

–¡Eh, lo que son las cosas! –clamó Iwata en voz baja–. ¡Ahora resulta que han hecho a Shiki director de la compañía!

Los espectadores –en especial las espectadoras más jóvenes– prorrumpieron en aplausos. Shiki esperó, en actitud seria, a que la acalorada ovación amainara y, acto seguido, en un tono apenas audible, habló:

–Muchas gracias a todos por tomarse la molestia de escribir unas fantásticas descripciones de personajes.

E inclinó la cabeza a modo de reverencia. El penetrante y grave

hilo de voz se había proyectado, con nitidez y sin esfuerzo, a cada rincón de la sala de teatro, arañando los oídos de los presentes, cual invocación ancestral.

–Como viene siendo habitual, según nuestro propio criterio, hemos seleccionado cinco de los guiones del público. Y ahora invito al resto de la compañía a unirse a mí para interpretar los papeles asignados, dando rienda suelta a la improvisación. ¡Bienvenidos a *Tú eres el autor, tercera parte*! ¡Adelante! ¡Uno, dos y tres…!

Y todo el público, a excepción de Kaede, gritó:

–¡Que continúe el espectáculo!

Aquel clamor difundido al unísono dejó a Kaede en un estado de completa perplejidad. Se sintió desubicada ante aquella familiaridad del público con lo que parecía ser el lema de la compañía teatral Esquina Azul.

Una extraña mezcla de nerviosismo y expectación envolvió a los espectadores en la oscuridad del pequeño teatro. De pronto, el escenario se iluminó y la función dio comienzo. Durante los siguientes minutos, sobre la tarima, los actores hicieron gala de un exuberante ejercicio de creatividad, fiel a las directrices del público.

Los esbozos biográficos eran de lo más pintoresco. «Eres un árbitro de béisbol cuya veteranía y conocimiento del juego te permiten entregarle la pelota al *pitcher* a una velocidad de más de ciento cincuenta kilómetros por hora». «Formas parte de un escuadrón militar que viaja en el tiempo y la máquina te lleva a una época de paz en vez de una de guerra». «Eres un gran jugador de ajedrez japonés que le promete la victoria a su amada en la antesala de la final por el título». Con este apunte biográfico, los actores recrearon una historia de amor que mantuvo al público en vilo, al borde de sus butacas. «Eres una joven que se enrola en un barco pesquero después de haberse arruinado en las apuestas del hipódromo». «¡Es la mía!», pensó Kaede llena de entusiasmo. «¡La han elegido!».

Cada nueva elección de un esbozo biográfico producía nuevas sonrisas entre el público. Pero, para sorpresa de Kaede, el núcleo de cada historia venía impregnado siempre de tintes serios y dramáticos. Kaede pensó que esto no debía de ser lo habitual allí.

La última historia relataba la vida de un matrimonio de ancianos artistas de circo, y, durante la media hora larga que duró su representación, el ambiente adquirió un sombrío tono dramático. El apunte biográfico tomado como referencia había sido el siguiente: «Un matrimonio de trapecistas que, la noche anterior a una función, mantiene una acalorada discusión (hasta rayar en el mutuo deseo de homicidio)».

# 2

Para poner la rúbrica a aquella velada teatral, gran parte del público acompañó a los actores a una taberna especializada en estofado de gallina, situada a unos siete minutos del teatro, a lo largo de una calle repleta de un variopinto abanico de establecimientos, como un restaurante especializado en platos de ostras, un local para jugar a los dardos o una tienda de ropa de segunda mano.

–¿Te has dado cuenta? ¡No han usado mi idea! –se quejó Iwata.

–Ah, ¿no? ¿Qué escribiste?

–«Eres un profesor de colegio que jugaba al béisbol en el instituto».

«Vaya, qué alarde de originalidad…», pensó Kaede. «¿Y eso era lo que estabas tan convencido de que iban a seleccionar? Peor aún que lo que escribiste es el que lamentes que no lo eligieran».

A Kaede se le ocurrieron muchas cosas que decirle, pero zanjó el asunto con un escueto:

–Qué pena.

Ya en la taberna y sentados a una mesa larga, charlaron animadamente mientras picoteaban de los platos de estofado de gallina y bebían. Se trataba de un bufé libre con muy buena relación calidad-precio.

«El actor de teatro vive para esos momentos de reunión después de la función», había dicho el anciano alguna vez, y Kaede, en medio de aquel cálido y efervescente ambiente lleno de entusiasmo, comprendió el sentido de aquella afirmación.

Los apenas diez componentes de Esquina Azul se agruparon hacia el fondo. Eran pocos pero ruidosos. Ni siquiera los treinta y dos niños del curso del que se hacía cargo Kaede habrían podido rivalizar con ellos.

En cuanto al asunto acaecido poco antes en Haruno, la dueña acabó entregándose a la Policía y H fue imputado como autor material del crimen. No obstante, todo apuntaba a que su acción sería juzgada bajo la atenuante de homicidio involuntario.

Tal vez ese fuera el principal motivo de la alegría que había cundido entre sus compañeros del grupo de teatro: la buena noticia de la atenuante.

Las hipótesis del abuelo de Kaede habían sido acertadas. Pero habría sido una falta de respeto sacar el tema en aquel ambiente festivo de comida y bebida, y Kaede lo dejó para otra ocasión más propicia. Los brindis se sucedían una y otra vez a lo largo de la larga mesa rectangular, entre gritos de «¡que continúe el espectáculo!».

Kaede, pese a la amable invitación de Shiki a acudir al evento teatral y posterior festejo, no se dejó arrastrar por aquella exaltación que reinaba en el ambiente. Algo, en su opinión, no terminaba de cuadrar…

Iwata, por su parte, pese a no haber acudido a demasiadas representaciones del grupo, no dudaba en opinar de todo y mostrar reparos acerca de esto y de lo otro, integrado en la conversación con un desparpajo asombroso.

«Esta afable ingenuidad suya debe de ser la responsable de que los niños le cojan tanto cariño», supuso la joven.

Alrededor de una hora después, Shiki apareció con tres jarras de cerveza. Llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía una camiseta.

–Perdonad que no me haya sentado con vosotros antes –dijo, y tomó asiento entre ambos–. Lo bueno de este establecimiento es que no necesitas pedir vasos o jarras nuevos, puedes seguir usando tu jarra cuanto gustes.

–No hay nada como la cerveza de barril –apreció Iwata arrugando la frente–. Si me bebo todo esto, voy a echar más tripa que una cuba. Pero mírate tú, Shiki, ¿qué haces para mantenerte en tan buena forma? ¡Si ni siquiera te gusta hacer deporte! ¿Cómo lo consigues? Envidia me das…

«Es verdad», corroboró Kaede para sí.

Aunque, la primera vez que lo vio, Kaede había reparado de inmediato en su esbeltez femenina, había bastado una segunda mirada más atenta para apreciar el musculoso cuerpo que se ocultaba bajo la ropa. Incluso los abdominales imprimían claramente su forma en la tela de la camiseta.

–Es que una cosa es cuidar la forma y otra hacer ejercicio –apuntó Shiki al tiempo que le entregaba a Kaede su jarra–. Creo que mi desprecio hacia el deporte en general tiene que ver con mi desprecio hacia las traducciones de las novelas clásicas de crimen y misterio.

«¿Está retándome otra vez?», se cuestionó Kaede y, seguidamente, preguntó:

–¿A qué te refieres?

–Eso de que el detective tenga que reunir a todos los sospechosos en una misma sala para anunciar quién es el culpable y que lo primero que diga sea «veamos…». ¿Lo entiendes? Las novelas clásicas de crimen y misterio están llenas de patrones que se repiten hasta el aburrimiento. ¿Por qué el detective tiene que atusarse el bigote tras señalar al culpable? ¿No se da cuenta de que va a desarreglárselo, sin espejo delante? ¿Y a qué cree él que va a contribuir la curvatura de su bigote? ¿A una mejor exposición de los hechos? Vamos, que… si yo fuera el culpable, me daría la risa.

«Ahí te doy toda la razón», pensó Kaede.

–Lo que dices es cierto –comentó la joven–. Pero ¿qué tiene ello que ver con que no te guste el deporte?

–Para empezar, fíjate en lo repetitivo de las retransmisiones en directo y en el despliegue de teatralidad posterior al evento –señaló Shiki–. Siempre es lo mismo. Repetición y repetición de lo mismo hasta la saciedad…

Iwata no parecía escuchar. Recostado sobre la mesa, no cabía duda de que el bufé libre de alcohol no estaba hecho para él.

–¡Los héroes del partido, los héroes del partido! –continuó Shiki–. «¡Tenemos con nosotros a uno de los héroes del partido! Cuéntanos, ¿cómo te has visto sobre el terreno de juego?». Y así siempre. ¿Qué aporta repetir siempre lo mismo, qué necesidad hay? Los periodistas deportivos llevan puesto el piloto automático desde los siglos de los siglos. «¿Qué sentiste al lograr ese espectacular *home run* para el equipo?». Etcétera, etcétera, etcétera… «En cuanto golpeaste la pelota, lo vimos claro». ¿Lo vimos claro? Venga ya. Es imposible verlo hasta pasados unos segundos, cuando por fin la pelota describe una parábola y comprobamos la fuerza que lleva. Pero los locutores repiten las mismas frases hechas, aunque sean mentiras.

Shiki se humedeció la garganta con un buen trago de cerveza.

–¡Eh! ¡Iwata! –exclamó Shiki–. ¿Sabes cuál es la frase que más detesto de las retransmisiones deportivas? Esta: «¡Qué gran partido han hecho nuestros muchachos! ¡Se han dejado la piel en el terreno de juego!». ¡Iwata, despierta! Y el entusiasmo que le ponen los locutores…, ¿eh? «¡Atención, atención! ¡Segundo *strike*, último lanzamiento! ¡El partido está que arde!». ¿Qué me dices de ello? ¿Tan emocionante es?

Shiki estaba desatado. ¿Acaso borracho también?

–Muy bien, Shiki –intervino Kaede–. Pero todavía no nos has preguntado por nuestra impresión sobre la representación teatral de hoy.

–Cierto. ¿Qué os ha parecido?

Shiki dejó la jarra sobre la mesa y Kaede se enderezó sobre su asiento.

–Ha sido una de las mejores que he presenciado en mi vida –dijo, elogiosa. Sonó sincera.

Su abuelo le había dicho que a un actor no podía hacérsele más que el máximo elogio después de una representación. Al terminar la función, los actores permanecen en un estado que casi podría calificarse de trance y era injusto, cuando menos, no alabar su trabajo.

Kaede, sin embargo, se había expresado con completa sinceridad, y a Shiki se le iluminó el rostro con una sonrisa de oreja a oreja.

–Muchísimas gracias, Kaede.

–No solo las improvisaciones han sido impecables, también hemos

podido disfrutar de la versatilidad de cada actor en distintos papeles, a veces incluso de mujer.

–Gracias.

–Tú también, Shiki, has interpretado de maravilla el papel de una mujer, con una naturalidad asombrosa. Me pregunto si te dejaste el pelo largo para los papeles de mujer.

–No, el pelo largo no es por eso. Simplemente, me da pereza cortármelo.

Hizo el gesto de pasarse la mano por la melena, pero curiosamente erró en el intento, como si hubiera olvidado que lo llevaba recogido en una coleta. Nuevo síntoma de su borrachera.

–Solo tenéis a una actriz en el elenco, ¿no? –observó Kaede, dirigiendo la mirada a una intérprete de pelo rojo, sentada al otro lado de la mesa.

Algunos de los presentes, al oír aquello, estallaron en una carcajada.

–Kaede, me temo que… –intervino Shiki en tono gangoso producido por la ingesta de alcohol– en nuestra compañía de teatro no hay una sola mujer… No juzgues a los demás desde tus presupuestos.

La supuesta actriz de pelo rojo se llevó una mano a la cabeza y se despojó de lo que solo era una peluca.

–De hecho, necesitamos a una actriz –dijo el hombre con la peluca en la mano–. ¿Te apuntas, Kaede?

Además de la obvia fatiga física que resultaba de interpretar distintos personajes en una misma función, Shiki era el director de escena. Finalizadas sus responsabilidades de aquel día y hundido en su asiento, comenzaban a cerrársele los ojos.

Cuando por fin Shiki cabeceó y se sumió en el sueño, Iwata alzó la vista y se incorporó.

–Hombre, por fin se le ha agotado la batería –dijo.

–¿Eh? –Kaede no cabía en su asombro–. Pero ¿tú no estabas dormido?

–¿Es que no te has dado cuenta de que he estado bebiendo té todo este tiempo? Estaba seguro de que Shiki iba a caer rendido esta noche –dijo Iwata mientras arropaba a Shiki con su abrigo–. Y lo que no estaba yo dispuesto era a seguirle la corriente en sus diatribas contra el deporte. No esta noche. Además, empieza con el béisbol y sigue con el fútbol y termina en las carreras de maratón.

«Así que Shiki tiene un repertorio fijo para estas ocasiones», pensó Kaede, «y lo de hace un momento no ha sido una simple conversación improvisada».

Iwata miró con comprensión a Shiki, que dormía con la boca abierta.

—Shiki tiene sus razones para detestar los deportes —añadió.

—¿Cuáles?

—Hay que remontarse a la época del instituto —explicó Iwata—. Yo jugaba de *catcher* y era el capitán del equipo. Shiki jugaba de lanzador. Nuestro entrenador no tenía ni idea de béisbol y yo mismo fui quien asignó a Shiki dicha posición.

«*Catcher* uno y lanzador el otro, motores del equipo», pensó Kaede. «Vaya…, estos dos mantenían una relación de amistad inusualmente cercana en el instituto, más de lo que cabría esperar entre chicos de diferente curso».

—Yo afrontaba mi último verano en el instituto. El marcador marcaba un empate. Después de dos *strikes*, Shiki se disponía a hacer su tercer y último lanzamiento.

«La misma situación descrita por Shiki en su soliloquio», se percató la joven.

—Shiki debía lanzar por el centro, siguiendo una señal mía, pero las manos le sudaban y la bola salió despedida en un ángulo erróneo y fue a estrellarse contra la cara del bateador. Ahí acabó el partido. No fue la sirena accionada por los árbitros, sino la de la ambulancia, la que le puso fin. Todavía puedo escucharla. El bateador perdió la vista en el ojo izquierdo…

A Kaede se le cortó la respiración.

—Ni que decir tiene que, a partir de aquel día, Shiki no volvió a jugar al béisbol y detesta cualquier deporte en el que exista la posibilidad de lastimar al rival.

«Es comprensible. Sin embargo…, es posible que tal rechazo no sea auténtico. Es posible que por dentro sigan gustándole tanto el béisbol como cualquier otro deporte de competición».

—Kaede, ¿me permites que te explique por qué sabía que Shiki se derrumbaría aquí, esta noche?

—Sí, claro.

—Hoy, mientras charlaba con Shiki en los camerinos, antes de la función, tuvimos una visita inesperada. Un viejo conocido. Shiki fue el primero en reconocerlo.

—No me digas que…

—Sí, aquel bateador que perdió el ojo. De alguna manera, supo de la representación y de que Shiki formaba parte del grupo teatral. Por primera vez, acudió a ver una función. No te imaginas cómo lloraba Shiki.

A Iwata le tembló la voz.

—Supuse que Shiki abusaría del alcohol hoy. Supuse que trataría de olvidar… Nuestro amigo es un poco brusco, pero tiene un buen corazón, te lo aseguro. Es una persona especialmente vulnerable, pero…

Iwata trató de esbozar una sonrisa.

–Pero, como te he dicho ya en alguna ocasión, es un raro entre los raros. No te recomiendo enamorarte de él.

# 3

«He conseguido acudir, pese a la resaca…».

A Kaede le sorprendió su propio logro. Hacía tres años que no acudía a la habitual reunión anual de compañeros de la universidad, pero aquellos días se sentía inesperadamente impelida a verse con gente. Quizá ello debía agradecérselo al reciente trato con Shiki, con alguien tan fuera de lo común y diferente a ella, tan seguro de sí mismo.

Kaede entró en la hamburguesería donde se celebraba la reunión. Se trataba de un popular establecimiento de hamburguesas caseras, a escasa distancia de la estación de metro del distrito de Shinjuku, en la avenida número tres. El servicio al cliente no era el de un restaurante de lujo, obviamente, pero se ofrecía un menú a precio asequible que era del agrado de Kaede.

Aunque algún que otro encuentro anterior había tenido lugar en establecimientos de postín del barrio de Omotesando, los organizadores se habían decantado en aquella ocasión por un local relativamente informal, debido en gran medida a que muchas de las antiguas estudiantes eran ahora madres que acudían con sus bebés.

El interior se encontraba concienzudamente limpio y decorado, y en cada mesa había una pequeña calabaza sonriente, en sintonía con la celebración de Halloween, para la que aún faltaba medio mes. De las paredes colgaban máscaras y ropajes y demás artículos de disfraz, y extendida en el centro destacaba una gran capa roja coronada por una máscara plateada. A Kaede, la visión del color le recordó la peluca de aquel componente del grupo de teatro.

Terminado el almuerzo, una de las madres con bebé fue la primera en despedirse. El pequeño lloriqueaba y Kaede le hizo alguna carantoña. Tras despedirse, Kaede volvió a su asiento. Se encontró con que una vieja amiga a la que guardaba gran aprecio había ocupado el espacio frente a ella, al otro lado de la mesa.

–Kaede, no has cambiado nada. ¿Cuándo vas a contarme tu secreto para mantener esa piel perfecta?

–Pues no veas… Si me he levantado con resaca…

Hacía tres años que no se veían, pero no necesitaron más que un instante para tratarse con la familiaridad de haberse visto todos los días. Kaede se congratuló de ello. Misaki era una de las pocas compañeras con las que se reunía para almorzar en la universidad. Y, sin embargo, no había sido más que eso. Una compañera. «¿Cuándo empecé a tener miedo de hacer amigas de verdad?», se preguntó Kaede. «Creo que fue desde que tuve conocimiento de cierto asunto

relacionado con mamá. Y si me da miedo hacer amigos, ni que decir tiene que mi vida amorosa se me hace más complicada aún. Es como una herida que no ha sanado…».

–Ay, tengo que contártelo. –Misaki sacó a Kaede de sus pensamientos–. A ver si adivinas en qué colegio he conseguido trabajo. ¡En el mismo en que tu abuelo era director!

–¿Qué? ¡No me digas!

–Tu querido y elegante abuelo… ¿Qué tal se encuentra?

–Bien… –respondió Kaede con cierta ambigüedad. No le incomodaba hablar del deterioro cognitivo de su abuelo, pero aquel no era el momento apropiado para hacerlo. Misaki acababa de sorprenderla con una feliz noticia y no deseaba ensombrecerla.

Puesto que habían cursado estudios de magisterio, sus excompañeras trabajaban como profesoras de escuela primaria, en su mayoría. Pese a ello, lo que acababa de contarle Misaki sonó a oídos de Kaede como una milagrosa casualidad.

–Kaede, ¿recuerdas que a tu abuelo lo llamaban el director Limpiacristales? Todavía hoy se habla de él, quince años después de que abandonara su cargo. Ya ves, ¡se ha convertido en un personaje de leyenda!

Kaede no pudo evitar sentirse orgullosa de su abuelo.

–Pero hay algo que necesito contarte. –Misaki lanzó un vistazo hacia la ventana de la hamburguesería. De ella colgaban fantasmas, brujas y gatos confeccionados con cartulina negra–. El director actual también es una persona muy querida. A sus oídos ha llegado la fama de tu abuelo y también él ha comenzado a limpiar los cristales del colegio, como hacía tu abuelo. ¿Cómo crees que lo llama la gente ahora? El director Limpiacristales, Segunda Generación.

«En cualquier caso, mi abuelo no lo hacía por capricho. Había en ello una razón», recordó Kaede. Efectivamente, el anciano albergaba toda una filosofía acerca del acto de mantener limpio el entorno.

Aparte de la limpieza de los cristales y de buscar la cercanía con la comunidad del colegio, a tal acto le movía un profundo sentido de la responsabilidad social, en un sentido amplio.

«¿Has oído hablar de la teoría de las ventanas rotas?», rememoró Kaede las palabras de su abuelo. «Dicha teoría dice que, en un entorno descuidado y en el que se observan los efectos de la pasividad institucional al permitir, por ejemplo, los grafitis y al no penalizar los destrozos del mobiliario público, se produce un efecto dominó de desapego que acaba incluso alentando los delitos y el desorden social. El deterioro social empieza, según esta teoría, por la dejadez ciudadana hacia lo público».

«La proliferación de grafitis llama a más proliferación de grafitis, los cristales rotos llaman a más cristales rotos. Y, al final, reina el

caos. La moral se deteriora y los pequeños delitos pasan a crímenes graves, y cuando queremos darnos cuenta ya no hay marcha atrás. ¿Cómo prevenirlo? De momento, lo mejor que podemos hacer es cuidar de nuestro entorno y mimarlo, y una sencilla manera de empezar a cuidarlo es manteniéndolo limpio y bonito. De ahí viene mi afición por limpiar las ventanas del colegio».

El anciano ponía como ejemplo lo ocurrido en la ciudad de Nueva York durante la primera mitad de la década de los noventa. La ciudad sufría, por entonces, el deterioro progresivo e imparable de una espiral de violencia y crimen cada vez mayor. El alcalde decidió tomar cartas en el asunto y acudió a la teoría de las ventanas rotas. Empezó implementando fuertes medidas de saneamiento urbano, como la eliminación radical de los grafitis del metro, entre otras. Lo cierto es que los índices de delincuencia experimentaron un drástico descenso a partir del momento en que el alcalde comenzó a implementar tales medidas.

«Es una cuestión de hábito. No es que los niños vayan a convertirse en delincuentes si no limpio las ventanas», reía el abuelo, «pero con mi actitud quiero enseñarles que uno debe cuidar su entorno y conservar el buen estado y la limpieza de todo aquello de lo que hacemos uso: ventanas, pasillos, aulas, etcétera. Las ventanas son solo el comienzo. Por algún sitio hay que empezar, y la limpieza de los cristales es simplemente una manera de expresar la limpieza interior, la del alma. Estoy convencido de ello».

Todavía resonaban en el recuerdo de Kaede aquellas palabras cuando Misaki la sacó de su ensimismamiento.

–¿Me estás escuchando, Kaede?

–¡Perdona! ¿Qué me decías?

–Te decía que al director Limpiacristales, Segunda Generación, además de limpiar los cristales, le gusta regar las plantas del jardín del colegio. Incluso ha trasladado el magnífico despacho del director de la primera planta a una sala mucho más modesta de la planta baja, solo porque así tiene frente a su ventana la vista del parterre de flores del jardín. Fíjate si le gustan las flores. No entiendo cómo pueden gustarle tanto –dijo esbozando su particular sonrisa de dentadura desigual. Sus padres habían querido que usara un corrector dental, pero ella siempre se había negado tercamente: tanto cariño le tenía a la asimetría de sus dientes.

«Te da un toque muy particular. Y hermoso… Te queda bien. Encaja con tu carácter valiente. Sí, Misaki, eres mucho más valiente que yo…», pensó Kaede.

–Ah, pero de lo que quería hablarte era de otra cosa. Siempre te han gustado las novelas de crimen y misterio, ¿verdad? Al menos un poco.

«En lo de "un poco" te equivocas. Por cierto, esto sí que es cambiar de tema».

–Diría que es lo único que me interesa –confirmó Kaede.

–Entonces, ¿no te importará que te cuente un extraño suceso ocurrido en el colegio?

–¡Soy toda oídos!

–Los relatos de crimen y misterio se subdividen en temas… o en subgéneros, o comoquiera que se le llame, ¿no es así? Por ejemplo, tenemos los misterios de cuarto cerrado y aquellos en que todos los sospechosos tienen una coartada…

–Sí.

–Y tenemos las desapariciones imposibles, ¿verdad? Aquellos casos en los que alguien se esfuma sin explicación posible, prácticamente ante la mirada de todos. Pues bien, este es el que nos ocupa; de tal tipo es el misterioso hecho sucedido en el colegio.

«¡Una desaparición imposible!», pensó Kaede, pero no dijo nada. No deseaba darse excesivos aires de experta en novelas de misterio. No deseaba reflejar en la voz una excitación que quizá no viniera al caso.

Se dice que cierta noche, reunidos los maestros del misterio Ellery Queen y Dickson Carr, tras arduo debate, llegaron a la conclusión de que el más extraño de los misterios, el de más difícil resolución, era precisamente aquel que tuviera que ver con las desapariciones imposibles.

–Sobre esa subdivisión de temas de la que hablas, Misaki, no sé mucho –dijo Kaede–, pero, si quieres que te ayude, haré lo que esté en mi mano. ¿Puedo grabar con el móvil lo que vayas a contarme?

Y ante el consentimiento de Misaki, Kaede pulsó el botón de grabación de audio del móvil.

–Vaya, saber que me estás grabando me pone un poco nerviosa –dijo Misaki, exhibiendo una sonrisa tímida–. Vamos a ver…, ¿por dónde empiezo? –Frunció el entrecejo–. En la primavera del año pasado, una nueva profesora entró a formar parte de la plantilla del colegio. Era una chica muy guapa, de estilo impecable… Una belleza de aire clásico.

«Una belleza de aire clásico. Misaki no se conforma con un simple "guapa". El halago se le queda corto. Necesita añadirle un aire clásico a su belleza. Muy propio de Misaki, siempre tan incisiva».

–Por discreción, me referiré a ella como la Diva. No, mejor llamémosla Cara de Ángel, por ese aire clásico suyo que he mencionado.

–Venga ya…

–Lo digo en serio. Era todo un ángel.

Kaede sintió un leve escalofrío al percatarse de que Misaki estaba usando el tiempo verbal de pasado: era.

–Supongo que en todos los ambientes de trabajo sucede algo similar –continuó Misaki–. En cuanto aparece una mujer guapa, los hombres se ponen a revolotear alrededor. Y el colegio no es una excepción. No solo los solteros, todos se vuelven como tontos ante la presencia de una belleza. Se alborotan y eso… No sé… El caso es que tuve un extraño presentimiento, el presentimiento de que algo terrible iba a ocurrir.

–¿Hasta tal punto?

–Sí. Por cierto, Kaede, tú tampoco estás nada mal, ¿eh?, aunque no seas del tipo clásico. ¿No tienes a un enjambre de moscones dándote el tostón en el colegio?

–¿Qué dices? De ninguna manera. –Y agitó la mano como quitándose el enjambre de encima mientras en su cabeza se materializaba la imagen de Iwata. Repitió–: De ninguna manera. Vamos, sigue.

Y Misaki continuó:

–Un año después, en la primavera de este año, la habitual sonrisa de Cara de Ángel desapareció. Se rumoreó que andaba envuelta en algún problema personal. ¿Qué tipo de problema? Nadie lo supo. Pasó el tiempo y sus ausencias en el trabajo aumentaron llamativamente. Algo serio debía de pasarle.

–Supongo que sí –asintió Kaede.

Ausentarse reiteradamente en el segundo año de trabajo era impensable en el colegio donde trabajaba Kaede.

–Finalmente, lo peor ocurrió en la víspera de las vacaciones de verano. –Misaki bajó la voz, temerosa de que alguien alrededor pudiera escucharla–. Era un día húmedo y caluroso. El cielo estaba completamente despejado. Cara de Ángel se encontraba con su grupo de alumnos de cuarto de primaria. Treinta en total. La cuarta clase era la de natación. Recuerdo perfectamente, desde el aula contigua, los gritos de alegría de los alumnos antes de salir hacia la piscina.

Kaede estaba familiarizada con aquella escena. El alborozo de los niños al escucharla decir «¡a cambiarse y a la piscina!» siempre le dibujaba una sonrisa en los labios. Era uno de esos momentos en que se alegraba de haber escogido su profesión.

–La clase de natación dio comienzo –prosiguió Misaki–. Espera, será mejor que te dibuje un plano de la piscina.

Misaki extrajo de su enorme talega, cuya contundente forma rectangular contrastaba con la suave y menuda figura de su dueña, una agenda y un bolígrafo. Mientras delineaba hábilmente el contorno de la piscina ayudándose con una tarjeta de puntos del supermercado, Kaede pensaba en el enorme talento de Shiki para la improvisación y

se preguntaba si las habilidades de cada uno, ya fueran en el dibujo o en la interpretación, eran al cien por cien innatas.

–Bien, esto nos dará una idea aproximada del lugar de los hechos –comentó Misaki. Arrancó la hoja de la agenda y colocó su teléfono móvil sobre la misma, a modo de pisapapeles–. Ahora, tracemos la línea temporal de lo sucedido.

Abrió de nuevo la agenda. Parecía una virtuosa tomando notas.

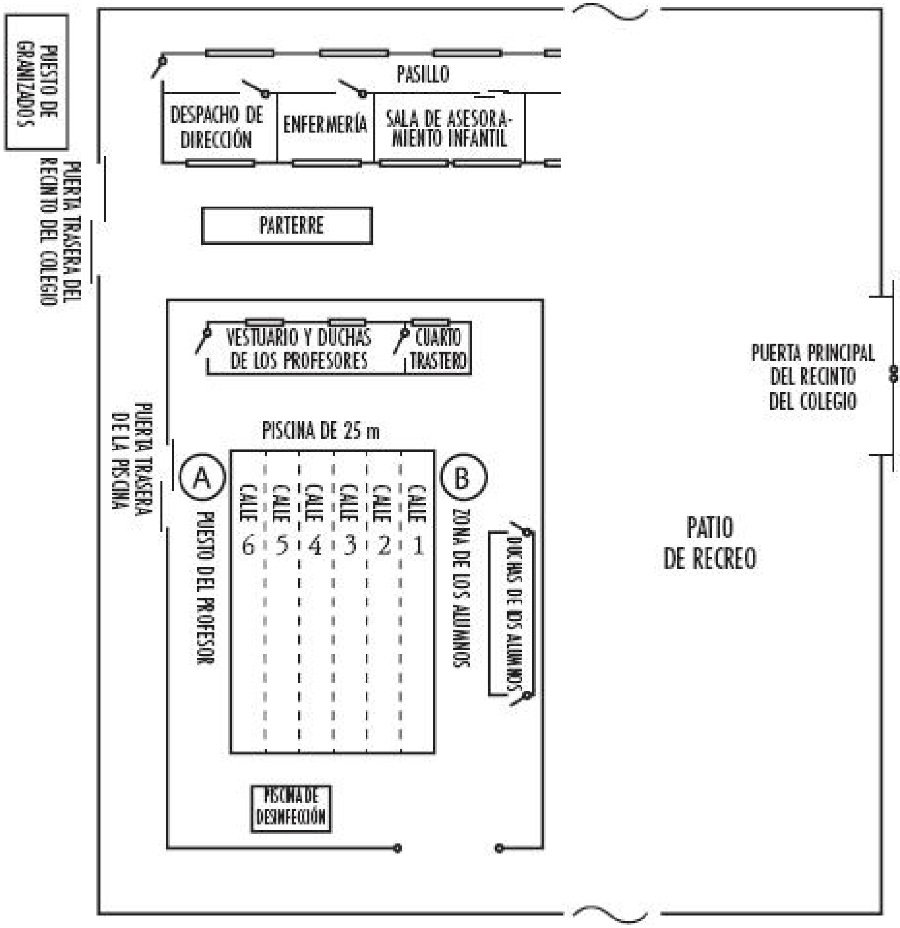
–La clase de natación daba comienzo a las 11:15 de la mañana. Cara de Ángel había pertenecido al club de natación y se dispuso a explicarles a los niños la manera correcta de respirar. Causaba admiración entre los pequeños. Algunas niñas decían que querían ser como ella de mayores, y algunos niños admiraban su estilo y belleza, incluso con el gorro y las gafas de natación puestos.

«Muy propio de los alumnos de cuarto de primaria», pensó Kaede.

–Supongo que haber practicado natación debía de haberle proporcionado una figura muy esbelta a Cara de Ángel –señaló Misaki–. A las 11:40 tocó el silbato y anunció: «¡Últimos veinte minutos! ¡Podéis hacer lo que queráis hasta las 12:00!».

«Imagino que la noticia fue recibida con un clamor de alegría por parte de los niños. Desde siempre, el tiempo libre en la piscina ha sido el momento favorito de los pequeños, junto con los días en que se sirve arroz al *curry* en el menú», pensó Kaede. «Más aún cuando es el último día lectivo antes de las vacaciones de verano».

–Les pidió a los pequeños que se limitaran a ocupar las tres primeras calles, ¿ves?, estas de la mitad derecha del plano. Menudo alboroto. Disfrutaron de lo lindo; unos, echando carreras a crol y a mariposa, y otros, jugando a piedra, papel y tijera en el agua.




Misaki se detuvo para dar un sorbo de agua mineral con gas. Las burbujas le recordaron a Kaede la transparencia del agua de una piscina en verano.

–A las doce en punto del mediodía, sonó el timbre de fin de clase. Como es natural, los niños seguían alborotados, con sus juegos. Cara de Ángel, que se encontraba supervisando, de pie en la posición A del plano que he dibujado, hizo sonar su silbato y agitó los brazos varias veces, en un gesto que quería decir: «¡Salid del agua, salid del agua!». Los niños salieron de mala gana a la zona que he marcado con una B. Antes de que les diera tiempo a llegar a las duchas, escucharon un chapoteo. Los niños dicen que pensaron que la profesora había decidido aprovechar que la piscina quedaba libre para nadar un rato.

–Si había pertenecido al club de natación, era lógico que deseara hacer unos largos, una vez terminada la clase.

–Sí. Pero el principal motivo es comprobar que a ningún niño se le haya caído el gorro o las gafas. Los niños protestan, medio en broma, por la suerte que tiene la profesora de tener la piscina para

ella sola. Ya sabes cómo son… –Misaki esbozó de nuevo su adorable sonrisa asimétrica.

El ambiente de aquel día veraniego se dibujó con claridad en la mente de Kaede. En su imaginación, se perfiló el cuerpo de la profesora, bellamente torneado por años de natación, zambulléndose en el agua, entre sinuosos e intensos destellos de luz solar.

¿Qué reflejaban sus ojos, aquel día, tras las gafas de natación? ¿Un tormento sin resolver? ¿O el alivio de haber dejado atrás sus problemas? Misaki interrumpió los pensamientos de Kaede:

–Transcurrieron treinta segundos después del sonido de la zambullida –dijo–. Cincuenta segundos. Un minuto. Cara de Ángel no salía a respirar. Uno de los niños se percató de ello. «¿No se habrá ahogado la profesora?». Alarmados, algunos se lanzaron al agua. Otros tantos los siguieron y hasta cuatro y cinco niños la buscaron. Pero…

Misaki se puso seria.

–Pero Cara de Ángel no estaba en el interior de la piscina. Se había esfumado sin dejar rastro.

A pesar de que solo Kaede podía haber escuchado aquellas palabras, se hizo un repentino silencio en la hamburguesería, inusualmente ruidosa aquella tarde a causa de la reunión de antiguos alumnos de la facultad. Tal vez había sido un acto de magia negra por parte de las brujas de cartón de las ventanas. «Nah…».

–¿A qué te refieres exactamente con eso de que se esfumó sin dejar rastro? –preguntó Kaede–. Porque… nadie la vio desaparecer, ¿o sí? Me refiero a que nadie la vio lanzarse al agua. Los niños solo escucharon el ruido de algo al chocar contra la superficie.

–Tienes razón. –Misaki alzó levemente la mano–. Sé que no deben hacerse asunciones precipitadas de los hechos. Comprendo que las cosas a veces no son lo que parecen y que Cara de Ángel pudo haber tratado de engañar a los niños lanzando, por ejemplo, un bloque de hielo al agua mientras estos ya se dirigían hacia la salida de las instalaciones de la piscina. Ellos habrían asumido que era su profesora quien se había sumergido y, mientras la buscaban, ella habría permanecido oculta en los vestuarios, y, una vez que los niños hubiesen abandonado las instalaciones, ella habría salido por la puerta trasera de la piscina. Después, se habría dirigido a la puerta trasera del recinto del colegio y habría salido al exterior. Esa podría haber sido su estrategia.

Kaede asintió con la cabeza. Una premisa de todo investigador es dudar de las apariencias.

–Sin embargo… –Misaki volvió a abrir su agenda–, existe un detalle que tener en cuenta. Muchos de los niños afirman con rotundidad: «Solo una persona al sumergirse pudo haber hecho aquel

ruido». No obstante, ¿cómo pueden estar tan seguros? ¿No podrían haber confundido el sonido causado por un bloque de hielo lanzado al agua con el producido por una persona al zambullirse?

–Sin embargo, la diferencia sería bastante obvia –opinó Kaede, recordando algún que otro truco fácil de novela barata.

–Pero imaginemos, por un momento, que los niños confundieron el sonido de otra cosa con el de un cuerpo humano. Aun así, la cosa no cuadra.

–¿A qué te refieres?

Misaki empujó la agenda abierta hacia Kaede.

–Repasemos los hechos. A las doce, sonó el timbre de fin de clase y Cara de Ángel, situada en el punto A, hizo sonar el silbato mientras agitaba los brazos en señal de que salieran del agua. Los niños fueron saliendo y, desde el punto B, pusieron rumbo a las duchas. A sus espaldas, escucharon el ruido de, según ellos, alguien que se zambulle en el agua. Después de un minuto sin que nadie asomara la cabeza, algunos chicos saltaron al agua, pero no encontraron a nadie en el fondo. Hasta aquí, todo claro, ¿no?

–Sí. –Kaede pensó que todo ello apuntaba a una desaparición imposible en toda regla.

–Los niños corrieron a los vestuarios y, tras cambiarse, acudieron a la sala de profesores de la primera planta para informar de la desaparición a los pocos docentes que allí había en ese momento.

Kaede imaginó el nerviosismo de los niños.

–Yo estaba presente –afirmó Misaki con cierta afectación–. Corrí al despacho del director en la planta baja para darle el aviso.

Misaki volvió a señalar un lugar del plano con el dedo índice.

–Aquí está. El despacho del director. Desde su ventana, se ve la piscina sin que el parterre de flores estorbe la vista. El área de la piscina está rodeada de una alambrada que permite ver su interior, así que le pregunté al director si había observado algo fuera de lo normal y si había visto a alguien salir por la puerta trasera de la piscina y por la puerta trasera del recinto del colegio.

–¿Y qué contestó?

–Dijo que precisamente se encontraba limpiando los cristales de la ventana a la hora del final de la clase de natación y que no vio nada anómalo, y que habría visto a cualquiera que hubiese atravesado las puertas traseras.

–Bien…, pero ¿quién podría asegurar que el director te dijo la verdad?

Una excompañera de facultad abandonó el establecimiento. Tras ella, salió otra. Ninguna de las dos se despidió.

–Además –prosiguió Kaede–, si tan concentrado estaba en limpiar los cristales, bien pudo haber pasado por alto cualquier cosa que

sucediera más allá de estos.

–Opino igual que tú. Sin embargo, hay otra persona que tampoco vio a nadie salir por las puertas. –Misaki señaló una vez más el plano–. Mira la zona trasera. Con la llegada del verano, siempre verás aparecer un vendedor de granizados que instala su puestecito exactamente a las doce del mediodía, frente a la puerta trasera del colegio. Se ha convertido en parte de nuestro paisaje estival. Pues bien, desde las doce hasta las seis de la tarde, hora en que cierra el puestecito y se va, asegura que no vio a nadie salir por la puerta trasera del colegio aquel día.

–¿Y si salió tranquilamente por la puerta principal? De tal modo, habría evitado tener que pasar ante la vista del director.

Aunque no era una idea verosímil, Kaede deseaba cerciorarse de su posibilidad o imposibilidad antes de descartarla.

–No lo creo. El ala este del colegio está dominada por el patio de recreo y aquel día y a aquella hora se celebraba una clase de fútbol y otra de *softball*. Para salir por la puerta principal, habría tenido que pasar ante los niños presentes en el patio, que eran muchos. Es imposible que ninguno la hubiese visto, a no ser que se hubiera hecho tan transparente como las burbujas de esta agua con gas.

Ambas se quedaron en silencio durante unos instantes. Resultaba difícil encontrar una explicación plausible a lo sucedido. Kaede apoyó el dedo índice sobre el plano.

–Dejemos de lado qué fue lo que produjo el ruido al entrar en el agua. ¿No existe la posibilidad de que Cara de Ángel se hubiera ocultado en el vestuario de profesores o en el trastero?

–Uno de los compañeros presentes en la sala de profesores, cuando se dio el aviso, temió que se hubiera desmayado en el vestuario o en el trastero y todos corrimos a mirar ambos lugares, temiéndonos lo peor. Ninguna de las dos puertas estaba cerrada con llave y pudimos entrar al instante, pero…

Misaki se interrumpió. Parecía estar reviviendo mentalmente la escena. Se llevó las manos al pecho y en su mirada afloró el espanto.

–Las taquillas estaban intactas, las tablas de natación en su debido sitio, las cuerdas y los instrumentos de limpieza también. Pero… no había rastro de nadie. Es como si, después de saltar a la piscina, de verdad hubiera podido desaparecer en su interior.

–Un momento, un momento. –Kaede elevó el tono de voz–. Nada ni nadie desaparece sin más. ¡Alguna explicación tiene que haber!

–¡Por supuesto! –Misaki elevó aún más el tono–. ¿Por qué crees que estoy contándote todo esto? ¡Porque tiene que haber una explicación! Pero ¿cuál? Es verdad que destacaba por su belleza, pero se integró perfectamente a la vida del colegio: atendía los consejos de los profesores más veteranos y le guardaba un gran respeto al director.

Me caía muy bien. Pero recuerdo cierta excursión de verano a la playa, con los niños, en su primer año lectivo en el colegio. Los pequeños jugaban al tradicional juego de partir sandías con un palo, cuando de pronto se puso a llorar.

»La alejé un poco de los niños y le pregunté qué le ocurría. Me contestó que procedía de una isla muy apartada y que el olor que allí se respiraba le recordaba a su hogar. Entonces me di cuenta de que cuatro o cinco niños que se hallaban a la sombra de unas rocas cercanas alcanzaban a escuchar lo que decíamos. Les eché una pequeña regañina y se alejaron corriendo hacia la orilla del mar. ¿Lo ves? El recuerdo de su tierra le había arrancado unas lágrimas. En cuanto a los niños, ¿pensarás que anduvieron contando chismes sobre lo que habían escuchado? Nada de eso. Trajeron el pedazo más grande de sandía que encontraron y se lo entregaron a Cara de Ángel. «Profesora, no llores», le dijeron.

A Misaki se le quebró la voz en un gesto medio de llanto, medio de risa, y se enjugó los lagrimales con la punta de un pañuelo.

–Me habría gustado trabajar más junto a ella –continuó Misaki–. Por eso he recurrido a ti. Me gustaría que fueras tú quien me dijera qué ha pasado, antes que la Policía.

Kaede se sintió conmovida. «Creo que me ha faltado un poco de tacto. Discúlpame», pensó. «Ha desaparecido una persona muy apreciada por Misaki y yo me lo estaba tomando con la frialdad de un relato novelesco».

–Intuyo que la Policía no ha dado con ninguna explicación, ¿verdad? –preguntó Kaede.

–Principalmente porque su padre ni siquiera ha solicitado una orden de búsqueda. Y por lo visto… ella no tenía más que a su padre en la familia. De manera que no hay nada más que pueda contarte sobre lo ocurrido. Esto es todo. Para que se inicien las pesquisas del paradero de alguien, primero hay que darlo por desaparecido, y, si la familia no ha pedido que se lo busque, las autoridades no pueden darlo por desaparecido.

«Comprendo. Has hecho bien tu trabajo de investigación, Misaki», dijo para sí Kaede.

Debido a las numerosas desapariciones entre personas que sufren deterioro cognitivo, Kaede estaba familiarizada con dicho tema. Con su abuelo no había tenido ningún problema al respecto, pero había escuchado multitud de historias de los cuidadores.

Las desapariciones seguían protocolos diferentes según la intención o falta de esta que se le atribuyera al desaparecido. Las primeras eran tratadas como voluntarias y las segundas como accidentales.

–Misaki –intervino Kaede–, supongamos que Cara de Ángel

desapareció por voluntad propia y que consiguió salir de alguna manera del colegio sin ser vista por nadie. De momento, ciñámonos a esta hipótesis.

–De acuerdo.

–¿Crees que habría tomado el metro en la estación más próxima?

Kaede recordaba que había una estación de metro a unos cinco minutos a pie desde las instalaciones del colegio.

–O bien tomó el metro –continuó Kaede– o el autobús, o quizá había dejado un coche aparcado en las inmediaciones para huir.

–Lo dudo –replicó resueltamente Misaki–. La estación de metro se encuentra en una avenida comercial y, sin embargo, ninguna de las muchas cámaras de seguridad instaladas recogió su paso por la avenida. Tengo un pequeño secreto. –Se llevó el dedo índice a los labios–. Uno de mis compañeros de trabajo, a la sazón ferviente admirador de Cara de Ángel, se puso en contacto con un amigo suyo, presidente del gremio de comerciantes de la avenida. Por intercesión suya, se revisaron las grabaciones de las cámaras de seguridad. Pues bien, ni en el día de su desaparición ni al día siguiente se encontró registro alguno de su imagen.

»Para llegar a la estación de autobús, hay que pasar por delante de la de metro, y, por tanto, podemos descartar que haya tomado el autobús. Tampoco tenía coche propio. Ni siquiera tenía carnet de conducir.

«Pero debería haber alguna otra opción…», pensó Kaede, rebuscando inútilmente en su cabeza.

–En definitiva –continuó Kaede, entornando los ojos y con la mirada absorta en su vaso de agua con gas, cuyas burbujas ya se habían diluido–, es como si hubiera desaparecido en el interior de la piscina.

De las ocho excompañeras de facultad reunidas, ya solo quedaban Misaki y Kaede en la hamburguesería. Misaki agachó levemente la cabeza y se puso a agitar el agua con una cucharilla.

–Kae… –dijo.

Era la primera vez, en mucho tiempo, que usaba el diminutivo «Kae» para referirse a ella. A ello habría contribuido el vacío dejado por la desaparición de Cara de Ángel. En cualquier caso, Kaede percibió la buena intención de Misaki.

–El que no se haya lanzado una orden de búsqueda ha despertado numerosos rumores.

–No me extraña.

–Y en cuanto al colegio, enseguida encontraron a una sustituta para el puesto. Una vez dio comienzo el nuevo curso después de las vacaciones de verano, todo volvió a la normalidad. Nadie ha vuelto a acordarse de Cara de Ángel, o, mejor dicho, nadie se ha atrevido a

mencionar su desaparición ante los compañeros. Para mí, esto ha sido como un mazazo.

–Lo comprendo.

No obstante, las repentinas ausencias y bajas por depresión y por problemas familiares no eran una excepción en el gremio de la enseñanza. Recientemente, al menos tres compañeras de Kaede habían perdido toda motivación por enseñar, tras la muerte de un ser querido. «Sí, los profesores también somos humanos», pensó. También aquel mismo día, en aquella reunión de antiguas compañeras de facultad, dos de ellas habían abandonado el establecimiento sin dar ninguna explicación ni despedirse siquiera. Tendrían sus motivos…

Una nueva sonrisa afloró en los labios de Misaki, con su adorable imperfección.

–Kae…

Kaede admiró una vez más la fortaleza y firmeza de su excompañera, o, cuando menos, su voluntad por mostrarse fuerte.

–Kae…, ¿le mostrarás esto a tu abuelo, por favor? –Y a continuación, envió a Kaede una foto que tenía guardada en el móvil–. Es una foto de Cara de Ángel tomada en una excursión con compañeros del colegio. ¿No es hermosa?

Posaba de pie, frente a un templo budista. Llevaba un vestido amarillo y, además de joven, era indudablemente guapa. Aunque no había nadie a su lado con quien compararla, parecía alta.

Azorada por la foto o quizá deslumbrada por el sol, entrecerraba los ojos y sonreía tímidamente. No importaba. Nada enturbiaba su belleza. Ni siquiera un leve atisbo de dolor ensombrecía su rostro…

«¿Qué sería aquello que la hacía sufrir?», se preguntó Kaede. «¿Por qué desapareció sin dejar rastro?».

Kaede aumentó la imagen hasta que su rostro llenó la pantalla y se quedó pensativa.

# 4

Kaede llamó por teléfono al cuidador a cargo de su abuelo aquel día y, tras asegurarse de que se encontraba bien, decidió hacerle una visita. El estado de los enfermos de párkinson tendía a empeorar con la bajada de las temperaturas, independientemente de que hubieran o no desarrollado una demencia con cuerpos de Lewy. También la circulación de la sangre se veía afectada.

Afortunadamente, pese al cambio de estación, el anciano se encontraba razonablemente bien, cosa que quizá había que agradecerle a una adecuada dosis de los distintos tipos de medicación.

En cuanto entró en la casa del anciano, Kaede oyó su voz y la del joven cuidador, procedentes del estudio, al fondo del pasillo. La puerta corredera no encajaba del todo en su quicio y cualquier sonido se filtraba sin obstáculo a través de ella.

–¿Se habrá grabado bien el sonido de los grillos en el móvil? No me fío de estos aparatos…

–Sí, ya verá qué bien se reproduce.

«Ay, mi querido abuelito», se dijo una sonriente Kaede. «Cuánto te gusta escuchar los grillos…».

La puerta del estudio se abrió y apareció el fisioterapeuta tras ella.

–Hoy se encuentra de maravilla –informó mostrando sus dientes impecablemente blancos.

Con atenta observación y la ayuda de masajes e instrumentos mecánicos de diversa índole, el fisioterapeuta paliaba la renqueante capacidad motriz del abuelo. Por sus manos pasaba la mayor parte de las tareas de rehabilitación.

–Pero, en cuanto terminamos cada sesión, vuelve a sumergirse de inmediato en su mundo de libros –añadió.

El fisioterapeuta era un hombre de treinta y pocos años, pelo corto y complexión fuerte. Los muslos tensaban la tela del chándal, marcándosele bajo esta. Su rostro era sereno y de rasgos armoniosos, con cierto aire a jugador de béisbol veterano. Un perfume dulce alcanzó a Kaede cuando el fisioterapeuta pasó ante ella y se despidió:

–¡Hasta la próxima!

–Esencia de vainilla… –musitó Kaede.

–Extracto natural de semillas de vainilla, para ser exactos.

El fisioterapeuta arqueó una sola de sus gruesas y bien delineadas cejas y sonrió.

–Mi padre decía que la palabra «esencia» desacreditaba el buen nombre de la empresa familiar de helados artesanales.

—¡Disculpe! No quería…

—Ja, ja, ja. ¿Por qué no se anima un día a visitar nuestras instalaciones?

—¡Me encantaría!

—Bien. Nos vemos, pues.

Una vez que el anciano se enteró de que los padres de su fisioterapeuta regentaban una empresa de helados, comenzó a llamarlo el Heladero. Resultó que el edificio donde tenían instalada la tienda, ubicado frente a una terminal de tren de cercanías, pertenecía por entero a sus padres, y que el negocio real de estos giraba alrededor del alquiler de inmuebles. El fisioterapeuta tenía, por tanto, la vida asegurada. Fue al enfermar su abuela y tener que ocuparse de ella cuando se sintió llamado a estudiar Fisioterapia, y, aunque había hecho de esta su ocupación principal, todavía ayudaba con los helados cuando tenía tiempo. Aquella misma mañana había estado echando una mano a la familia y el olor a vainilla había quedado impregnado en él.

Pese a que Kaede y él solían intercambiar unas palabras al final de cada sesión, hubo de transcurrir un mes antes de que diera a conocer tales detalles de su vida y de su familia. Era más bien tímido, pero se animaba a hablar si era Kaede quien rompía el hielo.

«¿Por qué no hay un hombre así en el colegio donde trabajo?».

De hecho, Kaede no era precisamente habladora, pero sentía una especial simpatía hacia él. Dentro del equipo de cuidadores del anciano, era quien más confianza le inspiraba.

Kaede encontró a su abuelo sentado en la poltrona de su estudio y radiante de alegría.

—Hola, Kaede. Gracias por venir. Nunca coincides con Kanae —dijo mientras cerraba el libro que tenía entre las manos y lo dejaba sobre la mesilla contigua.

Curiosamente, no se trataba de una novela, sino de un libro de problemas de ajedrez japonés. Había pasado de los crucigramas a los problemas de ajedrez, quizá motivado por el creciente temblor de sus manos, que dificultaba la escritura.

El hecho de que anduviera entretenido con algún pasatiempo similar, fuera este el que fuese, era buena señal. Indicaba que se encontraba bien y que su cabeza marchaba al máximo rendimiento posible. «No conozco las reglas, pero el ajedrez japonés me gusta», pensó Kaede, un tanto incoherentemente.

Kaede le habló a su abuelo acerca de la improvisación teatral de Shiki, dos días antes, y lo que le contó Iwata posteriormente, en el restaurante.

—Debió de ser una función magnífica, ¿verdad? —elogió el abuelo abiertamente, para sorpresa de Kaede—. ¡Qué despliegue de

imaginación por parte de los actores, al tomar como punto de partida las sugerencias del público! La gracia estaría en lo que hacían los actores con aquella materia prima que se les ofrecía.

Con mano temblorosa, el abuelo hizo el gesto de dar un jaque ante un rival invisible.

–¡Diez puntos! –exclamó.

«¡Acaba de darle un diez a una función a la que ni siquiera ha asistido como espectador, cosa que nunca he conseguido yo con mis improvisaciones a partir de ideas suyas! ¿Qué es lo que le ha entusiasmado tanto?». Ni siquiera Kaede encontraba una respuesta. Pero había un asunto más urgente que tratar, y para ponerlo en situación le habló entonces de su encuentro con Misaki y del director Limpiacristales, Segunda Generación.

–Ahora quisiera que escucharas algo, abuelo.

Y, a continuación, Kaede presionó el icono de reproducción de la grabadora de su teléfono móvil.

El anciano escuchó la grabación con los brazos cruzados. De tanto en tanto, se cubría la boca con ambas manos y exhibía una mueca tensa que a veces parecía de risa y a veces de horror, inquietado sin duda por el paradero de Cara de Ángel o por su vida misma. Kaede se moría de ganas de escuchar la versión de su abuelo acerca de los hechos y tuvo que morderse la lengua durante la reproducción del audio para no intervenir. En cuanto terminó la reproducción, no pudo reprimir más su impaciencia y le preguntó al anciano por su opinión.

–Aplacemos mi opinión para más adelante, ¿de acuerdo? –contestó él–. Antes de nada, enséñame la foto. Y también quiero que me cuentes tu versión.

Mientras el anciano contemplaba la foto sin perderse un solo detalle, Kaede pensó:

«Shiki habría preguntado que por qué tanto los detectives de antes como los de ahora se dan tanta importancia antes de anunciar su conclusión».

–Bien, Kaede, es tu turno. ¿Cuál es tu visión de los hechos, suponiendo que todo lo que nos cuenta Misaki es verdad?

Kaede respiró profundamente y comenzó a hablar con gran precaución:

–Mi primera hipótesis o relato es el siguiente: Cara de Ángel nunca salió de la piscina. Falleció ahogada por algún tipo de improviso. Pero, si así fue, ¿por qué no apareció su cuerpo? La única respuesta posible es que se lo tragó el desagüe. Por desgracia, cada año se dan varios accidentes de tal tipo en las piscinas de nuestro país, con personas atrapadas o succionadas por los desagües.

»Esa sería la única razón posible para no salir de la piscina. Si así

es, su cuerpo todavía permanecería atascado en algún punto de la salida de aguas.

Kaede miró de soslayo y con cierto temor a su abuelo.

–Hay cierta contradicción en lo que afirmas –apuntó el abuelo, triunfante–. Es verdad que siguen sucediéndose los accidentes con los desagües de las piscinas, pero ¿cuáles son las principales víctimas? Los niños, por desgracia. Pero ¿cómo una persona adulta y de no poca estatura precisamente, como Cara de Ángel, iba a verse envuelta en tal situación? Es sencillamente imposible. Además, que yo sepa, no ha habido ni un solo caso de un cuerpo succionado por un desagüe de piscina y desaparecido a través de este.

Kaede se sintió aliviada porque su abuelo eliminara con tal contundencia su primer relato.

–Vayamos con el segundo relato: Cara de Ángel nunca se zambulló en la piscina. Todo fue un plan para desaparecer, para escapar de las circunstancias que la rodeaban sin dejar rastro. Sus frecuentes ausencias del trabajo respaldan la hipótesis. Pero ¿por qué sus alumnos aseguraban que había saltado al agua?

Kaede se detuvo y miró directamente a su abuelo. En esta segunda hipótesis, tenía más confianza.

–La explicación es que los alumnos mintieron al respecto. Lo hicieron por lealtad a su adorada profesora. Consintieron en participar en el plan ideado por ella.

El anciano se rascó la nariz, como casi siempre que se sumergía en sus pensamientos.

«¿Me habré acercado, con este segundo relato, a la versión de mi abuelo?», se preguntó Kaede.

–A esta hipótesis le doy un siete. Mejor dicho, un seis.

«Vaya…».

Más que meditando sobre la verosimilitud de la hipótesis de Kaede, parecía haber estado ocupado calculando la puntuación.

–La segunda ha mejorado respecto a la primera –reconoció el anciano–, pero tiene varios puntos flojos que es imposible pasar por alto. Primero, que treinta niños se pongan de acuerdo para mentir y que mantengan la mentira después de cierto tiempo es poco probable.

Al escuchar a su abuelo, Kaede recordó las palabras de Harry Kemelman: «No es fácil recorrer nueve millas a pie, y menos aún bajo la lluvia».

–Además, ¿adónde fue Cara de Ángel? Según el testimonio tanto del director como del dueño del puesto de granizados, no salió por la puerta trasera. Los profesores tampoco la encontraron en los vestuarios ni en el cuarto trastero. Ni siquiera las cámaras de seguridad de la avenida comercial, junto a la estación, registraron su imagen. Parece difícil creer que todos se hayan confabulado para

mentir. La hipótesis segunda, por tanto, no nos sirve, puesto que plantea demasiados problemas.

El anciano se llevó su taza de té a los labios y sorbió. Había cambiado su habitual café por un té aquel día.

–Necesitamos una alternativa a estos dos relatos –sentenció, y guardó silencio.

Impaciente por conocer ese relato alternativo, Kaede dio un respingo cuando su abuelo volvió a hablar:

–Kaede, ¿me pasas un cigarrillo?

Un humo violáceo se extendió por el estudio al encender el cigarrillo. «¿Fumas Gauloises?», decía una vieja canción. A pesar de medir quince metros cuadrados, tan abarrotado estaba de libros el estudio que apenas parecía llegar a nueve metros cuadrados. Por otro lado, si uno volvía su atención a aquella proliferación de estanterías correderas, superpuestas las unas a las otras, en combinación con el gran espejo omnipresente, tenía la impresión de encontrarse presente en una enorme y espaciosa sala.

Vuelto hacia el resquicio de la ventana, el anciano exhaló su tercer anillo de humo y, por fin, dijo:

–Lo he visto. Y no me ha hecho falta una visión.

«¿No ha necesitado una visión? ¿A qué se refiere? ¿Tan sencillo ha sido dar con la solución?».

–En primer lugar, ¿qué le afligía a Cara de Ángel? Empecemos por ahí. ¿Salud, dinero o amor? ¿Cuál de estos tres clásicos motivos?

Durante unos instantes, el anciano contempló las hebras de humo deshacerse al otro lado de la ventana, como si al contemplarlas pidiera también que se deshicieran los problemas de ella.

–Considerando su juventud y que pertenecía al club de natación, voy a descartar de momento que se tratara de un problema de salud. Y, puesto que su belleza despertaba tanta atención sobre ella por parte de sus compañeros de trabajo, supongamos que se trataba de un problema de índole romántica. Pudo ocurrir que hubiese iniciado una relación con alguno de ellos. Esta hipótesis despeja el panorama considerablemente.

Involuntariamente, Kaede bajó la vista hacia la pantalla de su móvil, sobre la cual se desplegaba la imagen de Cara de Ángel.

«Una mujer tan guapa tiene a todo el mundo a sus pies», pensó.

–Repasemos en orden cronológico lo sucedido aquel día. A las once y cuarto, dio comienzo la clase de natación, cuarta del día. Hacía un tiempo magnífico para la piscina y, puesto que era la última clase antes de las vacaciones, los niños estaban como locos de entusiasmo. A las 11:40, Cara de Ángel tocó el silbato y dijo: «¡Últimos veinte minutos! ¡Podéis hacer lo que queráis hasta las 12:00!». De momento,

no observamos nada extraordinario.

El anciano finalizó la frase elevando el tono. Kaede asintió con la cabeza.

–Y, sin embargo, estaba a punto de cometerse un asesinato.

–¿Cómo?

–Los niños se disponían a disfrutar del tiempo libre otorgado hasta el final de la clase y a ninguno se le pasó por la cabeza prestar atención a lo que su profesora hacía entonces. Ese fue el momento. Alguien se asomó desde los vestuarios y le hizo una señal a Cara de Ángel para que se acercara, alguien cuya presencia allí no debió de sorprenderla. Era alguien que había asumido, por iniciativa propia, tareas de limpieza y que cuidaba el parterre de flores. Una persona con quien, además, ella mantenía una relación romántica en secreto. Me refiero a un triángulo amoroso.

–¿Qué? –Un escalofrío recorrió la espalda de Kaede.

–Sí. Tenemos a un asesino: el director Limpiacristales, Segunda Generación. Transcurridos unos cincuenta y cinco minutos desde las 11:40, asesinó a Cara de Ángel en los vestuarios. Debió de usar una soga del cuarto trastero para estrangularla, cosa que explicaría la falta de rastros de sangre. De momento, escondió el cadáver en el trastero, lo desnudó y ocultó la ropa en el mismo cuarto. Salió del vestuario en bañador, con su correspondiente gorro y gafas de natación.

–Un momento, un momento… –Una duda asaltó de inmediato a Kaede–. ¿Quieres decir que el director se disfrazó de Cara de Ángel? Pero ¿no es imposible?

–¿Aún no te has dado cuenta? –inquirió el anciano, sonriendo–. El director Limpiacristales, Segunda Generación, no era un director, sino una directora, y muy joven, además.

–¡Imposible! –Kaede no podía dar crédito a lo que decía su abuelo–. Era el director…, ¡director! –Alzó la voz involuntariamente.

–¿En qué época vives, Kaede? ¿Por qué te extrañas tanto? Los tiempos han cambiado. Hoy día, profesores de valía excepcional acaban ocupando el puesto de dirección por méritos propios. Aquello de que un director de colegio saliera en las noticias por ser el más joven de la historia, a sus treinta y dos años, es cosa de épocas pasadas.

Kaede recordaba aquella noticia a la que se refería su abuelo.

–Hoy en día, el que una mujer llegue a ser directora de colegio no es lo suficientemente extraño como para convertirse en noticia. Además, cuando te hablan de alguien tan escrupuloso con la limpieza y el cuidado de las flores en el lugar de trabajo, ¿de verdad piensas primero en un hombre? Supongo que pensaste en un hombre por influencia mía.

–Si estás en lo cierto –habló Kaede con cierto nerviosismo–, ¿por qué Misaki no me lo aclaró? ¿Por qué no me dijo: «El director de quien te hablo es, en realidad, una mujer»? ¿No se daba cuenta de que al llamarlo «director» no estaba más que confundiéndome?

–Así es. Al tratarse de una mujer, es de esperar que Misaki hubiera aclarado el sexo de quien ocupaba la dirección. ¿Por qué no lo hizo? Tal vez sí lo hizo, solo que estabas tan convencida de que se trataba de un hombre, por mi influencia, que no la escuchaste.

–¿Eh? ¿Es posible? Es verdad que, en cuanto Misaki mencionó al director Limpiacristales, Segunda Generación, yo superpuse tu imagen a la de aquella persona desconocida para mí y toda mi atención se dirigió a la teoría de las ventanas rotas. ¿Tanto como para perderme un detalle de tan suma importancia…?

–Así creo que sucedió –indicó el anciano entornando los ojos–. No obstante…, he de decir que habría esperado que te dieses cuenta de ello.

–¿Por qué?

–¿Recuerdas la confusión en que caíste en el restaurante, tras la función de improvisación de la noche anterior?

«¡Ah! ¡Cierto!».

–La supuesta dama de pelo rojo resultó ser un hombre, ¿verdad? ¿Y no te sirvió de lección semejante presuposición? Además, a juzgar por el esbozo biográfico que entregaste, tú misma no sueles ser presa de estereotipos fáciles: «Una joven que se enrola en un barco pesquero después de haberse arruinado en las apuestas del hipódromo». No es el tipo de historia que uno esperaría, en principio, de una mujer como protagonista. Para mí es casi incomprensible.

El anciano dio una larga y lenta calada a su cigarrillo.

–A decir verdad –continuó el anciano–, hay cierta comicidad en el planteamiento, basada precisamente en la expectativa de que el protagonista de tan rocambolesca historia sea un hombre.

Kaede se quedó muda ante aquella observación. De hecho, incluso le azoró que su abuelo considerara divertida aquella ocurrencia suya de la joven del barco pesquero.

–Aún hay más. Justo antes de sucumbir a la borrachera, Shiki comentó algo así como que uno no debía juzgar a los demás desde sus presupuestos, ¿no es así? Me pregunto si, cuando dijo eso, no estaba flotando en su mente, aunque fuera inconscientemente, la directora del colegio.

A Kaede le sorprendió la aguda observación de su abuelo. Y más aún le sorprendió que no hubiera olvidado ningún detalle, no solo de lo escuchado en el audio del móvil, sino también de lo que ella le había contado. Kaede no fue capaz de reprimir la pregunta que le rondaba en la cabeza:

–Pero, abuelo, ¿cómo has podido intuir que el director del colegio fuese una mujer? Aunque entiendo que exista la posibilidad, no deja de ser algo extremadamente raro en nuestro país, todavía hoy.

–Tú también llegarías a la misma conclusión si te detuvieras a analizar los sentimientos de Misaki.

–No sé cómo…

–Justo antes de despediros, Misaki insistió en que, si me veías, me enseñaras una foto, ¿verdad?

–Sí.

–Piénsalo. ¿No te parece lógico que, habiendo sido yo el director Limpiacristales de primera generación, quisiera presentarme al director Limpiacristales, Segunda Generación, aunque fuera por mera formalidad? Por respeto a la familia, no iba a andar enseñando por ahí la foto de la desaparecida Cara de Ángel, menos aún en esta época en que es tan difícil preservar la privacidad, con todo el mundo deseando airear todo sobre su vida. Recuerda que ni siquiera ha querido decirte su verdadero nombre.

Kaede volvió a mirar la fotografía en la pantalla de su móvil.

–Entonces…, esta mujer del vestido amarillo…

–Es la asesina. La directora Limpiacristales, Segunda Generación.

A través del resquicio de la ventana se colaba el aroma de los olivos, símbolo de verdad, según la tradición japonesa.

–Analicemos de nuevo los hechos –propuso el anciano–. A las doce en punto sonó el timbre de final de la clase. Cuando todavía los niños estaban absortos en sus juegos, surgió de los vestuarios una figura en bañador: la directora haciéndose pasar por Cara de Ángel. Fue ella quien tocó el silbato desde el punto A e hizo el gesto con los brazos para que los niños salieran del agua. Desde el otro lado de la piscina, estos no repararon en que aquella figura similar a la de Cara de Ángel, con el gorro y las gafas ocultándole el rostro, correspondía en realidad a la directora, que no aparenta los cuarenta años aproximados que tiene. También la suya es una belleza clásica, y cualquiera, y no solo los niños, podría confundirla con Cara de Ángel.

–Sí, eso sí.

–Los niños se situaron en la posición B sin sospechar nada, impacientes por darse una ducha. La directora se aseguró de que ninguno de ellos estuviera mirando antes de volver a ocultarse en los vestuarios.

–Hasta ahí lo comprendo, pero… –Kaede lanzó la cuestión de más difícil respuesta–, ¿qué me dices del sonido provocado por algo o alguien al precipitarse al agua? Los niños aseguraron que fue una persona, su profesora, quien se zambulló.

–Para ser precisos, no todos lo aseguraron –desestimó el anciano,

alzando el dedo índice de una manera algo burlona–. Vamos, Kaede, tú misma trabajas con niños… Sabes que después del toque de silbato siempre hay algún gracioso que vuelve a lanzarse a la piscina.

–Mmm… Sí, es cierto. A veces pasa.

Después de dejar a los niños unos minutos de juegos y tiempo libre en la piscina, rara es la ocasión en que se comportan como deben después del toque de silbato. Siempre hay alguno que da la nota, por decirlo así. No es que ello molestara a Kaede. Al contrario, lo encontraba adorable.

–¿Quieres decir, abuelo, que uno de los niños se lanzó al agua y aguantó la respiración en el fondo por gastar una broma?

–¿En cuánto tiempo crees que está el récord de buceo libre?

–Pues… –A Kaede le vino a la memoria el actor Jean Reno, protagonista de *El gran azul*, pero lo único que recordó nítidamente fueron sus gafas redondas–, ¿cinco minutos, como máximo?

–¿Cinco minutos, dices? –El anciano lanzó una carcajada–. Hasta donde yo recuerdo, eran veinticuatro minutos. Supongo que hoy día será más tiempo. Un niño, más aún uno de cuarto de primaria, no tendría excesivo problema en aguantar un minuto.

«Cierto. Al menos, no sería imposible». Kaede recordó haber visto vídeos en los que incluso pequeños de primero de primaria aguantan la respiración bajo el agua durante más de un minuto.

–Transcurrido un minuto, cuatro niños, y hasta cinco, se lanzaron al agua para socorrer a Cara de Ángel. Fue entonces cuando el niño que se había lanzado inicialmente al agua salió a la superficie a tomar aire. De inmediato, volvió a sumergirse al encontrarse con aquel alboroto a su alrededor.

–Y no se atrevió a decir que fue él, y no Cara de Ángel, quien se había lanzado al agua, ¿verdad?

–Eso es. No se atrevió al ver que su pequeña travesura había tenido tanta repercusión. Le pilló completamente por sorpresa todo aquel revuelo.

Kaede pensó que debía contarle aquello a Misaki.

–La directora se puso la ropa sobre el bañador, en el vestuario, y esperó a que los niños salieran por la puerta principal del recinto de la piscina. Entonces, atravesó la puerta trasera y volvió a su despacho sin tiempo que perder. Ahora quisiera que prestaras atención a un detalle…

El anciano hizo una pausa.

–La puerta del despacho de la directora da a este pasillo, ¿lo ves? Abierta hacia fuera, habría bloqueado la vista de cualquier persona que pudiese encontrarse en el pasillo en aquel momento. Habría bastado con dejarla entreabierta hasta la mitad. Y eso fue lo que hizo la directora: dejar la puerta entreabierta hacia fuera. Así, pudo

internarse en el pasillo desde el lado oeste, sin ser vista desde el lado este, después de haber cometido el crimen.

Kaede observó el plano dibujado por Misaki, que había imprimido en papel.

«Cierto…».

De todos modos, apenas habría nadie por el pasillo, a aquellas horas, ante la enfermería o ante la sala de asesoramiento infantil, después de sonar el timbre de las doce. Pero, puesto que siempre cabía la posibilidad de encontrarse con alguien, la directora había tomado la precaución de dejar la puerta entreabierta antes de perpetrar su plan, y así bloquear la vista de quien pudiera encontrarse por allí. La directora solo tenía que pasar junto al parterre de flores, atravesar la puerta trasera y avanzar unos pocos metros por el pasillo, sin ser vista, hasta su despacho.

–Los niños acudieron a la sala de profesores, y estos, Misaki incluida, corrieron a dar noticia a la directora. ¿Cómo crees que se la encontraron? –El anciano desvió la mirada hacia la taza que reposaba sobre la mesita–. Se la encontraron tomándose un té tranquilamente.

–Pero, abuelo, ¿qué me dices del cadáver? Cuando Misaki y sus compañeros acudieron a los vestuarios y al cuarto trastero, no encontraron nada.

–Ya se había encargado la directora de hacerlo desaparecer. Puesto que todo el mundo estaba acostumbrado a verla cuidar del parterre de flores, a nadie le habría extrañado verla empujando una carretilla. Lo que hizo fue entrar en el cuarto trastero con la carretilla y cargar el cuerpo de Cara de Ángel, taparlo con una lona y dejar la carretilla junto al parterre de flores, tal cual.

Kaede pensó con horror en aquella posibilidad.

–Y, entonces… –un escalofrío le recorrió la nuca–, aquella misma noche, a la luz de la luna, enterró el cadáver bajo las flores…

–Supongo que así fue. Y, como si nada hubiera ocurrido, la directora sigue limpiando cada día los cristales de su ventana mientras contempla el parterre de flores y se pregunta adónde podría trasladar el cadáver.

–Aunque suene terrible, su mudanza del despacho de la primera planta al de la planta baja no fue por casualidad, ¿verdad?

–Formaba parte del plan.

–Vaya…

–Así lo veo yo: la hermosa e inteligente directora mantenía una relación romántica con uno de los profesores. Este empezó a sentir algo por la nueva profesora, que recién comenzó a trabajar en el colegio, y la directora no se lo tomó nada bien. Dime, ¿cuál es el lugar más apropiado del colegio para un encuentro furtivo?

Kaede no tardó en responder.

—¡El vestuario de profesores! —exclamó.

—Así es —convino el anciano—. Cierto día, la directora vio entrar al vestuario a su amante acompañado por Cara de Ángel. Quizá al principio creyese haberlo confundido con otra persona, pero tuvo más ocasiones para confirmar sus temores, hasta que no pudo resistirlo más y decidió mudar su despacho a una sala de la planta baja, desde la cual podría atisbar el vestuario de profesores a través de la alambrada. Le bastaría con lanzar una serie de excusas benevolentes ante la junta de profesores, como que quería servir de ejemplo a los niños en su amor por las flores. Su idea era permanecer vigilante y dejar pasar el asunto, olvidarse de la traición de su amado, si los dos no volvían a las andadas en los vestuarios. Pero los encuentros siguieron produciéndose, una y otra vez, sin solución de continuidad, hasta que…

—La idea de asesinar empezó a formarse en su mente —intervino Kaede.

El viento fresco volvió a soplar y a colarse en el estudio del abuelo, cargado de fragancia de olivo, y la joven recordó la asociación que la tradición japonesa hacía también entre dicho aroma y las ideas de seducción y de embriaguez.

Antes de acudir a la Policía, Kaede pensó que debía hablar con Misaki en cuanto regresara a casa. Pero aún tuvo que esperar: aquel día, excepcionalmente, su abuelo le pidió un segundo cigarrillo, y se dispuso a fumarlo como embriagado por el humo, mientras dirigía la mirada, a través de la ventana, hacia los olivos.

Kaede no podía dejarlo solo antes de asegurarse de que el cigarrillo se apagaba por completo. Mientras él fumaba, ella preparó más té. Fue al servirlo cuando el anciano habló repentinamente:

—¿Sabes? A veces, para un problema de ajedrez, hay diversas soluciones posibles.

«¿A qué viene esto ahora?».

—Quien plantea los problemas trata de hacerlo de manera que no exista más que una solución. Ahí está la gracia.

Alargó la mano hacia la mesita y tomó su libro de problemas de ajedrez.

—Pero, alguna que otra vez, se le pasan por alto otras posibles soluciones. A veces, incluso la solución que no ha llegado a ver es más elegante que la originalmente concebida. Yo he encontrado dos de tal tipo en este libro.

«¿Qué rayos…? ¿Ahora le da por presumir de agudeza ajedrecística?».

—Creo que nuestro relato de los hechos requiere una revisión, una que nos entregará una solución más elegante que aquella a la que

hemos llegado anteriormente.

–¿Cómo? ¿Quiere eso decir que aún queda algo por decir acerca del caso?

–Así es. Y tengo la sensación de que este nuevo relato va a parecerte más interesante.

«¿Por qué…?».

Una fina capa de sudor empezó a formársele a Kaede en la frente.

–Me tienes en vilo, abuelo.

Kaede abrió una silla plegable y volvió a tomar asiento.

–Bien, tenemos que reconsiderar aquello que tanto sufrimiento le estaba causando a Cara de Ángel. Antes hemos mencionado la enfermedad y los problemas económicos y los amorosos como principal fuente de angustia personal. Si descartamos la enfermedad y tratamos de ir más allá de los problemas amorosos, nos queda una opción.

–¿Problemas de dinero?

–Cara de Ángel había perdido muy tempranamente a su madre y solo tenía a su padre, ¿verdad? Bien, ¿por qué su padre no solicitó una orden de búsqueda para alguien tan importante como su hija? No tiene sentido.

–Sí, es extraño.

–Imaginemos que el padre se encontraba abrumado por las deudas. Quizá había puesto a su hija como avalista. ¿Qué mejor avalista que un funcionario? Y Cara de Ángel lo era. Tal vez, los prestamistas eran gente de poco fiar, metida en algún negocio oscuro. Imaginemos que el padre era insolvente y que la situación empezaba a volverse insostenible. Los acreedores habrían comenzado a presionar a Cara de Ángel, exigiéndole la devolución de la deuda.

«Veo lo que quieres decir, pero ¿no estamos yendo demasiado lejos?».

–Escucha, ¿a qué persona acudiría Cara de Ángel en busca de ayuda? La primera persona en quien se me ocurre pensar es en la directora. Al fin y al cabo, había una buena relación entre ambas, de admiración incluso.

–Sí, pero estamos haciendo un castillo de naipes con tantas hipótesis, una sobre otra, ¿no crees?

–El relato mantiene un hilo narrativo coherente, al menos por el momento. Así que continuemos.

A Kaede le pareció que su abuelo sonreía de satisfacción.

–Tras pedir consejo a la directora, esta le recomendó que huyera y desapareciera, que aprovechara la noche para ello.

–¿Que hu… huyera y…? –Tan sorprendida se sentía Kaede que ni siquiera acertaba a comprender las palabras que acababa de escuchar.

–El plan lo urdieron ambas, y lo ejecutaron tal y como hemos

descrito antes, con la diferencia de que no hubo asesinato, sino un simple intercambio entre ambas. Así fue como Cara de Ángel desapareció.

La idea era razonable y fue cobrando peso en la mente de Kaede. Tenía cierto aroma de verdad. Aun así…

–Cara de Ángel tocó el silbato a las 11:40 para anunciar la actividad libre en la piscina –prosiguió el anciano–. A continuación, entró en el vestuario. Allí estaría esperándola la directora. Cara de Ángel se cambió de ropa, se pondría un vestido sencillo y, tal vez, un sombrero de paja para ocultar el cabello mojado y, portando una bolsa de viaje preparada con antelación, salió por la puerta trasera del recinto de la piscina y, seguidamente, por la puerta trasera del colegio. Le habrían bastado diez minutos para ello, con la ayuda de la directora.

«Es, al menos, una versión más verosímil que la anterior», aceptó Kaede.

–Le habrían sobrado diez minutos antes de las doce del mediodía, hora a la que el vendedor de granizados instala su puesto. Junto a la salida, habría tomado un taxi que habría llamado con antelación. El taxi no la habría llevado a la estación de tren más cercana, sino a una alejada y sin cámaras de seguridad. Mezclada entre la multitud, habría tomado un tren bala hasta su ciudad de provincias.

–Por tanto, sigue viva… Y su padre está al corriente de ello.

–Así es.

A Kaede le asaltó una duda:

–Para alguien que ejerce como director de un colegio, por mucha empatía que tenga, ¿no resulta temerario involucrarse en un plan así?

–Debes tener en cuenta una cosa, Kaede. Antes de tomar una decisión, la directora misma pidió consejo a una persona con la que mantiene una buena relación, una persona que forma parte de la plantilla del colegio y que ama la institución de todo corazón, una persona atenta siempre a ella, alguien que nunca ha dejado de mantener correspondencia por carta con ella, a pesar de encontrarse debilitado por el tiempo y temblarle la mano al escribir, alguien que incluso tiene buenos contactos con el personal de cierto colegio privado del lugar adonde Cara de Ángel ha huido.

El anciano miró hacia un fajo de cartas que reposaba sobre un estante bajo.

–El fajo incluye cartas de Cara de Ángel dirigidas a Misaki, y que entregaré cuando las cosas se calmen y el caso vaya olvidándose. Es correspondencia privada y no las he leído. Pero no me cabe duda de que están llenas de hermosos sentimientos hacia ella. Al menos, así lo supongo.

«Vaya… Así que se trataba de eso».

El anciano dirigió una nueva bocanada de humo violáceo hacia el resquicio de la ventana. Entonces, entre una cortina de humo, adoptó una pose como de mover ficha en el ajedrez y, con enorme teatralidad, exclamó:

–¡Jaque!

A diferencia de antes, la mano no le temblaba.

–Kaede, supongo que ahora comprendes mi sonrisa. No pude evitarla cuando las piezas del puzle encajaron y se materializó ante mí la conclusión de esta historia. Hay otras soluciones posibles, como esa con la que he tanteado en primer lugar, a sabiendas de que el transporte del cadáver habría sido más complicado de lo que pueda parecer en teoría. Finalmente, quisiera que tuvieras presente una cosa, Kaede: una persona que ama las flores no puede ser mala, y sé de buena tinta que el director o directora Limpiacristales, Segunda Generación, las ama tanto o más que el representante de la primera generación, y que fue ese amor, únicamente, lo que la llevó a mudarse al despacho de la planta baja.

«Así que he tenido ante mí, todo este tiempo, a la persona que ideó el plan».

Aún había, sin embargo, un detalle por aclarar.

–Abuelo, tengo una pregunta.

–Adelante.

–¿Por qué en la piscina? ¿Por qué esa persona de la que hablas tramó una desaparición tan teatral en la piscina, y no en cualquier otro lugar, de manera más sencilla? ¿No es extraño? Simplemente, podía haber huido por la noche, sin tanta parafernalia. Podía haber tomado el taxi y el tren por la noche.

El anciano lanzó una risita sofocada.

–¿Y dónde estaría la gracia, entonces?

–¿Eh?

–Es lo mismo que dije de la función de Shiki. Si una historia carece de diversión y entretenimiento, carece también de sentido.

Kaede se quedó sin palabras.

«¿Así que… el principal móvil del plan fue… la diversión? No me lo puedo creer».

–Era la última clase de piscina antes de las vacaciones de verano. La estación de lluvias acababa de terminar y el cielo estaba completamente despejado. En medio del calor sofocante de aquel día, la admirada Cara de Ángel desaparece sin dejar rastro, como un espejismo que se desvanece. ¡Menuda historia para sus alumnos! Estarán deseando contarla por ahí, contar una enigmática historia veraniega de esas que tanto encandilan a los niños, pero con el aliciente de haberla vivido ellos mismos.

El fuego del cigarrillo se extinguió en ese instante, con un leve crepitar.

–¡Ah! –gimió el abuelo–. ¡Está entrando agua!

Estaba sufriendo una alucinación, sin duda.

Un suelo anegado por agua es una visión recurrente en los afectados por la demencia con cuerpos de Lewy.

–La veo ante el embarcadero, contemplando el vaivén de las olas, anhelante por el comienzo del verano, llena de ilusión por el futuro. Allí, en su isla, no tiene nada que temer y lo único que desea es nadar, con todas sus fuerzas.

«Espero que los acreedores de su padre no escuchen la palabra "isla". Espero que no escuchen nada que pueda servirles de pista…».

Era posible que Cara de Ángel se encontrara ya trabajando en un modesto colegio de una pequeña y remota isla, similar al lugar mismo donde el anciano había nacido. Por eso, este lo había visto así en su imaginación.

Y, envuelto en sus pensamientos, el anciano fue sumiéndose paulatinamente en el sueño. Kaede lo arropó con una manta.

## 4.
## ¡Y fueron treinta y tres!

# 1

–Tu abuelo está convencido de que una nutria ha construido su madriguera debajo de la cama y no hay manera de calmarlo. ¡Ahora quiere arrastrar la cama para verlo con sus propios ojos! –informó, al teléfono, una cuidadora.

Preocupada, Kaede puso rumbo de inmediato a la casa de su abuelo en Himonya. Habitualmente, el anciano era consciente de la irrealidad de sus alucinaciones y trataba de ignorarlas. Casi siempre lo conseguía. El hecho de creerlas reales solía ser síntoma de empeoramiento y Kaede sabía que lo que normalmente le hacía empeorar era un aumento del nivel de estrés. Sabía, además, que el origen de su estrés se hallaba, en aquella ocasión, en algo tan sencillo como la repentina ausencia de las voces de los niños que pasaban por la calle de enfrente cada día, para ir y venir de la guardería.

De niña, Kaede se refería a Himonya como el barrio de los caramelos rojos, todo él consistente, desde su punto de vista infantil, en apenas los trescientos metros cuadrados por los que correteaba. Se trataba de una zona residencial de refinado estilo tradicional, en el seno de un típico barrio popular, de estrechas callejuelas, con señales rojas de *stop* repartidas por las esquinas, que a Kaede le recordaban a unos caramelos rojos que encontraba en las tiendas de golosinas.

La calle que discurría ante la casa del abuelo era también considerablemente angosta y tenía su propio ejemplar de «caramelo rojo» justo al lado de la puerta. Unos días antes, sin embargo, lo habían retirado debido a unas obras en la canalización del agua, que se extenderían, según lo previsto, un año. También, a causa de las obras, los niños de la guardería debían tomar una ruta diferente para ir y venir, y el abuelo había dejado de escuchar sus alegres voces.

Al abrir la puerta del vestíbulo, le esperaba una cuidadora que hacía las funciones de coordinadora de los demás cuidadores. Esta le tomó de la mano a Kaede y tiró de ella hacia el interior.

Tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años, y su peinado liso a los lados y con flequillo delataba que su interés estaba más en el trabajo que en la moda. Kaede y su abuelo la llamaban cariñosamente la Paje. Había en ella cierta cualidad venturosa.

–No se me ocurre nada para calmarlo, aparte de mostrarle que allí debajo no hay nada.

–De acuerdo. Siento mucho los quebraderos de cabeza que debe de estar dándole mi abuelo.

–No, no, nada de eso. ¡Es solo que menudos cambios tiene de un

día para otro! Vaya una enfermedad traicionera…

Kaede no necesitaba replicar nada. Simplemente, confiaba en la Paje.

–¿Vamos? –preguntó, y ya empujaba a Kaede por la espalda, en dirección al estudio.

La cama del anciano era articulada, especial para enfermos, y era imposible moverla sin ayuda.

–Hay dos o tres nutrias debajo de la cama –seguía asegurando el anciano–. Os lo demostraré si conseguimos desplazar la cama.

Entre Kaede y la cuidadora movieron la cama y dejaron a la vista un suelo completamente limpio y sin rastro de animales. El anciano parecía decepcionado.

–¿Lo ves, abuelo? Las nutrias se han mudado a otro lugar. Puedes quedarte tranquilo.

–Ah, pues sí…

Sin embargo, no parecía convencido del todo.

–Deben de haberse ido por el frío…

No cabía duda de la desilusión que se había llevado. Sobre todo, sentía rabia de no haberse dado cuenta antes de que aquello era una alucinación. ¿Qué pensaba hacer, por tanto, si hubiera descubierto a un par de nutrias bajo la cama? ¿Sacarlas de allí o permitirles anidar y disfrutar de su compañía? Kaede pensaba que habría elegido la segunda.

Cuando la cuidadora se marchó, el anciano habló con voz somnolienta.

–¿Qué tal el colegio? –preguntó.

Era obvia la melancolía que sentía al no haber podido escuchar de nuevo las voces de los niños. Por eso, lo primero de lo que se le había ocurrido hablar era del colegio.

–Esto no es de hace poco. Viene de largo. Desde hace más de medio año. –Kaede había traído preparada la réplica que darle a su abuelo–. Podría ser una historia de horror o un relato de fantasía, pero es de misterio.

El anciano rio con ganas. Se olvidó del colegio y se mostró entusiasmado y expectante ante aquello que fuera Kaede a contarle.

Ya fuera terror, ya fantasía o ciencia ficción, o naturalmente misterio, mientras fuera un relato divertido y entretenido, todo era bienvenido.

Después de una pausa, Kaede continuó en voz baja:

–Había treinta y dos en el aula, pero de pronto el número se incrementó a treinta y tres.

»Abuelo, por aquel entonces yo acababa de asumir la responsabilidad de una clase de sexto de primaria. En aquella clase, había un grupito

bastante particular formado por tres niños. Recordaban a los tres pequeños magos protagonistas de *Harry Potter*, la serie de novelas de J. K. Rowling.

»Uno de ellos llevaba gafas redondas y le gustaba hacer travesuras a pesar de ser una persona de corazón noble. Lo llamaremos Harry, aunque no sea su verdadero nombre. Otro era pecoso, algo débil, pero bondadoso. Lo llamaremos Ron. La tercera del grupo era una niña valiente y carismática, admirada por los otros dos. Llamémosla Hermione.

»Los tres apenas tenían nada en común, pero se llevaban bien entre sí. Después, supe que eran los libros lo que les hacía sintonizar: a los tres les gustaban las novelas de fantasía y de misterio.

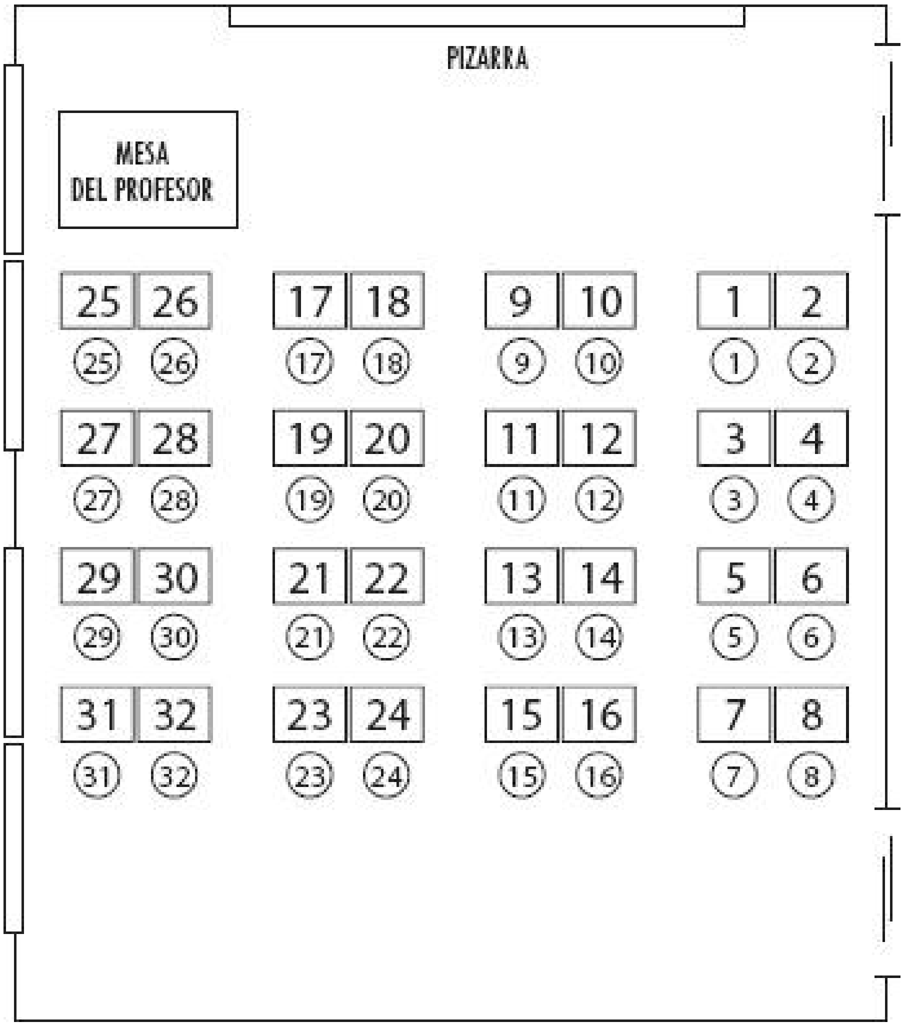
»El día de los hechos, no observé nada fuera de lo habitual. Los tres estaban tan activos como siempre. Era la clase de inglés, la última de la jornada. Hoy en día, también se enseña inglés en las escuelas públicas, a partir del quinto curso. Como he dicho, mi clase constaba de treinta y dos alumnos, exactamente dieciséis niñas y dieciséis niños. Eran pocos, comparado con tu época, abuelo, pero hoy día es lo normal. Mira, he hecho un plano de la clase. Espera, voy a buscarte las gafas.

»Sonó el timbre de comienzo de la clase y di unas palmadas. «Formad grupos de dos, como siempre, y hablad solo en inglés. Podéis mirar las oraciones del libro de texto. Lo único que no podéis hacer es usar japonés. ¡A quien hable japonés lo suspendo!». Los niños gimotearon y rieron formando un alboroto. El propósito de este tipo de clase es que practicar inglés sea como un juego, que sea divertido, en definitiva.

»Harry se ajustó las gafas con el dedo medio, levantó una mano y dijo: «Como soy el delegado de la clase, propongo una cosa. ¿Por qué no hacemos una competición de historias de miedo?». Yo traté de oponerme. «En hora de clase, no». Pero todos estaban entusiasmados con la idea. «¡Por favor! ¡Por favor, profesora!», imploraban. «¡Queremos escuchar historias de miedo!». Incluso Hermione, siempre tan formal, se había unido a las peticiones. Ron también, naturalmente. Y todos los niños. Así pues, accedí, con la condición de que aquello no durase más de quince minutos.

–Después de algunas cuantas historias que los niños debían de haber oído por ahí y que más que miedo daban risa, le llegó el turno a Harry: «¿Sabíais que en esta clase se aparece el fantasma de una chica?», preguntó. Había cierto miedo en sus ojos, pero su rostro, sin embargo, permanecía impasible. Se hizo el silencio en la clase, alborotada hasta un instante antes. «Anoche me lo dijo un viejo», continuó Harry. «Me dijo que durante la guerra, muy cerca de este colegio, había un refugio antiaéreo y que no podía olvidar el llanto de

los niños… en la oscuridad… Había una niña cuyo llanto resultaba particularmente aterrador en las noches de bombardeo».




»“Un momento”, interrumpí. «Has dicho que el refugio estaba cerca del colegio, así que ¿por qué iba a aparecerse la niña en esta aula?». A lo que Harry replicó: «Lo he consultado en la biblioteca. La ubicación del refugio coincidía con la de esta misma aula». Y señaló hacia la pared trasera. Todos los niños se volvieron hacia ese lugar y yo pensé que aquello estaba yendo un poco lejos. «¡Niños, se acabó por hoy!», anuncié, y di unas palmadas. Lo cierto es que el sentimiento generalizado pareció ser de alivio al retomar la clase de inglés.

–«Tenéis dos minutos. ¿Preparados? ¡Ya!». Formaron parejas niño-niña y un grupo de tres, y comenzaron a hablar. Para los niños de esa edad,

dos minutos es un tiempo relativamente largo. Algunos terminaban los ejemplos del libro antes de dos minutos y, fijándose en los objetos que había sobre sus pupitres, decían cosas como: «*This is my book*» o «*I have a pencil*». Mientras iba pasándome por cada mesa, en dirección a la pared trasera, comprobé que disfrutaban de la práctica. Desde las ventanas, me fijé en que los cerezos habían empezado a echar flores. Estarían en plena floración antes de lo habitual.

»Al llegar a la pareja formada por Hermione y Ron, me volví hacia la pizarra y contemplé la totalidad de la clase. Finalizaron los dos minutos de tiempo.

–Aquí empieza lo bueno. «¡Se acabó el tiempo!», avisé, y, justo entonces, Ron y Hermione empezaron a discutir. Un niño tan tranquilo como lo era Ron se mostraba acalorado y le recriminaba algo a Hermione: «¡Has hablado en japonés!». Hermione le replicaba: «¡Eres tú quien ha hablado en japonés!». Intervine para tratar de calmarlos. «Es que alguien ha hablado en japonés», dijeron. «Era la voz de alguien que lloraba». Por fin, ante mis preguntas, llegaron a la conclusión de que la voz se había escuchado a sus espaldas. Pero yo, que había estado a su lado, no había oído nada. De hecho, no había nadie detrás de ellos. Su mesa estaba en la última fila. Los demás niños volvieron a alborotarse. Afirmaban que en aquella clase de treinta y dos alumnos se había escuchado la voz de uno más y que aquel visitante extraordinario no podía ser otro más que el fantasma de la niña que lloraba en el refugio antiaéreo.

»El aula ya se me antojaba tan opresiva y gris como un refugio cuando, abriéndose paso entre la penumbra, un haz de luz del sol se proyectó contra la pared trasera del aula. En su brillantez revoloteaban miles de motas de polvo animadas por la corriente de aire procedente del pasillo, entre vibrantes destellos. Algunas de las niñas se cubrieron la boca con las manos, para contener un grito.

–Estábamos a comienzos de la primavera, pero hacía frío. Todas las ventanas permanecían cerradas y, aunque ambas puertas, tanto la delantera como la trasera, se encontraban entreabiertas, no había nadie frente a estas. Por otro lado, la pared trasera del aula correspondía a la del exterior del edificio; es decir, ninguna voz podía proceder de un aula contigua inexistente. Tampoco me parecía que Harry, Ron o Hermione se atrevieran a mentir ni a engañar a sus compañeros. No eran del tipo de niños a los que les gustara hacer eso.

»Y esta es la historia del aula de treinta y dos alumnos que recibió una visita inesperada. ¿Qué relato harías de ello, abuelo?

Kaede había tratado de insuflar toda la emoción posible a la historia para que su abuelo no acabara durmiéndose y, efectivamente, el

anciano no había dado una sola cabezada.

–Kaede, pásame un cigarrillo, por favor –pidió con tono decidido y despierto, diferente por completo al de unos minutos antes.

# 2

Cesaron los ruidos de las obras –los obreros debían de haber parado para almorzar– y el aire limpio de comienzos de otoño trajo los gorjeos de los pájaros hasta sus oídos.

–¿Oyes la tórtola? –preguntó el abuelo–. Tiene un canto parecido al del búho. Uuh, uuh.

«¡Esto es una referencia a *Harry Potter*!», pensó Kaede, radiante de alegría al comprobar la agilidad mental de su abuelo. «¡Harry Potter tenía una lechuza!».

Sin duda, aquel día las habilidades cognitivas del anciano se encontraban en plena forma.

–Este desafío que me planteas, Kaede, es para un viejo solitario, no para el típico lector de novelas de misterio –dijo sonriente el anciano, encogiéndose de hombros y volviéndose lentamente hacia su nieta–. No has dejado a la vista ninguna pista que pueda llevar a la comprensión de qué pasó realmente en aquella aula. Sugiero este título: *¿Quién es el 33º alumno?*

Kaede captó, una vez más, la referencia que acababa de realizar su abuelo. El título era un calco de *¿Quién es el 11º pasajero?*, obra de Moto Hagio en que los diez tripulantes de una nave espacial descubren a un inesperado undécimo tripulante.

El anciano miró fijamente a Kaede.

–Encuentro una gran contradicción en tu historia –dijo, por fin–. Solventar dicha contradicción resolvería el misterio al instante.

A Kaede le palpitó más rápido el corazón.

–¿Cuál es esa contradicción? –preguntó la joven.

El anciano entornó los ojos como tratando de adentrarse hasta lo más profundo de la mirada de su nieta.

–Lo has dicho tú misma –indicó–. Has dicho que las puertas estaban entreabiertas a pesar del frío.

Así era. Kaede pensó que ninguna medicina era tan efectiva para su abuelo como un misterio por resolver.

–Si las ventanas estaban cerradas, ¿por qué no las puertas? ¿Acaso no se colaba la corriente? Solo encuentro una respuesta lógica. Se dejaron adrede así para ventilar el lugar. Debemos considerar que eran tiempos de pandemia. Creo que estás tratando de poner a prueba mi memoria, ¿no? –Lanzó una mirada traviesa a su nieta antes de continuar–. En cuanto a Harry, dijiste que el miedo se le reflejaba en los ojos, pero que la expresión de su rostro era de impasibilidad. Supongo que estás en lo cierto. Debía de tratarse de una expresión de

cautela.

Se detuvo, se señaló lentamente la boca y prosiguió:

–Era lógico que no se le adivinara ninguna expresión en la cara. Al fin y al cabo, él, al igual que los demás niños en época de pandemia, ¡llevaba puesta la mascarilla!

–Muy agudo, abuelo.

–Lo que nos lleva a otra contradicción, ahora que lo pienso. Pese a ser tiempo de pandemia, ¿pediste a los niños que formaran parejas para el ejercicio oral de inglés? ¿No te importó el riesgo de contagio? ¿No consideró la dirección del colegio la temeridad de aplicar el mismo programa de estudios de siempre?

»Asumo que tanto tú como la dirección sabíais lo que hacíais. Por tanto, el único modo en que pudieron formarse las parejas para el ejercicio de inglés fue guardando una cierta distancia entre los niños. Es decir, las parejas se formaron de atrás hacia delante, no entre los niños situados a derecha e izquierda.

Kaede carraspeó.

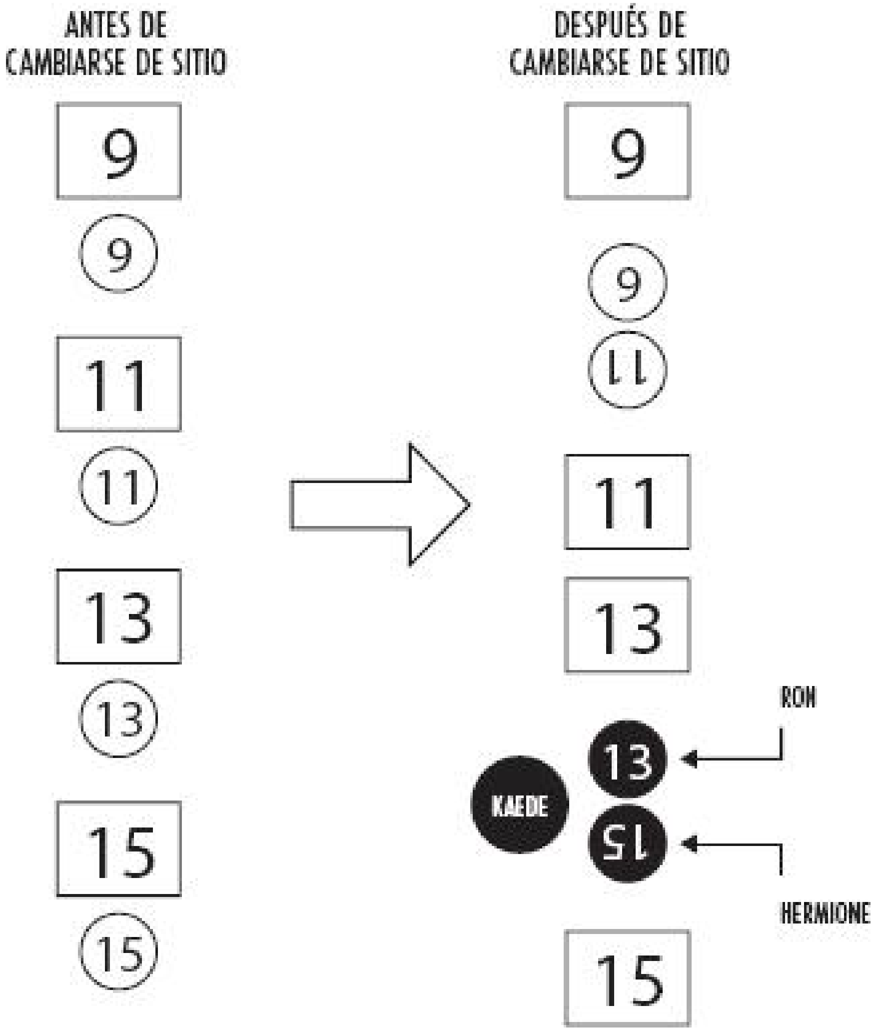
–Echemos un vistazo al plano –continuó el anciano–. Los niños de las filas primera y tercera se mantuvieron en su sitio, sin necesidad de moverse. Fueron los de las filas segunda y cuarta quienes tuvieron que desplazar sus mesas hacia atrás y situarse delante de estas, pero de espaldas a sus respectivos compañeros de la primera y tercera fila, para evitar hablarse cara a cara.

»Se trata de un protocolo adoptado durante la pandemia. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque recuerdo haber visto en las noticias que todos los colegios del país lo habían implementado para cuando fuera necesario formar parejas.

»Bien, has dicho que el espacio posterior del aula parecía más angosto de lo habitual. Ahí tienes el porqué. Tu afirmación no era metafórica, sino literal. El desplazamiento de las mesas de la cuarta fila hacia atrás dejó menos espacio del habitual entre dicha cuarta fila y la pared. Pero, Kaede, será mejor que saques el segundo plano que supongo que has elaborado para que me queden las cosas más claras.

«No se le escapa una», se sorprendió Kaede, y extrajo un papel donde, efectivamente, había dibujado un segundo plano.

La tórtola volvió a emitir un ulular parecido al del búho y a Kaede el sonido le trajo a la memoria la imagen de un reloj de pared con un búho que había visto en un bar italiano. El búho era considerado un mensajero con poderes mágicos. Asimismo, también el anciano era un mago, a su manera, para los misterios sin resolver.




–Creo que casi hemos resuelto el misterio del trigésimo tercer alumno –anunció con una firmeza de hielo y, a la vez, con calidez en la voz–. Kaede, tú misma fuiste el misterioso alumno, el número treinta y tres.

Kaede asintió, admitiendo la afirmación de su abuelo sin reticencias.

–Me explico –continuó el anciano–. Por primera vez se te había asignado una clase de alumnos de sexto de primaria. Puesto que en Japón el curso académico finaliza con la llegada de la primavera y ya estabais a principios de marzo, sabías que no ibas a poder disfrutar de muchas clases más con tus queridos alumnos. Tal vez era, de hecho, la última clase de inglés con ellos. Por eso aceptaste la propuesta de Harry, porque sabías que proporcionaría un recuerdo duradero del final de las clases. Tus alumnos pronto se graduarían de primaria y

esta era tu primera experiencia al respecto. Por primera vez, unos alumnos tuyos iban a graduarse y en la ceremonia no serían ellos quienes llorarían. Lo sé bien, por experiencia. Quienes lloran son sus profesores.

Cerró los ojos un breve instante, como abrumado por los recuerdos.

–Aquellos niños que se asomaban ya a la adolescencia habían sido prácticamente unos mocosos hasta solo medio año antes, y por fin podían mantener una conversación básica en inglés. Estaban llenos de ilusión por el porvenir. Tú, Kaede, caminabas lentamente hacia la zona posterior de la clase mientras reparabas en los cerezos del jardín, a medio florecer. Por fin, te situaste a la altura de Hermione y Ron. Te volviste y miraste hacia el conjunto de la clase. Trataste de retener aquella imagen en tu memoria, para siempre.

»Fue entonces cuando, inconscientemente, susurraste algo, apenas contenidas las lágrimas. Algo como «cuánto os voy a echar de menos».

«Es muy posible», pensó Kaede. «Y, sin embargo, no recuerdo nada de ello. Pero ahora, al escuchárselo decir a mi abuelo, es cierto que debí de decir algo involuntariamente. Sí, no me cabe la menor duda».

–Te encontrabas a espaldas de Ron y de Hermione, y ese susurro que escucharon por encima de sus hombros tuvo que haber procedido de ti. Ron creyó que había sido Hermione y esta pensó que había sido aquel. Ni siquiera en tu susurro habría sido apreciable la edad o el sexo de quien lo emitía. Ambos niños asumieron que había sido la voz del otro. Después de dos minutos hablando inglés, escuchar repentinamente unas palabras en japonés, en un murmullo apenas audible, pudo haberles parecido una experiencia cercana a la de una película de miedo.

Kaede no sabía si sentirse avergonzada o divertida. «¿Eso es todo, abuelo?», estuvo a punto de decir, pero el anciano se le adelantó.

–Los desafíos para viejos solitarios siempre guardan una solución alternativa –dijo sonriendo. Lo que he dicho hasta ahora no ha sido más que un preámbulo. La conclusión está por llegar.

–Hubo otro trigésimo tercer alumno –aseveró, contundente, el anciano.

La afirmación pilló a Kaede desprevenida.

–Has dejado una pista escondida en el primer plano –añadió el anciano–. La silla número 8, en el lado inferior derecho, a diferencia de las demás, está pegada a la mesa. Supongo que indica que el asiento de la silla está metido bajo la mesa. En tal caso, significa que no hay ningún alumno sentado en ella. Es la niña que se ausentó repetidamente del colegio. A menudo, con los niños que suelen faltar a

clase, se pone su pupitre al lado de la puerta, como para facilitar su vuelta. De manera que no hay duda, el asiento número 8 corresponde a quien sumó varias ausencias a clase.

«Pero, abuelo…».

–¿Cómo sabes que ese pupitre corresponde a una niña?

–Dejaré la explicación para más adelante. Ahora quisiera centrarme en las motivaciones de Harry para decir lo que dijo y hacer lo que hizo. Dijiste que era una persona de carácter noble, pero con tendencia a las travesuras.

»¿No se le ocurrió nada mejor que aprovechar la última clase antes de la graduación, una ocasión tan importante para ti y para los demás alumnos, para asustar a sus compañeros con historias de miedo? Yo diría que esto solo pudo ser una operación de despiste, la tapadera de alguna otra motivación menos obvia.

«Tiene todo el sentido».

–Es posible que hubiera tratado de hacer volver a la niña ausente y que para ello hubiera visitado su casa innumerables veces, con la intención de convencerla. Que si todos sus compañeros estaban esperándola…, que si debía venir para despedirse de ti junto a los demás alumnos de la clase… El caso es que, finalmente, accedió y se presentó en el colegio sin que ni tú ni los alumnos lo supieran. Harry, tan dado a las travesuras, había orquestado un regreso por todo lo alto. Es posible incluso que ese espíritu travieso contribuyera a animarla a volver. En primer lugar, Harry debía contar la historia de la niña del refugio aéreo y, finalmente, una vez terminada la clase de inglés, debía anunciar su regreso al grito de «¡mirad atrás!». Y ella debía aparecer por la puerta trasera. Todos la echaban de menos, así que era de esperar una bienvenida llena de aplausos y vítores. Harry había dejado la puerta trasera más abierta que la delantera, para que ella pudiera entrar sin llamar la atención. Había, por tanto, una razón más allá de las corrientes de aire.

–Abuelo, tengo dos preguntas que quisiera hacerte.

–Adelante.

–¿Cómo supiste que faltaba un alumno?

–Veamos… Acerca de la clase de inglés, comentaste que formaron parejas y un trío para la práctica de conversación, ¿verdad? Si hubiese habido treinta y dos alumnos, se habrían formado parejas; pero hubo al menos un trío, obviamente, porque había una ausencia. Empezaste diciendo que aquel día había treinta y dos en el aula. Te faltó decir que estabas refiriéndote a los treinta y un alumnos y a ti misma. En total, treinta y dos personas.

–De acuerdo, pero ¿qué me dices de tu intuición de que quien se ausentaba era una niña?

–Muy sencillo. Porque tú misma lo aclaraste. Piénsalo. ¿Por qué te

había dejado preocupada un simple relato de miedo, una historia ficticia sobre una niña en un refugio aéreo? Muy sencillo. Porque tenías muy presente a la niña ausente de tu clase. Lo veo…

El anciano contempló, absorto, el humo de su cigarrillo Gauloises.

–Veo a una niña cabizbaja que entra sigilosamente en el aula al grito de Harry: «¡Mirad hacia atrás!». Veo que, después de un instante de desconcierto, tú y los niños estalláis en una gran ovación. Harry, artífice del regreso, se quita las gafas y las lágrimas le brotan de emoción. «¿Lo veis? ¡No es ningún fantasma! ¡Démosle una gran bienvenida! Uno, dos y…!». La madre de la niña, en el pasillo, contiene las lágrimas. Ahora por fin sois treinta y tres en el aula, y esta es la conclusión feliz de la historia.

Como si de la señal de «fin» se tratara, el anciano se reclinó lentamente en su poltrona, acompañándose por el crujido de la tapicería al ceder bajo su peso.

–¿Se puede? –preguntaron varias voces al unísono desde el vestíbulo de la casa del anciano.

–Mira que les dije que llamaran primero al timbre… –se lamentó Kaede, al mismo tiempo que se congratulaba de que llegaran precisamente en aquel momento.

–Pero ¿quiénes son?

–¡Harry, Ron y Hermione!

–¿Qué rayos…?

–Resulta que hace unos días me encontré a los tres en el tren por casualidad. Ahora son estudiantes de secundaria y, por iniciativa de Hermione, han montado un club de misterio, fantasía y ciencia ficción. Dicen que han terminado de leer casi todos los libros de dicha temática de la biblioteca del instituto. Yo les propuse venir a visitarte.

–¿Podemos pasar?

Era Harry. ¡Qué recuerdos le traía volver a oírlo! La voz ya le estaba cambiando, y, aunque sonaba un poco cómica, Kaede no pudo evitar un pellizco de nostalgia al escucharla.

El anciano, lleno de alegría, abrió la ventana.

–Menuda peste a tabaco debe de haber aquí –dijo–. Ya puedes hacerles pasar –añadió mientras aireaba el estudio y el humo violeta se escapaba por la ventana.

Los tres adolescentes no tardaron en llegar al estudio, cada uno tan distinto del otro, tanto físicamente como en carácter. No es que se parecieran mucho a los protagonistas de *Harry Potter*, pero en cierta manera se daban un aire a cada uno de ellos, como si hubieran asumido sus respectivos papeles. Hermione y Ron fueron los primeros en pasar.

–¡Esta habitación es alucinante! ¡Está llena de libros!

–Chicos, podríais saludar, al menos –riñó Kaede.

–Le hemos traído la más nueva enciclopedia de insectos. Aquí está. En este jardín hay muchos grillos, ¿verdad?

–Chicos…, saludad…

–¡El profesor Limpiacristales en persona! –exclamó Harry al entrar. Empujó el puente de sus gafas con el dedo corazón, recorrió los estantes de libros con la mirada y añadió–: La profesora Kaede nos ha dicho que aquí hay incluso libros de terror que no hemos leído. ¿Podemos venir de vez en cuando a tomar prestado alguno?

–¿Y el «por favor» dónde lo dejas? –Esta vez fue Hermione quien recriminó la falta de formalidad en su amigo.

–Además, algo así habría que pedirlo de otra manera… menos brusca, digo yo –puntualizó Ron.

–Chicos, chicos… –Tras soltar una carcajada, el anciano puso fin a la discusión–. El estudio es vuestro. Podéis venir cuanto os plazca. Casi todas las de terror están agrupadas en ese estante. Vosotros habéis logrado que aquella compañera de clase volviera al aula después de una larga ausencia. Deberías leer un relato de esos en los que los deseos se cumplen.

–Eso parecería un cuento infantil de hadas. ¿Qué tendría eso de terrorífico?

–¿Preguntas que qué tendría de terrorífico? –El anciano esbozó una sonrisa traviesa y señaló un extremo de la estantería que tenía enfrente.

–Kaede, por favor –dijo–, alcánzame esa colección de relatos de W. W. Jacobs que incluye el cuento *La mano del mono*.

# 5.
# La mujer fantasma

# 1

*Te tomé una foto por vez primera,*
*sin que te dieras cuenta.*
*Y compartimos ambos esa imagen,*
*sin que te dieras cuenta.*

«Cuánta actividad hay para ser un sábado por la mañana», pensó Kaede mientras contemplaba el caudal perezoso del río que atravesaba aquel barrio de las afueras. Sentada a la orilla, abrazándose las rodillas, bajo la luz blanda de una mañana soleada de invierno, seguía con la mirada las obras que se desarrollaban en la orilla opuesta. La gran máquina de dragar se movía tan lentamente que se diría inmóvil.

Pero la actividad a la que se refería Kaede era la que se desarrollaba a sus espaldas, a lo largo del paseo, lleno de gente haciendo ejercicio, corriendo y paseando, en marcado contraste con la calma del río y la lentitud de las obras de enfrente. Más allá, desde la extensión de canchas de tenis y campos de béisbol y críquet, llegaban voces y gritos distantes, llenos de entusiasmo y emoción, creando una amalgama sonora que, lejos de importunar a Kaede, la arrullaba e invitaba al sueño, igual que lo había hecho el traqueteo del tren que la había traído hasta aquí, con su confortable calefacción.

«Ay, qué modorra. No puede ser…», se lamentó al tiempo que ahogaba un bostezo.

–¿Hasta cuándo piensas quedarte aquí sentada?

La voz procedía de Iwata, que estaba de pie, a espaldas de Kaede, con los brazos cruzados y una indumentaria deportiva exuberante –que anunciaba pomposamente su intención de hacer ejercicio–.

–Si descansas tanto, te vas a quedar fría y luego no va a haber quien te mueva. Y, mira, con tus zapatillas de siempre… ¿Cómo piensas entrenar así para un maratón?

–¿Mis zapatillas de siempre?

Simplemente, había comprado unas del mismo color apagado de sus viejas deportivas.

–Para tu información, son nuevas –dijo Kaede.

–Pues si son nuevas, ponte en marcha de una vez. Vamos, bebe un poco de agua.

«Imbécil…».

Se humedeció la garganta con agua mineral embotellada y, tras arrastrarse hasta el paseo, se puso a correr, una vez más, siguiendo la estela de Iwata.

Faltaban tres semanas para la celebración del maratón anual del colegio donde ambos trabajaban. Kaede era negada para el deporte y

nunca se habría planteado participar en nada semejante. Pero aquel año era diferente. Estaba obligada a correr con los niños, detrás del grupo, como supervisora y cuidadora.

Por su parte, Iwata corría en cabeza del grupo anualmente, como guía y por iniciativa propia, de modo que Kaede sospechaba que su involucración obligatoria en aquella ocasión tenía algo que ver con Iwata.

Kaede sentía rabia mientras corría detrás de él y fijaba sus ojos en el rítmico vaivén de sus hombros. ¿Merecía la pena tomar el tren, hacer transbordo, guardar el bolso en la consigna y darse semejante paliza a correr? No. Pero Kaede sabía lo que Iwata se traía entre manos.

Los cinco metros aproximados de anchura del paseo permitían un holgado tránsito a los numerosos corredores que allí se daban cita para entrenar. De pronto, un elegante matrimonio de edad avanzada, y acompañado por un perro de imponente tamaño, saludó muy sonriente a Iwata. El *setter* irlandés sacudía la cola frenéticamente en clara señal de familiaridad con Iwata. Poco después, un joven de blanca sonrisa, calentador para el cuello bien enfundado, *leggins* y chaqueta deportiva a juego, saludó a Iwata y se aflojó el calentador al pasar.

«Ya lo entiendo», pensó Kaede. «Este contacto habitual, tan cálido y jovial, entre los asiduos al *jogging* de los sábados por la mañana, debe de proporcionar bastante satisfacción».

Al poco, nos cruzamos con una mujer de unos treinta y cinco años, que vestía una sudadera y que, en su desenvuelto caminar, flexionaba los brazos por los codos en perfecto ángulo recto y rítmico vaivén. Al reparar en la presencia de Iwata, se detuvo jadeante.

–¡Profesor Iwata! Hoy hace más calor, ¿eh? –dijo.

Entonces, bebió de una botella envuelta en una llamativa toalla con un personaje de dibujos animados estampado, a la vez que observaba de soslayo a Kaede. Seguidamente, sujetó la botella entre un costado y un brazo y se llevó ambas manos a la boca, en gesto para que solo Iwata pudiera oírla.

–Qué bien acompañado vienes hoy –dijo en un susurro–. Y qué calladito te lo tenías…

«¡Oye, tú! ¡Serás payasa…, haciendo una mampara con las manos como para que no te oiga!».

–No, no –replicó Iwata–. Solo somos buenos amigos, de momento.

«¡Ese “de momento” sobra!».

–Bueno, perdonad que os haya entretenido. –Y volviéndose hacia Kaede–: ¡Chao! –se despidió con una sonrisa un tanto falsa, y volvió a doblar los codos en ángulo recto para reanudar la marcha a pasos ágiles y rítmicos.

«¡Pues no me ha tomado por su novia! En fin…, voy a dejarlo pasar, considerando al menos que gracias a Iwata ahora conozco este lugar tan estupendo al lado del río».

Kaede ya sentía agujetas y estaba dándose golpecitos en los muslos. Decidió continuar corriendo detrás de Iwata, sin quejarse, en cuanto este se puso en marcha de nuevo, pero enseguida empezó a faltarle el aire. No estaba acostumbrada a correr.

«¿No está yendo más rápido ahora?», pensó. «Imposible… No puedo… seguirlo…».

Iwata se volvió hacia Kaede. En su voz no había la más leve señal de cansancio:

–¿Por qué no habrá venido Shiki? Seguro que no está ocupado los sábados.

–¿Eh…, eh…? –jadeó Kaede.

Iwata se percató de los problemas de su compañera para continuar y se detuvo.

–Veo que tú estás tan ocupada como Shiki –dijo, y soltó una sonora carcajada que prácticamente le desencajó la mandíbula–. Bien, dejémoslo al llegar allí –añadió y, tambaleándose, señaló un puente de hierro frente a ellos.

Y justo entonces, desde el extremo del puente, una nítida voz de barítono se dirigió a ellos:

–¡Hola!

El dueño de la voz sacó una lata de cerveza de una bolsa de supermercado y se retiró el largo pelo de la frente.

–Nada mejor que una cerveza después de haber sudado un poco –dijo Shiki.

El puente arrojaba una larga sombra sobre el paseo. Después de localizar un buen lugar al sol donde sentarse a descansar a la orilla del río, los tres abrieron sendas latas de cerveza. A pesar de lo fría que estaba, la bebida entró con gusto, sobre todo en los acalorados cuerpos de Iwata y de Kaede.

–¡Qué buena! –exclamó la joven, saboreando el trago y mitigando el sufrimiento anterior entre las burbujas de la bebida.

–Esto da al traste con las calorías quemadas… –se lamentó Iwata, y apuró su lata de un trago–. Bueno, una no me va a hacer daño. –Miró fijamente a Shiki–. Oye, ¿y tú por qué no has venido a la hora?

–Eh, eh, haya paz –replicó Shiki con una sonrisa irresistible.

Kaede se dio cuenta del punto en común que ambos tenían, pese a su diferente carácter: una sonrisa capaz de derretir corazones.

–Pero si sabías que no iba a venir, ¿o no? –continuó Shiki–. Salir a correr un sábado por la mañana… ¿En qué cabeza cabe?

–Quedamos a las diez. No es que te hiciera falta madrugar ni

nada.

–Yo lo veo imposible. Además, seguro que te ha alegrado poder correr a solas con Kaede.

–Cierra la boca, ¿quieres? Anda, pásame otra cerveza.

–A sus órdenes. –Y Shiki le lanzó otra lata a Iwata. A Kaede le pasó una botella de agua–. ¿Qué aburrida novela de misterio andas leyendo ahora?

«Vaya, ahora tuvo que salir este con lo de “aburrida”».

–Si preguntas por ello, será que no te parece tan aburrido –reprochó Kaede.

–Es que solo a la novela de crimen y misterio se le permiten determinados defectos. Pero ahí está también la gracia.

–Un momento, un momento –intervino Iwata por sorpresa–. Ya estáis otra vez con esas historias. ¿Por qué no me dejáis hablar a mí también?

–¿Eh? Pero ¿qué sabes tú de novelas de misterio? –preguntó Shiki.

–¿Me tomas por tonto?

Iwata echó un buen trago de cerveza, como si necesitara refrescarse la garganta para poder continuar.

–Voy a contaros una teoría mía. Algo que nunca habéis escuchado antes. Os sorprenderá: se trata de la relación entre la lucha profesional y la novela de misterio.

–Venga ya… –Shiki abrió los ojos como platos. Parecía haber captado su atención–. Bueno, soy todo oídos.

Alentado por el interés de Shiki, Iwata resopló orgulloso y procedió a hablar:

–Como sabes, Kaede, soy aficionado a la lucha profesional.

–Es la primera noticia que tengo.

Iwata dio un respingo y, volviéndose hacia Shiki, se rascó la nariz.

–Pues sí, el misterio y la lucha profesional se parecen mucho. El misterio tiene su propio lenguaje, un lenguaje que no le es ajeno a la lucha profesional. –Y, alzando la voz, añadió–: Ya sé. Voy a haceros una pregunta. ¡Atención! ¿Qué expresión tienen en común el uno y el otro? ¡El primero que lo diga es el vencedor!

–¡Va a correr la sangre! –respondieron casi al mismo tiempo Kaede y Shiki.

–Eh… Correcto. ¿Cómo lo habéis sabido? –Iwata parecía decepcionado.

–Es obvio –dijo Shiki.

–Es obvio –corroboró Kaede.

–No hace falta que ahora lo digáis todo a la vez –protestó Iwata, visiblemente molesto.

–Bueno, supongo que los parecidos no terminan ahí, ¿no? –dijo Shiki tratando de animarlo.

–¡Por supuesto! Los parecidos son enormes.

Iwata extrajo un cuaderno de notas de su riñonera. Se humedeció los dedos y pasó las páginas.

–Lo tengo todo bien anotado. Hace mucho tiempo, hubo un famoso luchador llamado Killer Karl Kox. ¿Lo veis? Lo llamaban *killer*, asesino.

–Es obvio.

–Es obvio.

–¡Dejad de responder a la vez! Hay más luchadores con sobrenombre de novela de crimen y misterio. Hay muchos. Veamos… Steve Williams, alias el Doctor Muerte. ¿Lo veis? Solo escucharlo asusta. Otro indispensable es Karl Anderson, la Ametralladora. ¿Y qué me decís del Convicto? Era un condenado a muerte con permiso especial para participar en las competiciones de lucha profesionales. Bueno, eso decía el guion de su personaje… ¿Qué os parece? –Y cerró el cuaderno de golpe.

–¿Ya has acabado? –preguntó Shiki.

–Sí. Es suficiente para demostrar mi teoría.

–Vaya decepción –dijo Shiki con un suspiro y echándose el pelo hacia atrás–. Esperaba algo más sustancioso. Lo que has dicho no va más allá de unas similitudes superficiales entre los nombres de los luchadores y ciertas categorías de personajes que encontramos en las novelas de crimen y misterio. Pero rasquemos la superficie y profundicemos un poco, si os parece bien.

–Lo que me parece es difícil –resopló Iwata.

–No, no. Veréis. Es muy sencillo. La lucha libre es un espectáculo que trata de sorprender al espectador mediante su teatralidad y, al igual que sucede con las novelas de misterio, requiere de un conflicto como motor de arranque. Por ejemplo, cuando aparece un nuevo luchador en escena, enseguida va a desencadenarse una lucha de poder entre los miembros del mismo equipo, con traiciones, exhibición de fuerza, etcétera. Es el clásico inicio convulso que caracteriza a las novelas de crimen y misterio.

Ya no había quien lo parase.

–Ese inesperado conflicto inicial en las competiciones de lucha puede gravitar alrededor de cualquier tema, y el modo en que se desarrolle dará lugar a diversas ramificaciones narrativas. Rencor, amistad, justicia, venganza, incluso vejez… Todos ellos son temas que coinciden con los que se desarrollan en las novelas de misterio.

Iwata y Kaede escuchaban atónitos, pero ello no desanimó a Shiki, que continuó:

–En todo caso, la narración avanza hasta que todos sus cabos

convergen en un final apoteósico, ya sea en el encuentro de una final de lucha libre, en la que el más poderoso y temible enemigo es derrotado, ya en la conclusión de un relato detectivesco, con el clásico detective de inteligencia casi sobrenatural desenmascarando al asesino por medio de asombrosas deducciones. Con la victoria de su luchador favorito en la final, el público vive una catarsis similar a la que experimenta el lector de la novela de misterio, cuando el detective devuelve el orden al estado de cosas y triunfa sobre el caos. Ambas, pues, cumplen una función beneficiosa para la sociedad. Y no solo eso…

–Te estás alargando mucho… –Iwata no pudo reprimir una queja–. Además, ¿te parece bonito aprovecharte de mi idea? Y es demasiado intelectual…

–¡Lo que pasa es que lo tuyo es demasiado superficial!

–Vale, vale, ya basta –medió Kaede–. Y tú, Shiki, ¿a qué viene esa efusividad hacia la lucha profesional? ¿No decías que no te gustaban los deportes?

–La lucha libre profesional no es un deporte. Es una novela.

–Anda, este… ¿Una novela…?

–El cuadrilátero es el lienzo donde los contendientes dibujan su destino. No solo eso…

–Ya veo que la cerveza se te ha subido a la cabeza, Shiki –censuró Iwata–. ¡Ni tú entiendes lo que dices!

El tono se había elevado como en un intercambio de amenazas entre luchadores profesionales. El ambiente invernal había ido templándose. Kaede respiró hondo y abrió una segunda lata de cerveza. Se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba en compañía de aquellos dos.

De pronto, Kaede notó que algo se movía por encima de sus cabezas. Alzó la vista lentamente hacia el puente y vio a una persona apoyada en la barandilla, mirando hacia abajo. O eso parecía, porque aquella perspectiva solo permitía ver el rostro a contraluz, en la sombra. No obstante, sí, parecía mirar hacia ellos y lo hacía sin ningún reparo.

–Bueno, chicos, perdonad mi exceso de pasión con el tema –se disculpó Shiki.

Kaede bajó la mirada y les susurró a sus compañeros:

–Hay alguien en el puente…

–¿Eh? –se sobresaltó Iwata.

–Pues sí, lo hay –confirmó Shiki.

–La verdad es que, últimamente, tengo la sensación de que alguien me sigue –dijo Kaede–. Bueno, no debe de ser más que una idea un poco obsesiva, pero… pero…, sí, sí, desde hace medio mes, me llaman por teléfono todos los días y nadie habla cuando contesto.

Eh…, ja, ja, ja. ¿Qué estoy diciendo? Creo que no debo darle demasiada importancia.

Apenas dijo aquello Kaede, Iwata se puso en pie y se dirigió corriendo a las escaleras de uno de los pilares del puente.

–¡Iwata! ¿Adónde vas?

–¡A desenmascararlo!

Shiki intervino:

–Kaede, ¿y no te haces una idea de quién puede ser la persona que te llama?

–Ni idea. Solo llego a captar que llama desde un teléfono público.

–¿Hay alguna cabina cerca de donde vives?

–Sí, justo enfrente. Ya quedan pocas cabinas.

Shiki, con la mirada fija en la brillante superficie del río, guardó silencio. Incapaz de soportar ese instante de silencio, Kaede forzó una carcajada.

–Seguro que es solo una broma, una travesura. No debí haberos dicho nada…

–No sé, no sé…

El rostro de Shiki adquirió una seriedad inusual en él.

–Será mejor que tengas cuidado –advirtió.

Iwata regresó jadeante.

–Ese tío… se largó corriendo. ¡Menudas zancadas daba…! –Y entonces añadió–: Será mejor que tengas cuidado. –Lo mismo que Shiki.

*¿Te has dado cuenta*
*de que hoy te he dirigido la palabra varias veces*
*y de que he estado más cerca de ti*
*de lo que puedas imaginar?*

# 2

El siguiente sábado por la mañana, Iwata volvía a practicar *jogging* a la orilla del río. Esta vez, solo. Hacía más frío que la semana anterior, aunque las previsiones meteorológicas habían anunciado un incremento de tres grados de temperatura.

«¿Por qué noto tanto frío?». Una idea cruzó su mente. «¿Es porque no me acompaña Kaede?», se preguntó ruborizándose. «Basta, basta. Qué estupidez».

Nunca, hasta aquella mañana, había experimentado semejante sensación de soledad, a pesar de tener bien asimilado el hábito de correr durante una hora cada sábado. Pero él mismo le había aconsejado a Kaede no acompañarlo para correr, por si las intenciones de aquel hombre no fueran precisamente buenas.

«Qué lástima. Con las ganas que tenía de invitarla… a ella sola. A Shiki lo invité la semana pasada por miedo de que Kaede se negara si no venía nadie más, pero…, sinceramente, me alegré de que no apareciera hasta mucho más tarde».

Iwata sacudió la cabeza y avivó el paso. Afortunadamente, había venido prevenido para la lluvia pronosticada para aquella mañana, con una chaqueta chubasquero que le mantenía a la temperatura adecuada. El cruce de saludos con el matrimonio maduro del *setter* irlandés y, poco después, con el joven de la chaqueta deportiva y los *leggins* contribuyó a hacerle sentir bien una vez más.

«Ah… No hay nada mejor que esto», se dijo. «A papá y a mamá les habría gustado este lugar».

Iwata se aproximó al puente junto al cual se sentaron a tomar unas cervezas la semana anterior.

«Es hora de tomarse un descanso», pensó.

Unos cincuenta metros más allá, divisó a la mujer de la sudadera, aquella con la que también solía intercambiar saludos. Tras alzar la mano hacia ella, se desvió del paseo y se adentró en el terreno que bajaba hacia la orilla del río.

En la lejanía, proveniente de unos nubarrones, escuchó un trueno. Parecía que las noticias no se habían equivocado. Por eso había menos gente corriendo en el paseo.

«Vaya, está ocupado…», se lamentó al descubrir a dos hombres sentados bajo la misma sombra que habían ocupado Shiki, Kaede y él el sábado anterior.

Discutían. Una ráfaga de viento frío le trajo las voces de los hombres. Parecían enzarzados en una discusión seria.

–¡Eh! ¿Ocurre algo? –les gritó Iwata, acercándose rápidamente al

lugar.

Los hombres no le hicieron caso. Quizá no lo oyeron, porque la discusión acababa de tomar un cariz más violento al extender ambos los brazos y sujetarse con las manos.

Uno de los hombres tendría alrededor de cincuenta años y vestía una chaqueta de traje. El otro era un joven de unos veintipocos y llevaba una camiseta naranja. El joven vociferaba en un tono atiplado, y el de cincuenta años, como queriendo poner fin al asunto, le dio un empujón.

–¿Por quién me has tomado? –gritó este último, e hizo un movimiento pendular con la mano.

–Mierda –dijo el joven en un hilo de voz.

Repentinamente, el de cincuenta emprendió una carrera hacia el pilar del puente, sin siquiera percatarse de la presencia de Iwata.

El joven se desplomó lentamente sobre sus rodillas e Iwata llegó a tiempo para sostenerlo en sus brazos. Había evitado que se golpeara la cabeza al caer.

–¿Estás bien? –preguntó.

No hubo respuesta por parte del joven. Mantenía los ojos cerrados y su rostro estaba tornándose pálido. A Iwata le dio un vuelco el corazón al comprobar su juventud.

«No es más que un crío, un adolescente apenas. ¡Pero si hasta podría ser uno de mis alumnos!».

Notó el tacto frío y duro de un objeto en el dorso de la mano. Las peores sospechas de Iwata se confirmaron. Era un cuchillo clavado en el vientre del joven.

Notó que el cuello del chico, que reposaba en su brazo, se había empapado de sudor. No era el único líquido que corría por su cuerpo: también la camiseta naranja se había teñido de rojo vivo. Sangre. Asesinato. Arma del crimen. Algunas de las palabras utilizadas en el relato del terrible suceso ocurrido la semana anterior se proyectaron en su cabeza. «¿Qué haces? ¡Es momento de actuar, no de pensar! ¡No te quedes parado! ¡Llama una ambulancia!».

Trató de echar mano del teléfono móvil que guardaba en su riñonera, pero no conseguía descorrer la cremallera. «¿Qué diablos?». Entonces, reparó en que la sangre se le había extendido por los dedos y la cremallera se le resbalaba. «No te pongas nervioso. Es cuestión de vida o muerte».

En ese instante, empezó a llover a cántaros. Iwata alzó la vista y vio a la mujer de la sudadera, de pie, en lo alto de la pendiente. Se tapaba la boca con ambas manos.

«Menos mal».

–¿Lo has visto todo?

La mujer asintió hasta tres veces con la cabeza.

–¿Has visto huir al hombre?

La mujer volvió a asentir con la cabeza.

–¡Por favor, llama a una ambulancia! –gritó Iwata con todas sus fuerzas. Incluso si conseguía sacar el teléfono, no creía que pudiese marcar el número con aquellos dedos cubiertos de sangre.

La mujer, sin embargo, hizo algo totalmente inesperado: se fue, como si no hubiera oído nada.

–¡Eh, espera! ¡Espera! –Las lágrimas estaban a punto de saltársele–. ¡Eh! ¡Eeh…!

«¿Qué había sido aquello? ¿No era la misma que tan efusivamente lo saludaba cada sábado? ¿Por qué se había marchado?».

Iwata permaneció inmóvil, con la vista clavada en el lugar por donde había desaparecido la mujer. La lluvia le golpeaba las mejillas con fuerza. Por fin, volvió en sí:

«Hay que llamar a una ambulancia».

–Cálmese –dijo una voz firme a sus espaldas.

Iwata se giró.

Era un policía de edad avanzada. Sostenía una porra.

–No se mueva.

–¡Por favor, llame a una ambulancia! ¡Rápido!

–Acabo de llamar a una. Ahora, suelte eso, por favor.

«¿Que suelte qué?». Iwata dirigió la vista a su mano derecha. En ella encontró el cuchillo. No se había percatado hasta entonces. «¿Qué hago con esto en la mano?».

El cuchillo seguía clavado en el joven. Su mano solo se había cerrado sobre la empuñadura. Enseguida, la soltó. Quizá la idea de si no sería mejor desclavárselo se había cruzado por su mente y, en un instante de indecisión, su mano se había aferrado casi mecánicamente a la empuñadura.

–Eso es. Alce la mano derecha, ¿quiere? Despacio.

Iwata obedeció y se quedó inmóvil, como si fuera a llamar a un taxi. Por el rabillo del ojo veía su mano empapada de sangre. Con el brazo izquierdo y con la rodilla todavía sostenía al joven. De su boca emergió una mezcla de saliva y sangre.

«No te mueras. Por favor, no te mueras».

–Mire hacia allá. Eso es. –La voz gélida del policía resonaba con un áspero tono que no le gustaba nada a Iwata–. No mire hacia mí. Bien. Estese quieto ahí.

Hablaba con calma y corrección, pero a Iwata le estaba sacando de quicio.

«¿Por qué no viene la ambulancia?».

–Tenemos una emergencia. Envíen un coche patrulla.

«Está llamando por radio. Y ha pedido una patrulla, no una

ambulancia…».

–Sí, junto al pilar del puente. Se ha saldado con un herido grave. Cambio. Lo tengo a mi alcance… Creo que podría reducir al sujeto, pero es posible que ofrezca resistencia… Es urgente. Necesito una patrulla, envíen un coche patrulla. Repito: es muy urgente.

–No, no. No se confunda. Ha huido. El autor ha huido…

El agente de la Policía había decidido acercarse lentamente a Iwata y al herido.

–Guarde silencio, por favor.

A cada paso que daba, sonaba un tintineo metálico.

«¡Unas esposas! ¡Va a esposarme!».

Llovía a cántaros. Cada vez con más fuerza.

# 3

Kaede, concentrada en la lectura durante toda la mañana, ni siquiera había reparado en las fuertes lluvias. Al hacerlo, corrió a recoger la ropa tendida en el balcón y volvió a sentarse en el sofá cama y a abrir una novela de Hillary Waugh, autor de misterio revalorizado en años recientes. El título de la novela era: *That Night It Rained*. Le gustaba cómo sonaba: estilizado y sencillo a la vez.

En el momento en que dejó encima de la mesa el artículo sobre la defunción de Takeshi Setogawa que usaba en vez de marcapáginas –convenientemente plastificado–, la pantalla de su teléfono móvil se encendió y Kaede se dio cuenta de que el icono de llamadas perdidas marcaba la desmesurada cifra de quince.

Últimamente, mantenía el sonido del móvil apagado debido a las numerosas llamadas anónimas que recibía. Esperaba, por tanto, encontrar las palabras «número desconocido» o «teléfono público» en el historial de llamadas recibidas, pero se equivocó. Lo que encontró fue lo siguiente:

Iwata

Iwata

Iwata

[…]

–¿Qué?

La pantalla mostraba una columna en la que se repetía hasta la saciedad el mismo nombre, una y otra vez, una y otra vez. Las quince llamadas perdidas eran de Iwata y las quince se habían producido en un intervalo de apenas cinco minutos, media hora antes.

«Aquí pasa algo serio».

Sintió un escalofrío. El corazón empezó a latirle con fuerza. Volvió a la pantalla de inicio y, mientras trataba de calmarse, encontró tres mensajes muy breves de Iwata.

«La mujer».

«Desapareció».

«Búscala».

Los tres habían llegado justo después de las quince llamadas.

«¿Qué ha pasado? ¿Qué puede haberle ocurrido? No, no es momento de buscar explicaciones. Debo ponerme en marcha».

Sin tiempo que perder, llamó a Iwata. Lo intentó varias veces, sin éxito. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Vuelva a intentarlo más tarde», decía la consabida voz de mujer.

«Lo siento tanto, Iwata. Siento no haber contestado tus llamadas».

Kaede tenía la esperanza de que volviera a llamarla enseguida y activó de nuevo el sonido del móvil. Lo primero que debía hacer era hablar con Shiki. Se disponía a llamarlo cuando, de pronto, sonó el timbre de llamada entrante.

–¡Ah! –Kaede lanzó un grito. La propia sorpresa hizo que el teléfono se le cayera al suelo. Lo recogió y miró la pantalla. En ella, aparecía un número desconocido.

«Quizá sea el teléfono fijo de Iwata».

Rápidamente, presionó el icono para aceptar la llamada.

–Perdona, tenía el móvil en silencio –dijo.

–Buenos días, ¿hablo con la señorita […]? –Una voz masculina preguntó por el apellido de Kaede.

–Sí, soy yo.

–Llamo de la Policía. –La voz procedió a informar de su nombre y de su puesto en el cuerpo de Policía. A continuación, con tono robótico, abordó directamente el asunto de la llamada–: Un compañero de trabajo suyo, el señor Iwata, ha sido detenido por herir gravemente a un hombre joven. La detención se ha producido in fraganti y ahora se están llevando a cabo los procedimientos ordinarios para que permanezca en prisión preventiva antes del juicio.

–¿Eh? –Kaede alzó la voz en un nuevo grito.

«¿Por herir gravemente?, ¿detenido?, ¿prisión preventiva?».

Le llevó algunos segundos a Kaede asimilar el significado de aquella sucesión de expresiones.

–¿Me escucha, señorita?

–Sí…, sí, sí. Lo escucho.

–El señor Iwata no tiene padres ni hermanos ni ningún pariente cercano. Por eso la he llamado a usted. ¿Oiga? ¿Me escucha?

Kaede se había quedado muda. Se presionó el pecho, tratando de recuperar la respiración.

–Sí, lo escucho –dijo, por fin.

–En circunstancias normales, no nos ponemos en contacto con compañeros de trabajo de los detenidos, pero las presentes circunstancias lo han hecho necesario. En previsión de que algo pueda pasarle al detenido, uno de mis deberes como comisario consiste en mantener comunicación con al menos una persona de su entorno.

–¿Cómo que algo pueda pasarle al detenido?

Kaede se quedó lívida. Y a su boca acudieron las palabras que no quisiera haber pronunciado:

–¿Se refiere usted a… la posibilidad de suicidio?

–Nuestras normas no nos permiten discutir temas de tal tipo. Si me lo permite, voy a explicarle qué debe hacer para venir a visitarlo. Tome nota, por favor.

«Cálmate, Kaede. Ha dicho que es el comisario».

–Antes de eso, comisario, ¿podría explicarme qué ha ocurrido?

–Lo estamos investigando. No puedo decirle nada. Tampoco durante su visita debe preguntar nada. Si lo hace, pondremos fin a la visita de inmediato.

–Pero…

Kaede estuvo a punto de preguntarle si también eso formaba parte de sus deberes como comisario, pero se mordió la lengua.

–Bien. Tome nota, por favor, señorita Kaede.

La mano con que sujetaba el bolígrafo le temblaba. Hubo algo que le causó un sobresalto mayor aún que la misma detención de Iwata: se trataba del hecho de que no tuviera ni padres ni hermanos ni parientes cercanos. Kaede comenzó a sentir un dolor agudo y abrasador en lo más profundo de sus ojos.

–Shiki, ¿te he despertado?

–No, no…, digo, sí.

La voz de Shiki sonaba desfallecida desde el auricular del teléfono. A pesar de la promesa que Kaede se había hecho a sí misma de no llamar a Shiki por teléfono un sábado por la mañana, la urgencia del momento le había llevado a romper dicha promesa.

–Lo siento, Shiki, pero esto es muy serio.

Kaede procedió a contarle a Shiki lo sucedido.

–¡Mierda!

Shiki parecía haberse despertado por completo.

–Disculpa la pregunta, Kaede, pero ¿sabes si las llamadas de Iwata se produjeron antes o después del incidente? Pudo tratar de llamarte cuando ya se lo llevaban detenido, desde el coche policial, ¿verdad?

–Sí, es muy posible.

El aguijonazo de frustración por no haber podido contestar a sus llamadas volvió a clavársele de nuevo. Volvió a reprocharse haber tenido el teléfono en silencio. Ojalá hubiera mirado la pantalla antes, siquiera de reojo…

–Una vez conducido a la comisaría, le habrán confiscado el teléfono, supongo –consideró Kaede.

–También lo creo. Me gustaría ir a verlo cuanto antes y que nos cuente qué ha pasado exactamente. El problema es que durante las visitas está prohibida cualquier mención a lo ocurrido. Lo sé por una obra de teatro para cuya escritura tuve que documentarme un poco.

–Sí, me lo dijo el comisario.

–Durante las primeras setenta y dos horas, es decir, tres días, no se permiten las visitas. Es en esas primeras horas cuando se establecen las claves de la investigación. De todas maneras, voy a solicitar una visita urgente, por si acaso.

–Yo también.

–En cualquier caso… –Desde el otro lado del auricular, Kaede imaginó a Shiki retirándose el pelo del flequillo hacia atrás–, deberíamos trazar una estrategia sobre la visita –dijo, con la voz calmada.

# 4

Pronto les quedó claro a Kaede y a Shiki que no habría visita hasta después del cuarto día, miércoles de la siguiente semana. Al tratarse de una jornada laboral, Kaede se vería obligada a solicitar un día de baja por enfermedad, pero no le quedaba más remedio. Le pidió a Shiki que se presentara como el hermano pequeño de Iwata y, en cuanto al trabajo, finalmente pidió una semana de baja por asuntos familiares.

Pero Kaede sentía un peso enorme encima. Iwata no solo no había sido puesto en libertad provisional transcurridas setenta y dos horas, sino que la Policía había solicitado a la Fiscalía el ingreso en prisión del sospechoso, lo cual obviamente significaba que las sospechas sobre la culpabilidad de Iwata se afianzaban cada vez más.

Mientras Kaede trataba de organizar en su cabeza la información de que disponía hasta ese momento, ella y Shiki completaron los procedimientos administrativos para la visita. Por fin, las pocas líneas que un periódico le dedicaba al suceso les proporcionaron un escueto conocimiento de lo que había ocurrido: alrededor de las once de la mañana del sábado, un hombre había herido gravemente a otro con un arma blanca, a orillas del río. La víctima, un joven de diecinueve años, permanecía en estado de coma y todavía se debatía entre la vida y la muerte. El agresor, un hombre de veintisiete años, detenido in fraganti –el periódico omitía su nombre, pero era obviamente Iwata–, seguía declarándose inocente de los hechos.

Eso era todo lo que el periódico decía. Lo único de que disponían, aparte de dicha información, eran los tres mensajes breves recibidos por Kaede:

«La mujer».

«Desapareció».

«Búscala».

«Deja ya de darle vueltas a esto», se recriminó Kaede, sin poder evitar que un pronóstico aciago para el futuro se le colara en la mente. Si el joven moría, Iwata sería juzgado por homicidio, y cuando se le mencionase en la prensa, su apellido vendría acompañado por las palabras «presunto homicida».

¿Qué les revelaría la inminente visita? ¿Los acercaría a la verdad? Desde luego, Iwata no iba a poder librarse de ser procesado si el asunto era trasladado a la Fiscalía una vez terminado el periodo de prisión preventiva. Y, si es procesado, la probabilidad de ser declarado culpable sería de un noventa y nueve por ciento, considerando el sistema judicial de Japón. Pese a todo, era posible que una persona

íntegra como Iwata no hubiera pensado en la importancia de contar con un buen abogado.

Kaede deseaba, antes de nada, escuchar de la propia boca de Iwata que era inocente, pero ¿cómo iba a hacerlo si estaba prohibido abordar el tema durante la visita? También estaba prohibido el uso del móvil, de una grabadora o de cualquier aparato electrónico. Y, por si fuera poco, solo se les concedían quince minutos.

«Va a ser una carrera contrarreloj».

Un joven agente de policía abrió la puerta. Kaede y Shiki se miraron sin intercambiar palabra y, a continuación, entraron a la sala de visitas.

En cuanto se adentraron en la sala de visitas, se encontraron frente a una enorme mampara de cristal que dividía la sala en dos espacios y separaba al recluso de sus visitas. Kaede lo había visto en multitud de series de televisión. En el centro de la mampara, un círculo repleto de agujeros permitía el paso de la voz.

Al otro lado de la sala no había nadie. Después de tomar asiento en sendas sillas plegables, Kaede puso sobre sus rodillas el cuaderno de notas que había traído. Deseaba aprovechar al máximo el escaso tiempo del que disponían.

Por fin, se escuchó el sonido de unos tacones acercarse y pronto tuvieron ante ellos a una mujer de edad avanzada y elegantemente vestida con un traje de chaqueta y falda. La mujer se ajustó la montura de las gafas y se presentó como la procuradora del arrestado.

–Estamos perdidos –le susurró Shiki a Kaede.

«Es igualita a la presidenta de nuestra asociación de padres de alumnos», se lamentó Kaede, desalentada ante su aspecto de mujer de trato difícil.

–Bien, les ruego encarecidamente que se abstengan de cualquier mínima mención al asunto que ha provocado el ingreso en prisión preventiva del señor Iwata. Se trata de prevenir que conspiren entre ustedes para la ocultación de pruebas incriminatorias.

Era la tercera vez que Kaede escuchaba dicha advertencia, si incluía las veces que la había escuchado por teléfono.

–Me reservo el derecho a poner fin a la visita si juzgo que ustedes infringen la norma. –Desvió entonces la vista hacia un reloj de pared–. Como saben, disponen de quince minutos. Adelante, cinco, dos.

«Cinco» hacía referencia al número de la sala y «dos», al preso.

Shiki susurró de nuevo:

–Tendría gracia que Iwata se encargara del quinto curso y la clase número dos en el colegio.

Estuvo cerca, pero no acertó: Iwata se encargaba del cuarto curso y la clase tres. Shiki parecía querer traer algo de tranquilidad al tenso

ambiente.

Haciendo resonar sus tacones de nuevo, la mujer se acercó a una mesa ubicada en un rincón, y acto seguido apareció Iwata, demacrado y con una barba de tres días.

«Pobre. Lo están exprimiendo bien».

–¡Kaede! ¡Shiki!

Iwata corrió hacia la mampara gritando el nombre de sus amigos.

–¡Creedme, no he hecho nada! ¡Soy inocente! ¡Yo vi al autor de la agresión! ¡Un hombre de unos cincuenta años! ¡Llevaba un traje! ¡Yo solo quería ayudar! ¡Y entonces llegó un policía y…!

–¡Ya está bien! –gritó la mujer, poniéndose en pie y casi propinando un puntapié a la silla.

–¿Eh? ¡No, no!

–Sí que ha durado mucho –dijo Shiki, en voz alta esta vez.

No habían transcurrido más que diez segundos desde el comienzo.

–¿Qué se propone, señor Iwata? –La mujer le lanzó una mirada tan llena de desprecio como de ira. Una mirada asesina, sin duda.

–Lo… lo siento.

–Continúen, pero a la próxima doy por terminada la visita… ¡en el acto! –amenazó mientras lanzaba una mirada igualmente asesina a Kaede y a Shiki, a través de la mampara, y volvía a tomar asiento.

Kaede resopló.

«Vamos, Iwata, pide disculpas, al menos», pensó Kaede. En cualquier caso, gracias a aquella inesperada declaración de su compañero de trabajo, ahora estaba convencida de que era inocente. Sabía que había sido testigo de la agresión y que el agresor era un hombre de unos cincuenta años y que vestía un traje. «A partir de ahora, debemos manejarnos con prudencia».

–Esto es para ti, Iwata –dijo Shiki.

Alargó la mano hacia una bolsa deportiva y fue extrayendo los objetos que contenía y mostrándoselos a Iwata. La lista de objetos, confeccionada de antemano, había recibido el visto bueno por parte de la Policía.

–Dinero en metálico. Quería dejarte más, pero no me permiten pasarte más de treinta mil yenes.

Con el dinero podría adquirir algunas cosas en la tienda de la prisión.

–Gracias, Shiki.

–También te he traído muda, y una sudadera y unos pantalones de chándal con forro interior, que abrigan mucho.

–Qué bien me van a venir. Aquí hace mucho frío. –Iwata no podía disimular su alegría mientras se acariciaba la barba descuidada.

–Y una cosa más –añadió Shiki al tiempo que introducía de nuevo la mano en la bolsa.

«Qué será», se preguntó Kaede. No recordaba que hubiese traído nada más.

–Esto –dijo Shiki extrayendo una pelota sucia de béisbol y haciendo caso omiso de la incredulidad de Kaede–. Un lanzamiento directo. ¡Atrápalo!

–Shiki…

–Aquí tendrás tiempo libre de sobra, ¿no? Espero que esta pelota te traiga buenos recuerdos.

–Shiki… –repitió Iwata, y apoyó una mano sobre el cristal de la mampara–. Serás canalla… –Y lo que en principio pudo parecer una sonrisa, se tornó una mueca arrugada, a la vez que los ojos se le humedecían.

Bastó un fugaz gesto mutuo de complicidad para que ambos excompañeros de instituto se convirtieran de nuevo en el lanzador y en el *catcher* que una vez fueron.

A continuación, Shiki dio unos ligeros codazos a Kaede, como pidiéndole que recordara algo. La joven se humedeció los labios, y dijo algo que había preparado con antelación, junto a Shiki:

–Iwata, te gustan las novelas de crimen y misterio, ¿verdad?

–Pues… no solo no me gustan las novelas de crimen y misterio, sino que, además, tampoco me gustan las novelas en general. Lo único que me gusta leer es el manga de *Cooking Papa*.

–Pero si te gustaban mucho –insistió Shiki.

–¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara tan…? Eh… Aah, sí, sí, me encantan las novelas de misterio –dijo de pronto, y sonrió de oreja a oreja, con cara de no entender nada, antes de añadir–: Claro que me gustan, y con todo el tiempo libre que tengo ahora…

«¡Eso es, eso es!», se dijo Kaede. En una situación tan complicada como aquella, había que desenvolverse con astucia. La joven no se quitaba de la cabeza las palabras que había recibido en su móvil, repartidas en tres mensajes.

«La mujer».

¿Quién era y dónde se la había encontrado?

«Desapareció».

¿De qué lugar había desaparecido?

Si tenía alguna relación con el incidente, sería importante saber incluso qué ropa llevaba puesta. Debían obtener alguna pista de Iwata para iniciar la búsqueda de tal mujer.

«Búscala».

–Por eso te hemos traído dos novelas de tu autor de misterio favorito. –Kaede sacó de la bolsa un volumen y se lo mostró a Iwata a través de la mampara–. Hillary Waugh.

–Ah, Hillary. –Aun de manera torpe, Iwata había entrado por fin en el juego–. Me apetece mucho volver a leerla.

—*That Night It Rained*. —Kaede miró de soslayo a la mujer sentada en la mesa del rincón. Tomaba notas y mantenía baja la cabeza. No parecía haberse alertado.

El rostro de Iwata había vuelto a recuperar la seriedad. Después de observar la cubierta del libro, asintió hacia Shiki y Kaede, como indicando que había comprendido que, a partir de ese momento, la conversación versaría alrededor del incidente ocurrido aquel día lluvioso.

—Puesto que me lo recomendaste, yo también lo he leído —dijo Kaede—. Hillary es un genio de la novela policíaca. Así que te hemos traído una segunda novela.

Kaede extrajo lentamente de la bolsa un segundo libro. Este había sido publicado en 1953 y era una obra muy apreciada por los amantes del misterio clásico, una de las cumbres del género policíaco. La joven leyó el título con cuidado de pronunciarlo con claridad.

—*Last Seen Wearing*…

Entonces, por el rabillo del ojo, se percató de que la mujer se había puesto en pie. Pero el juego debía continuar. A Iwata se le daba bien dar consejos, y, con esa idea en mente, Kaede le hizo una petición:

—Iwata, este no lo he leído. ¿De qué trata?

# 5

Afortunadamente, lucía el sol cuando Kaede y Shiki llegaron al paseo que bordeaba el río. Habían pasado dos semanas desde que estuvieron allí, y la vegetación de la orilla, más rala y debilitada, reflejaba los rigores del invierno.

Sin dejar de caminar, Kaede abrió su cuaderno para echar un vistazo a las notas que había tomado durante la visita. Aquellas notas eran el fruto de las palabras de Iwata, cautelosamente camufladas de sinopsis de *Last Seen Wearing…* En ellas, se dejaba entrever que la mujer del mensaje del móvil era aquella con la que se habían cruzado allí, dos semanas antes. Iwata intercambiaba saludos con ella cada sábado por la mañana, aunque realmente nada sabía de ella. Siempre vestía una sudadera discreta, de tono apagado.

Lo extraño era que, a pesar de haber sido testigo de todo lo sucedido –desde la agresión e inmediata huida del culpable hasta el intento de ayuda de Iwata–, se había desvanecido del lugar. «Desapareció».

De ahí, el «búscala». Porque solo ella podría testificar a favor de la inocencia de Iwata. Obviamente, este debía de haberle pedido encarecidamente a la Policía que la buscara. Pero la Policía no parecía haber dado con ella o, en su defecto, quizá no había tomado en serio los ruegos de Iwata. Era como si no existiera.

Shiki advirtió, en voz baja, de algo que Kaede no deseaba escuchar:

–La Policía está convencida de la culpabilidad de Iwata. Ni siquiera debe de haber habido un careo.

–No creen lo que dice, ¿verdad?

–Así es. Deben de considerarlo una pérdida de tiempo.

«La única solución es que nosotros mismos encontremos a esa mujer», pensó Kaede.

Un poco más allá, reconocieron al matrimonio que paseaba con el *setter* irlandés. Kaede se adelantó a Shiki y corrió hacia el matrimonio.

–¡Hola! –saludó–. ¿Me recuerdan de hace dos semanas?

La mujer, de hermoso pelo blanco, sonrió elegantemente:

–Claro que la recordamos. Es usted muy guapa. Y su marido siempre habla de usted –dijo.

–Pero, mujer, no seas indiscreta –intervino el marido, levemente azorado. Tenía un aire caballeroso.

–Bueno, pero es ella quien acompañaba al señor Iwata, ¿o no?

–Eso es, sí, sí –confirmó Kaede–. ¿Conocen a la mujer que caminaba detrás de ustedes aquel día? Creo que viene todos los

sábados.

Ambos se miraron.

–¿Una mujer que…? Si pudiera darnos más detalles –dijo la anciana.

–A ver…, llevaba una sudadera oscura, creo que gris. Tendría algo más de treinta años… –Kaede trataba de recordar cualquier detalle que hubiera captado su atención–. Ah, caminaba así, muy derecha y balanceando los brazos así, flexionados en ángulo recto.

Volvieron a mirarse.

–Yo no recuerdo haberla visto. ¿Y tú?

–Yo tampoco.

–Vaya…

El *setter* irlandés se acercó a las piernas de Kaede, en busca de una caricia.

–Deja tranquila a la señorita.

–Sentimos no haberla podido ayudar. En fin, si nos disculpa…

«¿Eh? ¿Se van? Esperen…».

Se volvió hacia Shiki con la esperanza de que él preguntara algo, pero se encontraba en posición de lucha, ante la cercanía del perro.

El matrimonio se alejó.

–Shiki, por lo que veo, te asustan los perros.

–No te burles, ¿quieres? –replicó Shiki. Se había quedado blanco–. No confío en nadie con quien no pueda comunicarme –añadió, en tono de excusa–. Incluso en las novelas de misterio, no se debe confiar en los perros. Acuérdate de *El perro de los Baskerville*, la novela de Sherlock Holmes. Aquel perro era un auténtico monstruo.

«Venga ya…, ¡con la cantidad de novelas de misterio que tienen un perro que es un encanto…!». Kaede no expresó en voz alta su opinión porque en aquel momento ambos tenían cosas más importantes de las que ocuparse.

–Bueno… –se limitó a decir.

No tardó en aparecer por allí el joven de la chaqueta deportiva y los *leggins*. Estaban de suerte.

–¡Perdona! –lo llamó Kaede. No debían permitirse dejar escapar esa nueva oportunidad.

El joven, sin embargo, aseguró no haber visto a ninguna mujer que respondiera a la descripción que le dio Kaede, a nadie que caminara con aquel dinamismo tan particular.

Kaede iba bien abrigada, pero sintió un gélido escalofrío recorrerle la espina dorsal.

«¿Qué rayos está pasando?».

Al atardecer, ya no quedaba ni un alma por el paseo que bordeaba el río. De vuelta a la estación de tren más cercana, atravesaron una avenida comercial, y también allí decidieron

preguntar por la mujer. Después de numerosos intentos, no lograron ningún resultado. Veían a Iwata a menudo e incluso algunos hablaban con él y recordaban haber visto a Kaede dos semanas antes, pero, por lo que respecta a la mujer de la sudadera gris y caminar pintoresco, nadie sabía nada. Era como si no existiera…

Si no la localizaban, Iwata seguiría en prisión esperando a que se abriera la causa contra él, cosa que no se demoraría mucho. Y, cuando llegara el juicio, lo más probable es que fuera sentenciado en calidad de culpable. Las evidencias disponibles apuntaban hacia él como autor del crimen. Por tanto, no había tiempo que perder.

# 6

Shiki y Kaede guardaron silencio en el tren de vuelta. Tanto ella como él tenían la cabeza ocupada en mil pensamientos que no conseguían poner en orden.

Cuando la ventana les mostró la alta silueta de los edificios del centro urbano, ya cercana la última parada, Kaede dijo:

–Se trata de un patrón recurrente en muchas novelas de misterio: las personas que supuestamente debían de haber visto a alguien declaran no haberlo visto, y hasta podría pensarse que ese alguien no era más que un fantasma, como sucede en la famosa novela de William Irish *Phantom Lady*.

–Estaba pensando en lo mismo. Si comprendemos el patrón, tal vez obtengamos alguna pista y sepamos qué hacer a continuación.

–Déjame pensar… Mmm, ¿qué otras novelas tenían un patrón parecido…?

–¿Qué me dices del relato de Dickson Carr *Cabin B-13*?

–No lo conozco. Pero ¿y tú… no decías que no te gustaba Carr?

–Eh… –Shiki titubeó, cosa inusual en él–. Es que no era una novela, sino el guion para una representación radiofónica. Es decir, está en mi territorio interpretativo.

–Está bien…, ¿y de qué trata?

–Una pareja de recién casados viaja en un crucero de lujo. El marido desaparece de pronto. La esposa pregunta a la tripulación, pero nadie lo ha visto. Incluso le dicen que no ha subido a bordo. «Usted llegó sola, sin acompañante», le dicen.

–Ah, ya lo recuerdo. Sí que he leído el relato.

Era una de las historias en las que aparecía el genial detective Dr. Gideon Fell, y Kaede no podía dejarla pasar.

–Más que la obra en sí, resultan interesantes las pequeñas historias que se cuentan en su interior, acerca de desapariciones de las que se duda si son ciertas o falsas. Algunas de esas historias son comunes a otras novelas.

–¿Por ejemplo? –preguntó Shiki, sin poder sofocar cierta frustración en el tono de voz.

–La historia de la madre y la hija que visitan París en plena efervescencia de la Exposición Universal. La madre se siente indispuesta y se queda guardando reposo en la habitación del hotel. La hija sale del hotel en busca de un médico, pero, cuando regresa a la habitación después de unas horas, se la encuentra vacía. Cuando pregunta al personal del hotel, se encuentra con una respuesta inesperada: «Usted llegó sola a este hotel». De algunos clientes del

hotel obtiene la misma respuesta. Al final, a la hija, desesperada, no le queda otro remedio que regresar a su país de origen.

–¡Ah, sí! Ahora recuerdo esa historia. –Desde luego, Shiki no estaba dispuesto a perder ni en algo tan nimio.

–Aquí va la explicación. La madre había contraído la peste en un viaje anterior a la India y murió en la habitación del hotel mientras su hija buscaba un médico. Pero el que alguien hubiese muerto por la peste en plena celebración de la Exposición Universal podría suponer la ruina, si la noticia se extendía. Las autoridades convocaron una reunión de urgencia y pidieron al hotel que trasladara el cadáver de la madre a un lugar lejano y que obligara a todos los relacionados a guardar silencio al respecto.

–La verdad es que es bastante verosímil.

–Sí, al menos dentro de este tipo de relato de desapariciones.

–Ahora me viene a la memoria una antigua serie de televisión. ¿Te acuerdas de *Furuhata Ninzaburo,* versión japonesa de Colombo? –dijo Shiki con excepcional entusiasmo–. ¿Y recuerdas el episodio titulado «El teniente Furuhata se resfría»? Pues bien, en ese episodio, el subordinado de Furuhata conoce a una hermosa mujer en una pequeña aldea. Se gustan y pasan la noche juntos, visitando diferentes lugares. Sin embargo, a la mañana siguiente, ella desaparece. La Policía acude e interroga a los vecinos, pero ellos aseguran no haber visto nunca a esa mujer, e incluso afirman que el subalterno había estado solo la noche anterior y que no lo habían visto acompañado por nadie.

»La tercera temporada de *Furuhata Ninzaburo* consistió en una magnífica revisión de patrones de misterio ya existentes, y este episodio del que te hablo fue uno de los mejores de esa tercera temporada, una auténtica obra maestra.

Kaede estaba de acuerdo. Así pues, tal patrón de los relatos de misterio se había abalanzado sobre Iwata cual desastre natural. Los detectives de dichos relatos, sin embargo, habían sabido encontrarle una solución, por imposible que pareciera. Tanto el Dr. Gideon Fell, en *Cabin B-13,* como el comisario Furuhata, en *El teniente Furuhata se resfría.*

«Mmm… Conozco a alguien que no tiene nada que envidiarles a Gideon Fell y al teniente Furuhata», pensó Kaede.

# 7

Kaede pidió un día más por enfermedad y acudió a Himonya, a visitar a su abuelo. Mientras atravesaba el sendero del jardín, con cuidado de no rozar las camelias, escuchó la voz del fisioterapeuta, que se colaba por la ventana abierta del estudio. Era aquel fisioterapeuta que regentaba una heladería y a quien el anciano había decidido llamar el Heladero.

–Expulse el aire hasta quedarse sin nada, tanto como pueda. Muy bien, como si fuera una competición.

«¿Una competición? Parece que la rehabilitación es cada vez más exigente».

Daba la impresión de que el Heladero era un profesional de alto nivel y que la edad de sus pacientes no suponía impedimento alguno para la recuperación de su motricidad.

Entró en casa y atravesó el pasillo que llevaba al estudio. Llamó a la puerta.

–¿Kanae? ¿Kaede? –preguntó el abuelo desde el otro lado de la puerta.

–¡Soy Kaede!

–Espera un momento. Otra vez, señor Heladero.

«Parece estar de muy buen humor».

–Sí, tranquilo. Tómate tu tiempo –replicó Kaede.

La joven entró en la sala de estar, a mano izquierda. La Paje, jefa del equipo de cuidadores, estaba estampando su sello en el cuaderno de ejercicios del anciano.

–Como siempre, muchas gracias por todo –dijo Kaede.

–No hay de qué. Últimamente se encuentra muy bien. –Y añadió, sonriente–: Aunque menudo alboroto con lo de la nutria… Hoy también le hemos aplicado el test cognitivo Hasegawa y el resultado ha sido bueno; tan bueno que ha conseguido la puntuación máxima. –Se secó unas lágrimas que ya le asomaban por el rabillo del ojo.

El test cognitivo Hasegawa establecía una escala de medición para las habilidades cognitivas y era usado para valorar su grado de deterioro. La serie de cuestiones empieza por la fecha de nacimiento y por el lugar donde uno se encuentra en el momento de someterse al test. Después, se ponen a prueba la memoria –pidiendo al sujeto que repita lo que acaba de escuchar– y la capacidad de hacer operaciones aritméticas sencillas.

Un resultado por encima de los treinta puntos se considera satisfactorio. Por debajo de los veinte, indica la existencia de algún deterioro cognitivo. Curiosamente, los pacientes de demencia con

cuerpos de Lewy, como era el caso del abuelo de Kaede, alcanzan a veces puntuaciones sorprendentemente altas. Aun así, resultaba exagerado afirmar que pudieran llegar a una puntuación máxima…

Durante los días fríos, disminuía la capacidad de orientación espacial y empeoraban los síntomas del párkinson, pero ello no tenía por qué afectar a otras capacidades, y prueba de ello era la puntuación máxima que había obtenido el anciano en el test Hasegawa, logro solo posible si se mantienen las capacidades mentales intactas.

La Paje guardó el cuaderno de ejercicios en su bolso y, tras despedirse, se encaminó al vestíbulo.

Acto seguido, tras la puerta del estudio, apareció el Heladero, con su impecable pelo corto.

–Hasta el próximo día –dijo, volviéndose hacia el interior del estudio.

Algo le produjo una extraña impresión a Kaede. En la mirada del fisioterapeuta no encontró la ternura habitual.

«¿Qué habrá ocurrido?».

Había incluso cierta hostilidad en aquella mirada.

–Buenos días, Kaede.

–Buenos días. Muchas gracias por todo.

–Hoy también está en plena forma. –La sonrisa un tanto forzada que esbozó solo sirvió para ocultar su auténtico estado de ánimo–. En fin, hasta luego.

Kaede temió estar tomándose las cosas demasiado en serio y trató de zafarse de aquellos pensamientos. Quizá aquella fuese la expresión natural del fisioterapeuta.

–Abuelo, ¿se puede?

–Sí. Todavía estoy haciendo ejercicio, pero adelante.

El anciano se encontraba sobre su poltrona reclinable y estiraba y aflojaba un tubo de goma sobre su cabeza.

–Perdona que te haya hecho esperar –le dijo a su nieta.

–No hace falta que te disculpes. Pero también deberías tomarte un descanso. No hace falta que te excedas con el ejercicio.

Dejó el tubo de goma a un lado y se enjugó el sudor del rostro con una toalla. Después, se peinó cuidadosamente. A Kaede le alegró contemplar de nuevo en su abuelo el gusto por un buen aspecto. Tener el cabello bien peinado le hacía parecer cinco años más joven. Con mano temblorosa, se echó algunos mechones hacia atrás y sacudió la cabeza dos o tres veces. Si dejaba caer hacia delante el flequillo, este le rozaba el tabique nasal. En eso se parecía a alguien…

–Abuelo, perdona que vaya al grano… –dijo Kaede mientras sacaba de su bolso el cuaderno de apuntes–. Hoy voy a pedirte que me escuches a mí, no a una grabación del móvil. Quizá deje de lado algún detalle, pero te pido que te centres en lo principal. Es por algo muy

importante… –Kaede vaciló–. Un asunto importante… –No lograba dar con las palabras que buscaba–. De ello depende… depende la vida de un amigo.

Y así, Kaede le relató a su abuelo todo lo sucedido desde lo ocurrido a Iwata en la ladera de la orilla del río, pasando por sus mensajes, la llamada del agente de policía, la visita y la posterior búsqueda de pistas en el paseo del río y en la avenida comercial.

El abuelo cruzó los dedos de ambas manos. Su rostro reflejaba profundo interés.

–Qué buenos recuerdos me trae *Last Seen Wearing*… La clave de todo esto tiene que estar en algún objeto que portara consigo la mujer de la sudadera gris –dijo.

–La toalla, ¿verdad? –se apresuró a decir Kaede.

Una enigmática sonrisa afloró en los labios del anciano. Extendió la mano en gesto de aprobación.

–La sudadera que llevaba era oscura, grisácea, sin nada de particular. Lo único un poco fuera de lugar era aquella llamativa toalla con que envolvía una botella. Y haciendo un esfuerzo memorístico, también recuerdo que había un personaje de dibujos animados estampado en la toalla. Era… de color verde, ahora que lo recuerdo. ¡Ah, un bebé tiranosaurio! ¡Tiranonnon!

–Ah, Tira… Bueno, ese.

–Tiranonnon. Es el protagonista de un programa infantil. Es muy simpático, con esa cáscara de huevo que usa como casa, como si fuera un cangrejo ermitaño. Ahora que lo pienso…, claro…, quizá esa mujer…

–Tenga hijos en edad de acudir a la guardería –probó a decir el anciano. Se le había iluminado el rostro.

El anciano aplaudió.

–Así es. Muy difícil sería que conociera a ese personaje si no tuviera hijos de esa edad. A partir de ahora, llamemos a esa mujer Jogging Mama.

–Muy buen apodo –concedió Kaede, y enseguida ello le recordó a *Cooking Papa*, el personaje que tanto le gustaba a Iwata.

–Bien, este misterio consta de tres partes. En primer lugar, ¿por qué se marchó del lugar de los hechos, a pesar de haber presenciado lo ocurrido, sin siquiera llamar a una ambulancia? En segundo lugar, aun teniendo algún motivo para marcharse, ¿por qué no ha tratado de ponerse en contacto con la Policía más tarde? Y en tercer lugar…

Kaede imaginó lo que su abuelo se disponía a decir.

–¿Por qué nadie recuerda a Jogging Mama, aparte de ti?

–Para mí, eso es lo más raro –admitió Kaede.

–Bien, ¿qué relato te formas con los elementos disponibles? –preguntó el anciano, como era de esperar.

Kaede hojeó su cuaderno.

–Tengo dos relatos al respecto. El primero es que ella era la esposa o la amante del agresor. Obviamente, no quería involucrarlo y por eso huyó. Eso también explica que no haya acudido a la Policía.

–Bien –aceptó el anciano–. Sin embargo, ello no resuelve la tercera parte del misterio: ¿por qué nadie recuerda haberla visto?

Kaede enmudeció.

–Vayamos con el segundo relato –prosiguió la joven–. Iwata acudía al lugar todos los sábados por la mañana para hacer ejercicio, y solo tenía un conocimiento de esa mujer limitado a ese tiempo. Por su parte, es muy posible que ella solo acudiese allí los sábados por la mañana, al igual que Iwata. Así pues, Jogging Mama es la Jogging Mama de los sábados, si me permites la expresión.

La mirada del anciano cobró intensidad.

–¿Y…?

–Las otras personas que nos encontramos, sin embargo, es posible que acudan al paseo todas las mañanas y, por eso, no se han fijado en una mujer que pasa por allí una sola vez a la semana.

–Suena bastante convincente. Continúa.

Kaede se sintió animada.

–¿Por qué huyó del lugar? La respuesta es tan sencilla que resulta decepcionante: simplemente, porque no quería verse involucrada en una pelea.

–Te doy siete puntos y medio –dijo el abuelo–. La apreciación de que Jogging Mama es exclusivamente la Jogging Mama de los sábados ha sido un gran acierto. Sin embargo, a tu relato le falta algo para terminar de convencerme.

Tras guardar silencio, el anciano tomó la taza que reposaba en la mesita y dio un sorbo de café.

–¿Por qué a Iwata sí que lo reconocen, a pesar de que él también acude allí exclusivamente los sábados? Además, aun solo encontrándose una vez a la semana, la repetición del encuentro, semana tras semana, haría que el recuerdo se fijase en la memoria de todos ellos. Y hay otro problema con tu segundo relato. El que alguien no quiera verse involucrado en una riña es lo más normal del mundo. Pero, tratándose de un asunto tan grave como el que nos atañe, ¿qué menos que llamar a una ambulancia al ver que se ha producido un herido? ¿Qué menos que interesarse por el estado del herido una vez que la ambulancia hubiera llegado?

«Cierto», pensó Kaede. «Además, aunque fue un breve intercambio de palabras el que tuvimos, no puede decirse que Jogging Mama fuera una persona de carácter huidizo ni especialmente tímido. Al contrario, me dio la impresión de ser una persona muy jovial. Eso hace que su huida resulte especialmente extraña».

–Tus dos relatos contienen varios puntos débiles –continuó el anciano, y entonces levantó su largo dedo índice delante de sus ojos–. Pero hay un relato alternativo a esos dos. Llamémoslo X.

El viento seco que soplaba y gemía desde hacía unos días se había calmado, y el sol invernal se introdujo por la ventana, iluminando el suave rostro del anciano, como si se encontrara en un escenario teatral y el telón se hubiera levantado. Y, entonces, volvió a pronunciar aquellas palabras:

–Kaede, ¿me pasas un cigarrillo?

–He visto una imagen de lo sucedido.

Aspiró el humo violáceo con un levísimo crepitar de la punta incandescente del cigarrillo, al consumirse.

–Bien, allá vamos. Empecemos por el incidente a la orilla del río. Esto no es más que una elucubración, pero sostengo que la disputa se produjo por motivos de droga. Si es así, puesto que al joven no se le encontró ninguna sustancia, pienso que el camello era el hombre maduro y el cliente el joven.

«¡Droga!».

Aquella era una palabra que Kaede no había esperado escuchar.

–Abuelo, entonces, ¿el joven era un drogadicto?

–Piensa en el sudor que cubrió el cuello de la víctima mientras Iwata lo sujetaba. Es invierno… ¿Por qué iba a sudar tanto y tan repentinamente? La única explicación que le encuentro es como síntoma de su adicción a las drogas.

–Cierto. He oído que así puede ser. Pero ¿no es un poco raro que estuvieran negociando una compraventa de droga a plena luz del día, en un lugar público?

–El puente, al cobijo de la gran sombra de uno de sus pilares, es el lugar perfecto. Fácil de localizar para los involucrados en el trueque, relativamente alejado de miradas incómodas y del que es fácil huir, y al resguardo incluso de la luz de las farolas. Por cierto, hace unos días escuché la noticia de que a la orilla de ese río alguien ha plantado cánnabis. Creo que ello explica que un agente de policía hiciera acto de presencia tan rápidamente, poco después de producirse el incidente. Es muy posible que anduviera patrullando la zona y seguramente andaba tras la pista de la compraventa que allí se producía, que lamentablemente derivó en la detención de Iwata como presunto autor de la agresión.

Kaede estuvo de acuerdo con el planteamiento de su abuelo. El hecho de que el policía apareciera tan de repente allí también le había escamado a Kaede y aquella hipótesis del abuelo lo explicaba.

–Vayamos con Jogging Mama –prosiguió el anciano.

«Bien, nos acercamos al punto crucial de toda esta historia»,

pensó Kaede, y se inclinó levemente hacia delante. No estaba dispuesta a perderse nada de lo que fuese a decir su abuelo.

–Hace un momento te lo advertí, ¿verdad? Te advertí de que la clave de la historia se encontraba en algo que poseía la mujer de la sudadera gris, es decir, Jogging Mama.

–Sí, y hemos aclarado que se trataba de la toalla, ¿no?

–Eso es solo la mitad de la respuesta. La otra mitad se esconde bajo esa toalla.

–¿Cómo?

–Lo que contenía aquella botella no era ni agua ni una bebida deportiva –afirmó, sin andarse por las ramas–. O bien era cerveza o bien *chuhai*, bebida alcohólica también. Me temo que nuestra Jogging Mama es alcohólica, incapaz de separarse de su bebida favorita ni un instante. La adicción al alcohol y la adicción a las drogas se encuentran en el centro de lo sucedido.

–Pero ¿cómo es posible que ella…?

–Resulta difícil imaginarlo. Lo sé. Pero ahora te pido que recuerdes tu encuentro con ella. ¿Recuerdas que se llevaba las manos a la boca después de dirigirse a Iwata?

Kaede asintió.

–¿Por qué no una sola mano? –preguntó el anciano–. ¿Por qué las dos? ¿Qué le llevó a hacer ese gesto? Solo hay una respuesta razonable: trataba de ocultar el aliento con olor a alcohol que salía de su boca. La verdad es que esperaba que hubieras llegado tú sola a esta misma conclusión…

Sonrió con cierta malicia antes de continuar:

–Recuerda que disfrutasteis de una cerveza después del ejercicio. Pensé que ello te habría ayudado a considerar el alcohol en la ecuación.

Kaede se sintió un poco avergonzada. Era como si aquellas palabras la pusieran en evidencia. ¡No solo había bebido una lata, sino dos!

–Abuelo, ¿por qué piensas que caminaba de aquella manera tan particular, con los codos flexionados en ángulo recto y balanceando los brazos de una manera tan ostentosa?

–Yo diría que estaba fingiendo delante de Iwata. Tal vez esté encariñada con él.

–¿Y qué me dices del anciano matrimonio y el joven de la chaqueta deportiva?

–Tanto el matrimonio como el joven de la chaqueta debían de conocerla. De esto no tengo ninguna duda. Solo que, para ellos, aquella mujer no era la saludable Jogging Mama que Iwata y tú imaginasteis. Para ellos, era una alcohólica que deambulaba por la zona, y lo mismo era para las personas a quienes preguntasteis en la

avenida comercial. La descripción que tú les diste no se correspondía con la de la mujer que ellos conocían. ¿Lo entiendes?

–Pero…

A Kaede había algo que todavía no le encajaba.

–Abuelo, ¿qué le impidió llamar a una ambulancia? ¿Por qué huyó del lugar?

–Había una razón de peso para ello. –Las cenizas del cigarrillo Gauloises se avivaron–. O acaba de divorciarse o está en proceso de divorcio, y está disputando con su exmarido la custodia del hijo de ambos. Solo si deja el alcoholismo tendrá opciones de ganar la custodia. Para lograrlo, todos los sábados por la mañana acude a una clínica de desintoxicación.

–Por eso ella es una de las personas asiduas de esa zona del paseo del río, ¿verdad?

–Sí. Y el sábado del incidente ella caminaba de vuelta a casa, después de su paso por la clínica. En cuanto llegara a casa, debía ir a recoger a su hijo a la guardería. Pero no pudo evitar comprar una bebida alcohólica al pasar ante una de las tiendas cercanas a la estación de tren, de modo que también aquel sábado acabó empinando el codo mientras caminaba. La dependencia del alcohol es mucho más difícil de vencer de lo que la gente cree. Ella no pudo resistirse ni en el trayecto de vuelta a casa. Entonces fue cuando presenció la agresión.

–Claro, y si se involucraba en aquello, se descubriría que había estado bebiendo.

–En cuanto a por qué no ha tratado de ponerse en contacto con la Policía posteriormente, encuentro una motivación para ello. La clave está en la lluvia. No pasa de ser una conjetura, pero es posible que, después de volver a casa, condujera para ir a recoger a su hijo. Acudir después a la Policía para prestar declaración podría poner al descubierto la infracción cometida de conducir bajo los efectos del alcohol.

«Es solo una conjetura, eso sí. Pero… es verdad que acudir a la Policía para declarar y hacer un relato de aquella mañana supondría un riesgo para ella, en caso de haber conducido ebria. A lo largo del atestado, fácilmente habrían acabado descubriéndola».

Todavía había un asunto vital que preocupaba a Kaede por encima de todo lo demás.

–Abuelo, ¿cómo podríamos encontrarla?

–Muy fácil. Trazad un perímetro de tres o cuatro estaciones de tren a la redonda y buscad clínicas y hospitales donde se lleven a cabo programas de desintoxicación. Debe de ser una clínica o un hospital que no tenga *parking*, puesto que ella toma el tren para acudir allí. Podemos empezar suponiendo que se trata de una clínica pequeña.

Dio una nueva calada al cigarrillo, como si le apenase terminar, y añadió:

–Además…, volveréis a encontrárosla el próximo sábado por la mañana.

El cigarrillo se apagó.

–La veo en la sala de espera de la clínica. Es una buena mujer. Se parece un poco a Kanae. Su hijo es lo que le hace aferrarse a la vida, pero ahora en quien piensa es en Iwata. Le remuerde la conciencia.

Hacía un tiempo magnífico. Kaede tomó a su abuelo de la mano y ambos se sentaron, uno al lado del otro.

–Mira, Kaede.

El anciano señalaba hacia el oeste de un cielo completamente despejado.

–¿Ves aquellas tres nubes? Crea una historia a partir de aquellas tres nubes.

Pero, a diferencia de cuando era niña, aquel día no había ninguna nube en el cielo. A Kaede no le importó.

–La que está a la izquierda –dijo– eres tú, de joven. La que está en medio es papá, de joven también. Y la de la derecha es mamá, de joven.

Al hablar, el aire que inspiraba se convertía en fría tristeza, y el que exhalaba, en una blanca tristeza, y lamentó profundamente haber elegido a sus padres como parte de aquella historia.

# 8

El domingo por la tarde, Kaede acudió a un restaurante familiar, a petición de Shiki. Al parecer, quería brindar con ella.

–Perdona este plan improvisado. Me han cambiado el horario del trabajo a tiempo parcial, así que pensé «¿por qué no tomamos algo?». ¡Salud!

Shiki llevaba ya más de una cerveza cuando Kaede llegó al restaurante. Con el rostro enrojecido, parecía muchísimo más joven que Kaede. Ya era, de hecho, dos años más joven que ella, pero ese rubor producido por la bebida le hacía parecer casi un niño.

«La noche era joven y él también era joven», pensó Kaede, rememorando una de las más célebres frases de la novela *Phantom Lady*.

–Qué bien salió todo, ¿verdad, Kaede? Localizamos a la mujer y testificó ante la Policía. El chico herido recuperó la consciencia, se salvó la vida y colaboró con los agentes.

El abuelo de Kaede había estado en lo cierto: el origen del incidente había sido un asunto de drogas. En cuanto a Iwata, sería puesto en libertad el lunes siguiente.

–Bien, Kaede… –Shiki habló en un tono un poco desmañado–, ¡hoy te he traído algo! Puesto que tu nombre significa «arce», y la hoja del arce es el símbolo otoñal por excelencia, he imaginado que te lo pusieron porque naciste alrededor del final del otoño. Bueno, ya estamos en invierno, pero aquí tienes. ¡Espero que te guste!

Con cierta brusquedad, Shiki colocó un libro encima de la mesa. Ni siquiera lo había envuelto en papel de regalo. Se trataba de una colección de relatos de ciencia ficción de Robert Franklin Young. El título era *The Dandelion Girl*.

Nunca le había dicho que aquel mismo libro lo había tomado prestado de la biblioteca de su abuelo el día en que finalizó sus estudios de la escuela primaria. Por tanto, aquel regalo había sido simple casualidad.

–Es el único libro cuya traducción me convence. La chica con el pelo del color de un diente de león no le tiene miedo a la soledad, pero anhela encontrarse con su amor más allá de los límites espaciotemporales. Supongo que lo sabes, pero es una nueva traducción que acaba de salir. La encuadernación es buena y la cubierta es muy bonita, ¿no?

Lo normal habría sido que Kaede se alegrara de que le regalaran aquel libro que tan buenos recuerdos le traía, pero se mostró seria.

–Gracias –dijo, y con voz un poco temblorosa, añadió–: ¿Sabes

cuál es la palabra más triste del mundo?

A Shiki aquella pregunta le pilló por sorpresa. Se quedó paralizado justo en el momento en que se echaba el pelo hacia atrás.

–Soledad –contestó Kaede a su propia pregunta. Y se sintió desbordada por la emoción–. Solo tengo a mi abuelo. Cuando él me falte, me quedaré completamente sola.

Shiki esbozó una sonrisa tensa.

–Cuidas de tu abuelo haciendo turnos con tu madre, ¿no?

–Eso es lo que mi abuelo cree.

Las lágrimas empezaban a asomar a los ojos de Kaede.

–Mi madre ya estaba embarazada de mí cuando se casó. Como el embarazo era obvio, el plan era celebrar la boda en una iglesia de un pueblo pequeño.

–¿Ese era el plan…?

–Sí. Pero cuando mi madre y mi abuelo entraron, tomados del brazo, a la iglesia y se disponían a recorrer el pasillo central, apareció alguien con actitud agresiva, gritando «¿por qué me has dejado?, ¿por qué me has dejado?». Llevaba un cuchillo y, tras herir a mi madre en el pecho, salió huyendo.

Había empezado a llover. Frías gotas de agua tamborilearon sobre el cristal de las ventanas.

–El vestido de boda quedó empapado en el rojo de la sangre. Mi abuelo abrazaba a mi madre. Ambos se quedaron paralizados, desconcertados. Mi madre murió una semana después. Yo sobreviví de milagro.

Shiki escuchaba sin mover un músculo.

–Mi padre murió de cáncer cuando yo cursaba estudios de secundaria. Él me contó la historia antes de morir. Entonces, empecé a tener miedo a los hombres y… a los vestidos blancos.

Kaede miró a la ilustración de la cubierta del libro. La chica del pelo como un diente de león llevaba puesto un vestido blanco.

–Desde que mi abuelo empezó a tener síntomas de deterioro cognitivo, también empezó a sufrir alucinaciones y a verme a mí cubierta de sangre. Pero no es a mí a quien ve, sino a mi madre con el aspecto que tenía cuando era joven. En este caso, me resulta imposible decirle que lo que ve no es cierto.

El mundo a su alrededor se distorsionó por las lágrimas.

–Siento hablarte de esto, Shiki.

–No, no. Me gusta escucharte. –Shiki la miraba con expresión seria, con los codos apoyados sobre la mesa y los dedos de las manos entrelazados.

–¿Cómo puedo decirte esto…? Ah, sí, bueno, solo me he enfadado con mi abuelo dos veces. La primera vez fue cuando a mi padre se le reprodujo el cáncer, justo antes de morir.

Kaede estaba a punto de contarle por primera vez a alguien un secreto que había guardado siempre en su corazón.

También llovía aquel día. Kaede llevaba puesto el uniforme del colegio y se encontraba en la habitación del hospital, envuelta en un intenso olor a medicamentos.

—Qué despiste tengo. Ya casi tienes quince años. Te has convertido en toda una mujercita —dijo su padre con los ojos humedecidos.

En aquella época, después de haber sobrevivido a un cáncer en fase cuatro y que se le hubiera reproducido, era necesario tomar una decisión.

—¿Qué quieres como regalo de cumpleaños?

El escuálido cuerpo del padre yacía sobre la cama, rodeado de tubos. Al menos, los medicamentos debían de haber hecho su efecto y no debía de sentir dolor, porque su voz sonaba nítida.

—Lo único que quiero es que te pongas bien —contestó Kaede.

Deseaba con todas sus fuerzas que al menos viviera para el día de su cumpleaños, pero también le pidió una bufanda de cuadros de buena calidad.

Su padre protestó por lo excesivamente simple que era ese regalo y, a continuación, atrajo el rostro de su hija más cerca de él.

—Ahora hay algo que quisiera contarte, hija mía. —Carraspeó—. Es sobre tu madre. Como sabes, la enfermedad se llevó su vida; así que es posible que lo que voy a decirte no sea fácil para ti y que se convierta en una carga, pero no puedo ocultártelo por más tiempo. De todos modos, acabarás enterándote alguna vez, de una manera u otra.

Su padre procedió a hablarle de cuando conoció a su madre. Fue siendo él paciente de cáncer y ella enfermera. Naturalmente, el padre apenas tenía esperanzas acerca de un futuro en común con ella y al principio se mostró reticente respecto a la idea de casarse. Llegada la boda, apareció aquel hombre que hirió a la madre con un cuchillo. El hombre huyó y la Policía nunca logró dar con él.

Trasladada a urgencias, la madre recuperó la consciencia por unos instantes y lo único que dijo, en un susurro casi inaudible, fue: «El bebé, el bebé». Hasta el momento de su muerte, una semana después, su padre —el abuelo de Kaede— acudió a diario al santuario de Himonya a elevar sus plegarias hasta cien veces, como era tradicional, por la recuperación de su hija.

Cuando las lágrimas se detuvieron, Kaede le preguntó a su padre:

—¿Cien veces?

—Se dice que, si uno acude al templo a rezar cien veces por una persona, sus ruegos serán escuchados. Él trató de mantenerlo en secreto, pero hubo gente del vecindario que se percató de sus visitas al

templo.

Incluso a la joven Kaede le extrañó que su abuelo, tan racional siempre, siguiera aquella tradición, y le produjo lástima observar tan ferviente comportamiento en él.

Kaede llegó a enojarse por ello y le hizo una pregunta que no debía haber hecho. Viéndolo con la perspectiva del presente, el enfado hacia su abuelo quizá no fuera más que una manera de desviar el dolor que sentía por el estado de su padre.

—¿Por qué el abuelo solo se preocupa por mamá? —le preguntaba ella a su padre—. ¿Por qué nunca viene a visitarte al hospital?

La rabia que sentía aumentaba al escucharse a sí misma pronunciar aquellas palabras. Los hombros le temblaban.

—¿Por qué no te considera parte de la familia? ¿Por qué se opuso a la boda? ¿O por qué…?

Ya era incapaz de frenarse.

—¿O por qué ya te da por…? ¿Por qué le asusta verte tan delgado?

—¡Ya basta, Kaede! —Su padre nunca le había levantado la voz hasta ese día—. ¡No te consiento que hables mal de tu abuelo! ¡Se acabó la conversación!

—Pero…

—Estoy cansado. Voy a dormir un poco. Le pediré a tu abuelo que se encargue de la bufanda. Yo se la pago.

—¡No la quiero! —Y salió precipitadamente de la habitación.

Cuando dejó de llover, aquella noche, su abuelo por fin volvió a casa. Cansada de esperar, Kaede descargó su ira en el vestíbulo de la vivienda.

—¡Abuelo! ¿Por qué haces esto? —gritó.

—¿Qué ocurre ahora?

—¿Por qué no vistas a mi padre? Por mucho trabajo que tengas como director del colegio, yo solo tengo un padre. ¡Y no le queda mucho tiempo!

El anciano rompió a llorar en el vestíbulo. Kaede subió a la primera planta y se dejó caer sobre la mesa de estudios. Nunca le había hablado así a su abuelo, a su querido abuelo.

Dos o tres días después, al atardecer, recibió la noticia por parte del médico. «Está en estado crítico», dijo. Pero a Kaede ya no le quedaban más lágrimas con que llorar.

De vuelta del colegio, dio un rodeo por una calle por la que nunca había pasado. Tenía miedo de ir a ver a su padre. Ascendió una leve pendiente, dejando atrás, a mano izquierda, el parque de bomberos. Continuó caminando a lo largo de una sucesión de viejas viviendas a la derecha y un santuario sintoísta dedicado al dios Hachiman, arropado por una frondosa arboleda, a la izquierda. Tanto el paisaje

como el aire eran de otra época. Allí, el tiempo parecía anclado en el pasado. Recordó haber pasado por allí de niña, de la mano de su padre, y aquel recuerdo se superpuso en su mente con la imagen que tenía ante sí en el presente, como si de dos fotografías idénticas se tratara. «Lo único que ha cambiado es la altura de mi punto de vista», pensó. «Y también el hecho de que ahora mi padre no está».

Al llegar al final de la pendiente, la arboleda se abría como formando una puerta y, en medio, descubrió una columna de piedra con una inscripción grabada: «Quien tiene fe».

Era la parte de atrás del santuario. Kaede se asomó a su interior. Allí estaba su abuelo, con una camisa blanca visiblemente sucia. Acudía una y otra vez para elevar sus plegarias ante el altar. Se aferraba con terquedad a ese ritual de caminar, separándose del altar y volviendo a él, en un caminar desesperado sobre los adoquines de piedra, encolerizado con la lógica del mundo y con su propia impotencia.

Kaede, escondida tras los árboles, se avergonzó de haberle gritado. Su abuelo no acudía al hospital a visitar a su padre, pero empleaba todo su tiempo y todas sus energías en rezar por él. Según supo después, aquel ritual que seguía su abuelo era una especie de sacrificio personal que debía realizarse en secreto, en ofrenda a los dioses. Mantener el secreto de dicho acto era muy importante.

Volvió a asomarse entre los troncos de los árboles para contemplar a su abuelo. Aun desde lejos, podía captar la rabia que lo abrumaba, e incluso de vez en cuando podía escuchar algunas palabras salir de sus labios; palabras llenas de ira, maledicentes, insólitas en él.

—¡Maldición, maldición!

Al mismo tiempo, lloraba.

El padre de Kaede murió ese mismo día, entrada la noche, un poco antes de lo que el médico había previsto.

El persistente sonido de un claxon, desde fuera del restaurante, devolvió a Kaede al mundo real. Shiki había bajado la mirada hacia la mesa y permanecía inmóvil.

—Después de saber lo que le había pasado a mi madre, dejé de leer aquellas historias de crimen y misterio que tanto me gustaban. Transcurrieron tres años antes de que pudiera volver a leerlas. Tal vez, cuatro años.

»Llegó un momento en que me di cuenta de algo importante: podemos disfrutar de las historias de misterio porque son ficticias. Y, poco a poco, también empecé a pensar en que lo ocurrido a mi madre solo pertenecía a uno de esos mundos ficticios. Quizá sea una huida de la realidad, pero…

»Pero es posible que todo sean historias que nos contamos a nosotros mismos. Es posible que todo lo que sucede en el mundo no sean más que historias. Disfrutamos de ellas porque son inventadas. Tanto las del mundo real como las de misterio, tanto las de ciencia ficción como las obras de teatro.

»He pensado que quizá tú me entiendas, Shiki.

Pero ¿la estaba escuchando? Shiki se mantenía cabizbajo, sin decir palabra. A Kaede no le importó y continuó hablando.

La segunda vez que se enfadó con su abuelo fue recientemente. Sucedió cuando le dijo algo a lo que venía dándole vueltas desde hacía tiempo.

–Abuelo, me gustaría pedirte consejo sobre un asunto.

–¿De qué se trata?

–Es sobre lo de mudarme contigo. He encontrado un piso libre que está bastante bien, más amplio que esta casa.

El anciano contestó con amabilidad, pero había en su voz un cierto tono de rechazo a la idea.

–Eso supondría despedirse de Himonya…

–Sí, pero…

–¿Cuántas veces tengo que decirlo? El gran actor cómico Katsura Bunraku estaba muy unido al barrio de Kuromon, y Hayashiya Hikoroku al de Inari, y… y…

–Y Shincho al barrio de Yarai. Ya lo sé.

Una chispa de sorpresa cruzó el rostro del anciano, y durante unos instantes un incómodo silencio se apoderó del estudio.

Aunque nunca había visto a esos legendarios actores monologuistas de la era Showa, su abuelo acostumbraba a repetir tan a menudo sus nombres y sobrenombres y lugar de residencia que a ella también se le habían quedado grabados en la mente y podía recitarlos sin pestañear. Pero sabía que había herido a su abuelo con una réplica tan cortante. Kaede, sin embargo, no se anduvo con miramientos y continuó hablando:

–Además, ¿qué tienen que ver esos señores contigo?

Estuvo a punto de decirle que qué más le daba si se pasaba el día entero en casa, pero eso habría sido ir demasiado lejos y se contuvo en el último momento.

–¿Es que no lo entiendes? Lo único que quiero es estar cerca de ti, por lo que pueda ocurrir. No estás precisamente en plenitud de facultades y…

–Lo siento, Kaede…

Una sombría expresión, de la cual no se adivinaba si expresaba dolor por contradecir a su nieta o satisfacción por haberse negado de pleno a la propuesta, cubrió su rostro.

–Lo siento, Kaede –repitió–, pero me gusta este barrio. Me gustan las voces de sus niños, me gustan los gorriones que vienen a los bambúes del parque y los pétalos que arrastra el viento hasta aquí, desde el santuario. Me encanta el jardín, con sus insectos y todo. Y el perfume de mi difunta esposa, tu abuela, todavía presente en el espacio de esta casa, aunque cada vez menos. Con lo mucho que deseo reencontrarme con ella… y apenas tengo visiones de ella… Tampoco se me aparece tu padre, con quien tan buena relación tenía… En el jardín, hay un árbol de cerezo que tu padre plantó. Y aquí hay un armario ropero que usaba tu abuela, y una máquina de coser. Y el tocador. Tú misma lo usas, a veces. Cuando te veo frente al tocador, Kaede, soy la persona más feliz del mundo.

Aquellos recuerdos le estaban partiendo el corazón. Era la primera vez que escuchaba a su abuelo decir que anhelaba reencontrarse con su abuela y con su padre, por medio de una visión al menos.

–Pero, abuelo, en ese caso… –Kaede insistió–, ¿qué te parece si me mudo yo aquí, a esta casa?

–No, Kaede. Es mejor que vivas tu vida, en tu casa. –Al igual que su padre en alguna ocasión, el anciano la miró con seriedad–. Los que ya tenemos unos años no tenemos el derecho de robaros el tiempo a vosotros, los jóvenes. Además, por suerte Kanae viene a verme todos los días.

»Y, si alguna vez me quedara incapacitado, yo mismo pediría ir a una residencia. Tengo todo el papeleo listo, por si se diera el caso.

Y con una afable y amplia sonrisa, por completo irresistible, dio por zanjada la discusión.

–Eso es todo, Shiki. Espero no haberme alargado demasiado.

Kaede se recompuso y recuperó el buen humor. Shiki, que había estado escuchando en silencio, habló con un hilo de voz apenas audible:

–Parece una de esas historias aburridas, mediocremente traducidas.

–¿Eh?

Todavía se encontraba cabizbajo y el pelo le cubría el rostro. Algo cayó sobre el mantel de la mesa. Una gota. Después, otra. Shiki levantó la vista hacia la ventana. La lluvia seguía golpeando sobre el cristal. Volvió a bajar la mirada y se restregó los ojos con las manos.

–Lo siento, Kaede. Es que no sabía nada y…

–Está bien, está bien.

–No sabía nada y mencionaste la soledad y…

–Vamos, Shiki, cálmate.

–Y hasta hace poco tampoco sabía que Iwata no tenía ni padres ni

hermanos. –La voz había empezado a temblarle–. Y mírame a mí, que vivo a costa de mis padres… –Se sorbió la nariz y el ruido resonó por todo el interior del restaurante–. Cuando me cambian el turno del trabajo a tiempo parcial, me dedico al teatro. No hago más.

–¿Y no es genial? Eres buenísimo en el escenario.

–Gracias.

De pronto alzó el rostro y miró a Kaede de frente.

–¿Recuerdas el fragmento más famoso de *The Dandelion Girl*?

–Creo que sé a cuál te refieres.

–«Anteayer vi un conejo».

–«Ayer, un ciervo».

–Y…

Ambos se miraron y dijeron al unísono:

–«Y, hoy, te he visto a ti».

Guardaron silencio y, a continuación, ambos rieron.

Ya habían llorado demasiado aquella tarde, también juntos.

«Bien, creo que lo podemos dejar así, por hoy», pensó Shiki. Pero en un susurro casi inaudible, dijo algo diferente:

–Kaede, no solo anteayer, ayer y hoy. Me gustas, desde que te vi por primera vez.

# Último capítulo El acertijo del acosador

# 1

*No soy uno.*
*Siendo dos soy uno,*
*pero todavía soy uno.*
*Quiero ser dos*
*y solo pienso en eso,*
*todo el día.*

Fue Iwata quien propuso salir a tomar algo los tres para celebrar su puesta en libertad y la victoria de su clase en el maratón.

–Deberíamos haber sido nosotros quienes te invitáramos a ti y no tú a nosotros –protestó Shiki.

–De eso nada –desestimó Iwata de un plumazo mientras traía una bandeja repleta de comida cocinada por él mismo y la depositaba sobre la mesa de la pequeña sala de estar.

«Ya estamos juntos los tres. Como debe ser», respiró aliviada Kaede. «Aquella noche de declaraciones mutuas…».

En realidad, nadie le había pedido salir a nadie. Aquello no había sido más que una confesión de un estado de ánimo compartido por ambos. Así lo había aclarado Shiki después. Sin embargo, nada podía ya seguir igual entre ambos: aquella tarde, pese a la estrechez del lugar, Kaede había sido incapaz de mirar de frente a Shiki. Lo mismo debía de ocurrirle a Shiki, que tampoco había cruzado la mirada con Kaede y se concentraba en el alcohol. Iwata, por su parte, no parecía haberse dado cuenta de la dinámica surgida entre Shiki y Kaede.

–Hay que echar el caldo justo cuando el agua empiece a hervir. Así se le quita el olor fuerte a la carne –explicaba acerca de cómo había preparado el estofado.

A Kaede no le interesaba lo más mínimo. Cocinar, en cualquier caso, no se le daba bien.

Shiki, por el contrario, no le quitaba ojo al estofado de cerdo, que despedía un agradable y cálido vapor.

–¡Habrá que probarlo para apreciar su sabor! –exclamó.

–Por supuesto –corroboró Iwata–. Pero os voy a contar otro truco…

Los detalles de la preparación del guiso se sucedían uno tras otro, sin fin, y Kaede aprovechó el momento para echar un vistazo a su alrededor y recorrer con la mirada los objetos de la sala. Le picaba la curiosidad, ya que era la primera vez que se encontraba en casa de un hombre soltero.

Habían caminado durante veinte minutos desde la estación de tren de Idogaya, línea Keikyu, hasta el edificio que albergaba el piso de Iwata, con su vieja estructura de madera, levantada unos cincuenta

años atrás, y su escalera de hierro, quejumbrosa bajo el peso de los tres. «Quiero mudarme a un sitio mejor y más amplio, pero la dueña de este no me suelta», había dicho alguna vez, con regocijo infantil.

Aparte del yeso que cubría las paredes, descascarillado por aquí y por allá, lo más destacable era una serie de cartulinas de colores adheridas a la pared en perfecta hilera, con dedicatorias de sus alumnos escritas a mano.

«¡Profesor Iwa, muchas gracias! Clase 1, segundo curso».

Kaede sabía que a Iwata le gustaba que usaran tal diminutivo para referirse a él.

«¡Esperamos que consigas una novia muy guapa! Clase 4, quinto curso».

Aquellas palabras la hicieron sonreír.

«¡Eres el mejor profesor! Clase 3, primer curso».

La torpeza caligráfica no hacía sino añadir encanto a aquellas genuinas y benevolentes expresiones con que los niños agasajaban a sus profesores. Kaede también guardaba con cariño una cartulina de fin de curso, de su grupo del año anterior. Aquellas cartulinas en la pared eran, por tanto, el mejor testimonio posible de la calidad de Iwata como profesor, del aprecio que se ganaba, año tras año.

Kaede, sin embargo, notó algo extraño cuando se fijó en la última de las cartulinas. Parecía amarillenta, como si por ella hubieran pasado muchos años. La calidad de la grafía era también superior a lo que podría esperarse de los chicos de primaria. Al comprender a qué se debía, se arrepintió de haber estado mirando las cartulinas.

«¡Hermanito Iwa, felicidades por entrar en la universidad! ¡Mucho ánimo!».

Debajo de aquella felicitación, podía leerse el nombre de un orfanato, posiblemente aquel en el que Iwata se había criado.

–La col y los ajetes del relleno de las empanadillas hay que picarlos bien finos para que resulten más fáciles de masticar. Después, añadimos la sopa de pasta de soja y…

–Bueno, ¿empezamos? –preguntó Shiki–. Es que veo que la cosa se alarga.

Iwata todavía tuvo tiempo de ofrecer más detalles sobre sus dotes culinarias. Unir dos platos de carne, estofado y empanadillas, en un mismo convite era quizá más propio de varones que de mujeres, pero al menos todo tenía un aspecto inmejorable.

Kaede reparó en la colección completa de volúmenes de *Cooking Papa*, que reposaba en un sencillo mueble estantería. A las personas las conocerás por sus libros, decía su abuelo. También ahí guardaba los libros de la carrera de magisterio, entre cuyas páginas interiores asomaba una infinidad de pósits. Kaede podía entender que no hubiera querido deshacerse de ellos, pero… «Pero es posible que yo lo

pasara mucho peor que él en la carrera». Descubrió también unos DVD de la serie de *Los Vengadores*, de la de *Fast & Furious* y de *Terminator*. Kaede se preguntó si Iwata se habría dado cuenta de su indiscreción al mirar aquello.

Por fin, Shiki pudo llevarse algo de comer a la boca.

–¡Mmm! ¡Riquísimo!

–Iwata, ¿y estas películas? Tienes bastantes –comentó Kaede.

–Sí, ¿por qué?

–Me sorprende que tengas tantas de acción. Es…, ¿cómo decirlo…?, espectacular.

–Ja, ja, qué graciosa. –Y lanzó una mirada descorazonada a Shiki–. Empiezan a puñetazos, continúan con disparos y acaban con todo tipo de ejercicios pirotécnicos. No hay mejor experiencia cinematográfica.

–Pues a mí me aturde el volumen tan alto, y las historias son siempre lo mismo.

–Qué va, qué va. –Iwata no estaba dispuesto a ceder un ápice–. También en las novelas de misterio las historias se repiten. E, igual que la explosión final de las películas de acción, en las de misterio tienes el desenmascaramiento del asesino, la gran sorpresa final.

–¿Y dónde ubicas, en tu interpretación, las novelas de misterio en las que hay un enigma o un acertijo aparentemente imposible de resolver, y en las que, de hecho, al final no se ofrece ninguna solución conclusiva?

Kaede notó que Shiki había mirado hacia ella una décima de segundo.

–En esas historias –continuó Kaede–, se confía a la imaginación del lector la posible resolución. El escritor tiene la dificultad de crear la impresión de que el relato ha terminado, pero sin ofrecer una conclusión definitiva.

Se habría pensado que Shiki se mantenía ajeno a aquella conversación, pero nada más lejos de la realidad:

–Las historias de acertijo inconcluso se inician con *¿La dama o el tigre?*, de Frank R. Stockton. No me convence la traducción, pero es la primera de su clase. Se publicó en el siglo XIX y es, por tanto, anterior a la literatura de misterio popularizada más tarde. Creo que no pasa nada si destripo el argumento, pero si no quieres escucharlo, Iwata, te recomiendo que vuelvas a la cocina a preparar más empanadillas.

–Está bien… –dijo, y se dirigió a la cocina.

–Allá voy. Cuidado, que voy a contarlo todo, final incluido. –Shiki alzó a propósito la voz, para que Iwata pudiera escucharlo desde la cocina–. Hace mucho tiempo, en un lejano país, un joven se enamoró de la hija del rey soberano, princesa del reino. Naturalmente, era un amor prohibido. Puesto al corriente, el rey entró en cólera y sometió

al joven a un juicio celebrado en un anfiteatro repleto de público. Había dos puertas. El joven tendría que abrir una de ellas. Lo serio de la decisión era que, mientras tras una de ellas se escondía la joven más hermosa del reino, la otra ocultaba el tigre más voraz del reino. Si abría la de la hermosa joven, se casaría con ella. Si abría la otra… El joven miró, implorante, a la princesa, sentada en la tribuna del anfiteatro. Ella debía de conocer lo que había tras cada puerta. ¿Cómo lo ves, Iwata? Interesante, ¿no?

De la cocina llegaba un sonido que estimulaba el apetito: el de las empanadillas al ir cayendo al agua hirviendo.

–La princesa se encontraba en una situación complicada. No deseaba por nada que el tigre se zampara a su enamorado. Pero, si abría la otra, se casaría con la dama más bella del reino, cosa que tampoco estaba dispuesta a aceptar. Después de darle muchas vueltas, la princesa tomó una decisión. Con un sutil gesto de la mano, señaló una puerta.

Shiki hizo una breve pausa, antes de continuar:

–¿Qué salió de la puerta al abrirla, el tigre o la dama? Con esta pregunta dirigida al lector, termina la obra.

–¿Ya? ¿Eso es todo?

Iwata asomaba la cabeza mientras sacaba las empanadillas del agua con una espátula y las ponía en un plato, de manera un poco abrupta.

–¡Vaya un chasco! –continuó protestando–. ¿Ahí lo deja? Ni siquiera has destripado la historia por contar el final, porque… ¡no hay nada que destripar!

–¡Ahí está la gracia! Supongo que no la captas.

Shiki sirvió agua a Kaede, evitando mirarla.

–Kaede, supongo que este elemento no conclusivo se encuentra en muchas novelas de crimen y misterio, ¿es así?

–Sí. La primera que me viene a la cabeza es precisamente *Dama y tigre*, de Jonathan Moffett, que obviamente se basa en el título de la anterior.

–A mí se me ocurre *¿La dama o la sandía?*, de Reitaro Kada –añadió Shiki, siempre más versado en los autores japoneses.

–¿Qué tipo de disyunción es esa? ¿Una sandía? No suena misterioso ni inquietante, en absoluto…

–*¿El hombre o el oso?*, de Jiro Ikushima.

–Qué despropósito.

–Lee antes de quejarte –replicó Shiki, con toda razón–. Todas estas obras que estoy mencionando tienen una buena reputación en el mundo literario del misterio. En cuanto al encanto de *¿La dama o el tigre?*, plantea la disyuntiva de qué vencerá, su amor por el joven o sus

celos. ¿Habrá señalado la puerta de la atractiva dama o la del tigre? Cuanto más lo piensas, menos clara es la respuesta.

Iwata intervino:

–Yo diría que no hay duda.

–¿Eh?

–Está claro. La respuesta es que le señala la puerta de la mujer guapa y joven.

–Venga ya… ¿En qué te basas? –preguntó Shiki con cierto desdén.

–Os creéis que no sé pensar con lógica, ¿eh?

–Pues explícate. Salgamos de dudas –instó Shiki.

Iwata abrió una lata de *chuhai*, produciendo un fuerte chasquido.

–Antes de nada –dijo–, hay una cosa que quisiera dejar clara: el anfiteatro estaba atestado de público, ¿no es así?

–Así es –confirmó Shiki–. Incluso una gran muchedumbre que no tuvo acceso al anfiteatro se agolpó a las puertas.

–Bien, preguntémonos por qué tanta gente quería presenciar aquel cruel dilema al que se iba a someter al joven.

–Querían presenciar en qué terminaba aquel trágico amor por la princesa.

–Por tanto, quien debía aparecer tras la puerta abierta solo podía ser la princesa.

–Pero ¿por qué?

–No te impacientes. Pensemos en el estado de la princesa. En un principio, pensaríamos que solo tenía dos opciones: o permitir que el amor venciese o dejar que los celos la arrastrasen. Pero es un error. La psicología humana no es tan simple. Hay, al menos, otra posibilidad.

–¿Cuál?

–Simplemente, actuar según el propio interés. –Iwata apuró la bebida alcohólica–. Pero la muchedumbre no estaba allí solo para ver qué le pasaría al joven enjuiciado, sino que también estarían atentos a la princesa, con gran curiosidad. Un público atento podría captar, al igual que el joven, cualquier gesto de ayuda por parte de la princesa, por sutil que fuera.

–Sí, supongo que sí. –Shiki se mordía las uñas a la vez que sonreía–. Es como cuando el *catcher* estudia cualquier mínimo gesto del bateador.

A Kaede no terminaba de convencerla el desarrollo argumentativo de Iwata.

–Un momento, Iwata, un momento. Recuerdo haber encontrado una traducción completa en internet. Vamos a ver… –Kaede buscó en su móvil–. Aquí está. Voy a leer un fragmento: «El público, absorto, con la mirada clavada en el joven, no vio el gesto de la princesa. Solo el joven lo hizo, desde abajo». Así pues, según lo escrito por Stockton, ninguna persona del público fue consciente de la señal dada por ella.

–Te equivocas –dijo Shiki por sorpresa. Agitó su vaso y un cubito de hielo tintineó en su interior. Era un cubito pequeño, tanto como habría parecido aquel joven a los ojos de los espectadores del anfiteatro–. Imaginemos que todos tenían sus ojos puestos en el joven, tal y como Stockton había indicado. Bien, en ese caso, cuando el joven hubiese dirigido su mirada hacia la princesa, esperando que esta le enviara una señal, muchos de los espectadores también se habrían vuelto hacia ella, incluso involuntariamente, siguiendo la dirección de la mirada del joven.

Shiki desvió lentamente la vista al cubo de los hielos. Tomó unos hielos y los introdujo en su vaso.

–¿Lo veis? –Esbozó una sonrisa pícara e infantil–. Vosotros habéis mirado al cubo de los hielos en el momento en que yo lo he hecho. Es inevitable. Yo tampoco he podido evitar mirar hacia las estanterías cuando Kaede lo ha hecho –dijo, y señaló con el dedo el estante que albergaba los DVD.

–Cierto. –Para evitar que sus miradas se cruzaran, los ojos de Kaede deambularon por la frente de Shiki–. Pero, en tal caso, ¿por qué Stockton escribió que el joven miró a la princesa desde abajo y que el público, sin embargo, solo tenía la mirada clavada en él y no vio el gesto de la princesa? ¿Por qué iba a decirnos tal cosa si, al hacerlo, nos llevaba a una contradicción? En definitiva, al afirmar eso, nos estaba mintiendo.

–No… Lo que ocurre es que… –Shiki se tocó el mentón con aquellos dedos bellos como los de una mujer– creo que Stockton nos relata la historia desde el punto de vista de la princesa. –Su voz resonaba con un entusiasmo inusual en él–. La princesa cree que nadie va a ver su gesto porque todos miran al joven, abajo en la arena. Así es como ella lo cree o como le gustaría creerlo. Con esa afirmación, Stockton lanza una cortina de humo al lector. Es un truco un tanto malicioso por parte del escritor. Si hubiera sido más honesto con el lector, habría hecho alguna aclaración. «La princesa estaba convencida de que solo el joven captaría su gesto», o «la princesa deseaba de todo corazón que solo el joven la viese».

Kaede tragó saliva.

–Un narrador no fiable… –dijo.

–Sí. Pero si Stockton, en vez de haber hecho el relato desde el sentimiento subjetivo de la princesa, hubiese sido completamente objetivo, *¿La dama o el tigre?* habría sido la primera novela de misterio en la historia de la literatura con un narrador no fiable.

«Nunca había oído una interpretación así de *¿La dama o el tigre?*», pensó Kaede. «Una novela del siglo XIX que introduce trucos en la narración… Nunca había oído algo así».

–¡Shiki! –exclamó Iwata, para sobresalto de todos–. ¡Por si lo has

olvidado, era yo quien estaba explicando el relato!

–Mil perdones. Adelante, compañero.

–Bien. Quedamos en que algunos de los espectadores tuvieron que darse cuenta del gesto de la princesa.

Kaede y Shiki asintieron, animando a Iwata a continuar.

–Ese sutil gesto de la princesa pudo ser captado por decenas o centenares de espectadores. ¿Esperarían los espectadores el cruel espectáculo de ver al joven ser devorado por el tigre? Muchos pensarían que habría merecido la pena desplazarse hasta allí para ver eso. Pero de lo que no cabe duda es de que, dado el caso, todos señalarían a la princesa como una mujer despiadada y celosa. «¡La he visto señalar la puerta del tigre!», exclamarían unos. «¡Yo también!», gritarían otros. «¿Cómo se puede ser tan cruel?», se preguntarían aquellos.

–Sí, y eso casi daría pie a una revuelta popular –coincidió Shiki.

Iwata parecía querer llegar a esa misma conclusión.

–Su destino, en cualquier caso, era casarse con un príncipe de algún otro país y convertirse en reina. Sacrificar al joven entre las fauces del tigre habría puesto, como mínimo, la opinión pública contra sí. Dicen que es de gente lista poner por delante el interés propio. Así, por tanto, la princesa, por su propio interés, señaló la puerta de la bella dama. Ese… ese Stock…, ¿Stock qué?

–Stockton.

–Ese Stockton había preparado bien esta conclusión.

«Vaya con Iwata. Me ha recordado a mi abuelo», pensó Kaede. «Ha atado bien todos los cabos. Así que *¿La dama o el tigre?* sí que podía considerarse una novela de misterio con todas las de la ley…».

Más que sentir admiración por Iwata, a Kaede le llamó especialmente la atención un detalle. Iwata había dicho: «Es de gente lista poner por delante el interés propio». A ella, una afirmación así, tan descarnada, no le parecía propia de Iwata. De hecho, era muy posible que, en el pasado, hubiera sufrido a menudo por el egoísmo de las personas adultas.

–Bien, me has convencido –admitió Shiki, y, tras dejar los palillos sobre la mesa, aplaudió–. Pero voy a añadir una cosa.

–La princesa no ganaba nada con dejarse llevar por una decisión precipitada y lanzar al joven al tigre. Posteriormente, si los celos de ver al joven casado con la bella fueran insoportables, la princesa podría mandar asesinarlo de manera encubierta y se ahorraría la infamia pública de haberlo hecho en el anfiteatro.

Iwata resopló, consternado.

–¿Por qué lo llevas a un terreno tan trágico? ¿Quién desearía un final así de oscuro?

–Es lo que podría deducirse de tu interpretación…

–No hay quien pueda con estos aficionados a las novelas de crimen y misterio. Bien, dejémoslo por hoy, ¿de acuerdo? Vamos, a comer, a comer. Y… ¡a leer *Cooking Papa*, qué narices!

Shiki y Kaede se miraron sin querer y estallaron en carcajadas. Era la primera vez que se miraban aquel día.

–Bueno, va siendo hora de irse –dijo Kaede al tiempo que ya hacía el gesto de ponerse en pie, terminada ya la cena y apurada su lata de *chuhai*.

Iwata se le adelantó.

–Quédate un poco más, anda. Y tú, Shiki, muévete, vamos a comprar algo.

–¿Eh? ¿Yo también…?

Contradiciendo su aparente falta de ganas, se levantó como un resorte e, inmediatamente, agarró su chaqueta. Quizá no quería dejarles solos a él y a Kaede.

–Bueno, me quedo un poco más –accedió Kaede–. Después os lo pago.

–¡Yo invito!

–¡Yo invito!

Shiki e Iwata hablaron al unísono. Salieron y, pronto, los chirridos de la escalera de hierro resonaron desde fuera, en rítmica complejidad. Kaede se relajó y sonrió. A continuación, se levantó con la idea de lavar los platos. Reparó en que el estante más bajo estaba ocupado, en su totalidad, por diversos objetos de adorno. No había ni una mota de polvo en ellos. ¿Los habría colocado allí recientemente? Tres bates de béisbol en miniatura, apoyados en vertical a modo de trípode, sostenían una pelota.

«¡Ah, es la pelota que le llevó Shiki a Iwata en la visita al centro penitenciario! Iwata la guarda como un tesoro».

Le remordía la conciencia hacerlo, pero no pudo reprimir el deseo de echarle un vistazo a la vieja cartulina amarillenta de la esquina. De pronto, comprendió algo que le había intrigado. Comprendió por qué Iwata se tomaba la molestia de hacer un viaje de una hora en tren cada sábado por la mañana para practicar *jogging* en el paseo a lo largo del río. Si su único propósito era correr y hacer algo de ejercicio, para eso tenía lugares más cercanos de casa donde hacerlo. Ahora lo comprendía.

El orfanato de la cartulina amarillenta…

A juzgar por la dirección indicada junto al nombre, aquel orfanato se encontraba situado cerca del río, en los alrededores de aquel mismo lugar. Iwata, después de correr por aquel entorno familiar, se acercaba al orfanato a visitar a los niños. Seguro que les llevaba dulces.

Kaede encontró el delantal de Iwata colgado junto al fregadero. Era un gastado delantal, deshilachado, con las palabras «Hermanito Iwa» bordadas a mano. Aquel diminutivo debía de haberse mantenido invariable a lo largo de años y años. Seguramente, seguían usándolo tanto los niños como el personal del orfanato para referirse a él. Iwata podía presumir de tener muchos hermanos y muchas hermanas. La soledad no formaba parte de su vida.

«Y yo…, yo también tengo a mi abuelo», pensó Kaede. «Y además…, además…». El alcohol se le había subido a la cabeza. El rostro le ardía. Se llevó el vaso a los labios. En su interior, solo había cubitos de hielo. Bebió de la fina capa de agua fría que reposaba en el fondo y justo entonces vibró su teléfono móvil, sobre la mesa. «Estos dos a lo mejor quieren preguntarme qué bebida alcohólica me apetece. La verdad es que me da igual…».

Sin embargo, la llamada provenía de un teléfono público.

«Os habéis dejado el teléfono aquí, ¿eh?», pensó, y pulsó el icono para aceptar la llamada.

–Lo dejo a vuestra elección. Lo de la bebida, digo…

¿Quién de los dos era?

¿Iwata? ¿Shiki?

¿Shiki? ¿Iwata?

¿Nadie?

No había respuesta.

«Mierda».

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Corrió hacia la ventana y apartó cinco centímetros la cortina para mirar afuera.

–Hola.

Por primera vez, la voz habló. Era una voz artificial, modificada electrónicamente. Imposible era averiguar la edad y el sexo de su dueño.

–Kaede.

Kaede no contestó. Aguzó la vista sobre la calle de un solo sentido, frente al piso. A pesar de la oscuridad reinante, tenía el presentimiento de que el dueño de aquella voz se encontraba cerca.

–Te he hecho esperar.

¿Dónde estaba? Apenas había farolas para alumbrar los cinco metros de anchura aproximados de la calle, y no era noche de luna. La oscuridad era casi absoluta.

Descubrió un punto de luz.

–Estás impaciente, ¿eh?

Lo descubrió enfrente de un pequeño parque a unos cien metros de distancia. Allí, difusa como un espejismo, se erguía todavía una cabina telefónica. Con la llegada de los móviles, eran ya pocas las que

quedaban.

Aquello parecía una horrenda construcción procedente de otro mundo, o quizá un gigantesco y extraño molusco antediluviano envuelto en su concha.

En su interior, solo podía encontrarse el hombre que había estado importunándola con sus llamadas casi a diario durante varios meses.

–¡Eh! ¿Me escuchas? –preguntó la voz en un tono amenazante–. ¡No me ignores!

Escuchar aquella voz robótica enfadarse era una experiencia horrible.

–Hola… –contestó Kaede.

Iwata y Shiki la habían advertido que no contestara, pero… tenía miedo.

–No lo ignoro. Es que no sé quién es usted y…

–No sabes quién soy… –Parecía sorprendido.

–Por eso le pediría que no me llamara más.

–Voy a matarte.

Kaede no comprendió el significado de aquellas palabras.

–Disculpe, pero ahora…

–Voy a matarte si dices estupideces.

A Kaede empezó a latirle el corazón con violencia.

–¿Me escuchas, Kaede?

–Sí. –El terror le había secado la voz.

«Por favor, Iwata. Por favor, Shiki. ¡Venid pronto!».

–Tranquilízate. Todo está listo –continuó la voz–. Esto es todo por hoy.

Una figura difusa se deslizó fuera de la cabina y agitó el brazo en dirección a la ventana tras la cual se ocultaba Kaede. A continuación, volvió a fundirse con las sombras. Bien sabía esa persona que, desde aquella distancia, era imposible adivinar su aspecto, su edad y su sexo.

# 2

*¿Qué opinará la gente al verme?*
*¿Qué pensará de mi comportamiento?*
*Supongo que me considerará «pesado».*
*Pero no son más que imaginaciones.*
*Seguro que tú sí me entiendes.*
*Porque no soy pesado, en absoluto.*

Pasadas las doce del mediodía, Kaede se dirigía a casa de su abuelo cuando, al pasar por delante del santuario, un remolino de viento agitó las hojas de la arboleda del interior del recinto. Kaede se ajustó las solapas del abrigo negro que llevaba puesto, consciente de que el frío que experimentaba no se debía solo a la bajada de las temperaturas.

Temiendo que alguien hubiera venido siguiéndola todo el trayecto desde la estación, volvió la cabeza en numerosas ocasiones. Finalmente, no se había visto capaz de contarles el incidente de la llamada telefónica a Shiki y a Iwata. Pensaba que le reprocharían haber hablado con él y, sobre todo, no quería estropear la agradable velada nocturna en el piso de Iwata.

Aparte de la persistencia de aquellas llamadas anónimas, fue acrecentándose en ella el temor de que alguien la seguía, día tras día. Por fin, estaba dispuesta a tomar medidas. A su manera… Aquel día, se había puesto las zapatillas deportivas que había comprado con el objetivo de entrenar para el maratón. Así podría salir corriendo y huir a toda velocidad en caso de ver aparecer a alguien sospechoso… No hacían juego con el abrigo negro, pero daba igual.

En cuanto al teléfono, también implementó una medida, que consistía en que, cuando la llamada procediera de una cabina pública o estuviera en número oculto, el teléfono no le diera ningún aviso, ni de timbre ni de vibración. Pese a haber configurado el teléfono de tal manera apenas unos días antes, ello ya le había proporcionado un considerable alivio. No era, sin embargo, una medida que pudiera mantener por largo tiempo, considerando que era responsable de una clase de más de treinta niños en el colegio. En principio, las comunicaciones entre padres y profesores debían hacerse por intermediación del colegio, y no directamente, pero eso, al final, nunca funcionaba así. Siempre les surgía algún consejo urgente que solicitar sobre sus hijos, y muchos, al llamar, lo hacían sin darse cuenta de que tenían el teléfono en modo de número oculto, y las llamadas a menudo podían deberse a asuntos serios, como algún tipo de acoso sufrido por los niños o algún accidente. A Kaede no le hacía ninguna gracia la posibilidad de perder llamadas de tal tipo.

Por insistencia de Iwata, también había dado parte en la comisaría, pero era un asunto sin concreción, sin pruebas palpables de daños ocasionados y sin un culpable definido a quien señalar, y, por tanto, difícil de esgrimir como denuncia.

Detestaba preocupar a su abuelo, pero se armó de valor y acudió a verlo. Sabía que no había nada concreto que él pudiera hacer, pero siempre le proporcionaba consuelo y daba tranquilidad con cualquier palabra cariñosa que le dijera.

–¡Estoy aquí, abuelo!

Estuvo a punto de tropezarse con el escalón del vestíbulo. Se quitó las zapatillas y avanzó a paso ligero, y pasillo a través, hacia la puerta del estudio. Tras la puerta del lado izquierdo, que daba a la sala de estar, escuchó un insistente tintineo.

Kaede se temió lo peor.

«Hoy no debe de estar bien…».

Abrió la puerta y se encontró con la cuidadora veterana, la Paje, removiendo con una cucharilla –y apasionada vehemencia– el contenido de una taza de té.

–Pero, mujer, ¿todavía aquí? No hace falta que se quede después de la hora.

–No se preocupe –replicó la Paje con una sonrisa. Tenía la frente cubierta de gotitas de sudor–. Todavía no ha venido mi colega del siguiente turno y, lo que es más importante, el abuelo no se encuentra bien hoy.

«Lo sabía… Llevaba muchos días consecutivos en un estado inmejorable».

Los pacientes de demencia con cuerpos de Lewy experimentan cambios drásticos, no solo de un día para otro, sino de la mañana a la tarde, incluso en cuestión de una hora. En caso de pacientes que sufren síntomas de párkinson, puede darse rigidez muscular en todo el cuerpo y hasta imposibilitarse la ingestión de alimento, o haber falta de control para dirigir la comida o la bebida hacia el esófago –desviándose hacia la tráquea y llegando en ocasiones a causar la muerte por neumonía por aspiración–.

El logopeda, además de ayudar al paciente a ejercitar la voz, también le masajea la garganta, tonificando los músculos y contribuyendo así a la prevención del desvío de alimento hacia el conducto equivocado.

El abuelo de Kaede tragaba con facilidad, pero el hecho de que la Paje le estuviera haciendo un preparado especial para poder beber líquido era una clara señal de que había empeorado.

–Muchas gracias. –Kaede inclinó la cabeza–. Se lo agradezco mucho.

Sujetó la taza con una mano y golpeó suavemente con los nudillos

de la otra la puerta del estudio.

–Abuelo, ¿se puede?

–Eh –respondió ambiguamente, en un débil hilo de voz.

Kaede abrió la puerta. El anciano se encontraba, como siempre, sentado en la poltrona reclinable. Esta vez, sin embargo, su cuerpo permanecía notablemente inclinado hacia la derecha.

«La torre de Pisa…», pensó la joven, entristecida por encontrarlo así. La postura ladeada indicaba falta de sentido espacial.

–Aquí tienes un té. Lleva un poco de espesante para que lo puedas tragar bien.

El rostro del anciano parecía a ratos desolado, rígido e inexpresivo. Era otro síntoma de la demencia con cuerpos de Lewy. Tampoco estaba claro si reconocía a su nieta.

En cualquier caso, Kaede había decidido hablarle del incidente del día anterior, aun a riesgo de causarle preocupación. La conversación le haría pensar y lo estimularía. Esbozó una imperceptible sonrisa cuando Kaede le dijo que *¿La dama o el tigre?* tenía un final concreto, fijado por el autor, y no abierto a la interpretación del lector. Pero quizá no fuera una sonrisa, sino el fruto de la imaginación de Kaede.

El título de la obra le recordó la visita del tigre azul, aquella vívida alucinación que sufrió un tiempo atrás, una visión tan nítida que no dejaba dudas acerca de la intensidad de la demencia que sufría el anciano. A veces, la cruda realidad se desdibujaba ante los ojos de Kaede; a veces, trataba de obviarla. Habló más rápido, como si la velocidad de las palabras pudiera borrar de un plumazo los síntomas de su abuelo.

Un destello de rabia cruzó la mirada del anciano cuando Kaede le mencionó aquel «todo está listo» pronunciado por la persona de la cabina telefónica; aunque…, una vez más, aquella rabia tal vez no fuese más que producto de la imaginación de Kaede.

El anciano asentía con la cabeza mientras escuchaba a Kaede. ¿O dormitaba?

«¿Qué voy a hacer si no se espabila?».

El deterioro de la salud de los pacientes de demencia con cuerpos de Lewy no era una cuesta abajo gradual, sino una interminable repetición de mejoras y empeoramientos a intervalos de meses, semanas o días.

De cualquiera de las maneras, no había marcha atrás, y la relación con los pacientes en sus peores días era, para las personas del entorno, como ver arena escapándoseles entre los dedos. Era también posible que sus capacidades cognitivas quedaran atrapadas en el fondo de una de aquellas recaídas fuertes y que el entendimiento no volviera a restablecerse nunca más.

Abajo, desde el altavoz del telefonillo, se escuchó la voz del señor Cumplidos.

La luz dorada del atardecer que se colaba a través de la ventana se proyectaba sobre el endurecido rostro del anciano.

«¡Dios mío!», se lamentó Kaede para sus adentros. «Quizá no debí hablarle de nada de todo eso».

Lanzó un vistazo al reloj colocado encima del armario ropero. Básicamente, había estado hablando sola durante una hora.

–Abuelo, voy a ordenar la ropa de invierno y enseguida vuelvo, ¿vale?

El anciano desplazó levemente una mano en lo que parecía un gesto de despedida. ¿O era un temblequeo causado por el párkinson?

Después de doblar los jerséis y las chaquetas de invierno, Kaede abrió los cajones del armario. Estaban llenos a rebosar, pero afortunadamente encontró un espacio libre en uno de ellos, justo para alojar las chaquetas y los jerséis.

«Hagamos de esto un pequeño motivo de alegría», pensó. «No todo tiene por qué ser malo. De hecho, hoy no ha pasado nada desagradable».

Era aún temprano para sacar la ropa de primavera. Aun así, no estaría de más sacar la chaqueta favorita del abuelo.

«Qué bonitos son los cerezos de esta zona». Pronto ambos tendrían la oportunidad de acercarse juntos al santuario, como antaño, a contemplar la belleza de sus cerezos en flor.

Kaede tomó un cepillo del tocador del rincón del estudio y, mientras se cepillaba el pelo y observaba su imagen en el espejo, sonrió.

–¿Se puede? –preguntó desde el pasillo, con reserva, el señor Cumplidos, al tiempo que golpeaba con los nudillos en la puerta.

–¡Adelante!

–Tienes unas zapatillas para correr de muy buena calidad. Las he visto en el vestíbulo –dijo el hombre en un tono enfático que impresionó a Kaede.

–Eh…, bueno, no…

–A mi hija le quedarían de maravilla. ¿Eh? ¿Qué me dice, señor Himonya?

Trataba de hacer reír al anciano, pero no había manera: aquella tarde no conseguían arrancarle la más mínima reacción. En días así, era necesario modificar el modo de actuación con él.

–A ver cómo nos las arreglamos hoy, señor Himonya –dijo el señor Cumplidos mientras se palmeaba suavemente la calva.

No cabía duda de su profesionalidad. Kaede volvió a sonreír y, a continuación, viendo que no tenía nada más que hacer allí aquella tarde, se despidió con unas breves palabras.

Al percatarse de que Kaede abandonaba la casa de su abuelo, una figura masculina se ocultó lentamente tras la tapia del jardín. En un susurro que apenas pudo escuchar él mismo, dijo:

–Kaede.

Y con la misma precaución que siempre ponía para no ser visto, se puso en marcha tras los pasos de Kaede.

# 3

Cuando llegó al edificio del apartamento donde vivía, en el perímetro de Gumyoji, el sol había terminado de ponerse. Kaede abrió el portal, caminó arrastrando los pies y se apoyó sobre la pared del ascensor. Tenía la sensación de que su estado funcionaba en sincronía con el de su abuelo. Decidió darse un baño bien caliente y en eso estaba pensando cuando, tras salir del ascensor, descubrió una sombra con forma de cono colgando de la manilla de su puerta. Lanzó un grito y se llevó las manos a la boca.

«¿Qué es eso?».

Bajo una única luz proveniente del ascensor, que quedó a sus espaldas, fue aproximándose, paso a paso, y cuando estuvo lo bastante cerca descubrió que de la manilla colgaba, sujeto por un lazo y bocabajo, un ramo de rosas negras. Lo envolvía una tela blanca de encaje que contrastaba con el negro de los pétalos, y, mientras que el lugar por donde asirlo se hallaba arriba, el conjunto floral se abría hacia el extremo inferior. Así, el ramo se asemejaba a una novia enfundada en su vestido de boda o, si uno llevaba la imaginación hacia terrenos más oscuros, al cadáver de un ahorcado.

«Es como un muñeco de rosas negras».

También aquella noche, Kaede llevaba puesto su abrigo negro. ¿Era simple casualidad? Todo está listo, todo está listo. ¿Qué significaban exactamente aquellas palabras pronunciadas por el hombre de la cabina de teléfono?

Kaede se volvió y miró a su alrededor. No había nadie en el pasillo. Si fuera uno de esos edificios con guardia de seguridad, se sentiría más tranquila, pero en aquel donde ella vivía cualquiera podía entrar si se lo propusiera, por mucha cerradura automática que tuviera el portal.

Por dicha razón, Kaede le había pedido al dueño del piso que le instalara en la puerta una cerradura más, aparte de la ya existente.

«Alguien ha venido expresamente hasta aquí para traer el ramo. Quizá…, ¡quizá todavía ande cerca!».

Considerando semejante posibilidad, esta vez tuvo que hacer un gran esfuerzo para atreverse a mirar detrás de ella. Introdujo las manos en los bolsillos del abrigo y agarró el teléfono móvil a modo de arma. Respiró hondo y se giró de golpe.

No había nadie.

Un sudor frío le cubrió todo el cuerpo y, entonces, una idea afloró en su mente. Recordó algo relacionado con las rosas negras y rápidamente extrajo su teléfono móvil y pulsó algunos botones. Lo que

surgió en la pantalla del teléfono confirmó la fiabilidad del recuerdo. Eran dos frases aparentemente opuestas: «Eres mía» y «te odio».

Llegó una ráfaga de viento por el pasillo y las flores del ramo temblaron bajo la luz del ascensor y del teléfono móvil.

# 4

*Quiero verte sonreír.*
*Quiero verte llorar.*
*Quiero verte enfadar.*
*Tan cerca que sienta tu aliento.*

A Kaede le asustaba la perspectiva de pasar sola la noche en casa. Afortunadamente, era un puente festivo, de modo que llamó a Misaki y le pidió que la dejara dormir en su casa.

–Precisamente, acabo de abrir una botella de un vino caro –anunció esta–. Así que ya estás viniendo. Ni siquiera voy a preguntarte a qué se debe tan inesperada visita.

Kaede se dio cuenta de que Misaki estaba fingiendo encontrarse ebria. No le había mencionado nada del acosador a su querida amiga, pero naturalmente esta debía de haberse dado cuenta de que algo le pasaba a Kaede y trataba de evitar que se sintiera avergonzada por la repentina e improvisada petición.

–Tengo queso camembert y vino de primera categoría. ¿Qué más se puede pedir? –decía en tono jocoso.

Kaede consideraba a Misaki su mejor amiga, la primera que había tenido después de dejar atrás la niñez.

Por la mañana, Kaede salió hacia casa de su abuelo sin tiempo que perder. Pensaba hablarle del ramo de rosas, pero sobre todo quería saber cómo se encontraba, y si había vuelto a un estado de mayor lucidez.

Atravesó el camino de adoquines de cemento –de piedra, años atrás– hasta la puerta del vestíbulo.

–¡Abuelo!

En ese preciso instante, Kaede sintió una blanda textura de tela en sus labios y la presión de un fuerte abrazo por la espalda. Inmediatamente después, un latigazo de calor por detrás la dejó paralizada. Olió algo indeterminado que había olido alguna vez antes.

–Perdona por la espera, Kaede.

Rozándole los oídos, los labios húmedos de un hombre acababan de producir aquellas palabras. Le apretaba tan fuertemente el tórax que Kaede sollozó.

–No te muevas. No grites. Así, buena chica… –Pronunciaba las palabras como si aquella acción fuera parte de un juego o de una broma–. Si me entiendes, mueve la cabeza afirmativamente. Si no me escuchas…, acabo contigo.

En esa ocasión, Kaede comprendió perfectamente lo que aquel «acabo contigo» significaba, y aún paralizada por el terror, logró

asentir muy levemente con la cabeza. Al hacerlo, uno de los brazos que le atenazaban el pecho se aflojó y un leve dolor le recorrió el cuello.

–Lo de usar cloroformo es por haber visto demasiadas películas, lo reconozco.

El trapo, o lo que fuera, se separó de su boca.

«¡Ahora!».

Kaede trató de gritar para pedir auxilio, pero no consiguió pronunciar una sola palabra.

«¿Qué ocurre? No puedo mover la lengua». Efectivamente, el músculo se le había quedado completamente adormecido y, por tanto, inmóvil. Lo mismo les ocurría a los músculos de la mandíbula. Entonces, se percató de algo más.

«¿Eh? ¿Tengo entumecido todo el cuerpo?».

Un golpe seco se escuchó en el jardín. Lo último que Kaede vio desde su reducido campo de visión fue una jeringuilla caer sobre los adoquines de cemento.

# 5

¿Estaba soñando o aquello era real?

–A, e, i…, o, u…

Escuchaba la voz de su abuelo desde muy lejos. Estaba practicando sus ejercicios de voz.

«Lo estás haciendo muy bien, abuelo. Hoy estás en plena forma». Kaede suspiró de alivio… o intentó hacerlo, porque apenas podía exhalar aire. «¿Por qué no puedo respirar bien? ¿He estado durmiendo? Me pesan los párpados… Me pesan mucho». Kaede intentaba abrir los ojos, pero algo se lo impedía. Sus párpados no se movían.

–Ca, que, qui…, co, cu…

Tampoco conseguía mover las manos. Ni los pies.

–Sa, se, si…, so, su…

Tenía el lado derecho de la cara apoyado contra el suelo, frío y blando. Dos olores diferentes le llamaron la atención. Uno era el del desinfectante que usaban en casa del abuelo para limpiar el entarimado.

De pronto, como en uno de esos sueños de los que uno despierta justo cuando está a punto de caer, Kaede comprendió la situación en la que se encontraba. Tenía los ojos vendados, estaba amordazada y con la boca tapada con cinta adhesiva. Tenía las rodillas y los pies atados, así como las manos, a la espalda. Se encontraba tendida sobre el suelo, en la sala de estar de la casa de su abuelo.

El otro olor era más suave y le resultaba levemente familiar. Era un aroma a… No conseguía recordarlo, porque el del desinfectante era demasiado fuerte y se imponía.

–Ayer pronunció todo de manera perfecta. Me pregunto si vino alguien a hablar con usted.

La voz procedía del estudio del anciano y su dueño era el señor Cumplidos.

–No, no vino nadie. Hoy creo que puedo incluso pronunciar la secuencia de la erre. Ra, re…, re…

–No hace falta que le ponga tanto esfuerzo. Dejémoslo aquí por hoy. Es la hora de masajear la garganta.

Se oyó el chirrido de unos guantes de goma al enfundarse en las manos.

«¿Qué pasó con el hombre que me atacó? ¿Adónde fue?».

Se preguntó si habría despertado antes de lo que su atacante había esperado. En cualquier caso, Kaede no sabía cuándo volvería a por ella. Tal vez, si volvía, era para terminar con su vida.

«Debo avisarles de que estoy en la sala de estar. Pero ¿cómo?».

Decidió tranquilizarse y estudiar la situación en que se hallaba.

Aunque no podía ver nada, tenía la impresión de no tener el abrigo puesto. En el lado derecho, sobre el que estaba tendida, notaba una sensación rugosa y dura, como en sucesión de ondas. Le entró un profundo desánimo cuando comprendió que la habían atado de cuerpo entero con unas cuerdas o unos cordones y que, por tanto, cambiar de postura sería casi imposible.

La única opción posible era gritar. Pero tampoco podía hacer eso todavía. En alguna novela de crimen y misterio había leído que no había mordaza que se resistiera si se empleaba el tiempo suficiente.

«Paciencia. Sin prisa pero sin pausa».

Con la lengua, que por fin podía mover un poco, empezó a empujar y humedecer la mordaza, que tenía bien hundida en la cavidad bucal.

–¿Cómo nota la garganta? –se escuchó desde el estudio.

–Muy bien. Me la has dejado como nueva. ¿Ya tienes que irte?

–No. Todavía quedan diez minutos.

Kaede rogó que pudiera quedarse mucho más tiempo.

El estudio tenía dos puertas. Una daba al pasillo y la otra unía el estudio directamente con la sala de estar. Si el señor Cumplidos tomaba esta última ruta para salir, no advertiría la presencia de Kaede.

–¿Le apetece un poco de té? Hoy no hará falta añadirle espesante.

–No, gracias. Lo que sí me gustaría es que me escuchara un rato.

–Por supuesto. Ya se lo he dicho muchas veces: hablar es la mejor rehabilitación.

A partir de ese momento, Kaede escuchó lo que nunca imaginó escuchar.

–Verá, mi nieta está siendo acosada…

–¿Cómo? –La sorpresa del señor Cumplidos era evidente–. ¿Se refiere usted a Kaede?

–Sí. Y ya no se conforma con llamarla por teléfono; ahora también la sigue por la calle.

–No me haga mucho caso, pero he oído que ese tipo de comportamiento suele ir a peor con el tiempo. Lo mejor es avisar a la Policía cuanto antes.

–Ya lo ha hecho. Pero no le han hecho mucho caso. Mientras no haya un daño concreto, mientras no se haya identificado al sujeto…

–Lo entiendo, pero… ese debería ser precisamente el trabajo de la Policía. Me da rabia.

–Lo que he pensado es que, si pudiésemos delatar al acosador y mostrar un daño concreto, la Policía se pondría en marcha, en teoría,

al menos.

–Comprendo. Pero ¿cómo lograrlo?

–No sé si saldría bien, de hecho, pero planteémoslo como un juego mental. ¿Le parece interesante?

–Me lo parece.

–Bien, allá vamos. Llamemos X al acosador. Supongamos que es un hombre, cosa sobre la que no creo equivocarme. En una ocasión, Iwata, un amigo de Kaede, lo persiguió y no pudo atraparlo. Fue mucho más rápido. ¿Qué opinión te merece ello?

–Que debe de tratarse de un hombre. Una mujer tan guapa como Kaede…

–Kaede dice que no se hace ninguna idea de quién puede ser ese hombre. Ninguno de sus amigos ni de sus compañeros de trabajo ofrecen el perfil de un posible acosador. Obviamente, no podemos reducir a cero las posibilidades, pero, para seguir con nuestro juego mental, consideremos que el acosador no pertenece al entorno de Kaede, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. En principio, si fuera una persona de su círculo de conocidos, seguramente ya habría levantado sospechas.

–Sin embargo, al asumir esto, surge otro problema.

–¿Cuál?

–¿No te das cuenta?

–No. La verdad es que no.

–Si no pertenece a su círculo de personas, ¿por qué conoce el número de teléfono de Kaede?

–Ah…, claro.

–El número de teléfono, sobre todo si es el de una mujer joven, es un dato privado, muy personal. ¿Cómo se ha hecho X con él?

–¿Cómo, señor Himonya? Estoy deseando que me lo cuente.

–Solo hay un lugar en este mundo donde está escrito el número de teléfono de Kaede. Solo ahí X pudo verlo y memorizarlo. ¿Ves aquel papel de la pared, con los números de urgencia escritos? Ese es el único lugar del que hablo. Así pues, X es una de las personas que entran y salen de esta casa de manera habitual.

A Kaede le latía el corazón con fuerza.

«Alguien que entra y sale de esta casa, alguien que…».

Trató de mover la boca con todas sus fuerzas. Poco a poco, iba consiguiendo que la mordaza se aflojara.

Al notar que su anciano abuelo comenzaba a hablar de nuevo, Kaede aguzó el oído cuanto pudo.

–No lo esperabas, ¿eh? –dijo.

–No me asuste, señor Himonya. No estoy bien del corazón.

–Tranquilízate. Pensémoslo fríamente. ¿Qué relato podemos sacar

en claro con lo que sabemos hasta ahora?

–¿Relato?

–¿A qué conclusión podemos llegar acerca de la identidad de X?

–¿Puedo decir lo que opino?

–Adelante. No te cohíbas.

–Le advierto de que mi inteligencia no da para mucho, pero le voy a decir lo que pienso. X es un hombre, ¿verdad? Pero casi todas las personas que trabajan aquí son mujeres, empezando por la Paje y continuando por las asistentas y por la supervisora. Si hablamos de un hombre, las opciones se reducen a dos.

–¡Exacto!

–Los únicos somos el fisioterapeuta, es decir, el Heladero, y yo.

–Efectivamente.

–El círculo se cierra. Pero no sé qué más decir… Ahora sospechará de mí…

–No tan deprisa. Seamos cautos. Permíteme continuar. Sabemos que X corre bastante rápido. Tu corazón, sin embargo, no está muy en forma. Y, bueno…, ya tienes unos años…, más de sesenta, ¿no? No estás ni para muchas caminatas.

»En cuanto al Heladero, es listo y ayuda en el negocio familiar. Está fuerte y seguro que tiene que cargar a menudo con los bidones de leche para la fabricación de helados. No son ligeros, precisamente. Además, es fisioterapeuta.

–Es decir, que…

–Que es una persona acostumbrada a hacer uso de la fuerza física en el ejercicio de su profesión. Ni siquiera es raro que tenga que levantar a los pacientes para trasladarlos de un lugar a otro. En mi opinión, es obvio.

–Quién lo diría…, con lo buena persona que parecía. Bueno, no quiero asumir nada malo de nadie.

–Tranquilo. He sido yo quien te ha pedido una opinión. No te preocupes.

A Kaede volvió a cubrirle el cuerpo un sudor frío y, de pronto, reconoció el otro olor: ¡a vainilla! Apenas se percibía, pero no le cupo ninguna duda: se trataba del mismo aroma que había notado aquel día, al coincidir con el fisioterapeuta en casa de su abuelo.

Pese a lo dramático de la situación, Kaede recordó cierto relato de Ellery Queen en el que aparecía «un hombre que olía a vainilla».

«Es incomprensible. Una persona tan formal y trabajadora como él». Sin embargo, Kaede tuvo que admitir que no había mejor candidato que él, teniendo en cuenta la velocidad de sus zancadas y la fuerza desplegada para sujetarla.

Pensó en él y sintió terror ante la perspectiva de verlo aparecer en

casa del anciano.

–Hay otra razón por la que sospeché del Heladero –continuó el anciano.

–¿Cuál?

–A primera vista, parece formal, pero dejó caer una mentira obvia.

–¿Una mentira?

–Sabes lo mucho que aprecio los grillos del jardín, ¿verdad? Así que le pedí al Heladero que me grabara su canto con el teléfono móvil.

–Yo también hice lo mismo con una grabadora digital, ¿lo recuerda?

–Sí. Pues bien, gracias a la enciclopedia de insectos que me regalaron unos alumnos de Kaede, supe que el canto de la especie de grillos que hay en este jardín tiene una frecuencia demasiado alta para ser registrada por un teléfono móvil convencional. Solo una grabadora profesional o de buena calidad, como la tuya, puede registrarlo. Además, los grillos deben encontrarse lo suficientemente cerca para que el sonido registrado sea claro y nítido.

–No sabía nada de eso.

–Así que me mintió. Pero ¿qué motivo tenía para mentirme en algo así?

–¿Quizá solo para que usted estuviera distraído?

–Bueno…, no vas desencaminado.

–¿No ve cómo es mejor avisar a la Policía antes de que las cosas vayan a más?

–Sí, pero lo de los grillos no está relacionado…

–¿Entonces?

–Con los pocos elementos que tenemos a mano, pensé que había sido una simple maniobra de distracción, como has pensado tú. Pero, después, lo he visto desde una perspectiva diferente y he llegado a una conclusión completamente distinta.

–¿Qué tipo de conclusión?

–Mmm… En primer lugar, ¿qué le llevó a mentirme al respecto? Supongo que quería que yo me distrajera, que aflojara la guardia. Algún beneficio pensaba sacar de ello. Solo que… si uno se detuviera a pensarlo, se daría cuenta de lo contraproducente que es ser cazado en una mentira.

–Efectivamente, quien es cazado en una mentira pierde toda credibilidad.

–Así pues, él nunca pudo encontrar grillos entre la vegetación del jardín, aunque yo los viese claramente. Su intención era que yo me sintiera satisfecho.

–¿Quiere decir que esos grillos…?

–Son solo una más de mis alucinaciones. El Heladero solo quería agradarme. Su mentira proviene, en realidad, de su buen carácter innato.

–¿No me diga? Entonces, ¿cuál es la conclusión diferente a la que ha llegado?

–Ahora voy a ello, pero antes quisiera pedirte un favor.

–¿Ahora?

–Tranquilo. Es poca cosa. ¿Podrías pasarme un cigarrillo?

–¿Un cigarrillo? Pero ¿fuma usted?

–Solo de vez en cuando. Ahí, en el cajón del tocador, verás una cajetilla azul en la que pone «Gauloises». Hay un encendedor también. Muchas gracias. ¿Podrías encendérmelo? Te lo agradezco.

–No es nada. Bien, continúe, por favor.

–¿Qué estaba diciendo?

–Había dicho que tenía una teoría diferente sobre la identidad del acosador.

–Ah, sí. Kaede no debe de haberse dado cuenta, pero existe un daño concreto con el que señalar al acosador. Los acosadores suelen desear poseer algún objeto de sus víctimas, y X no es una excepción, porque robó un objeto de mi nieta a plena luz del día.

–Sí, supongo que es algo típico de los acosadores, ¿verdad? Pero ¿a dónde quiere llegar con esto?

–No tengas prisa. Cuando Kaede vino aquí ayer, ordenó la ropa de invierno y la guardó en ese armario. De ahí, sacó esta chaqueta roja de primavera. ¿Qué tal me queda? Es un poco llamativa para mi gusto, incluso en primavera.

–Le queda muy bien.

–Me alegro. Mejor dicho, no me alegro. Mira.

–¿Qué?

–Porque la he impregnado de olor a tabaco. Es una pena, con lo bonita que es.

–Pero… ¿es que no piensa contarme la conclusión? Yo creo que le divierte hacerme esperar.

–Nada de eso. Pero ¿por dónde iba? Ah, sí. Cuando Kaede guardó la ropa de invierno, encontró un espacio libre en un cajón y se alegró por ello. El problema es que no tenía por qué haber ningún espacio libre. De hecho, hasta pocos días antes, algo ocupaba ese espacio.

–Si era algo suyo, señor Himonya, imagino que serían libros.

–No. Fotografías de Kaede enmarcadas. Los pacientes de demencia con cuerpos de Lewy a menudo tenemos alucinaciones superpuestas a las fotos de familiares o de paisajes, y por dicha razón, Kaede tuvo la precaución de guardar las fotos que había en esta casa. Después, lo olvidó por completo. ¿Vas bien de tiempo, señor Cumplidos?

–Sí, y la cosa empieza a ponerse interesante. Ya no puedo irme sin terminar de oír la historia.

–Me alegro. El acosador no se conformó con las fotos y, poco a poco, comenzó a llevarse también otros objetos mucho más cercanos a Kaede; tan íntimos que formaban parte de ella misma: sus uñas cortadas, pelo, botellas de plástico con su saliva… ¿Qué te parece?

–¿Por qué me pregunta?

–Disculpa. Me refiero a que si me sigue.

–Sí, le sigo. Lo explica usted muy bien, como siempre.

–Bueno, me alegro. Mira, ese es el tocador de Kaede. Suele arreglarse el pelo antes de volver a su casa. Pasados varios días desde la última vez que vino, observé su cepillo con una lupa y descubrí algo verdaderamente extraño: no había ni un solo pelo enganchado entre las púas. Los cuidadores se encargan de la limpieza, pero nunca tocan el tocador de Kaede. Aquello tuvo que ser una acción deliberada del acosador para llevarse parte de su cabello.

–¿Así que el Heladero se llevó pelo de Kaede…?

–Todavía es un poco pronto para acusar al Heladero.

–Ah, ¿sí?

–Hemos dicho que el acosador debe de tener buenas piernas, tan buenas como para vencer a la carrera a un profesor de veintitantos años aficionado al *jogging*. Podemos suponer que está acostumbrado al ejercicio y quizá practique alguna disciplina de velocidad dentro del atletismo.

–Ello también apunta al Heladero, ¿no?

–No del todo. Hablando de disciplinas atléticas de velocidad, bien es sabido que tú practicabas la carrera cuando eras joven, ¿no es cierto?

–Eh…

–Recuerdo que elogiaste mi conocimiento acerca de tantos temas comparándome con un campeón de decatlón. Fue a principios de otoño. No irás a decirme que lo has olvidado.

–Lo recuerdo. Bueno, no fue más que eso…, una comparación. No me parece que fuese una comparación tan sorprendente. Es un poco excesivo deducir que yo fuera un atleta solo por haber elegido tal comparación.

–En eso te doy la razón. No se trata de una comparación especialmente rara. Lo extraño estuvo en cómo la pronunciaste.

–¿En cómo la pronuncié?

–Eso es.

–¿Se encuentra bien? Creo que la cabeza se le está yendo un poco…

–Hagamos una prueba. Voy a pronunciarlo yo.

–Cuando quiera.

–Decat… lón. Decat… lón. Decat… lón. Decat…

–¿Cuánto tiempo va a estar repitiéndolo? No entiendo adónde quiere ir a parar. En cualquier caso, la pronunciación es correcta.

–Adonde voy a parar es a que la mayoría de la gente diría «decazlón». Decaz… Si no lo crees, pregunta a cualquiera. Tú, sin embargo, lo pronunciaste de manera impecable. Prácticamente, es una palabra que solo quienes están familiarizados con dicha disciplina pronuncian correctamente.

–Vaya, ¿y usted sí conocía la pronunciación?

–Sí, la conocía.

–Muy bien. Yo igual. También yo la conocía. Cultura general, ¿sabe? ¿Quién necesita haber practicado el atletismo para saberlo?

–Sí, puede que tengas razón, así que permíteme que te haga otra pregunta. ¿Por qué el aliento te huele a vainilla?

–¿Eh?

–Porque has tomado un batido de proteínas. El de vainilla es muy popular, ¿verdad?

–Se equivoca, señor Himonya. Nada de proteínas. Lo que he tomado ha sido un helado. Me encantan los helados. Aunque soy diabético, me tomo uno o dos al día.

–Ja, ja, ja. Es la primera noticia que tengo de ello. Si tanta afición les tienes a los helados de vainilla, ¿por qué cuando hemos hablado del Heladero no has hecho ningún comentario sobre ello? ¿No crees que lo más normal habría sido que mencionaras, de manera natural, lo mucho que te gustan los helados de vainilla?

–Quizá habría sido lo lógico. Pero simplemente no lo hice.

–Hay una cosa más.

–¿Algo más?

–Cuando llegaste ayer, estando aquí Kaede, de pronto dijiste lo siguiente: «Qué zapatillas para correr de tan buena calidad tienes. Las he visto en el vestíbulo».

–Pues sí. Me salió tal cual lo pensé.

–Lo que me llamó la atención es que añadieras ese «para correr». Cualquiera, en general, habría dicho simplemente «zapatillas», o a lo sumo «zapatillas deportivas».

–Pues porque…, eh…

–Si no lo sabes, deja que te lo explique. Incluso Iwata, corredor aficionado, las llamó zapatillas, simplemente. Supongo que ni sabe que son unas zapatillas especiales para correr. Tú, sin embargo, no lo dudaste ni un momento; te salió de manera automática.

–¿Y bien?

–¿Y bien qué?

–¿Qué pasa si soy atleta de decatlón? ¿Qué pasa si todavía me encuentro en buena forma? Nada de eso tiene ningún peso en este

caso; nada de eso exculpa al fisioterapeuta. Fíjese en nuestra edad, compare nuestra fuerza, nuestra complexión, y se dará cuenta de que solo sobre él pueden recaer las sospechas.

–Te equivocas. Él no es X.

–¿Cómo puede estar tan seguro?

–En tres ocasiones diferentes, estudié las huellas digitales del cepillo. Quizá no lo sepa, pero es muy fácil hacer que se vean las huellas digitales marcadas en el mango de un cepillo. Basta con aplicar con mucho cuidado una base de maquillaje en polvo sobre este y, a continuación, celofán, para hacerlas salir a la luz.

–No lo entiendo. Pero ¿qué encontró? ¿Mis huellas digitales?

–No. Nada más lejos.

–Las huellas que encontré eran de Kaede, y nada más que de ella. El fisioterapeuta no usa guantes para su trabajo, así que si él hubiera agarrado el cepillo, habría dejado sus huellas. X es la única persona que usa guantes mientras está aquí.

–¿Yo?

–Sí, tú. X, o, lo que es lo mismo, el acosador de Kaede, eres tú.

Chirriantes pellizcos infligidos repetidamente a la goma de los guantes atravesaban los oídos de Kaede en aquel silencio pesado de la sala de estar.

No podía creer que la identidad de X, de su acosador, se correspondiera con la de aquel afable hombre que cuidaba de su abuelo. No solo podía ser su padre, por edad, sino que además se dedicaba a extraer el cabello enganchado entre las púas del cepillo. Pensar en ello la horrorizó. Le oprimió el corazón como dos sogas invisibles.

Peor aún… Un terror más tangible y realista se apoderó de ella. ¿Por qué el anciano había delatado a aquel hombre ante sus propias narices? ¿Cómo podía estar tan tranquilo ante el evidente peligro de la situación? Aquel hombre era mucho más fuerte que él y…

«Se encuentra totalmente en sus manos. Al igual que yo».

La única salvación residía en liberarse y salir a pedir ayuda. Si, al menos, consiguiera arreglárselas para cortar una de las cuerdas, podría girarse. Y si pudiese girarse, podría rodar hasta el pasillo, y, entonces, hasta el vestíbulo…

«En esta habitación está la cama del abuelo y, a un lado, tiene el botón de emergencias. Si pudiera llegar hasta él. Pero está demasiado alto. ¡Ya sé! ¡El cuarto de baño!».

Dentro del cuarto de baño, podría pulsar un botón de emergencias instalado en el suelo. Para ello tendría que salir al pasillo y entrar por la puerta contigua. No necesitaba quitarse la venda de los ojos para tomar la dirección adecuada, pero necesitaba cortar los cordones para

poder girarse, y comenzó a tratar de zafarse de ellos, frotando el flanco derecho de su cuerpo contra el suelo.

–Es una conclusión que satisface las expectativas de un aficionado a las novelas de crimen y misterio, ¿no? –Volvió a escucharse la voz del señor Cumplidos desde el estudio–. El criminal inesperado, la persona en quien todos confían… Pero resulta forzado. Está tratando de convertirme en culpable a toda costa.

–¿Qué puedo hacer si ha resultado ser así? –replicó el anciano.

–Usted ha desplegado una argumentación razonable, pero totalmente desencaminada.

–¿Así lo crees?

–Usted no puede probar más que «el logopeda se ha llevado cabello de su nieta, extrayéndolo de entre las púas del cepillo». Tendrá que disculparme, pero no soporto encontrar desperdicios, no aguanto la suciedad, y solo quiero contribuir al mantenimiento de esta casa, aliviar el trabajo de quienes de ella se ocupan. Mi único deseo es mantener todo lo más limpio posible y he llegado al extremo de limpiar hasta el cepillo. ¿Y qué recibo a cambio? No solo no me lo agradece, sino que me llama acosador.

–Si es cierto lo que dices, debería haber encontrado restos de cabello en la papelera, pero ni en la de la sala de estar ni en el cubo de la cocina he llegado a encontrar un solo pelo. ¿Qué haces con él, entonces?

–Supongo que usted mismo vació la papelera y el cubo en algún momento.

–Ah, ahí quieres llegar.

–Mire, no tiene ni pelo ni huellas digitales que mostrar, de manera que ¿qué prueba puede ofrecer en mi contra? No siempre tiene por qué haber pelo enganchado en el cepillo. Y, puesto que no hay huellas, entonces usted deduce que yo he andado tocando el mango… ¿Qué clase de deducción es esa? El principal motivo por el que no hay huellas digitales es porque no he tocado el cepillo. Nada más razonable que esto.

–De modo que quieres jugar conmigo…, ¿eh, señor Cumplidos?

–Juguemos, señor Himonya.

–Bien, antes de nada, perdona la molestia, pero ¿podrías tirar las colillas a la basura? Conviene humedecerlas primero y…

–Veo adónde quiere llegar, señor Himonya. En fin, como usted desee.

–¿Sabías que las huellas dactilares pueden llegar a detectarse incluso con guantes, si son suficientemente finos? Por la cara que pones, parece que no. La detección no será tan exacta, pero en muchos casos sí lo bastante como para identificar a una persona. Pero ¿para

qué tomarse tantas molestias? A la Policía le bastaría con registrar tu casa para encontrar pelo y fotos de Kaede. Ah, olvidaba una cosa. Hace un momento, dijiste que no se debía volver a confiar en quien miente una sola vez. ¿Qué me dices de ti mismo? Aseguraste que mi nieta se alegró al escuchar el canto de los grillos que habías registrado con tu grabadora digital. Es mentira.

–Un momento…, ¿cómo que es mentira? No hice la grabación con un móvil, sino con una grabadora digital de la mejor calidad. ¿No lo dijo usted antes? Es el Heladero quien mintió, no yo.

–Me temo que tú también mentiste.

–No lo entiendo.

–También esto debo agradecérselo a la enciclopedia de insectos que me regalaron los muchachos. Los grillos no cantan en grupo. Cantan cada uno por separado, instalados en zonas de vegetación separadas.

»Sin embargo, yo encontré tres grillos sobre una misma hoja, algo completamente imposible. ¿Cómo pude verlos? Muy sencillo: fue una alucinación. Y, mientras que el Heladero mintió en consideración hacia mí, tú lo hiciste para justificar el uso de la grabadora, que en realidad usabas para grabar la voz de Kaede. Me atrevo a afirmar que está repleta de fragmentos de Kaede hablando. Ni eres el señor Cumplidos ni tienes una hija, y cuando presumías de su magnífico pelo, en realidad estabas elogiando el de Kaede.

–¿Quién se cree usted que es?

–Solo un viejo con demencia.

El tono de voz del señor Cumplidos, o X, se transformó de súbito.

«¡Mi abuelo está en peligro!».

Continuaba frotando el cuerpo contra el suelo, sin ningún éxito: seguía tan atada como al principio. Quizá lo habría ayudado llevar las uñas largas, como muchas jóvenes de su edad, pero no era su caso. Por fin, con la punta de la lengua logró alcanzar la cinta adhesiva que le cubría la boca, pero, incluso si conseguía zafarse de ella y gritar, eso sería contraproducente en aquel momento.

De pronto, revivió el momento en que alguien la sujetó en el jardín, ante la puerta del vestíbulo.

«Aquella fuerza…».

–¿Todavía quiere seguir jugando, señor Himonya?

–El juego está a punto de terminar. Pero supongo que hay algo que te estás preguntando, ¿verdad?

–Sí, ¿qué le llevó a sospechar de mí?

–Un sencillo error que cometiste.

–¿Un sencillo error?

–Fue cuando dije que un acosador estaba siguiendo a mi hija. Lo

más normal es que hubieras preguntado: «¿Quién?». El interés de cualquier persona se habría centrado en conocer la identidad del acosador. «¿Es un amigo? ¿Un compañero de trabajo? ¿Un conocido, al menos?». Sin embargo, tú hablaste directamente de acudir a la Policía, sin mostrar la menor curiosidad por saber si, de hecho, conocíamos al acosador. Eso fue un error llamativo por tu parte.

»Cualquiera que tenga noticia de un suceso, se interesará en primer lugar por lo que ha pasado, antes de lanzarse a recomendar ir a la Policía. Tú empezaste por esto último. ¿Por qué? Porque ya conocías, de primera mano, lo que había ocurrido.

—Comprendo. Tiene usted razón: el juego está a punto de terminar.

—Es ahora, llegado a este punto, cuando suelo pedir otro cigarrillo, pero vamos justos de tiempo.

—¿A qué se refiere?

—Tranquilo. Antes de terminar, volvamos a aquel «tranquilízate, todo está listo» que le comunicaste a Kaede desde la cabina telefónica. ¿Qué era aquello que tenías listo? El distorsionado concepto de amor de los acosadores puede materializarse de las maneras más retorcidas y horribles. Afortunadamente, no has cumplido tu amenaza de matarla, porque ya tenías otros planes para ella: el pelo y las fotos de Kaede ahora deben de formar parte de la decoración de tu casa, y supongo que tienes un vestido de boda preparado, expuesto en medio del salón. Pensabas encerrarla en tu apartamento, ¿eh?, y pasar el resto de tus días recluido con ella. Este era tu plan y en eso consistía tu supuesta boda.

—Señor Himonya, lo que sí debe de ser terrible es morir en un estudio angosto como este.

—¿Morir? ¿Hablas de un futuro no muy lejano, consecuencia de mi vejez, o de una tragedia inminente?

—Me temo que de una tragedia inminente.

—Tú verás lo que haces… Pero ¿recuerdas que te he dicho que no tenemos mucho tiempo? Me estaba refiriendo a la Policía, que debe de estar a punto de llegar.

—¿Qué?

En los oídos de Kaede retumbó el golpe seco de una silla al caer. Quizá el señor Cumplidos se había puesto en pie abruptamente y había empujado la silla. Kaede suspiró aliviada, al menos, de que su abuelo hubiese tomado con antelación las precauciones pertinentes. Ante la idea de que todo se resolvería en cuanto la Policía llegase, las pocas fuerzas que le quedaban la abandonaron por completo. Aun así, tratando de no perderse una sola palabra de lo que se dijese en el estudio contiguo, volvió a alzar levemente la cabeza y a aguzar los

oídos.

–¿Cuándo ha avisado a la Policía? –preguntó alarmado el señor Cumplidos.

–Antes de que llegaras a casa. Ya debería haber llegado…

–Pero…, un momento, un momento, usted no usa teléfono móvil. ¿Cómo la ha llamado?

–Kanae estuvo aquí. Hablamos de ti y le conté todo. Le dije que eras X y ella llamó a la Policía sin tiempo que perder.

–¿Kanae…?

–No la conoces. Es mi hija. A veces, viene a visitarme.

«¡No!», gritó Kaede para sus adentros. «¡Abuelo, todo iba bien hasta ahora! Mamá…, mamá ya no…».

–Mi hija era una flor rebosante de alegría, un sol de esplendor, y no lo digo porque yo fuera su padre. La sala de estar, ahora reformada por motivos de accesibilidad, era una sala de estilo tradicional japonés en la que pasábamos largas veladas familiares. A Kanae le gustaba esconderse al otro lado de la puerta corredera de papel y llamarme en voz baja: «Papá, mira, estoy aquí. Por favor, abre muy despacio la puerta». Y, entonces, sonaba desde un reproductor de casetes el inicio de una canción tradicional *enka*, y yo, a la vez que deslizaba la puerta lentamente, enunciaba: «Damas y caballeros, con todos ustedes, Kaede, de cinco años. ¡Un fuerte aplauso!». Le encantaba interpretar *Paisaje invernal en el estrecho de Tsugaru* y, por tanto, esa misma fue la canción que quiso que sonara el día de su boda. No recuerdo si ella misma la cantó, pero… ¿a qué viene esa cara, señor Cumplidos?

–No puedo aguantar la risa…

–¿Cómo?

–Ja, ja, ja. Desde el principio, yo estaba destinado a ganar este juego.

–¿Desde el principio? ¿Por qué?

–Qué lástima me da, señor Himonya. Usted no es más que un viejo abotargado.

–Viejo…

–Usted siempre se mueve en el terreno teórico, pero permítame hacerle volver al mundo práctico. Mire allí, a la pared. ¿Ve la lista de teléfonos de urgencia? ¿No se ha preguntado por qué no está entre ellos el de su hija Kanae?

–No me había fijado en eso…

–¿Recuerda que le pregunté si estaba hablando con alguien? Usted me contestó que con nadie, pero yo pude escucharlo claramente antes de entrar en el estudio. Así que hablaba con alguien que… no existe, y le pedía que llamara a la Policía. Ja, ja, ja, ¿cómo no voy a

reírme?

–Bueno, sería una alucinación, lo admito. Pero no diga que mi hija Kanae no existe. Claro que existe. Está viva.

–Sí, sí. Ja, ja, ja. Va a conseguir que me dé un ataque de risa, ja, ja. Ay, estoy estropeando todo el dramatismo que había conseguido darle a su historia. Lo siento, ya no hay remedio, ja, ja.

–No te entiendo…

–Entonces, voy a explicárselo claramente: a su hija yo la maté con mis propias manos el día de su boda. ¡Esa traidora…! Así que, descuide, la Policía no va a venir.

Un grito silencioso desgarró el interior de Kaede:

«¡Mamá!».

Sabía que estaba a punto de desmayarse y, para evitarlo, volvió a gritar en su interior:

«¡Papá!».

En aquel momento, se escuchó un golpe en el estudio, como si el anciano se hubiera resbalado de la poltrona y se hubiera golpeado contra el suelo o la pared.

Kaede continuó gritando con todas sus fuerzas detrás de la cinta adhesiva que le cerraba la boca.

«¡Mamá, papá! ¡Aquí está el asesino!».

–No se caiga. Siéntese bien, que el juego no va a terminarse hasta que usted también escuche lo que yo tengo que decir.

»Kaede cada vez se parece más a su madre. Desde luego, es su vivo retrato. Pero cuanto más se parece, menos puedo controlarme. ¿Lo ve? Es culpa suya, de su nieta. Pero alégrese: aquí tiene, ante usted, a su futuro yerno. ¿Eh? ¿No me está escuchando? Lo veo muy mustio. ¿Es que no sabe perder? Por cierto, si está preguntándose dónde está su nieta, voy a darle una respuesta. Está en la sala de al lado. Tendida inconsciente sobre el suelo. Tranquilo. Cuidaré de ella, siempre que se porte bien conmigo, y ya verá cómo ella misma acaba amándome. Pero cálmese: ahora le toca morir, señor Himonya.

Una vez más, desde el otro lado de la puerta se escuchó el chirrido de los guantes de goma.

«¡No, no!». La inmensa rabia que sentía Kaede le impedía llorar.

La situación apremiaba y ya no tendría tiempo para llegar hasta el cuarto de baño y pulsar el botón de emergencia. La única opción que le quedaba era gritar con todas sus fuerzas. Al menos, sus intentos por zafarse de la mordaza y de la cinta adhesiva iban dando ciertos frutos, y había conseguido introducir la lengua por un resquicio abierto en la mordaza y ya se esforzaba por desprenderse de la cinta adhesiva, alargando la lengua todo lo que podía y empujando con ella.

–Señor Himonya, es hora de ejercitar las cuerdas vocales una vez más. Vamos allá. En fin, puesto que siempre uso guantes para masajearle la garganta, ¿a quién habría de extrañarle encontrar huellas de guantes aquí o allá, incluso en su propia garganta?

»Bien, voy a desplazar ambos dedos índices hacia las comisuras de los labios. Por aquí, eso es. Ahora los introduzco. Bien, todo listo para empezar. A, e, i, o, u. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no dice nada? Ah, comprendo. Cambiemos de sonidos. Ka, na, e. Ka, na, e. ¿Mejor así? ¿No? ¿Qué ha pasado con sus energías? ¡Pero si se encontraba de maravilla hasta hace un momento! ¿Qué le parecen estos otros sonidos? Ka, e, de. Ka, e, de. ¿Eh? Cada vez se encuentra peor… De acuerdo, dejemos los ejercicios de voz y pasemos al masaje de garganta. Ay, mire cómo me ha dejado todo perdido de saliva. Tendré que cambiarme de guantes.

De nuevo, se escuchó el chirrido de la goma de los guantes.

El lado derecho del labio superior de Kaede ya casi estaba libre de la cinta adhesiva. Un poco más, un poco más. Los guantes chirriaban.

–Permítame que vaya acercándome a la garganta. ¡Pero qué tenso se ha puesto! ¡Con lo relajado que tenía el cuello antes…! Voy a apretar un poco, ¿eh? No se mueva. Será solo un momento.

El resto de la cinta se desprendió y Kaede se llenó los pulmones de aire para gritar:

–¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Socorro!

Notó el tacto blando y cálido de una mano que le cubrió la boca.

–¡Silencio, Kaede…! ¡Soy Shiki! –susurró Shiki, y al quitarle la venda de los ojos, le rozó los pómulos con su largo cabello.

–Shi… Shiki, mi… mi… abuelo…

–Tu abuelo está bien. No te preocupes por él.

Una vez más resonó el golpe seco de un cuerpo contra el suelo, pero esta vez lo siguió el grito desgarrador de X.

–¡Aj! ¡Vas a romperme el brazo!

–Es *jiu-jitsu*, el arte marcial que tan de boga estuvo en la Inglaterra victoriana. Holmes lo llamaba *baritsu*, aunque no puedo asegurar que él dominara esta técnica de brazo.

–¡Basta! ¡Por favor! ¡Se arrepentirá de esto! –gemía el señor Cumplidos.

–Es inútil que intentes huir. Te tengo completamente inmovilizado. En días como hoy, en los que me encuentro en tan perfecta forma, no tengo ningún problema para echar mano de mis habilidades de juventud.

»Recientemente, he estado entrenando con el fisioterapeuta, es

decir, el Heladero. Hemos estado retándonos a competiciones de pulso. Por supuesto, él a veces afloja y no emplea toda su energía contra mí, pero el otro día calculó mal sus fuerzas y por primera vez podría decirse que lo vencí. No creas que le hizo demasiada gracia.

«Entonces… ¿aquella mirada un tanto sombría del Heladero se debía a aquella inesperada derrota en una competición de pulso contra el abuelo?», pensó Kaede. «Algo tan simple como eso: perder contra el abuelo no le había hecho demasiada gracia».

–¡Déjese de charlas, viejo, y suélteme! ¡Está jugando con fuego!

–Cuanto más te resistas, peor para ti, X. ¿Y bien, Iwata? ¿Cómo ha ido todo?

–¡Lo tengo grabado! –contestó Iwata.

–Estas grabadoras digitales son una maravilla, ¿eh?

–Ciertamente –concedió Shiki retirándose el pelo hacia atrás–. Lo ha grabado todo desde el pasillo.

–Por favor, suélteme –imploró X.

–Lo siento, pero no. Primero, tendrás que escucharme con atención. –Su voz sonaba tan decidida que resultaba difícil imaginar que aún estuviera manteniendo inmovilizado a X–. Yo ya tenía la sospecha de que la Kanae que tenía ante mí fuera solo una alucinación. Mi nieta siempre dice, al visitarme, que se ha cruzado con mi hija, pero yo me fijo en su expresión, y siempre he notado una sonrisa desesperanzada en ella que me ha hecho sospechar. Así que a veces he interpretado el hecho de no tener el número de teléfono de mi hija como un signo de que algo no muy bueno podía haberle ocurrido, aunque yo no tuviera conciencia de qué.

»Y así, ampliando el marco de hipótesis, llegué a preguntarme si el acosador de mi nieta no habría tenido algo que ver también con aquello que fuera que le hubiese ocurrido a mi hija. Al menos, como posibilidad. Y resulta que acerté… Qué seres tan lamentables podemos llegar a ser los humanos.

–Muy bien, basta de charlas, viejo. ¡Suélteme!

–Hoy, como cualquier otro día, también esperaba la visita de Kanae. Cuando llegó y le pedí que llamase a la Policía, mantuve la sospecha de que pudiera tratarse de una alucinación y decidí avisar a Shiki y a Iwata, por si acaso. Ellos me confirmaron que…

El anciano tragó saliva, y en una fracción de segundo los ojos parecieron humedecérsele.

–Me confirmaron que ella solo era una alucinación… Bien, ahora me otorgo el derecho de romperle el brazo a este sinvergüenza.

–¿Sí? ¡Inténtelo, viejo, si tanto presume de poder hacerlo! –X se envalentonaba a pesar de que su voz denotaba auténtico dolor.

El anciano parecía no querer escuchar.

—No…, no debo dejar que el rencor me venza —dijo para sí—. El deterioro cognitivo que sufro y mis facultades mermadas serían el principal responsable de que te rompiese el brazo, si lo hiciera. Así que debo impedirlo.

—No debo rompértelo —pronunció con resolución—. No, no voy a rompértelo.

Kaede admiró la firmeza y fortaleza de su abuelo, su voluntad de hierro. Había lanzado su rencor fuera de sí, más allá del humo violáceo de sus cigarrillos.

X se revolvió aprovechando un instante de debilidad del anciano. Shiki saltó como un resorte, dispuesto a abalanzarse contra X, pero Iwata se le adelantó. X aulló de dolor.

—¡Aj! ¡Tengo más de sesenta años! ¡No abuses!

—¡Mira quién fue a hablar de abuso! —clamó Iwata, al borde del llanto—. Esto es de parte del anciano.

—¡Ajjj! ¡Socorro!

—¡Y esto por mi amada Kaede!

«¡Iwata…!».

Shiki intervino y le gritó al antiguo *catcher*:

—¡Iwata, ya basta! Está bien que lo retengamos hasta que venga la Policía, pero debemos evitar ponernos violentos con él, ¿de acuerdo?

La sirena de la Policía marcó el punto y final de aquel juego.

A pesar de haberse rendido, X seguía lanzando insultos al aire. Fue entonces cuando, desde el estudio, volvió a escucharse al anciano:

—Kanae.

Su voz se había envuelto repentinamente en una suavidad y en una calidez que no había tenido en mucho tiempo.

—Disculpad mi oposición a vuestro matrimonio. Lo siento de veras. No os avergoncéis más, no bajéis la cabeza.

Hablaba desde su estudio. Debía de estar sufriendo, una vez más, una alucinación; pero una muy especial, que acumulaba tantos y tan preciosos recuerdos.

—Querida, siempre has tenido más aguante que yo para el alcohol. Espera, voy a traer el *whisky* escocés, aquel tan bueno que compramos en Baker Street, en nuestro viaje de bodas. Pero qué despistado soy, ¿dónde lo puse…?

La voz del anciano se había ablandado aún más y Kaede imaginó la escena que debía de estar desarrollándose ante sus ojos y adivinó las identidades de aquellos con quienes hablaba: su esposa, abuela de

Kaede, y junto a ella la pareja formada por su hija y su yerno, madre y padre de Kaede, a quienes estaría viendo tal y como eran cuando eran jóvenes.

–No, no, yo me encargo de traerlo. Hay una manera especial de repartirlo. Ja, ja, ja, ¿por qué pones esa cara? No hay motivo para enfadarse. ¿Y qué derecho tengo yo para impedir casarse a dos personas que se aman? Nuestros padres también estaban en contra de nuestra boda…, al principio solo… Así que no es algo tan excepcional.

Era la primera vez que Kaede le escuchaba decir aquello.

# 6

Kaede permanecía despierta, sobre la cama, cuando Shiki acercó su rostro al de ella.

—¿Has podido dormir? —preguntó Shiki, esbozando la sonrisa tranquilizadora de un niño—. Pedí que te ingresaran en el hospital, por si acaso. Aunque fuese solo por una noche.

—¿Y el abuelo?

—Está en la habitación de al lado, durmiendo a pierna suelta. Debe de haber acabado rendido.

Todo se encontraba sumido en un profundo silencio, acentuado solo por el suave pitido regular del monitor de constantes vitales.

—¿Y qué tal se encuentra Iwata? —preguntó Kaede.

Shiki bajó la voz.

—Fue a comisaría para participar en el atestado policial. Vaya familiaridad que le está tomando a la Policía, últimamente…

Kaede sacó los brazos de las sábanas, se estiró y volvió a dejar reposar la cabeza sobre la blanca almohada.

—Hay algo que quisiera que me explicaras, Shiki.

—¿Qué?

—¿Cómo supisteis Iwata y tú de mi paradero?

Shiki se rascó la punta de la nariz.

—Alguien había estado vigilándote mientras estábamos sentados a la orilla del río, ¿verdad? A raíz de aquello, tuve una charla con Iwata y decidimos escoltarte, aun sin que te dieras cuenta. Yo, de lunes a viernes, e Iwata los fines de semana.

—Por eso… últimamente me sentía más vigilada.

—Quizá debido a nosotros. Yo alguna vez había hecho de detective en el teatro y había practicado bien el arte de seguir a alguien sin ser visto. De descubrir a alguien, habrías descubierto a Iwata, supongo. —Soltó una risita.

—Ayer también te seguí todo el trayecto desde Himonya hasta el santuario sintoísta. Pero, antes de eso, X te había dejado un ramo de flores, ¿verdad?

La sirena de una ambulancia aulló en el silencio absoluto del hospital, y poco después el rechinar de las ruedas de una camilla y los pasos apresurados de quienes la empujaban llenaron el vacío del pasillo.

—Kaede —dijo Shiki con expresión seria—, admiro vuestra profesión, la tuya y la de Iwata, en el mundo de la educación. Admiro a quienes cuidan a los ancianos y, por supuesto, a los profesionales de la sanidad. Mi trabajo como actor, sin embargo…, no produce frutos

prácticos. Os admiro de todo corazón. Con ello no quiero despreciar ninguna profesión, ni siquiera la mía, porque cada persona tiene una función que cumplir: la suya propia.

–Sí.

–Por eso este suceso me desagrada especialmente. –Shiki dirigió la mirada hacia la puerta, al otro lado de la cual seguían escuchándose los sonidos de un ingreso de urgencia y, a continuación, se volvió hacia Kaede–. He hablado con la supervisora de las cuidadoras y con las cuidadoras mismas y hemos descubierto algo muy importante: el logopeda era un impostor. En definitiva, X no tenía ninguna formación profesional en ese campo.

–¿Cómo…?

Al parecer, la supervisora se había encargado de reunir el personal que habría de encargarse del anciano, empezando por el fisioterapeuta y el logopeda, hasta la última de las asistentas, cada uno perteneciente a una especialidad diferente. X se las ingenió para hacerse con el puesto.

–Telefoneó a la supervisora e, imitando la voz del anciano, dijo que quería prescindir de las sesiones del logopeda. Argumentó que se le iban de presupuesto. Seguidamente, se presentó en casa del anciano para encargarse de las sesiones, bajo excusa de que el logopeda designado había tenido que abandonar el puesto a causa de un imprevisto.

»Se aprovechó del exceso de confianza y de que todos los profesionales auténticos están ocupados y centrados en el servicio que hacen a diario, sin tiempo para otras cosas. De hecho, casos así apenas se dan, pero… nunca se sabe. Esta vez, sucedió. Dentro de este ámbito, desde luego, no existían noticias de un caso tan retorcido.

Kaede se aferró a un extremo de la almohada y miró hacia la ventana. ¿Qué estaría haciendo la gente al otro lado de aquella infinitud de puntos de luz de cada ventana? ¿En qué estarían pensando? Siempre, en toda época, había habido quien, creyéndose por encima del resto, tramaba planes demasiado horribles para ser imaginados por el común de las personas. Más valía rodearse de las personas que visitaban al anciano, aunque no fueran más que alucinaciones.

# 7

*Te tomé una foto por vez primera,*
*sin que te dieras cuenta.*
*Y compartimos ambos esa imagen,*
*sin que te dieras cuenta.*

«Es una ecografía, ¿verdad?».

Kaede cerró el pequeño diario. Le tranquilizaba echarle un vistazo de vez en cuando y, por eso, siempre lo llevaba consigo, incluso cuando salía de casa. En la portada, en bellas letras escritas a mano, su madre había escrito: «A ti, a quien llevo dentro. Fdo.: Kanae». Sin duda, había heredado el talento del abuelo para la caligrafía.

Bajo el suave sol que bañaba el jardín, los cerezos plantados por el padre de Kaede años atrás echaban los primeros brotes, llenando de satisfacción al anciano, tan amante de la naturaleza.

–Mira, estos van a florecer antes que los del santuario. Kanae también lo notó ayer, cuando vino a visitarme, y se alegró mucho.

Kaede contuvo las lágrimas de emoción que pugnaban por derramársele y desvió la mirada hacia un lado. Se encontraba sentada junto a su abuelo. Este parecía haber olvidado casi todo lo acontecido, tal vez debido a la acción de cierto instinto de protección. De hecho, volvía a creer que su hija, la madre de Kaede, seguía viva y que venía a visitarlo. Volvía a estar convencido, incluso, de que había sido ella quien había avisado a la Policía.

«Mmm…». Kaede tenía la sospecha de que sí lo recordaba y de que solo simulaba haberlo olvidado para aliviar a su nieta de preocupaciones y poder volver al punto donde se encontraban antes.

La joven contempló su rostro recorrido por sinuosas arrugas. Aquel día se encontraba perfectamente. Disfrutaba de una merienda de bizcocho –¿quién se lo habría traído?–, y se llenaba la boca y lo masticaba con gusto a dos carrillos, sin café con que ayudarse a tragarlo.

–Además de Kanae, también Iwata viene mucho a verme últimamente.

–Ah, ¿sí? –Kaede no tenía noticias de tal cosa.

–Vino suplicándome que le enseñara, desde el principio, todo lo relacionado con las novelas de crimen y misterio. Resultó que un día coincidió con aquellos tres exalumnos tan simpáticos tuyos, que venían a tomar prestado algún libro, y lo reconocieron. «¡Profesor Iwa!», gritaron al unísono. «Pero ¿qué hace usted aquí?», preguntaban extrañados. Y le tomaron el pelo al ver que estaba leyendo a Poe, un autor ya tan básico para ellos. Él no sabía dónde meterse…

–Ah…, entonces, este bizcocho…

–Sí, me lo trajo él. Pero, un momento…, ¿cómo sabía que me gustan tanto los dulces? Todo lo que me trae es dulce –dijo y, burlón, guiñó un ojo a Kaede–. Quizá tenga dotes deductivas, aunque no lo parezca.

Kaede parpadeó atónita. Tuvo que recordarse a sí misma que Iwata no era una alucinación, como tampoco lo era el bizcocho que estaba comiendo el abuelo. Iwata, en verdad, venía a visitarlo.

Imaginó la sonrisa agradecida de Iwata al tomar prestado, de manos de su abuelo, *Los asesinatos de la calle Morgue*, de Edgar Allan Poe, considerada la primera novela de crimen y misterio.

Seguramente, el deseo de aprender sobre las novelas de crimen y misterio no era más que un pretexto para interesarse por la salud del anciano sin que se notara, aunque seguramente el anciano se habría dado cuenta de ello.

«Ay, pero no he venido a pensar en Iwata», pensó, y volvió al asunto que la había traído hasta allí aquella tarde.

–Mira, abuelo. Es una carta sin remitente.

El nombre y la dirección del destinatario –Kaede misma– estaban escritos en letra cuidadosa y elegante. Una vez obtenido el consentimiento del anciano, Kaede abrió la carta.

El anciano se puso sus gafas para leer y echó un vistazo al sobre. El rostro se le iluminó al estudiar el matasellos.

–¡Es de Cara de Ángel!

Cuando terminó de leer la carta, la dobló cuidadosamente.

–La han nombrado asesora del club de natación. Está deseando que llegue el verano. Ya queda poco.

A pesar de no haberla conocido personalmente, Kaede se sentía feliz. Aun así, decidió no preguntar en qué isla se encontraba ni en qué colegio trabajaba.

Pero había un motivo más por el que alegrarse.

–Hace un rato, me pasé por el bar Haruno. Aún estaba cerrado, pero los clientes habituales habían pegado a la puerta notas dedicadas a la dueña: «La esperamos», «Estamos deseando volver a probar el estofado», y muchas así.

–Yo opino lo mismo que dicen esas notas.

De entre los bambúes cercanos, salió volando un gorrión. El anciano le lanzó algunas migas del bizcocho. El gorrión las picoteó y alzó el vuelo de nuevo, en dirección al Haruno. Parecía una paloma mensajera que llevaba consigo los pensamientos del anciano.

«Los pensamientos…».

Kaede se decidió a pedir consejo a su abuelo acerca de un asunto sobre el que se encontraba indecisa.

–Abuelo.

–¿Sí?

–Es que…

Las lágrimas se le desbordaron y corrieron por sus mejillas.

–Creo que, por primera vez en mi vida, hay alguien que me gusta.

El rostro del anciano, como en cámara lenta, fue llenándose de alegría, hasta dibujársele en los labios una sonrisa que Kaede hacía muchos años que no veía en él. Parecía un niño de diez años.

–¡No me digas!

Dejó pasar unos segundos y, como si paladeara las palabras, repitió:

–¡No me digas!

A continuación, miró hacia los brotes de la flor de cerezo.

–¿No es casi un milagro? –dijo, y apoyó el dedo índice en la nariz, manteniendo intacta su encantadora sonrisa–. Tengo tan buena impresión de Shiki como de Iwata. *¿La dama o el tigre?* Me tienes en ascuas, Kaede. ¿Me honrarás con el privilegio de saber más de la historia?

–Será un honor. Pero, sobre todo, quisiera pedirte consejo.

–Soy todo oídos –dijo.

No cabía en sí de felicidad.

El anciano escuchó atentamente lo que su nieta había deseado contarle y, al finalizar, dijo:

–Kaede, ¿me pasas un cigarrillo?

# Table of Contents

Portadilla
Título
Créditos
1. Neuronas rojo escarlata
2. Un bar y un enigma de habitación cerrada
3. Desaparición en la piscina
4. ¡Y fueron treinta y tres!
5. La mujer fantasma
Último capítulo El acertijo del acosador